

ENRIQUE OSUNA

A man with a beard, shirtless, stands in a cave. He is holding a bow in his right hand and a flaming torch in his left. In the background, a woman is visible, standing in a misty or smoky atmosphere. The scene is lit with warm, golden light from the torch and the cave's opening.

**EL AMO DEL  
FUEGO**

# **EL AMO DEL FUEGO**

**ENRIQUE OSUNA**

Copyright © 2014 Enrique Osuna

Queda prohibida, salvo en las excepciones previstas en la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, incluido el diseño de la cubierta, por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, sin el consentimiento previo del autor. Todos los derechos reservados.

Diseño de portada: Alexandre Rito <http://www.designbookcover.pt>

Página del autor: <http://enriqueosuna.webnode.com/>

A ti si has pasado por duros momentos, si todo se te ha vuelto en contra y has sentido deseos de arrojar la toalla, de dejar de existir.  
A ti si has sabido luchar hasta el final, si te has agarrado a la última esperanza.

A ti que nunca te rindes.

## Cinco días después

Hace un par de días deliraba entre sábanas blancas y hoy, convaleciente el alma y con la esperanza de que perdure esta recobrada lucidez, nacen las primeras palabras de este relato. Sé que aún no estoy en condiciones, me tiembla el pulso y la cabeza no cesa de dar vueltas, pero veo preciso actuar con premura, antes de que se esfume lo intangible y la caprichosa memoria confine a perpetuidad los recuerdos en sus insondables recovecos. Pese a que todo es tan reciente, a mi razón, aún desconcertada, le cuesta discernir la realidad de lo incierto, pero la evidencia es incontestable: mi rostro ha cambiado y el aplomo en la voz no me pertenece. Siendo el mismo me siento otro. Y esta sensación se acentúa cuando observo que cuantos me rodean me dirigen miradas que no reconozco, algunas sorprendidas y otras penetrantes, pero todas nuevas para mí, como si estuviesen frente a un extraño.

Miles de secuencias se proyectan en mi retina. Veo la sangre y oigo el llanto. Y entre destellos se me presenta la angustia y el dolor, la emoción y la dicha, la muerte y la vida. Un carrusel de sensaciones contrapuestas, que por intensas no dejan de ser perecederas. Y por nada del mundo quiero que se pierdan. Por eso empiezo ya, sin apenas fuerzas, confuso, a ratos trastornado, temeroso de que la fragilidad de la memoria me impida narrar en toda su magnitud unos hechos que han marcado mi vida para siempre. Todo comenzó de la manera más inesperada.

## Atapuerca

—¿En qué momento de la prehistoria apareció el primer ser que tomó conciencia de una espiritualidad y unos sentimientos diferentes del resto de homínidos? Dicho de otra manera: ¿cuándo el hombre se hizo hombre? Me temo que nunca lo sabremos con exactitud, pero si dejan volar su imaginación, hoy serán testigos de la revelación del mayor misterio de la humanidad: su génesis. Pueden estar seguros de que cuando finalice esta visita regresarán a sus hogares con la sensación de haber retrocedido en el tiempo cientos de miles de años y haber compartido un rato de sus vidas con nuestros primitivos ancestros.

Me pareció que la fastuosidad con que la guía adornaba su discurso había sido cocinada con mucha antelación para captar de inmediato la atención del grupo. Una ausencia de espontaneidad tan profesional como efectiva.

—El complejo arqueológico de Atapuerca constituye el único lugar en Europa que encierra la evolución del último millón de años. Visitaremos en primer término los yacimientos, a continuación volveremos a este centro de recepción para conocer la magnífica exposición *Atapuerca, un millón de años* y, para finalizar, disfrutaremos de un inolvidable recorrido por el Parque Arqueológico, donde recrearemos la talla de piedras, la pintura rupestre, la fabricación del fuego y el lanzamiento de flechas con arco.

Los viajes improvisados tienen eso, que no preparas un programa adecuado al itinerario y acabas perdiendo el tiempo en lugares anodinos mientras dejas escapar la oportunidad de conocer enclaves fascinantes. Nuestro arrebatado de turismo gastronómico descontrolado fue la eufórica consecuencia de una noche de cervezas y pelotazos. «No se hable más: mañana mismo nos montamos en el coche y comemos cochinillo en Segovia, luego subimos a Burgos, que hace tiempo que no degusto una morcilla de categoría, dormimos donde sea, pero no regresamos sin zamparnos un buen lechazo en León, y luego ya veremos si enfilamos Zamora o tiramos para Galicia a comer marisco». La sentencia de Luis no dio lugar a recurso alguno: el día siguiente hacíamos las maletas y emprendíamos camino bajo un manto de agua, con la única certeza de lo que íbamos a comer, pero ignorando dónde dormiríamos, qué visitaríamos y cuántos días duraría nuestro precipitado viaje. Ni siquiera nos molestamos en consultar las previsiones meteorológicas con la que estaba cayendo. En nuestro descuidado plan no contemplábamos visitar Atapuerca, pero nos sorprendió tan gratamente el Museo de la Evolución Humana de Burgos —y nos gustó tanto el ambiente nocturno de la ciudad, todo hay que decirlo— que no pudimos resistir la tentación de pernoctar una noche más en la majestuosa ciudad del Cid para visitar el afamado complejo arqueológico y enmendar así nuestra negligencia organizativa. No deja de parecerme extraordinario comprobar una y otra vez cómo el rumbo que van tomando nuestras vidas depende en gran medida de pequeños detalles fortuitos, de apariencia intrascendente. La revoltosa casualidad me llevó a los yacimientos de Atapuerca. Y nada volvió a ser lo mismo.

—Deben saber que el equipo investigador del complejo arqueológico de Atapuerca recibió el Premio Príncipe de Asturias de Investigación Científica y Técnica en el año 1997. Poco después, en el año 2000, los yacimientos fueron declarados Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO. La estructura caliza de la sierra de Atapuerca fue propicia para la formación de un complejo kárstico con numerosas cuevas. Derrumbes y cortes del terreno provocaron que muchas grutas se abrieran al exterior. Nuevos fenómenos geológicos se encargaron de cegarlas, de forma que los depósitos de sedimentos se conservaron protegidos de cambios bruscos de temperatura y humedad durante miles de años, hasta que a finales del siglo XIX una compañía inglesa de ferrocarril cortó la sierra, de ahí que este desfiladero se conozca con el nombre de la Trinchería del Ferrocarril. Esta visita contempla los yacimientos de la Sima del Elefante, la Galería y la Gran Dolina, además de una cueva artificial donde asistiremos a la proyección de un audiovisual.

—¿Y no veremos la Sima de los Huesos? —saltó de inmediato Elena. No creo que exista sobre la faz de la Tierra viajera más latosa que mi novia. Cuando visita un museo se interesa hasta por el nombre de la empresa que fabricó los cristales. Esta chica, a quien quiero con locura, una cosa no quita lo otro, es insaciable—. Me apetecía conocer el lugar donde se encontró el cráneo *Miguelón* y la pelvis *Elvis*.

—Pues sintiéndolo mucho no va a poder ser; por su difícil accesibilidad no se incluye en la visita. La Sima de los Huesos es una pequeña cámara situada en la base de un pozo de trece metros de profundidad, en la parte más recóndita de Cueva Mayor —respondió la guía con toda la paciencia del mundo, después de la tercera interrupción en menos de diez minutos.

Nada más llegar a la Sima del Elefante, Luis decidió que ya había oído suficientes explicaciones. Mi amigo es la viva antítesis turística de Elena. Le importa un comino las cuestiones más apasionantes de un viaje: la idiosincrasia de los pueblos, sus tradiciones, los monumentos, la historia forjada por sus gentes y las perspectivas de futuro; solo le interesa el mundo culinario. Y el erótico, por supuesto.

—Déjate de huesos añejos y céntrate en los que están vivitos y cargados de carne: observa qué culos tienen aquellas *ragazze* —susurró dándome un disimulado golpecito en el costado.

Pese a la dilatada disertación de la guía, lo poco que conseguí captar en la Sima del Elefante fue que su nombre se debía a unos fósiles aparecidos hacia una década, atribuidos en principio a este animal aunque luego se demostrara que procedían de rinocerontes. Según me pareció oír, la denominación no resultó desacertada, pues en campañas posteriores se descubrió un astrágalo de elefante, lo cual confirmaba la presencia de estos animales en sus depósitos fosilíferos. Luego escuché algo sobre el *Homo antecessor* y nada más. Cuando Luis tiene razón la tiene: ciertamente, las nalgas de las italianas merecían muy mucho mi atención.

Aunque el día amaneció espléndido, la lluvia acumulada había descompactado el piso de zahorra. Se sucedían lodazales por el camino, trocando en fastidiosa marcha lo que debería ser un agradable paseo. Justo cuando llegábamos al yacimiento conocido como la Galería, me vi en la obligación de rectificar súbitamente el paso para sortear un charco. Este improvisado movimiento me hizo trastabillar, de resultas que el calzado logró eludir el viscoso contacto, mientras el pie desnudo, separado de su protector compañero, fue a hundirse de lleno en el fango. Como iba a cola de pelotón, nadie se dio cuenta del percance. Si Luis me hubiera visto, se habría partido de risa. Habría llamado de inmediato a Elena y Marina y se habrían burlado de mí con alevosía y ensañamiento. Y yo, encolerizado, habría soportado la mofa entre votos y maldiciones. Pero entonces esta narración no existiría. No, nadie me vio, al igual que nadie reparó en mi ausencia cuando la guía reanudó las explicaciones. Luis porque se había arrimado a su novia ante la sospecha de que hubiera adivinado la naturaleza de nuestros cuchicheos y Elena porque no dejaba a la guía ni a sol ni a sombra. Por qué me detuve antes de incorporarme al grupo no lo sé. Estaban allí, a escasos quince metros. Quizá me pregunté las razones por las que una parte del andamiaje se había desplomado, quizá me sorprendió la ausencia de personal trabajando en aquella parcela de las excavaciones, puede que me atrajera aquella oquedad o simplemente me pudo la curiosidad. Sea como fuere, retiré un tablón y un par de tubos de acero y me aproximé al sugestivo punto que había conseguido polarizar mi atención.

## El aire más puro

Para mi sorpresa descubrí que lo que parecía un hueco artificial producido por el trabajo de los arqueólogos, en realidad constituía el acceso a una estrecha galería que se abría camino entre la piedra. La tierra acumulada me hizo suponer que la cavidad había quedado al descubierto por los desprendimientos provocados por las fuertes lluvias de los últimos días. Sin pensarlo dos veces me adentré en aquel lóbrego pasillo, fantaseando con atravesar el pasadizo que me llevaría a descubrir una gruta llena de fósiles, el mayor hallazgo de la paleoantropología.

Pero estas ilusiones no tardaron en esfumarse. Mi inopinada expedición se equipaba exclusivamente de precipitación e imprudencia, y así no podía llegar muy lejos. La oscuridad no amilanó mi determinación de avanzar y no puse especial cuidado en donde pisaba. Apenas hube recorrido cuatro metros cuando el suelo se desplomó y me deslicé por un pequeño terraplén. Mi torpeza no acabó ahí: cuando quise incorporarme volví a perder el equilibrio. Justo entonces me di cuenta de que estaba a punto de hacer el ridículo más espantoso de mi vida: no había forma de evitar caer de bruces al agua. Por fortuna, aquella laguna subterránea no tenía más de un metro de profundidad, así que pude levantarme con facilidad. No quise abrir los ojos. Sabía que mi osadía no daría lugar a un dictamen neutro, que me esperaba el bochorno o la gloria. Me mantuve inmóvil durante varios segundos, temeroso de que la vista me devolviera a la cruda realidad, hasta que mis párpados notaron el resplandor. Allí había luz, y eso era incompatible con mis esperanzas. Convencido de lo absurdo que resultaba resistirme a admitir el fiasco de mi aventura, abrí al fin los ojos. Me hallaba en una cueva, y su belleza era asombrosa. Lamentablemente, una enorme apertura al exterior testimoniaba la imposibilidad de que hubiera permanecido oculta a la civilización durante miles de años. Mi gozo en un pozo, pensé reconociendo lo bien que se ajustaba el dicho a la situación. Lejos de descubrir un nuevo yacimiento fosilífero, lo único que había conseguido era colarme en una zona vedada al público y pasar de tener un pie enfangado a estar completamente empapado. No quería ni imaginar el efecto que originaría mi aspecto en mis queridos acompañantes.

Sin cesar de blasfemar, me afané en salir al encuentro del sol, pues el agua estaba condenadamente helada. No dudé en quitarme la ropa. Me descalcé y coloqué el pantalón y la camiseta en un pedrusco ubicado justo en el umbral de la gruta. Solo entonces me percaté de que mis desgracias no hacían más que aumentar: era muy probable que hubiese inutilizado de por vida el teléfono de última generación que días atrás me regalara Elena con ocasión de mi cumpleaños. Lo saqué del bolsillo con celeridad. Evidenciando un comportamiento rayano en lo enfermizo, martilleé el botón de encendido con frenética insistencia. Pero el aparato no reaccionaba a los intentos de reanimación. Reconozco que sentí deseos de llorar de impotencia y de rabia, incluso de estrellarlo contra el suelo. Luego me dejé caer abatido y lo deposité sobre una piedra, confiando su salvación al milagroso poder de los rayos solares.

Parece mentira que ciertos estados extremos de ánimo logren alterar el control que ejercemos sobre nuestro organismo hasta el punto de menguar la capacidad de los sentidos. En esos instantes de agobio no presté atención al extraordinario cambio meteorológico acaecido en solo unos minutos. La nubosidad había desaparecido y con ella el calor y la humedad. Ahora lucía un sol radiante y se respiraba un aire mucho más frío, más seco. El aire. ¿Cómo mi olfato no reparó en su penetrante aroma silvestre? ¿Cómo mis pulmones ignoraron su inconcebible pureza? ¿Qué grado de abstracción alcancé para ver y no mirar, para no entender que la frondosa vegetación que se abría a mi alrededor era más propia de la Amazonía que de Castilla? Los sentidos me habían abandonado: no olía, no veía, no sentía...

Permanecí cabizbajo por un tiempo indeterminado, entretenido en lanzar chinarras con una rama a una hilera de hormigas, hasta que me volvió la razón y comprendí que no ganaba nada con seguir haciendo el bobo y que cuanto antes regresara al grupo y le contara a Elena que acababa de tirar a la basura seiscientos euros, mejor. Bien mirado, podía valorar el prematuro fenecimiento del móvil como un providencial sacrificio que me libraría de las burlas. No creo que Elena tuviera ganas de pitorreo cuando le mostrara el difunto.

La idea de salir indemne del percance —el teléfono, si he de ser sincero, no me gustaba— espoleó mis ánimos. Me levanté de un salto y oteé el horizonte intentando encontrar alguna referencia que me facilitara el retorno, pues prefería no volver a pisar aquel calamitoso agujero. Y entonces divisé algo inesperado. Una sonrisa afloró a mi rostro: no muy lejos de donde me encontraba caminaba un grupo de figurantes caracterizados al más puro estilo prehistórico. Sin duda, pensé, se dirigían al Parque Arqueológico para las demostraciones incluidas en el programa. Inmediatamente los llamé sin muestra alguna de pudor por presentarme en paños menores; al fin y al cabo, ellos tampoco vestían con mucho decoro que digamos. «¡Oops! ¡Eh, australopitecos!», voceé dejando en evidencia mi ignorancia supina en materia evolutiva. Se quedaron atónitos. Nunca antes observé tal expresión de asombro. Aquella reacción, no obstante, me pareció natural; ¿qué harían ustedes si se encontrasen de repente con un personaje como yo, blanco como la leche, flacucho y con barba, luciendo como única indumentaria unos gayumbos de los Simpson? De acuerdo, rectifico, seguramente se troncharían de la risa. Y eso es justo lo que yo esperaba que hicieran una vez se hubiese disipado el aturdimiento derivado del efecto sorpresa. Sin embargo, a quien le llegó la risa fue a mí: el grupo se cerró en posición defensiva, esgrimiendo las lanzas como para repeler un ataque. «¿Ya comenzó el espectáculo? ¿No necesitaréis a alguien que haga de Tarzán?», les pregunté entre carcajadas. En solo un momento había recuperado el sentido del humor. Y en solo un momento lo perdí. Un gruñido ensordecedor estremeció mi cuerpo. Cuando me giré no podía dar crédito a lo que tenía a escasos metros: un oso gigantesco me contemplaba en actitud hostil.

¿Cómo debía actuar en aquel trance? Sabía que si te ataca un perro, lo mejor es no gritar y mantenerte quieto sin mirar sus ojos. Recordaba de algún documental que si decides huir por patas ante la presencia de un león, firmas de inmediato tu sentencia de muerte. Por contra, si el agresor es un elefante, tus únicas esperanzas se cifran en correr como un loco. Pero ¿qué hacer frente a un oso? Por un instante me vino a la memoria la fábula de Samaniego en la que un cazador salva su vida haciéndose pasar por muerto. Un ardid que se me antojaba sospechoso, pues estos mamíferos no desdennan la carroña, menos aún un cuerpo caliente con su corazoncito latiendo... Imaginé la escena en dos versiones: husmeando mi cuerpo para luego largarse y hundiendo las zarpas en mi estómago para devorarme. Pueden adivinar qué resolución adopté, la misma que con toda seguridad tomaría cualquier persona normal y corriente, la que impulsa el instinto: correr desenfadadamente, correr, correr y correr.

Me dirigí hacia los que di por empleados del complejo arqueológico. Aunque rudimentarias, al menos ellos tenían armas. Si se batían en retirada, estaba perdido. Porque el plantigrado me alcanzaría a mí primero, pero no retrocedieron ni un palmo. Sabían de sobra que era imposible escapar corriendo, así que estaban dispuestos a hacerle frente. Como alma que lleva el diablo alcancé al grupo. «¿Desde cuándo hay osos en Burgos?», fue lo único que se me ocurrió decir. Una pregunta bastante estúpida, más que nada porque yo mismo había leído en prensa un tiempo atrás que Medio Ambiente había detectado la presencia de un oso en el norte de la provincia, por vez primera en el último siglo. Al amparo de aquel trío de valientes observé de nuevo al animal. Era un ejemplar realmente descomunal: su longitud podría rondar los tres metros y su peso no creo que bajara de los quinientos kilos. Se erguía amenazador, seguro de su poderío. No estaba convencido de que cuatro palos pudieran intimidar a la bestia y no sabía qué hacer, cómo ayudar a mis salvadores. Por un lapso de tiempo que se me hizo eterno la contienda quedó suspendida. El animal parecía estar calibrando sus posibilidades. Sabíamos que no iba a tardar mucho en comprender que no existía equilibrio en las fuerzas. Nos iba a embestir de un momento a otro y las consecuencias resultarían trágicas. Los valerosos luchadores no cesaban de dar voces mientras mantenían a raya al oso. Pensé que pretendían con ello espantarlo. En realidad se desgañaban pidiendo ayuda. Y la ayuda por fin llegó.

Aparecieron como por arte de magia. Dos individuos de igual pinta que los otros, pero estos llevaban consigo un arma muy poderosa. No, no se trataba de un fusil. Los refuerzos portaban fuego.

Uno de ellos transportaba un tronco de medio metro de largo y unos quince centímetros de grosor que ardía por uno de los extremos. El otro parecía un arbusto andante: cargaba una enorme cantidad de matojos y ramas secas de fácil combustión. En un santiamén generaron una hoguera. El oso se vino abajo nada más percibir el calor. No les supuso ninguna dificultad ahuyentarlo.

Yo contemplaba la escena confundido. Todo había sucedido demasiado rápido. Necesitaba detenerme a reflexionar, poner en orden mis ideas para evaluar con objetividad los últimos acontecimientos. Un aluvión de preguntas comenzaron a agolparse en mi cabeza: ¿cómo se ve un oso en un yacimiento arqueológico en plena temporada turística?, ¿de dónde habían salido esos tipos tan magistralmente disfrazados de cavernícolas?, ¿dónde demonios iban con el fuego?, ¿por qué no temporaban una sola palabra en castellano?, ¿cómo era posible que el terreno que pisaba fuera mil veces más verde y espeso que el que se hallaba al otro lado de la cueva? A medida que afluían los interrogantes aumentaba mi desconcierto, hasta que una disparatada idea atravesó fugazmente mi cerebro. Era tan absurda como inverosímil, pero parecía explicarlo todo. Las piezas fueron encajando una a una y la grotesca conjetura fue tomando visos de realidad a la par que el pánico se apoderaba de todo mi ser. No hubo que esperar mucho para que mi hipótesis quedara confirmada. Tan pronto como el oso dejó de ser un peligro, el grupo fijó su atención en mí. Uno de ellos se acercó en actitud desafiante. Nuestras miradas se encontraron. Un escalofrío recorrió mi espalda helándome los huesos. Mi instinto me insinuaba algo imposible de aceptar: aquel individuo pertenecía a otra especie.

Aunque era tan alto como yo, su complexión distaba mucho de asemejarse a la mía. No menos de treinta kilos separaban nuestras masas corporales y la diferencia no se debía precisamente a la cantidad de grasa. No me pareció que su cráneo fuese más pequeño que el mío, aunque, eso sí, entre la maraña de pelo hirsuto y mugriento aprecié una configuración más aplanada. Por encima de todo destacaba su enorme abertura nasal, flanqueada por unas mejillas infladas como globos. Poseía arcos supraciliares y mandíbula prominente; me llamó la atención la ausencia de mentón. Sus ojos grandes y redondos acentuaban la imagen de poseso. Su determinación no dejaba lugar a dudas: era el líder del grupo. Supongo que desde su perspectiva, amigo lector, pensará que exagero, pero que me caiga muerto ahora mismo si aquel individuo no me infundió más miedo que el propio oso. Su fisonomía no difería especialmente de la de sus compañeros, pero manifestaba tal grado de cólera que se diría que estaba poseído por el mismísimo diablo. Me hablaba en un lenguaje —me atrevo a denominarlo así porque la fonación no me resultó del todo extraña— conciso, directo. No se sorprendan si les digo que entendí a la perfección lo que quería decirme; en esa situación ustedes también lo habrían hecho. «De acuerdo, tranquilo, enseguida me marchó», propuse en tono conciliador, anteponiendo entre nosotros las palmas de las manos. Pensé que así, mostrando mis pacíficas intenciones, podría apaciguar sus ánimos. Acompañé el gesto con dos o tres pasos cortos hacia atrás. Pero el líder no quería dejar escapar la oportunidad de reforzar su autoridad ante sus congéneres. Vencer a un advenedizo como yo, por muy esmirriado que estuviera, podría acrecentar la admiración que le profesaba el grupo; después de todo jamás vieron nada similar a mí. ¿Quién podía garantizar que mi frágil aspecto no ocultara las artes de un feroz contendiente, al mismo modo que la grácil comadreja, que es capaz de acabar con ratas que la doblan en peso y tamaño? Yo sabía a ciencia cierta que no tenía la más mínima oportunidad de plantar batalla, no digo ya de vencer, a ese descontrolado montón de músculos, así que intenté proseguir en la misma línea sosegadora. Como respuesta planté las manazas en mi pecho y me desplazó cuatro metros. Para decepción de los espectadores, el combate había finalizado.

Bajo ningún concepto estaba dispuesto a pelear; por tanto, debía elegir entre mostrar sumisión e implorar clemencia o intentar huir. Si tuviese rabo, lo habría escondido entre las piernas. Y puede que eso hubiera bastado al líder, pero no era el caso. De nuevo, y de forma consecutiva, se me presentaba una complicada disyuntiva. Y una vez más mi opción fue la misma.

Me batí en retirada a toda prisa, temiendo que aquel monstruo con forma de hombre me persiguiera hasta darme muerte. Pero no lo hizo; afortunadamente consideró que aquella demostración era más que suficiente para refrendar su liderazgo. En cuanto descubrí que no me seguía me detuve en seco. Sencillamente, no había ningún lugar adonde dirigirme. Mi instinto me empujaba a volver a la cueva, desandar el infausto camino y regresar cuanto antes a mi tiempo; el sentido común me recordaba la altísima probabilidad de reencontrarme con el oso, pues había visto con mis propios ojos cómo en su huida se adentraba en la caverna. Un momento: dije «regresar cuanto antes a mi tiempo», ¿verdad? Así, sin más, con absoluta frivolidad, como el que toma el metro y se desplaza de Sol a Tirso de Molina. Pues sí, ya habría tiempo de valorar la verdadera dimensión de cuanto me estaba sucediendo; lo prioritario ahora era regresar al ominoso hipogeo y cruzar la maldita puerta —llámese campo de energía, túnel del tiempo, agujero de gusano o, ya puestos, corredor de redimensionamiento espacio-temporal— que me había teletransportado a ese ignoto mundo. El



problema era que la tarde comenzaba a caer y, dadas las circunstancias, parecía más inteligente aguardar al alba para emprender el camino de vuelta. A fin de cuentas, mis esperanzas se ligaban a la perenne operatividad de la línea de navegación a través del tiempo y a que dicha vía resultara funcional en ambos sentidos. Si mi viaje a la prehistoria fue la consecuencia de la extraordinaria manifestación de un fenómeno único, coyuntural e irrepetible, daba igual buscar la vía de retorno esa misma noche que dentro de un año, porque nunca más estaría disponible. Así las cosas y considerando que adentrarme en la cueva a oscuras y con un oso en su interior equivaldría al suicidio, no quedaba otro remedio que postergar la expedición a la llegada de renovados rayos de sol. Pero ¿dónde establecer el campamento para pasar la noche? La sola pregunta hizo que me imbuyera de una espeluznante sensación de desamparo. Estaba a punto de verme solo en un bosque que sin duda estaría repleto de alimañas. Eso o tener a mano la protección de aquellos que ya me habían salvado la vida una vez, aun a costa de provocar un nuevo enfrentamiento con el iracundo hombre con cara de gorila endemoniado. En esta ocasión, la decisión caía por su propio peso: puestos a elegir, prefería morir a manos de aquel bárbaro a ser devorado por una fiera.

## El hechizo del fuego

Me aproveché del humo que despedía el leño para seguir la estela del grupo a una distancia prudencial, minimizando así el riesgo de ser descubierto. La caminata se prolongaba más de lo que yo deseaba, y aunque tuve la precaución de valerme de la orientación que me proporcionaba el inminente ocaso de sol para ubicar la cueva en dirección sur, cuanto más avanzaba a través del bosque y más tenue se hacía la luz, más dudas me asaltaban sobre mi habilidad para volver al punto de partida. A medida que oscurecía el miedo me empujaba a aproximarme más y más al grupo. Llegué a tener la sensación de que conocían de mi presencia e incluso que se me era permitida, siempre y cuando mantuviera las distancias. Puede que el líder diera por hecho que corriendo no me iba a alcanzar y se conformara con que permaneciera alejado. Puede que fueran suposiciones mías. Por suerte, cuando comenzaba a temer que mi excesiva cercanía se interpretara como una descarada e intolerable osadía, el grupo se detuvo; habían llegado a lo que debía ser su hogar.

Se trataba de un enorme agujero en la piedra, mucho más alto que ancho, con un prominente risco que, a modo de porche, preservaba la entrada a la cueva de la intemperie. A su alrededor se dibujaba una explanada semicircular desprovista de vegetación, en cuyo centro una enorme hoguera iluminaba el recinto. No fueron recibidos por mucha gente. Pude distinguir la silueta de cuatro mujeres, una de las cuales llevaba en brazos un bebé, un anciano, otro hombre adulto, una muchacha joven y tres niños de corta edad. No advertí entusiasmo en el comité de bienvenida. Me figuré que los guerreros volvían de caza con las manos vacías.

Me tranquilizó constatar la idoneidad de aquel lugar como refugio frente a las bestias. Solo necesitaba acomodarme en algún punto lo suficientemente cerca por si tenía que correr en busca de protección y lo suficientemente lejos para no ser visto por sus moradores. Un rápido vistazo me hizo entender la conveniencia de establecerme en la ladera de la misma colina donde se hallaba la caverna. De esta forma guardaba mis espaldas. Después de tantear varios emplazamientos me quedé con un recoveco entre unas rocas, a unos dos metros y medio de altura. Alcancé el lugar ayudándome de las ramas de un viejo roble. Desde allí controlaba tanto la espesura del bosque como el cobijo de los cavernícolas. Un tímido cuarto menguante atenúa la posibilidad de que me descubrieran. Era cuestión de aguantar unas horas y pasar desapercibido hasta la aurora. Luego tomaría de la candela leña prendida, retrocedería lo andado, fabricaría una fogata de mil demonios y entraría en la puñetera cueva para espantar al oso y a cualquier bicho viviente. No olvidaría encomendarme a los santos católicos y a todas las deidades del universo para que «el corredor de redimensionamiento espacio-temporal» siguiese abierto y pudiese acabar de una vez por todas con esa horrenda pesadilla. ¿Pesadilla? Eso debía de ser: estaba atrapado en una angustiada ensoñación. ¿Quién no ha transitado por inverosímiles senderos oníricos convencido de hallarse en la realidad? No pueden negar que esto nos ocurre a todos, no una sino mil veces. Sentir cuanto sucede con tanta intensidad que consideraríamos una sinrazón sospechar que estamos en un mundo imaginario creado por nuestro subconsciente. Sufrimos y gozamos con el ardor propio de la vigilia y por largo rato no hay forma de distinguir la realidad del sueño. Sí, eso me debía de estar pasando; no había otra explicación posible. Insistí tanto en esa idea que acabé por convencirme de que mi cuerpo físico seguía en el siglo XXI. Y nada me importaba que en el mismo sueño me hubiese dado cuenta de que estaba soñando, que me sintiese atenido por el frío, que me dolieran las plantas de los pies por haber caminado descalzo por terrenos agrestes; por más vívidas que fueran las sensaciones no eran más que ficción, la ficción propia de los sueños. Disparatada a veces; encantadora otras. En esta ocasión me tocaba lidiar con una sobrecogedora pesadilla y debía seguir luchando, como si la vida que estuviera en juego fuese la real y no la virtual. En los sueños uno nunca tira la toalla. Y este no iba a ser una excepción.

Maté el tiempo observando al grupo de primitivos desde mi escondite; de todas formas no tenía nada mejor que hacer. Me sorprendió descubrir que su conducta social no difería en exceso de la nuestra. Deambulaban por la explanada, departían, incluso me pareció percibir alguna broma. La nota discordante llegó con la cena. Uno de los sujetos apareció con una pequeña pieza espetada y se la entregó al líder. Este acercó el asador al fuego y lo mantuvo bajo las llamas por un tiempo demasiado corto para mi gusto. Luego comenzó a devorar lo que bien podía tratarse de una rata. Eso me pareció desde la distancia, aunque, bien mirado, puede que fuera un lebrato y lo que consideré como rabo fuese en realidad un trozo de tripa. Una cosa u otra, aquella escena no estimuló mi apetito, más bien al contrario. Lo que me apetecía era un café bien cargado. Un café y un cigarrillo, por supuesto.

El líder comió sin consideración hasta saciarse, mientras todos los demás se limitaban a observar. Su poder era incuestionable: nadie se había atrevido a tocar la carne en su ausencia. Cuando dio por acabado el festín, del animal no quedaba más que la piel y los huesos. Uno despojos por los que todos suspiraban y por los que no dudaron en competir con implacable ferocidad. Me resultó especialmente conmovedor la lucha de una mujer con varios hombres por hacerse con un hueso con el que apenas podría engañar el hambre. Resultó chocante la incívica pugna sostenida por quienes hacía solo unos minutos había considerado amigos, pues no se veían escuálidos, ni mucho menos, como para llegar a la agresión por una piltrafa. ¿Estaban hambrientos o no hacían más que seguir la máxima que dicta la naturaleza de comer siempre que se presente la oportunidad para prevenir posibles carencias en el futuro? Me inclino a creer esto último.

Antes de retirarse a sus humildes aposentos —lo digo sin sorna, pues ya hubiese querido yo disponer de algo similar, resguardado de la gélida noche—, los trogloditas se ocuparon de alimentar el fuego de la explanada. Debían de temer bastante a las fieras porque prepararon una nueva hoguera justo a la entrada de la cueva. Tanto preparativo acentuaba mi miedo a permanecer solo en aquel tenebroso paraje. ¿Qué horribles criaturas pulularían por allí durante la noche? ¿Y si fuese atacado por dinosaurios? Déjate de sandeces, me dije iniciando una absurda conversación conmigo mismo, los dinosaurios se extinguieron hace más de sesenta y cinco millones de años. ¿Y cuando apareció el hombre? Hace unos cuatro millones de años, creo. ¿Crees? Supongo, no sé. No sabes, entonces es posible... Que no, que dinosaurios y humanos no coexistieron. ¿No? ¿Quién garantiza eso? ¡Mi prima Pepita! No seas capullo, chavalote, aquí no hay dinosaurios. Vale, los humanos jamás vieron un dinosaurio; entonces, ¿por qué existen tantas referencias a encuentros entre hombres y dragones? Eso son solo leyendas. ¿Leyendas? Sabes que en la mismísima Biblia se habla de dragones. Bueno, ¿y qué?; religión y evolución se sustentan en principios antagónicos. Ya, si te sirven estas evasivas para aplacar el miedo... ¡Déjame en paz de una vez! Balanceé el brazo derecho de arriba abajo, con la palma extendida, pretendiendo echar de allí a mi otro yo tocapelotas. Luego, consciente de que no servía de nada discutir con mi propia persona —algo tan irracional como frecuente, dicho sea de paso— intenté aislar mis temores orientando el pensamiento hacia asuntos más banales, como el fútbol o los últimos estrenos cinematográficos.

En medio de esta vorágine iban pasando las horas y el frío se hacía cada vez más insoportable. A ratos olvidaba que todo era un sueño; otras veces me impacientaba al comprobar que no acababa de despertar. En un momento de duermevela, me sobresaltó el castañeteo de mis dientes. Todo mi cuerpo temblaba y sentía cierta opresión en el pecho. Con toda probabilidad se derivaría del esfuerzo por mantener la postura fetal que había adoptado para no dejar escapar el calor corporal, pero como las desgracias nunca vienen solas temí que estuviera al borde de un espasmo coronario. Llegué a imaginar que amanecería allí congelado. Vaya paradoja: yo muriéndome de frío y las llamas burlándose de mí a un tiro de piedra. No lo pensé más. Hacía tiempo que los cavernícolas se habían retirado a dormir; no tenían por qué descubrirme.

Es curioso cómo se multiplican los placeres cuando se consigue lo que se ansía, cómo sabe a gloria un plato de patatas fritas con huevos cuando se tiene hambre, cómo aprecias la cama cuando te estiras después de una agotadora jornada o cómo te alegras de ver el inodoro cuando llegas a casa reventando por orinar. En aquel instante hubiera querido abrazar el fuego, fundirme con él. Creo que no hay placer equiparable a recibir calor cuando se tiembla de frío. Poco a poco y a medida que me dejaba poseer por la redentora fuente de energía me fui convenciendo de algo de suma importancia. Fijé la mirada en las brasas, en cómo las rojas llamas bailoteaban al son del tímido viento, y caí hipnotizado, atrapado por su embrujo. ¿Qué tiene el fuego? ¿No se han preguntado nunca por qué nos atrae el caprichoso juego de las llamas de una hoguera? ¿Por qué nos fascina contemplar el crepitar de la leña en nuestra chimenea? Durante un tiempo que no sabría calibrar, caí rendido al poder seductor de la ignea danza. Me sentí liviano, casi etéreo, en extraña comunión con un elemento tan vital para el hombre como impenetrable, un dios que se puede ver pero no tocar. Me imbuí de su aroma, de su magia, de su misterio... y le preguntaba el motivo: ¿por qué nos apasionas?, ¿por qué sucumbimos a tu hechizo? En mi arrobamiento me figuré que la Madre Naturaleza tomaba forma entre las llamas para hacerme partícipe del secreto. Creí ver su majestuosa silueta, su rostro encendido, sus labios eyectando en un susurro la revelación del misterio. En aquella época lejana no existía nada tan poderoso ni tan imprescindible como el fuego. Su valía no se fundamentaba exclusivamente en la seguridad que proporcionaba frente a los depredadores, así había tenido ocasión de presenciarlo unas horas antes, o en su determinante papel como fuente de calor, como estaba comprobando en ese preciso instante. El fuego era mucho más. En la prehistoria se utilizaba para levantar la caza, para aguzar las azagayas, para cocinar, con la consiguiente eliminación de microorganismos nocivos para la salud... El fuego era la vida. Indispensable hasta el punto de que el hombre no sería lo

que es si no hubiese aprendido a utilizarlo. Durante cientos de miles de años el fuego se erigió como nuestro mejor aliado. Y esa información se hallaba grabada a perpetuidad en nuestros genes. Sí, estaba desamparado y me ofreció protección. Definitivamente lo habría abrazado.

El calor fue normalizando mis funciones vitales. Me di cuenta de ello por la sensación de bienestar y... porque había recobrado la lucidez; al menos mis pensamientos volvían a parecer sensatos. ¿Acaso dejaron de serlo? Ustedes juzgarán. El caso es que volví a centrarme en los pormenores de mi evasión. Ya despertaría cuando tuviera que despertar. Había una persona que pensaba, que sufría, que veía. Esa persona era yo, aunque fuese en sueños era yo, estaba atrapado en el tiempo y debía escapar. Cuanto antes. Con el primer claror de la aurora. Pero ese día el sol no quiso aparecer.

## Aprender a sobrevivir

No me percaté de ello hasta que sentí el impacto de una gota de agua en mi frente. Alcé la mirada y descubrí horrorizado que el manto de estrellas había desaparecido. Una nueva traba desplegada con esmerada sutileza por el malvado Ikelos, dios de las pesadillas, que había forrado de gris las paredes del firmamento para prolongar mi angustia. El cielo se había encapotado en solo unas horas y la lluvia pronto dejaría de ser una amenaza para convertirse en realidad. ¿Cómo iba a posicionar los puntos cardinales si habiéndomelo jugado todo al más fiel representante del oriente, ese día no me mostraría un mísero rayo? No lo conseguiría. La tenebrosa oscuridad de la noche daría lugar a la sombría oscuridad del día en un amanecer triste carente de luz. La expedición debía contar con tres miembros: el sol, el fuego y yo, y uno de ellos ya había caído. Una nueva gota de agua presagiaba la funesta posibilidad de que cayera el segundo. Y eso implicaría postergar mi regreso, algo que ni quería ni me podía permitir. Así que decidí emprender el camino de inmediato. Me hice con el más consistente leño que me vi capaz de acarrear y lo aposté todo a la Providencia y a mi patético sentido de la orientación. El calificativo no es gratuito, como enseguida tendrán ocasión de comprobar.

Portaba el fuego con mucho esmero, como quien lleva un bebé, con la única particularidad de que, obviamente, no podía acurrucarlo entre mis brazos. Encorvé la espalda para fabricar una improvisada marquesina donde protegerlo de inoportunas gotas de agua, y así iba caminando en una estrambótica figura. Si el fuego se apagaba, se extinguirían con él mis únicas esperanzas de salvación. Desarmado no podría hacer frente a las fieras. Y aunque llegara a la cueva no sería capaz de entrar; el miedo atenuaría mis músculos. No había vuelta de hoja: bajo ningún concepto se podía mojar el madero porque el fuego era mi seguro de vida. Iluso de mí; como si no hubiera nada más de qué preocuparme. Si se desencadenaba un aguacero, confiaba en resguardarlo bajo los árboles. Eso podría funcionar, pero... ¿cómo narices iba a lograr prender una fogata si toda la broza estaría empapada? Me di cuenta de aquello cuando llevaba unos veinte minutos caminando, justo cuando los arqueros del cielo comenzaron a disparar sus flechas. Poco después llovía a mares.

Aun consciente de que no bastaría con proteger el leño del temporal para garantizar el éxito de mi aventura, me propuse preservar algo de lumbre, con la fe puesta en encontrar en la cueva, o mejor en algún lugar próximo a ella, vegetación seca para montar el arma con que disuadir al plantigrado, si es que seguía allí, claro está. Alcancé a cobijarme bajo las ramas de una imponente conífera y apreté mi idolatrado trozo de madera contra el inmenso tronco del árbol. Me arrimé todo lo que pude, moldeando mi cuerpo en busca de una imposible estanqueidad. Me acerqué tanto que acabé por abrasarme el vientre. Aguanté así durante una infernal e interminable hora. Luego el temporal remitió. Se me concedía una tregua y era más que probable que fuese corta. Era evidente que no había tiempo que perder; necesitaba llegar cuanto antes a la cueva. Suspiré aliviado al comprobar que seguía saliendo calor de la madera y refunfuné: «¿Cómo es posible que siendo el fuego y el agua los dos pilares fundamentales de la vida, sean a su vez enemigos irreconciliables?».

Aligeré el paso, casi me puse a correr, procurando no perder de vista la falda de una montaña que había tomado como referencia, hasta que me invadió la duda: ¿en qué momento debía girar para salir del bosque? Me detuve e intenté recordar el recorrido. No podía ser complicado, pues solo atravesé tres entornos paisajísticos distintos, y uno de ellos era el pinar donde me encontraba. Primero anduve por un encinar, luego crucé una llanura un poco más grande que un campo de fútbol y finalmente comencé a ver pinos y algún que otro abeto. Y la montaña que me guiaba. Pero ahora me resultaba imposible determinar el punto donde debía cambiar de dirección. Y las condiciones meteorológicas no estaban para dar pasos en falso. No sé en qué basé mi impulso. Me parecería injusto cargar toda la responsabilidad a mi instinto, porque la perentoria necesidad de encontrar la senda correcta me presionaba con fuerza, mermando de consideración todas mis facultades, pero estoy seguro de que cualquier persona un poco más espabilada habría encontrado el camino, o al menos se habría dado cuenta de que el llano que se extendía tras el bosque no era el mismo. Habría reparado en sus desproporcionadas dimensiones y en la mayor abundancia de maleza. Pero yo nunca fui muy observador. Cuando camino rara vez voy pendiente a lo que me rodea y aunque por un casual algún detalle me llame la atención, mi apreciación no deja de ser superficial. No acostumbro a retener información minuciosa. Mi memoria fotográfica ha sido siempre un auténtico desastre y aquel día no iba a resultar una excepción.

Mi desazón se iba multiplicando con el transcurso de los minutos, sin que hiciera otra cosa que sortear matorrales «¿Cuándo van a aparecer las puñeteras encinas?», me preguntaba una y otra vez. La paciencia acabó de abandonarme cuando la atmósfera se vio sacudida por un atronador estruendo. Por un instante la pradera se iluminó. Fue como si el rayo también iluminara mi mente, porque enseguida comprendí que había errado el camino, que no tenía a mano refugio donde salvaguardar el fuego y que mi expedición acabaría en el más completo de los fracasos. Corrí sin rumbo, desesperado, buscando un triste arbusto donde guarecer a mi amigo del alma para librarlo de las violentas acometidas de su peor enemigo. Grité de impotencia porque no encontraba nada y su vida se extinguía. Me pinché buscando un recoveco entre unos zarzales. Casi me parto un dedo intentando mover un pedrusco para abrigar en su seno el hálito de calor que aún conservaba el tronco. Pero todos mis esfuerzos fueron en vano. Me dejé caer, deshecho, y exploté a llorar como un niño. Era demasiada la tensión acumulada y necesitaba desahogarme. A menudo se recurre al llanto para expiar los errores. Después del arrebató pasional uno suele recomponerse, se recapitulan los sucesos y se reorganiza una estrategia. No fue este mi caso. Permanecí un largo rato con la cabeza hundida en la tierra, esperando quizás un despertar que no acababa de llegar. Y así habría continuado durante horas si no fuera porque presentí que algo me estaba observando.

El sobresalto me puso en pie; una hiena manchada clavaba sus ávidos ojos en mí. Agarré de inmediato el otrora venerado trozo de madera; sin fuego no era tan poderoso, pero no dejaba de ser un arma. Parece mentira que algo tan simple como la rama de un árbol se erigiera en principal protagonista de uno de los episodios más importantes de mi vida. La hiena escrutaba mis impetuosos movimientos sin inmutarse, como si siempre hubiera sabido que su pretendido almuerzo no era carroña. Sin sopesar cuán arriesgada podría resultar mi acción me abalancé sobre la fiera con la intención de atizarle un golpe en el lomo. El animal retrocedió unos metros, pero tan pronto bajé el palo volvió a aproximarse. Miré a mi alrededor, con el terror consumiendo mi alma porque presentía que no estábamos solos. En efecto, otra hiena observaba con curiosidad la contienda.

El recién llegado no tardó en unirse al primero. Me lancé al ataque y ambos retrocedieron. De momento podría mantenerlos a raya, pero ¿qué pasaría si se unían nuevos ejemplares? No quería ni pensar en la truculenta respuesta: me comerían vivo.

Las hienas se agrupan en clanes y, frente a lo que mucha gente cree, son excelentes cazadoras. Persiguen a sus presas hasta el agotamiento y luego las desmiembran sin compasión. Los peores presagios no se cumplieron al no hacer acto de presencia nuevos animales. Era probable, por tanto, que me hallara ante un par de jóvenes machos solitarios. El mal menor, sin duda, aunque no por ello insignificante, pues estos depredadores se caracterizan por su arrojo y perseverancia. Son conscientes de su formidable resistencia y saben que acabarán minando la del rival. Una estrategia que parecía tener bien aprendida la pareja que me acosaba y que no demoraron en poner en práctica.

Comenzaron con amagos de ataques. Primero venía a mi encuentro uno y cuando lo expulsaba tomaba su lugar el otro, de inmediato, sin conceder un leve respiro. Aunque aparentaban docilidad, no podía permitir que se acercaran en exceso porque era evidente que no venían a curiosar; pretendían mordirme al menor descuido. La ofensiva no era directa; se trataba de hostigar y hostigar durante las horas que fuesen necesarias hasta que yo bajara la guardia, algo que inevitablemente tendría que ocurrir, pues mis fuerzas acabarían por agotarse más tarde o más temprano. Un proceso que se aceleraba a medida que marraba los golpes, pues no hay mayor desperdicio de energía en un combate que sacudir al aire. Me percaté de ello y comprendí cuál era mi única posibilidad. Aún me cuesta creer cómo saqué valor para llevar a cabo mi plan en una circunstancia tan dramática. Templé los nervios, me coloqué en cuclillas, rendí los brazos y me hice una bola. Durante varios segundos las hienas se mantuvieron expectantes. Son animales muy listos. Desconfían hasta de su sombra, pero no temen a nada, ni a los leones que duplican su tamaño, y cuando se empeñan en conseguir algo rara vez renuncian. Tras el desconcierto se fueron aproximando con precaución. Yo permanecía quieto como una estatua. Aunque logré dominar los temblores, sudaba tanto que temí que la madera se me pudiera escurrir entre las manos. Era consciente del riesgo que corría, pero quería tenerlas cerca, muy cerca. Noté la humedad de un hocico husmeando mi pantorrilla. Me sabía presa del pánico, pero me propuse aguantar al menos una milésima de segundo más, hasta sentir en mi rostro el repugnante aliento de las bestias. Aun a sabiendas de que sus poderosas mandíbulas podrían triturar mi pierna de un solo mordisco, era preciso tenerlas pegadas a mí, tanto que resultase imposible fallar.

Acompañé mi ataque de un furibundo grito, no tanto por impresionar como para liberar el miedo. El impacto fue brutal, en la mismísima garganta. Las risas —o como se denominen esos diabólicos sonidos— se transformaron en alaridos de dolor. Al menos en una de las alimañas. El acierto desató mi euforia y me dio alas para perseguir a la otra hiena. Cuando vi que tomaba distancia le arrojé el tronco. Hice blanco de nuevo, si bien en esta ocasión no creo que lograra infligirle daño alguno. Seguí corriendo tras ellas y, como si pudieran entenderme, las desafié a que volvieran, acompañando mi ofrecimiento de un absurdo recuerdo para sus progenitoras. La

valentía me duró el tiempo que tardé en darme cuenta de que me había desprendido del arma. Me sentí entonces tan indefenso que mis ánimos se desplomaron en un pispás. Pensé en regresar en busca del leño salvador, pero decidí alejarme cuanto antes de allí, aprovechando que había logrado ahuyentar a las hienas. ¡Quién podía saber si esos bichos no eran capaces de regresar, solos o con refuerzos! Así que corrí en dirección inversa a donde huían. Corrí durante largo rato. La lluvia iba y venía. La maldita lluvia. No había manera de proseguir. Necesitaba el fuego para poder repeler el ataque de los depredadores. No había manera... Debía regresar con «mis amigos» los cavernícolas y mantenerme junto a ellos hasta que el temporal remitiese, o al menos hasta que el tiempo dejara de ser tan desapacible. Escamotear de nuevo un poco de fuego. Lo más importante era el fuego. Me detuve para intentar orientarme. La montaña era un punto de referencia palmario, inequívoco. Pero la montaña no aparecía; mucho menos el encinar o los pinos. Me eché las manos a la cara, horrorizado; me había perdido.

Las angustiosas horas que vagué por aquella llanura, la desesperación de toparme con el mismo riachuelo y con la misma colina una vez tras otra, la pavorosa eventualidad de verme atacado por más animales y el ensañamiento del temporal no fueron castigos suficientes para someter mi espíritu. Apelé a mi dignidad como persona y no volví a desfallecer ni a hundirme en un mar de lágrimas. Caminé con denuedo, sin descanso, recolecté piedras y palos con que defenderme de las fieras y encaré con descarada gallardía el implacable azote de la tormenta. Es nuestro instinto de supervivencia, el artífice de la perpetuación de nuestra especie. Seguir y seguir. Arrastrarse si es necesario. No detenerse. Estoy orgulloso de mí, de cómo afronté aquel desolador panorama. Alguien tan débil como yo, tan pusilánime, tan poco amante del riesgo... Y sin embargo luché. Por mí, por Elena, porque por vez primera en mi vida —discúlpenme si les parezco ordinario— había llegado el momento de echar cojones. Ya no servía correr ni esconder la cabeza. Había que plantar cara, sufrir. Sufrir muchísimo para sobrevivir. Y lo logré. Cuando las fuerzas se empeñaban en abandonarme, cuando apenas podía soportar el peso de mis improvisadas armas, cuando mis pies aullaban de dolor, apareció una llanura, y detrás un pinar, y al fondo la montaña.

## La mirada del cobarde

Hacía rato que había parado de llover. La noche estaba a punto de caer y el clan se encontraba fuera. Parecían distendidos, como quienes se toman una cervecita en una terraza. Yo me sentía muy débil, tiritaba, estaba hambriento...; se veía a leguas que no podría resultar una amenaza para nadie. Eran personas, tendrían su corazoncito... ¿Por qué no me iban a acoger? ¿Qué daño podría yo infligirles? El líder recapacitaría al verme; después de todo, no hice otra cosa que huir de un oso. Algo que haría cualquiera. Me hallaba en una situación extrema y, la verdad, no busqué tanto el amparo del grupo como la compañía. Sobre todo por eso me aproximé.

Una niña fue quien primero me vio. La siguió el anciano y una mujer con un bebé en brazos. Yo esboqué una sonrisa, tímida pero con suficiente brillo como para iluminar de confraternidad mi demacrado rostro. No advertí en sus gestos recelo, odio o cualquier indicio de rechazo. Parecían dispuestos a acogerme. Hasta que me vio el líder. Su reacción fue instantánea: lanzó dos voces que interpreté como un juramento en arameo y me arrojó con furia una piedra, con tal precisión que, aun esquivándola, pasó por la tangente a mi oreja. Me detuve y disparé por las pupilas un dardo envenenado, de ira, de desprecio, de odio. No esperaba mi respuesta; por unos segundos su aturdimiento fue patente. Por unos segundos. Enseguida reaccionó y buscó nuevos proyectiles con que apedrearme. Podría haber acudido a mi encuentro y masacrarme a golpes, pero parecía que le divertía más lapidarme. Me di la vuelta, con la chulería de un torero, despreciando a quien me podía matar. Pude ver de refilón cómo un chico, queriendo imitarle, participaba de aquella salvajada. Luego fui caminando lentamente hasta alcanzar el lugar donde me refugié la noche antes. Las piedras volaban a mi alrededor. Una de ellas arañó mi cuello. Otra fue a parar a la corva de mi pierna izquierda. La que más dolió impactó en la espalda.

Me acomodé como pude en el mismo lugar donde estuve a punto de morir de frío la noche anterior. Llegué tan agotado que me pareció una suite. ¿Cuánto tiempo llevaba en aquella arcaica era? ¿Un día y medio? ¿No iba siendo hora ya de despertar de la pesadilla o... es que no estaba soñando y cuanto me sucedía era cierto? Doler me dolía todo el cuerpo, pero una parte era insuportable. De pronto descubrí que poseía tres corazones. Los dos nuevos se localizaban en los pies y latían desbocados. ¡Cuánto me dolían! Estaban destrozados, repletos de llagas. ¡Cómo iban a estar, si lo más parecido a andar descalzo por el monte que había hecho hasta entonces fue un paseo que di con Luis por las playas del Algarve una tarde del verano pasado! Pero ni siquiera ese palpable testimonio lograba sacarme del empecinamiento: no podía ser verdad lo que me estaba sucediendo. En cualquier momento despertaría, me lavaría la cara y reiría a carcajadas. A continuación me zamparía un tazón de cereales, y un zumo de naranja, y un bollo tostado con aceite, y una manzana, y un café. Mmm, un café con mi cigarrillo... ¡Qué monazo! Mira que tenía hambre...; ¡pues más ganas tenía de fumar! Sí, iba a despertar de un momento a otro. Si no lo había hecho ya, era porque..., no sé, porque... el sueño era largo, o porque... ¿me hallaría en coma en un hospital? Esta nueva idea sobresaltó mis sentidos. Desconcertado, no atiné a decantar mis sentimientos: ¿debía congratularme o autocompadecerme por ello? Estar en coma implicaría la automática nulidad de esta fantásica historia, pero también el riesgo de no despertar jamás, de acabar mis días sin conocer la verdad. Y si no había entrado en coma, la situación no mejoraba, pues entonces resultaría cierto que me encontraba semidesnudo, desesperado, herido, hambriento, atenido y deportado a una época distante de la mía en cualquiera sabía cuántos años. La única carta aceptable que me quedaba era la de la pesadilla, pero el sueño no parecía tener fin, y por más pellizcos y bofetadas que me di en aquel momento —como si mis maltrechos pies o la punzada que martirizaba mi espalda no fuesen evidencias fehacientes del dolor— no había manera de despertar. Así que me quedé con la idea de que lo más probable era que estuviese en coma y me dispuse a recapitular los hechos, para averiguar dónde se hallaba el agujero en esta morbosa historia, cuándo había ocurrido el accidente —antes o después de Atapuerca— que me había postrado en la cama al borde de la muerte.

Para mi sorpresa, recordaba todos los acontecimientos acaecidos durante la última semana con extraordinaria nitidez; fui incapaz ni de lejos de relacionar ninguna circunstancia con un accidente de gravedad. Ninguna, excepto mi llegada a la cueva. Porque caer, sí que caí; eso era tan cierto como que el pollo sale del huevo. ¿Y si en vez de zambullirme en el agua, me golpeé la cabeza? Instintivamente comencé a rastrear mi cráneo con ambas manos en un estúpido intento de localizar la irrefutable prueba que validara esta conjetura. Pero mi cabeza estaba indemne. Un hallazgo que tampoco hubiese aportado mucho porque si mi estado real era el coma, ya se encargaría el subconsciente de engañar a los sentidos. A mis ojos que verían sin ver, a mis oídos que escucharían sin escuchar y, en definitiva, a todo mi ser, que actuaría sin actuar. ¡La situación era de locos! Y parecía que no había nada mejor que hacer que esperar. Sin abrigo. Sin alimentos. Sin fumar. Sin papel higiénico... Sucio como un marrano. Yo, que me lavo las manos cuarenta veces al día... Esperar, esperar... Pero ¿esperar qué: que resplandeciera el sol, que despertara de una puñetera vez? ¡Qué sabía yo! Lo único seguro era que para poder esperar debía mantenerme con vida. Y para ello se me antojaba imprescindible que los cavernícolas se recogieran cuanto antes para dormir porque necesitaba el calor del fuego. Lo necesitaba con urgencia y lo peor era que la noche amenazaba nuevas lluvias. En esas circunstancias me temía que no prepararían ninguna fogata exterior, lo que me obligaría a realizar una incursión en la cueva en busca de calor. Los problemas no hacían más que multiplicarse.

En esas divagaciones andaba cuando percibí agitación entre mis vecinos. No podía entender qué ocurría, pero era seguro que estaban discutiendo. El anciano parecía querer convencer al líder, y éste le reprendía enfurecido. Caminaba de un lado a otro mostrando su enojo con reiterados aspavientos. Se palpaba la tensión en el ambiente. Los niños, pavoridos, se escabullían entre las piernas de las mujeres, que hacían piña alrededor de la muchacha. Desde la distancia pude columbrar sus temblores. La escena que presencié a continuación lo aclaró todo. El líder se acercó al grupo de mujeres. Apartándolas con brusquedad, tomó del brazo a la jovencita y, contra su voluntad, se dispuso a introducirla en la cueva. Entonces ocurrió algo asombroso. El anciano se interpuso en su camino y, alzando su báculo al cielo, prorrumpió en una suerte de disonantes gritos, ora clamorosos, ora lastimeros. Fuesen increpaciones, ruegos, invocaciones o maldiciones, la iniciativa surtió efecto. El líder soltó a la chica y descargó su furia lanzando al aire un espeluznante bramido. Acto seguido zamarreó al anciano y, refunfuñando, se dirigió al grupo de mujeres. Tomó a una de ellas por los pelos y la arrojó al suelo. Los demás contemplaron impasibles la violación.

No puedo reprimir las lágrimas de rabia al recordarlo. Me arrepentiré y avergonzaré el resto de mi vida. Y de nada sirve que más adelante me diese cuenta de que, en cierto modo, las mujeres pudiesen sentirse honradas al recibir los favores sexuales del jefe del clan. La prepotencia, las formas, el autoritarismo y la violencia que desplegó aquel bárbaro prueban que el acto no puede calificarse de otra forma que de violación. O al menos eso me pareció y yo lo consentí. Podría argumentar mil excusas: que no hubiese podido evitarlo, que el líder se ocuparía primero de mí y luego consumiría su ruindad, que poco podía hacer yo si el resto de hombres lo consentía, que no tenía sentido jugarme la vida cuando ese salvaje a buen seguro violaba día sí y día también a cada una de las mujeres que integraban su harén particular, que no debía inmiscuirme en sucesos de una época tan lejana en el tiempo so pena de alterar peligrosamente el curso de la historia de la humanidad. Pero la única realidad fue que la cobardía circulaba por mis venas paralizando cualquier intento de acudir en su ayuda. El anciano había tenido agallas para plantarle cara y, gracias a su actitud, había evitado que poseyera a una chiquilla de apenas doce años. Yo me escondí como una gallina. Y no hay nada que pueda justificar mi deplorable connivencia, lo mismo fuesen hechos reales que manifestaciones oníricas, porque ni en sueños puede uno dejar de ser un hombre.

## El punto de inflexión

La noche se presumía larga. No podía sacar de mi cabeza la imagen de la agresión sexual. Me preguntaba qué ocurriría mañana. ¿Pretendería aquella bestia inmundada de nuevo forzar a la chica? ¿Acudiría el anciano en su auxilio? ¿Funcionaría la superstición en esta ocasión? Un repentino escalofrío sacudió mi espina dorsal: ¿me hallaría en el mismo lugar presenciando los hechos? Tuve que ahogar en quejido el grito de rebeldía que necesitaba esparcir a los cuatro vientos. Me juré morir antes que ser testigo de otro suceso similar.

Llegado a este punto veo conveniente hacer un pequeño receso. No puedo continuar la narración si no me detengo para aclarar algo importante, porque en caso contrario ustedes pensarán que les estoy tomando el pelo. La historia que con paciencia están leyendo tiene un antes y un después a este angustiante momento en que me hallo abandonado a mi suerte en la oscuridad de la noche, humillado, abatido, avergonzado por mi injustificable neutralidad hasta el extremo de sentir que he dejado derramar buena parte de mi ética y, lo que es peor, de mi dignidad. Acabo de presenciar cómo un salvaje pretendía poseer a una niña y he sido testigo de una agresión sexual. Siento asco de mí mismo y me hallo perdido entre lo imaginario y lo real, en la frontera de la locura, desbordado por los acontecimientos y atrapado en la impotencia. Pero va a tener lugar una extraordinaria transformación en mi persona y ustedes van a notar ese cambio radical. No volverán a saber de ese protagonista apático, cobarde, débil, lánguido, temeroso... No; a partir de esta noche ese personaje, ese boceto de hombre que fui, dejará de existir. Por eso he resuelto suspender por unas líneas este relato, porque me ha parecido honesto advertirlo con antelación, para que no piensen que se trata de una falla en la narración. No. Soy el mismo, quien les escribe, quien vivió este fantástico episodio con tal intensidad que nada ni nadie —ni siquiera yo mismo cuando me erijo en paladín de la sensatez— va a conseguir jamás que recule en mis convicciones, que someta a debate la veracidad de esta asombrosa historia. Me reprocharán que no dispongo de pruebas, que los argumentos son insostenibles, que cada episodio rezuma falacia por todos sus poros. Lo que quieran. Pero yo lo viví. Despierto, soñando, anestesiado, en coma, alucinando bajo los efectos del alcohol, en el delirio de una intensa fiebre... Tanto me da; lo que ocurrió —en el mundo real o en el imaginario— me afectó tanto que alteró para siempre determinados pilares de mi personalidad que hasta entonces consideraba inquebrantables.

Sí, fue aquella noche y en concreto aquel preciso instante el momento en que se sitúa el punto de inflexión. De repente cambié, al igual que la pólvora estalla y se transforma en humo y fuego. Y aún hoy, con la serenidad que brinda recordar los hechos desde la plácida perspectiva de mi escritorio, me cuesta atribuir la chispa que propició tal ignición. Puede que fuera la concienciación del altísimo riesgo a que expondría mi salud si pasaba la noche alejado del calor de la hoguera. Quizá la rebelión de mi dignidad como persona por el brutal suceso que había presenciado y el temor a que el líder violara a la niña en cualquier momento. Tal vez el deseo de acabar de una vez por todas con la incertidumbre que envolvía aquella aventura. La cuestión es que me levanté con ciega determinación, apostando todo en el envite, dispuesto a enfrentarme al repugnante ser que hacía más tormentosa mi situación. Se me presentó la muerte como una aliada, pues si el líder me mataba, se desentrañaría por fin tanto misterio. Si cuanto estaba aconteciendo era auténtico, con la muerte se acabaría todo, me desconectaría de la vida terrenal para siempre. Adiós. Punto final. Pero si me hallaba soñando, la muerte también sería liberadora, porque no existe acción para un cadáver en un sueño. A lo sumo me vería asistiendo a mis propias exequias, contemplaría a los vivos durante un rato, lanzaría al aire reflexiones metafísicas y luego despertaría, porque carece de sentido que un difunto figure como principal protagonista de un sueño.

Este planteamiento sonsacó a mi rostro una sonrisa, que no por amplia dejaba de ser agri dulce, porque... ¡qué diantres; quería despertar pero no morir! Sea como fuere la decisión ya estaba tomada: no habría marcha atrás. No, porque no había otro camino; era el líder o yo.

## Matar o morir

Avancé unos metros y a renglón seguido me detuve. Por fortuna, mi neonata intrepidez no vino al mundo como consecuencia de un impulso irracional y descontrolado. El parto fue tan raudo como inesperado, pero la gestación se desarrolló a lo largo de un proceso que acumulaba interminables horas de desasosiego. Aunque no fui consciente del nuevo yo que se engendraba en mi interior, aunque su alumbramiento significó para mí una sorpresa, no por ello aquel flamante ser se mostró como alguien distante, desconocido. Ese individuo, yo, conservaba los mismos genes. Por mis venas circulaba la misma sangre y la experiencia acumulada se mantenía ligada a mi persona como una segunda e indivisa capa de piel. El valor nació en mí como un retoño brota en la planta. La misma planta. Cambié, pero retuve lo mejor de mi anterior yo. Ahora era más valiente, pero no por ello más estúpido. Salir en busca del líder a pecho descubierto y en aquellas circunstancias sería propio de un kamikaze. Eso también lo sabía mi nuevo yo.

Así que decidí esperar hasta estar seguro de que todo el clan dormía. Busqué el arma propicia y no me fue difícil hallarla: una piedra maciza, de un par de kilos de peso. Puede que se pregunten por mi hombría: ¿era de valientes atacar a una persona a traición, sin concederle una mínima oportunidad para defenderse? Por supuesto, mi plan se alejaba de las directrices básicas que conforman cualquier código de honor. Pero ni estábamos en el siglo XVII ni se había apalabrado un duelo entre caballeros. Se trataba de una ofensiva estrictamente marcial, con el mismo miramiento que rodeó el levantamiento del 2 de mayo y la misma nobleza que esgrimieron los griegos cuando engañaron a sus enemigos escondiéndose en las entrañas de un corcel de madera. El cuerpo a cuerpo en la guerra solo conoce una máxima: matar o morir. Pueden juzgar mi iniciativa como un acto abyecto, pero también pueden considerar que si me descubrían o erraba el golpe, mi enemigo me arrancaría las orejas a bocados y a continuación aplastaría mi cabeza contra las brasas incandescentes. Ustedes dirán si les parece poca osadía exponerme a tal riesgo. Yo no dudé un solo instante: o ejecutaba un golpe certero con la piedra o jamás volvería a ver la luz.

Como había previsto, no prendieron fuego alrededor de la explanada que circundaba la cueva. Me acerqué con mucho sigilo hasta la entrada. Sabía que solo dispondría de una oportunidad y no podía permitirme el lujo de desperdiciarla. Comenzó a lloviznar de nuevo. Eran solo gotas dispersas, pero me advertían de la posibilidad de que las lluvias se prolongaran durante una semana entera, y esto no hacía más que afianzar mi firme resolución de unirme al grupo cuanto antes, como única alternativa sensata de preservar mi vida. Y tenía que ser ya, porque si las precipitaciones se intensificasen, acabarían despertando a alguien y arruinarían mi plan de asalto. ¡Aquel día parecía que llevara una nube sobre mi cabeza como una maldición!

Nada más llegar al límite que separaba la intemperie del refugio me topé con el primer problema: sus ocupantes habían dispuesto una alfombra de fuego a prueba de intrusos. Habían esparcido ascuas en un radio de casi tres metros para disuadir a posibles depredadores. Un obstáculo eficaz contra las fieras, no así para un humano. Bastaba con soltar la piedra y, con la ayuda de algún palo, ir apartando las brasas hasta habilitar un camino de acceso. Sencillo. Lo delicado era hacerlo sin que me oyeran, máxime cuando aquellos individuos a buen seguro poseerían un finísimo sentido auditivo, perfeccionado a lo largo de las generaciones de manera natural, por puras necesidades de supervivencia. Debía idear otra forma de entrar, que aunara sigilo, rapidez y efectividad.

No tardé en convencerme de que resultaría del todo imposible cruzar el umbral sin ser advertido y que, si me andaba con melindres apartando los rescoldos, no tendría tiempo ni de enarbolar el arma. Así las cosas, no quedaban muchas opciones; si ni disponía de un tablón ni en mi vida había practicado el salto de longitud (menos aún sujetando un pedrusco), y no podía entretenerme retirando material incandescente, la única forma de atravesar la barrera de fuego era pisándola. No sería el primer ser humano que lo hiciera. O puede que sí, a juzgar por la época en que me encontraba, pero la ventaja era que yo había visto por la tele cómo ciertos individuos andaban descalzos por el fuego como quien lo hace sobre el fresco terrazo de su casa. Esa evocación no me hizo abandonar la convicción de que acabaría abrasándome, pero, al menos, mitigó mi recelo. Incluso me animé pensando que quizá le vendría bien a las llagas de mis pies un poco de fuego cauterizador. Bueno, más que animarme me consolé. O más bien me resigné.

Dejé la piedra a un lado para que los bíceps descansaran un poco. Luego oteé el interior de la caverna. Me sorprendió comprobar que era mucho más grande de lo que imaginaba. A unos quince o veinte metros resplandecía una hoguera de considerables proporciones. Su luz rescataba de las tinieblas a todo cuanto allí anidaba. Apenas había humo, lo que indicaba que, de una forma u otra, aquel lugar disfrutaba de alguna salida natural a modo de chimenea. A un lado vislumbré una impresionante tinada de leña, que amontonaba desde los troncos más gruesos hasta la chasca más menuda. A otro acerté a ver, sobre una superficie que desde la lejanía me parecía tan pulida como una mesa de mármol, retazos de pieles de animales. Los miembros del clan dormían bajo el calor de la hoguera.

Miré a mis pies como quien contempla a un ser querido justo antes de entrar en quirófano, con la inevitable congoja que nos infunde el fantasma que sobrevuela la sala recordándonos la perenne probabilidad, por insignificante que sea, de que no salga de allí con vida. Hasta les lancé un compasivo y cariñoso beso. Pobres, se habían llevado la peor parte del castigo que estaba sufriendo y yo no tenía mejor cosa que hacer que enviarlos derechos al infierno. También a la gloria, los animé mentalmente. Mi misión jamás podría tener éxito sin ellos. Necesitaba de su fortaleza. Si no aguantaban, el fracaso estaba más que garantizado.

En un pequeño charco introduje los pies. Agua para refrescarlos. Agua para protegerlos. Agua bendita para purificar a los valientes valedores de mi cruzada. Respiré hondo. Hasta me santigué, más por ceremonia que por devoción. Deseé suerte a mis pies, sabedor de que su suerte sería la mía, y me encomendé a ellos como el infante lo hace al arquero para que lo proteja en campo abierto hasta el momento en que pueda cruzar su espada con la del enemigo. Luego di por acabado el ritual, tomé la piedra con ambas manos y entré en la cueva sin mirar el suelo, dando pasos firmes, cortos y rápidos, como había visto hacer en las noches de San Juan.

No me detuve tras cruzar el anillo de fuego. Pueden creerme si les digo que no sentía dolor. Mis neuronas solo transmitían una consigna: localizar el objetivo. Todo se desarrolló con tanta celeridad que mi mente fue incapaz de grabar en su integridad la secuencia cronológica del asalto. Solo conservo en la memoria fragmentos de escenas y destellos de imágenes: uno de los moradores que se sobresalta, mis brazos en alto esperando la orden para liberar la bomba, el chillido de una mujer, mi cabeza dislocada buscando a mi enemigo, los ojos desorbitados del líder, su mano tomando un bifaz, el estremecedor chasquido del cráneo al partirse, el hilo de sangre resbalando por la comisura de su boca, su cuerpo inerte, el niño que me apedreó arredrado en un rincón, el silencio sepulcral que invadió la cueva... El imponente silencio. ¿Lo han «oído» alguna vez? Es terrorífico, es la nada. El oído es el único sentido capaz de percibir la nada. Duró un segundo, el más sobrecogedor de mi vida. Después se dejó oír el crepitar de las llamas, la fricción de alguien contra el suelo al cambiar de postura, el sonido característico de la deglución de saliva, el hipido de un niño y mi grito, un grito de rabia, de poderío, de liberación; el grito de guerra del vencedor. Escruté el rostro de cada uno, clavándoles una mirada prepotente, furiosa, amenazadora. «¿Algún problema en que duerma aquí esta noche?», desafié como si pudieran entenderme. Pues, maravillas del lenguaje, lo hicieron. Se quedaron tan quietos como el fiambre que yacía a mis pies. Comprendieron a la perfección que en ese momento estaba dispuesto a matar de nuevo, bien con la piedra, con el bifaz del líder o a mordiscos y arañazos, si fuese necesario. Ciertamente que en un cuerpo a cuerpo, sin el elemento sorpresa, yo no sería más que un combatiente mediocre (en un derroche de generosidad con el calificativo), pero parecía que el grupo no pensase lo mismo. Me percaté de ello al instante y aproveché esa coyuntura para dar un paseo triunfal alrededor del clan exhibiendo una insultante altanería. Podría haberme acompañado de la piedra o el bifaz del líder derrocado, pero quise hacerlo sin armas, para alardear de una infundamentada superioridad y jactarme de mi fuerza y poderío. Obvié que aquella demostración se sustentaba en un ataque a traición; de hecho llegué incluso a creerme superior a cuantos allí habitaban. Y la sensación que me daba era que todos también lo creían.

El niño que me apedreó se mantenía apartado del resto. Se agitaba con nerviosismo, presa del miedo. Pensé que no debía de tener padres, pues de lo contrario habría buscado amparo en ellos. Me aproximé hasta situarme a su lado. Cerró los ojos y se hizo una bola. Sus sollozos ponían los pelos de punta. «No temas —le dije agitando su hirsuto pelo con cariño—, no voy a hacerte daño». Luego regresé hasta donde reposaba el cuerpo de quien fuera el todopoderoso jefe del clan y lo despojé de sus pieles. Busqué acomodo en la otra punta, lejos del difunto aunque cerca de la hoguera. Por fin dejaría de tener frío.



## A rey muerto, rey puesto

Releo los últimos párrafos y me sorprende comprobar con cuánto desparpajo les confieso un crimen. Y es que visto así, con la garantía de impunidad que me confiere la distancia en el tiempo, la ausencia de pruebas y la inverosimilitud de mi narración, me da la sensación de que les estoy relatando los detalles sobre cómo di muerte a un hombre con la misma insensibilidad que si contara cómo aplasto a un mosquito cuando me molesta. Pues les puedo asegurar que no es esa mi intención. Es más: si les dijera que en estos momentos estoy temblando, no me creerían. Supongo que al escribir me he retrotraído de una forma tan vívida que he vuelto a sentir que no perpetraba un crimen, que luchaba por mi supervivencia de la única manera que me era posible, que no tenía elección si quería seguir viviendo y que actuaba en defensa propia y en la de los miembros más desvalidos del propio clan. Un curioso listado de atenuantes para mi conciencia. Pero mi conciencia no es tonta y sabe que en la jurisdicción actual tendría que enfrentarme a una acusación de asesinato en toda regla, con las agravantes de nocturnidad, alevosía y premeditación. Y no es que mi pulso oscile por espanto, al figurarme una merecida condena. No, estoy temblando porque no consigo apartar de mí la idea de que maté a un hombre a sangre fría, y esta tribulación no desaparece por más que a veces me conforte pensar que lo único que hice fue librar al grupo de un tirano, de un salvaje sin escrúpulos.

Recostado al calor de la hoguera, me puse a reflexionar sobre los motivos que movían al grupo a adoptar esa aquiescente actitud. Nadie se atrevía a retarme. Ni siquiera a provocarme con reproches. Poco a poco se iban acomodando para coger de nuevo el sueño, como si no hubiese sucedido nada. ¿Por qué me admitía el clan en su seno? Se me ocurrió un sinnúmero de razones, algunas susceptibles de configurarse como sólidas hipótesis; otras absurdas y disparatadas: que con su hospitalidad correspondían agradecidos por haberlos liberado del yugo, que había logrado ganarme el respeto y el temor del grupo, que simplemente me acogían por humanidad, que lo prioritario era su propia supervivencia y no podían permitirse el lujo de perder más hombres, que la cara embarrada que Homer Simpson lucía en mis calzoncillos me confería ante ellos un carácter sagrado... Pero el verdadero motivo por el que me aceptaban era mucho más prosaico. Yo había derrotado a su jefe. Sin el más mínimo ápice de nobleza, de acuerdo, pero lo había hecho. Y eso me otorgaba un especial privilegio, el mismo que la manada de animales concede al más fuerte, el mismo que con absoluta arbitrariedad se toma el golpista en nuestra «supercivilizada» sociedad. El privilegio de la autoridad. Yo había sido el vencedor y ahora era el nuevo líder.

No invertí mucho tiempo en llegar a esta conclusión. Diez o quince minutos a lo sumo, lo que tardó en aproximarse una de las mujeres. Procedía de la zona donde descansaba el cuerpo aún caliente del occiso. Su paso decidido me impulsó a ponerme en guardia, pero no llegué a completar la posición defensiva: justo cuando me incorporaba la mujer se deshizo de sus pieles para mostrarse ante mí completamente desnuda. El botín de guerra acudía por sus propias patitas a los brazos del conquistador. El desconcierto me desarmó y cuando quise darme cuenta la tenía pegada, restregando sus glúteos por mis genitales. Mi primera reacción fue la más natural, al menos desde el punto de vista biológico. Ya conocen esta ley universal: cierto miembro sometido a fricción, experimenta una extraordinaria acumulación de riego sanguíneo que se manifiesta en una mutación en su tamaño, etc. Creo que no es necesario entrar en detalles. Pero el consentimiento de una parte física de mi cuerpo no llevaba implícito la anuencia del resto. Del resto pensante, al menos, porque la mayoría de músculos se sublevaron casi al unísono para unirse al jolgorio, hechizados por una vertiginosa sinapsis de lujuria. Igual es por eso, porque a los cerebros masculinos les cuesta reaccionar a tiempo para conjurar el motín, que se ha hecho tan popular el mordaz dicho de que los hombres pensamos con el pene. Por suerte mi cerebro estuvo ágil y supo controlar la situación, después de vencer la inevitable tentación. Por suerte —es justo decirlo, para no faltar a la verdad ni mentir a Elena, a quien tanto quiero— y porque no me abordó precisamente Miss Universo. Conste que era una mujer hecha y derecha, joven, de anchas caderas y pechos bien erguidos, pero su rostro no era de los que enamoran a primera vista. Ni a primera ni a ninguna. Además, había un par de detalles que echaban para atrás al más lúbrico de los hombres: por un lado la cantidad de vello que cubría su cuerpo; por otro y no menos importante, el hedor a sudor y suciedad que despedía. Nunca soporté el olor a sudor; nunca hasta que ingresé en el clan. Recuerdo que el primer día de convivencia con mi nueva familia estubo marcado por la irrupción de intermitentes secuencias de arcadas. El siguiente día me sentía incómodo solo a ratos. A partir del tercero dejé de percibir malos olores. No es descabellado inferir que mi cuerpo desprendía ya el mismo nauseabundo tufo. Aunque, bien mirado, yo solo llevaba varios días sin lavarme; los demás no se habían enjabonado en su vida. No era posible que oliésemos por igual; sin embargo, a partir de entonces y como por milagro, dejé de captar ningún olor desagradable. Mi olfato se había acostumbrado. Es curiosa esta particularidad de los sentidos, su maleabilidad, esa presta disposición para adaptarse al medio. Los sentidos son unos elementos realmente excepcionales. Moléstalos lo más mínimo: un corte de luz, la picadura de un mosquito, un sonido estridente, una comida sosa, un poco de humedad en una habitación, y se te rebelan como si les fuera en ello la existencia. Ponen el grito en el cielo y muestran una tajante negativa a aceptar la nueva situación. Al principio, desde luego. Olvidate de ellos y se acomodan a los cambios con una docilidad pasmosa, una sumisión a todas luces impropia de quienes poco antes exhibieron una oposición tan firme y tozuda. Un misterio reservado a los científicos; la mayoría de nosotros, legos en la materia, explicamos el fenómeno de una manera muy simple: nuestros sentidos, y por ende uno mismo, acaban acostumbrándose a todo: a una visión deficiente, al ruido de la calle, al incómodo respaldo del asiento, a comer bazofia y a soportar hedores vomitivos con tanta naturalidad que pareces formar parte de ellos.

No, aquella mujer no se ganaba la vida como modelo, pero puedo jurar que habría cantado el mismo gallo si quien buscara concupiscencia conmigo fuese la dama más bella del planeta, siempre y cuando oliera también a perros muertos, claro está. Sin esta premisa no puedo sostener lo mismo. No existe caballero en el mundo capaz de mantener su estatus de hombre íntegro y fiel hasta la muerte si de repente y sin saber cómo se ve sorprendido por una mujer esbelta, sensual, guapa, bien perfumada, bañada por un hado erótico y excitada hasta el límite. En esta circunstancia no hay posibilidad alguna de escapatoria. Sobre todo porque no querrás huir. A ver si nos dejamos de una vez por todas de gilipolleces cuando hablamos de fidelidad. En esto creo que somos todos iguales; en lo que nos diferenciamos es en la propensión a favorecer situaciones delicadas y en la proclividad de frecuentar lugares peligrosos. Sabemos de sobra que el lujurioso agujero negro está ahí y que si sus labios carnosos llegasen a rozar nuestra piel, estaríamos irremediablemente perdidos, arrastrados sin solución a su pecaminoso abismo. La prescripción es bien simple: mantenerse alejado. Pero en ocasiones, como sucede con las enfermedades que logran burlar las medidas preventivas, el agujero negro se desplaza sin que lo veas venir, te engulle como un tornado y quedas atrapado en su mismísimo vórtice. Yo me vi sorprendido, pero por fortuna la fuerza del huracán no era demoledora y pude encontrar refugio a tiempo. Expulsé a aquella mujer de un empujón y le ordené que no se acercara más a mí. Sin conocer ni jota del castellano (de nuevo se obraba el milagro), supo entenderme a la perfección. Sus ojos destellaban rayos de ira; su semblante no podía ocultar la humillación. La mujer más fuerte, la favorita del líder y, desde esa noche, su viuda, había sido despechada por el flamante jefe del clan. Me di cuenta de ello y, anticipándome a la reacción de posibles competidoras deseosas de ocupar el trono derrocado, enfaticé estas palabras: «Quiero dormir, ¿entendido?; dejadme dormir en paz». Hablé en actitud amenazante, apuntando con el índice a cada una de las féminas. Uno de los varones emitió un extraño sonido. Por chocante que resulte, habría jurado que pretendía reírse a carcajadas. Corté cualquier conato de mofa o de lo que fuera de raíz: «Y tú, cara de jaula, multiplícate por cero». Mis palabras, indiscifrables para ellos, en aquel mundo se tornaban mágicas, porque parecían comprender el español con la misma facilidad que lo hacen los portugueses e italianos. Lo que ocurría, como fui descubriendo en los días siguientes, era que aquellos individuos gozaban de una inteligencia superior a la que sugería su aspecto y captaban las sutilezas que envolvían cada situación con una clarividencia asombrosa.

La noche transcurrió sin mayores percances. La noche y parte del día siguiente, porque, era tal mi agotamiento, que debí dormir lo menos catorce horas seguidas. Cuando desperté estaban todos aguardando. El cuerpo del líder yacía en el mismo lugar donde exhaló el último suspiro. Cuánto hubiera dado por tomar un buen tazón de café y unas tostadas. Y mi cigarrillo, por supuesto. No podía soportarlo más. Mira que tenía hambre, pero, maldito vicio, habría cambiado sin dudarle una barra de pan por una simple calada. Vanas ilusiones, porque tabaco era seguro que no había y pan... vete a saber los años que pasarían hasta que aprendieran a fabricarlo. «¿Qué hay para desayunar?», pregunté medio en broma, esperando una respuesta solícita, alguien que me ofreciera algo de comer, fuesen bayas o un muslito a la brasa de cualquier bicho, que a esas alturas mi apetito no estaba para exigir delicatessen. En esta ocasión, como era lógico, nadie me entendió. Por respuesta se acercaron los dos sujetos que acompañaban al líder cuando hicieron frente al oso. Se dirigieron a mí en tono suave, sumiso me atrevería a decir, como si estuvieran pidiéndome algo. Como vieron que me resultaba imposible comprender su lengua tribal, hicieron gestos señalando una y otra vez al muerto y al exterior de la cueva. Ahora sí que no tenía dudas: me estaban pidiendo permiso para sacar de allí el cuerpo del que fuera su caudillo, con toda probabilidad para enterrarlo o para proceder con algún tipo de ritual. Accedí moviendo la cabeza de arriba abajo y rubiqué mi conformidad, para que no albergaran dudas, indicando con mi brazo extendido el camino de salida. ¡Cómo podría oponerme a honrar a los muertos!

El resto del clan se mantenía expectante, pero cuando auparon el cuerpo, por cierto con suma delicadeza, comenzó a desplegarse un trasiego de personas hacia un

lado y otro de la cueva. El individuo que conocí disfrazado de arbusto fue derecho a la tinada de leña y comenzó a proveerse de ramas. Algunas mujeres lo acompañaban, aunque estas parecían seguir instrucciones del que portaba el tronco incandescente el día que se cruzaron nuestros caminos. Se aplicaron en avivar la gran hoguera hasta que su capataz lo creyó oportuno. Daba la sensación de que este individuo era el custodio del fuego, su responsable. Fue removiendo y rebuscando entre el material que ardía hasta encontrar el tronco de su agrado, el que portaría en su nueva expedición.

Los demás hombres se dirigieron a un rincón de la cueva que enseguida reconocí como el arsenal, por las piedras y palos que allí se amontonaban. Mientras se armaban con venablos y azagayas, el anciano se aproximó hacia mí. Llevaba en las manos el bifaz que el líder intentó utilizar para defenderse de mi ataque. Repitió los mismos gestos que sus congéneres, señalando sucesivamente la piedra y la salida; solicitaba mi beneplácito para no desposeer al finado de aquel instrumento lítico. Le pedí el bifaz y me lo entregó. No se opuso, pero advertí en su rostro una mueca sombría, que casi aunaba la decepción con la súplica. Observé la piedra con detenimiento. De forma almendrada, sus dos caras estaban minuciosamente talladas. Pasé la yema del índice por las aristas; cortantes, no presentaban ninguna mella, lo que me hizo figurar que aquella herramienta no había sido aún utilizada. La empuñé con firmeza. Bien podía servir como hacha, también como cuchillo, incluso como raspador para arrancar de las pieles los residuos de carne. Era una pieza maravillosa, de cuarcita roja, deduje por su tono rosado. Me hubiera encantado quedármela y no hubiese sentido remordimientos al hacerlo, pero la mirada implorante del anciano me disuadió de ello. Impetraba llevársela y yo no podía oponerme. Se la devolví y sus ojos se iluminaron. Sonrió y se marchó complacido. Uno pasa toda la vida equivocándose y yo había vuelto a errar al enjuiciar el nivel de civismo de aquellos seres prehistóricos; no era justo, al igual que sigue sin serlo en la sociedad actual, catalogar de salvaje a un grupo por la actitud deplorable de uno de sus miembros. Aquella gente poseía sentimientos. Su mente, a semejanza de la nuestra, era simbólica y reflexiva y el respeto con que trataban al difunto evidenciaba una preocupación por los problemas eternos de la vida y la muerte. No sé hasta qué punto amaban al líder; supongo que no mucho porque nadie lloró su pérdida, pero no por ello dejaban de mostrar piedad y humanidad con sus restos, de igual forma a como se hace hoy, cientos de miles de años después.

El clan al completo participaba del séquito fúnebre. Todo parecía indicar que estaban preparados para iniciar la marcha, sin embargo, la partida se demoraba sin causa aparente. Esto me hizo pensar, en un principio, que esperaban con paciencia a que yo diera el orden de salida. El atávico y universal lenguaje de los gestos, sorprendentemente conservado hasta nuestros días, me reveló que lo que en realidad pretendían era que los acompañara. Decliné, por supuesto, el ofrecimiento para unirme al cortejo, pues no me pareció ético que el asesino asistiera al funeral de la víctima. Pero aquel gesto supuso una negligencia imperdonable, analizado desde la perspectiva de nuestros días, pues excusándome en una dudosa, si no cínica, moralidad dejé escapar la oportunidad única e irreplicable de presenciar, y así poder dar a conocer al mundo, la liturgia que rodeaba las ceremonias religiosas de los ancestrales pobladores del planeta. Por desgracia no pensé en ello cuando los vi marchar camino de su particular cementerio; y mientras hoy cualquier antropólogo suspira por desenterrar una necrópolis que pueda volcar datos reveladores del ritual que se practicaba en los enterramientos prehistóricos, yo desperdicé la invitación para asistir en directo a un funeral. Así de estúpido soy a veces.

El tiempo desapacible gobernaba sin mostrar signos de debilidad. Aunque en ese momento no llovía, un lúgubre manto de plomizos nimbos seguía encarcelando mis anhelos de encontrar el único lugar donde existía una mínima posibilidad de retornar a mi época. Por si fuera poco, fuertes rachas de viento no dejaban de advertir que si las nubes decidían descargar, el agua llegaría en forma de torrenciales hordas. Así las cosas, continuaba siendo una temeridad emprender otra expedición en busca del «corredor de redimensionamiento espacio-temporal». El sol liberador no aparecía, ni había indicios de que pudiera hacerlo en un futuro inmediato; de hecho tardó en mostrarse varios días. Pero ahora me sentía mucho más seguro. Solo necesitaba aguardar a que su majestad el astro divino volviera a hacer acto de presencia y entonces acometería un nuevo intento, eso sí, en esta ocasión acompañado de *mis hombres*. Era cuestión de esperar; al menos ya no perecería de hipotermia. Esperar y comer. Estaba realmente hambriento y no sabía cuándo iba a regresar a casa; ni siquiera sabía si regresaría alguna vez... Definitivamente, había dejado de imaginar que me hallaba atrapado en una pesadilla.

## El clan

Casi como un acto reflejo impulsado por la visión de tan pintoresca escena, examiné con interés al grupo mientras se alejaba. Esta iniciativa casual me permitió conocer la configuración del cortejo, única información que logré rescatar, y así poder transmitir, sobre los actos funerarios. Encabezaba la procesión el anciano. En una mano llevaba el bifaz y en la otra su inseparable báculo. Caminaba escoltado por dos guerreros armados. El cadáver del líder su situaba justo detrás de la vanguardia; solo dos hombres lo transportaban, a pesar de tratarse de una carga bastante pesada. Uno lo sujetaba por las extremidades inferiores y otro por las superiores. No parecía ser la manera más respetuosa de llevar el cuerpo, pero qué otra cosa podían hacer en ausencia de fétetro. A continuación desfilaban las mujeres y los niños, cerrando la comitiva el individuo que se cubría de ramas, el cuidador del fuego y otro de los hombres, pertrechado hasta los dientes. El grupo se desplazaba a un ritmo cansino, condicionado sin duda por la carga del difunto, y dejaba escapar un murmullo quedo, como si todos susurrasen a la vez. Solo esporádicos gimoteos del bebé, arrullado enseguida por su madre, rompían el monótono runrún que acompañaba la tétrica marcha. Resulta imposible dictaminar categóricamente a qué obedecía aquel misterioso bisbiseo, pero juraría, con las lógicas reservas que conlleva un juicio de tal calibre, que estaban orando. Permanecí meditabundo, con la mirada fija, varios minutos después de que la silueta del grupo se hubiese difuminado entre los pinos. Luego regresé a la cueva para ver si encontraba algo que llevarme a la boca; mi dentadura no se había ejercitado en dos días y mis tripas no cesaban de protestar ante tamaña insensatez, presionando al cerebro para que viera en sus demandas razones más que perentorias.

Favorecido por el apogeo luminoso de la recién alimentada hoguera, exploré la caverna con la esperanza de encontrar cualquier cosa que fuese comestible. Sobre el bloque de piedra lisa que la noche anterior había etiquetado como la mesa de trabajo de un curtidor hallé, efectivamente, restos orgánicos adheridos a los jirones de piel. No eran más que residuos insignificantes y en descomposición y no me veía aún en situación tan desesperada como para obligarme a tragar aquella morralla despreciada por el propio clan. En la misma «mesa» descansaban piedras talladas con escasa pericia (a diferencia del bifaz del líder), huesos astillados, trozos puntiagudos de madera, lascas de piedra de filos cortantes y astas de animales, instrumentos elementales que a buen seguro utilizarían como raspadores y raederas.

La inspección de la zona hizo que me subyugara un penoso sentimiento, al descubrir apilados varios «trajes» en apariencia sin estrenar. Un simple vistazo la noche de autos y me habría ahorrado profanar el cadáver del líder. No hubiese sido necesario despojarlo de sus pieles y dejarlo desnudo ante sus adeptos. Visto el respeto con que trataban al fallecido, no pude encontrar —ni entonces ni ahora— consuelo que alivie la carga que pesa sobre mi conciencia por haber robado a un muerto. Agradecí no tener a mano un espejo, pues con aquellas pieles tan grandes debía de parecer un espantapájaros, pero el daño ya estaba hecho y preferí no cambiar de vestimenta. Sería bonito y hasta reconfortante decir que lo hice por rendir honores al líder derrocado, pero la realidad fue que me movió el vanidoso deseo de conservar aquel trofeo como muestra de mi poder y testimonio de mi «gloriosa» hazaña.

Por lo demás, no descubrí otra cosa de significación que escapara a mi sucinta revisión nocturna, salvo la existencia de un segundo depósito de leña en una galería ciega ubicada en la parte más profunda de la cueva y las numerosas estalactitas que colgaban del techo (no se me había ocurrido hasta entonces alzar la vista, dando por hecho que nada podría haber allí de interés), que no hacían más que confirmar la impresión que tuve en todo momento, incluso una vez que entré en calor, de que aquel enclave subterráneo era bastante más húmedo de lo que hacía aparentar el inmenso fuego que, a modo de calefacción central, caldeaba constantemente todo el recinto.

A varios metros de la hoguera localicé la vía de escape para el humo: una suerte de agujeros de dimensiones relativamente pequeñas (al menos esa sensación me daba desde el suelo, a unos diez metros de distancia) aunque suficientes para aspirar con solvencia los gases procedentes de la combustión. En un día de lo más gris aquellos tragaluces naturales filtraban una luz tan exigua que se solapaba con la que irradiaba la hoguera.

Revisé palmo a palmo la cueva hasta convencerme de que no contenía despensa alguna y que resultaría inútil proseguir con la búsqueda porque no hallaría ni un triste ratón. Más valía esperar al grupo e incitarlo a salir de caza, o de recolección de frutos o semillas, tanto me daba con tal de dar trabajo a mis impacientes jugos gástricos. Formaba parte de la comunidad; ya encontrarían comida. Si ellos no habían perecido de inanición, ¿por qué lo iba a hacer yo?

Como no llovía, decidí esperarlos en el exterior, no sin antes proveerme de un buen leño incandescente y unas matas secas. A ver qué hiena era capaz de ponerse brava ahora. Pero no apareció ninguna fiera. Quien sí lo hizo al poco tiempo fue el grupo. Regresaban en formación compacta, siempre vigilantes, siempre recelosos. Como era de esperar, el anciano ya no portaba el bifaz y los guerreros que salieron fuertemente armados volvían más ligeros de pertrechos. Se podía inferir que habían enterrado —abandonado, incinerado o sumergido en el río, cualquiera podía saber— al difunto con sus pertenencias; sin embargo, en ningún momento de mi convivencia con aquellos seres observé que existiera una verdadera propiedad privada. Más bien me inclino a pensar que facilitaban al finado las mejores armas, para que se sintiera protegido en su viaje al más allá. De acuerdo; se trata de una opinión un tanto arriesgada, pero, de alguna forma, pienso que creían en otra vida aparte de la terrenal... y no por primitivas sus creencias tenían que ser más disparatadas de las que se profesan hoy en día.

Hicieron círculo a mi alrededor y se sentaron en una postura que mimetizaba la mía. Supuse que aguardaban mis órdenes. Aproveché este compás de espera para escrutar sus fisonomías. El anciano aparentaba estar más expectante que ninguno, aunque este parecer se veía favorecido por la expresión de sorpresa que confería a su rostro la boca entreabierta, mostrando el solitario incisivo que la habitaba. Reparé especialmente en sus brazos, carentes de otra cosa que no fueran piel y huesos, unos huesos que se traslucían a través de la piel más flácida y cetrina que jamás hubiese visto. Se me figuró tan longevo que, si me hubiesen preguntado por su edad, habría aventurado que rondaba los noventa años. Lo que no sabía era cómo envejecían los hombres de aquella inhóspita época, después de subsistir en condiciones tan extremas; por tanto, no sería de extrañar que contara treinta o cuarenta años menos de los que yo le echaba. Ese hombre encarnaba el ejemplo más ilustrativo de la cohesión social que imperaba en el grupo. Su aspecto frágil y macilento testimoniaban su incapacidad para procurarse alimentos; la boca desdentada evidenciaba la imposibilidad de masticar determinadas comidas, por muy endurecidas que estuviesen sus encías. Su supervivencia, pues, solo se concebía con la ayuda de sus congéneres. ¿La solidaridad viene instalada de serie en el ser humano? Eso parecía. Faltaba comprobar si aquella filantropía se volcaba también hacia personas desamparadas de otros clanes, porque lo que fue conmigo... A mí me rechazaron como a un perro sarnoso. Lo pasé francamente mal, por eso me ha salido esta dura expresión, pero, bien pensado, no sería justo calificar de indolente aquella pasividad cimentada en el miedo. No puedo asegurar que no les conmoviera mi situación; de hecho, pienso que la sumisión incondicional que profesaban al despiadado déspota les cercenaba de raíz la manifestación de cualquier impulso piadoso. No seré yo quien apruebe ni justifique esa actitud, pero el miedo te deshumaniza. Por lo demás, en pleno siglo XXI además del miedo también te deshumaniza el egoísmo, el confort del hogar, las noches de jolgorio con los amigos, el derroche, el ahorro cicatero, la cena en el restaurante de moda y, en general, el diseño a medida de una vida tranquila, lejos —sobre todo, lejos— de preocupaciones y necesidades de allende los mares, los mares de nuestros seres queridos.

Fui radiografiando uno a uno a cada miembro del grupo. Los miraba de arriba abajo, memorizando los rasgos físicos más llamativos y luego me detenía unos segundos en los ojos, porque siempre he pensado que son la puerta del alma de cada persona, y yo quería traspasar aquel umbral para extraer datos que me permitiesen precisar un diagnóstico certero de las pasiones que los movían. No sé por qué, presentía que las miradas de aquellos sujetos serían sinceras, diáfanas, reveladoras de sus sentimientos. No sé por qué lo presentí y no sé cómo acerté.

Además del anciano otros cinco varones adultos formaban parte de aquella peculiar comunidad: los dos que junto al líder hicieron frente al oso, el que parecía un árbol andante, el cuidador del fuego y el que se quedó con las mujeres y los niños mientras el resto salía de caza. Debo significar la similitud que existía en la apariencia física de aquellos individuos, algo más achacable a su desaliño que a la singularidad de la raza. Imagine cuál sería su aspecto si jamás se hubiese lavado, peinado, afeitado o cortado las uñas y llevase por vestido un harapiento pedazo de piel sin curtir. Piense ahora en su vecino, ataviado con la misma triste indumentaria e, igualmente, sin haberse acicalado en su vida. Los dos con tanta roña que fuese imposible discernir el color de la piel, con una maraña de pelo mugriento, tieso, asqueroso. Olvide las condiciones sociales, la tonalidad de las voces, la vivienda, el empleo y la familia. Póngase a su lado, descalzo, sin chaqueta, libre de cualquier atavío. ¿Qué os diferenciaría? Pocas cosas; quizá la altura, la nariz, los ojos... Pueden figurarse entonces que, para distinguir a los miembros del clan a primera vista, me vi en la necesidad de valerme de ciertos detalles particulares de cada sujeto. Algunos lucían tan patentes que ya había reparado en ellos desde la distancia; otros los descubrí en aquella improvisada revista a la tropa.

Continuando con los hombres, resultaba sencillo identificar a los guerreros que, junto al líder, consiguieron frenar la acometida del oso mientras llegaban los refuerzos, pues se parecían como dos gotas de agua; con toda seguridad eran gemelos. Tan robustos o incluso más que el difunto líder, eran los miembros más altos del

clan, si bien la estatura no era la particularidad que más favorecía la identificación de los hermanos. El punto que les confería una idiosincrasia especial era la manera en que se desplazaban. Y es que más que caminar trotaban, sin mover los brazos y con los hombros casi un palmo alzados, balanceando el tronco de lado a lado en un movimiento que recordaba las escenas más cómicas del cine mudo. Se movían como pingüinos, aunque con la agilidad del lince. Un desplazamiento tan ridículo como veloz, que constituía su sello característico, algo difícil de escapar a la atención de cualquiera. Luego, cuando me fijé con más detenimiento, observé que sus cuellos eran significativamente más cortos de lo normal; por tanto, deduje que más que un hábito, el rocamboloso vaivén que exhibían al moverse obedecía a alguna congénita tara física común a ambos. Muerto el líder, los gemelos se erigían como la fuerza de élite del clan, los más aguerridos y valerosos. De semblante adusto, apenas exteriorizaban sentimientos, como si mantuviesen constante la solemnidad previa a la batalla. Eran conscientes de su papel en el grupo y no pensaban en otra cosa que no fuese mantenerse en guardia, por si captaban la presencia de fieras o por si veían —me atrevería incluso a decir oían— algún animal susceptible de protagonizar un banquete.

Otro individuo destacaba por su forma de moverse, en este caso porque cojeaba; en concreto el que permaneció en la cueva mientras los demás partieron de caza. En algún trágico incidente debió verse envuelto, pues su extremidad inferior izquierda era mitad pie, mitad muñón. Le faltaban dos dedos, varias falanges y parte de la planta. Me daba escalofríos pensarlo, pero estaba por asegurar que tal pérdida de masa se debía a un mordisco. Rememoré mi encuentro con las hienas y se me originó una enorme bola en el estómago que fue ascendiendo hasta alcanzar la garganta. En un acto reflejo busqué atropelladamente mis pies para cerciorarme —como si no lo supiera con rotundidad— de que los conservaba íntegros, magullados pero enteros. Este gesto no pasó desapercibido al sujeto en cuestión, que, levantándose de un brinco, comenzó a escenificar el lance que le costó buena parte del pie, ora imitando el rugido de un león, ora desarrollando imposibles piruetas, lanza en mano, como si estuviera batiéndose con una invisible fiera. Yo correspondía a su representación con reiterados movimientos verticales de cabeza, para darle a entender que me estaba enterando de cuanto quería contarme. El tipo continuó con su exhibición hasta que se oyó el soniquete de una tímida risa. El hombre de medio pie se detuvo al instante para dirigir una reprobatoria mirada a quien se había reído. Se trataba del portador de ramas; una mano tapando la boca despejaba cualquier atisbo de duda. El asunto parecía bastante serio, lo que hacía inoportuna la mofa, pero hay que reconocer que la imagen de aquel individuo dando saltos tenía su gracia. De hecho, yo mismo tuve que contener la risa, con tal de no ofender al pobre lisiado y eludir el previsible efecto de contagio entre los demás. Oportuno o no, lo cierto fue que aquel conato de carcajada actuó como el toque de clarín que cambia de tercio en las corridas, pues el hombre de medio pie se sentó, visiblemente molesto, dando por finalizada su demostración.

El sujeto que se había reído era el más fácil de identificar fuera del perímetro de seguridad de la cueva, por las obvias razones que ya han sido descritas y que hacen honor al apodo de Hombre Arbusto que desde el primer momento le coloqué. Les juro que no he conseguido entender cómo ese hombre podía ver por dónde caminaba, sin perder ritmo ni tropezar, con tal cantidad de materia forestal cubriendo su cuerpo. Desprovisto de ramaje y hojarasca también resultaba sencillo de reconocer: primero porque, sin ser barbilampión, su barba era con mucha diferencia la menos poblada; segundo porque siempre había una sonrisa iluminando su rostro. Esto fue algo que me llamó poderosamente la atención: lloviera, hiciera frío, se encontrara cazando o luchando con las fieras, este personaje no perdía su buen humor. No era necesario reparar en cualquier otro rasgo; bastaba mirar su cara y enseguida dibujaba una sonrisa de oreja a oreja.

El cuidador del fuego jamás se alejaba de la cueva sin portar el rojo elemento; por tanto, en el exterior lo identificaba al instante. Cuando andaba por casa el asunto era más complicado, pues no presentaba rasgos físicos diferenciadores, pero yo recurría al infalible método de acertar por eliminación: si no podía ser ninguno de los otros, entonces era él. De cualquier forma, era la persona que menos tiempo pasaba en compañía del grupo. Y no porque fuese asocial o de carácter huraño; simplemente se preocupaba con mucho celo de su trabajo. Dedicaba un considerable tiempo a clasificar la leña, retirar la ceniza y avivar las llamas. En ocasiones requería la ayuda de varias mujeres y todas obedecían sin rechistar, conscientes de la importancia de las tareas que les encomendaban. El guardián del fuego era un tipo afable, servicial, bondadoso y solidario, como parecía preferir el crepitar de las llamas a las voces de sus amigos. No resultaba extraño encontrarlo sentado frente a la gran hoguera observando el caprichoso vaivén de las llamas durante horas. Y es que el fuego era su vida, su verdadera pasión.

En cuanto a las mujeres que integraban el clan, no quiero parecer grosero a las señoras y espero que no se molesten por lo que voy a decir, pero si en una ojeada fugaz e impremeditada mis ojos se cruzaban con alguien, para distinguir de inmediato su sexo me valía casi en exclusiva de un único detalle: el volumen de los pechos. No piensen con ello que mi existencia cotidiana se sustenta, cual voyeur empedernido, en la salaz contemplación de cuantos atributos femeninos me salen al paso. Me fijaba en los pechos porque todo lo demás era similar, entiéndase a primera vista, claro. Si se preguntan por la estatura, les diré que, en efecto, era menor en las mujeres, pero solo me servía como referencia si veía en el mismo plano a individuos de distinto sexo. Si están pensando en la barba como inequívoco signo diferenciador, están en lo cierto, pues las señoras carecían de ella, pese al hirsutismo que a todas afectaba en mayor o menor medida (una era tan velluda que incluso tenía pelo en la espalda), pero eran tales las melenas que caían por todas y cada una de las cabezas que este rasgo varonil resultaba imperceptible en una mirada despreocupada dirigida desde la distancia. Por tanto, reparaba maquinalmente en los pechos, en aquella asombrosa turgencia que eliminaba cualquier atisbo de duda. Unos pechos siempre visibles, tanto por la parte frontal como por los laterales de unos vestidos que, no olvidemos, no procedían precisamente del taller de un prestigioso modisto. Sus diseños artesanales, rudos, sin ceñir, dejaban escapar, al más mínimo movimiento, la incontenible voluptuosidad de unos senos admirables, sin duda el punto fuerte —si no el único— de la femineidad de aquellas mujeres. Para acabar con este singular capítulo dedicado al busto prehistórico mencionar que la distinción a las tetas más bellas recayó sobre la preferida del malogrado líder, en tanto que la mujer del bebé poseía las más grandes, en armonía con el resto del cuerpo, el único al que quizá le sobrasen dos o tres kilos. Las secuelas del embarazo, que a buen seguro no tardarían en desaparecer, ya que era imposible estar gordo en aquel mundo donde podías pasar días enteros royendo huesos para engañar a las tripas. El bebé —de no más de un mes, según aparentaba— debía de ser el único miembro del clan que no pasaba hambre, pues permanecía todo el día enganchado a los pezones. Otra cosa era la cantidad de leche que el rorro conseguía extraer en la succión. No creo que fuese mucha; en todo caso, convendrán conmigo en que parece más productivo chupar las mamas que pulir los huesos, gesto al que estaba abonado el resto del clan, día sí y día también.

Volviendo con la Viuda —así la llamé siempre—, además de su seductora tarjeta de visita (prometí no mencionar más el susodicho atributo femenino), su porte altivo y su carácter malhumorado la hacían inconfundible. No llegamos a congeniar, por más que en varias ocasiones traté de limar asperezas. Nunca aceptó el hecho de verse relegada. Ella, la mejor hembra, la que sobresalía por su arrojo, por su fuerza, porque se hacía respetar por las demás, aquella por la que suspiraría cualquier hombre (primitivo); la mejor con diferencia... despechada por un tipo ridículo, un advenedizo blanco como la leche, tan escuálido que parecía tener por tronco un sarmiento, despistado, inseguro, atontado; una birria de hombre —las cosas como son, no me duele en prendas reconocerlo— cuyo único mérito había sido matar a traición. Me odió. Creo que me odió con fuerza. Aun así, sin llegar a repetirse el desenfadado abordaje sexual de la primera noche —su orgullo herido no le permitía acercarse a mí—, jamás dejó de hacer méritos para convencerme de que no tenía igual entre las mujeres. Recurría a todo tipo de artificios para llamar mi atención: adoptaba poses insinuantes (por llamarlo de alguna forma, entenderán a qué me refiero) para mostrarme sus encantos, exhibía su vigor moviendo objetos pesados, imponía su autoridad entre las mujeres, plantaba cara a las fieras con la misma intrepidez que los hombres... En todo momento supe que cuantos actos desplegaba perseguían como principal finalidad hacerse con mis favores, pero por respuesta recibía mi indiferencia. Y ese rechazo atormentaba su ego, la corroía por dentro, le amargaba la existencia. Se rebelaba protestando cada una de mis decisiones, refunfuñaba por todo, y, cuando se convenció de que hiciera lo que hiciese jamás lograría recuperar oficialmente su lugar en la jerarquía del grupo, se dedicó a instigar contra mí. A la mínima que yo mostrara un signo de debilidad o indecisión, se arrimaba a uno de los gemelos —supongo que a uno de ellos, aunque no descarto que alternara con los dos, porque yo era incapaz de distinguirlos— para cuchichear. Y para despertar su interés no dudaba en mostrarse especialmente cariñosa. Lo hacía no tanto para darme celos como para enrojarlo en su cruzada contra mí. Yo advertía el azoramiento en el rostro del guerrero y me hacía cargo de su angustiosa lucha interna, pero sabía que por un lado no quería defraudar a su líder, en tanto que por otro ardía de ganas de poseer a aquella mujer. Un día pude «hablar» a solas con los hermanos y conseguí hacerles ver —con gestos groseros, debo admitir— que no me atraía aquella señora, que podían copular con ella con absoluta libertad. Y así fue: no pasó ni una hora y la Viuda fornicaba con uno de ellos en mis propias narices. Gemía con exageración para llamar la atención y, cuando nuestras miradas se encontraron, me dedicó una sonrisa desdeñosa para rubricar su triunfo. La inicial reticencia del gemelo (¿los gemelos?) para acceder a las pretensiones carnales de la Viuda evidenciaba el tácito privilegio del líder de quedarse para su exclusividad con la mujer dominante del grupo. Por tanto, parecía más que probable que los demás pensasen que aquel acto suponía una humillación pública y que estaba en mi derecho y era mi obligación resarcir mi honor. Pero a mí esa cuestión me la traía al pario; lo único que en verdad me preocupaba era que aquella formidable mujer que con tanto ardor se dejaba querer consiguiera quitármela la vida. Pero el gemelo, los gemelos, eran soldados de raza. Me jugaría el cuello a que en ningún momento se les pasó por la cabeza la idea

de sedición.

La más especial de las mujeres que formaban parte del clan era Ojos Claros. Y no lo digo por la particularidad de este rasgo, pues sus ojos no es que fuesen verdes o azules; eran castaños, aunque diferenciados de un grupo donde todos te miraban a través de dos agallones de azabache. Ojos Claros era especial por su... ¿cómo lo llamaría?; era especial por su... ternura. Sí, eso es; ternura. Aquella mujer irradiaba paz. Jamás la vi increpar a nadie, tener un mal gesto o responder con desagrado. Su generosidad brotaba de manera espontánea. Transmitía calma en cada palabra, tranquilizaba a los pequeños, mediaba en las discusiones, consolaba a quienes caían presas de la ofuscación. Sin embargo y pese a tantas virtudes, no creo que el grupo la valorase como se merecía. Quizá porque su aportación, aun siendo noble, poco o nada ayudaba a la supervivencia. Y eso primaba sobre cualquier cosa. No es que fuese una mujer débil porque allí nadie lo era, pero no podía aspirar al respeto que la Viuda se había ganado con su autoridad, o a la confianza depositada en el anciano por su sabiduría, o a la admiración que despertaban los intrépidos gemelos. El manifiesto bajo perfil de Ojos Claros —incapaz de influenciar en nadie, indecisa, carente de iniciativa, dócil, conformista...— hacía que fuese considerada por el grupo como una mujer corriente. Pero yo siempre vi en ella algo diferente, algo que los demás no lograban apreciar. No necesitaba mirar su rostro para identificarla; por asombroso que resulte les aseguro que jamás, ni aún de lejos, llegué a confundirla. Era como si su cuerpo estuviese rodeado de una misteriosa y perenne aura que delatara su presencia. Comprendo que esto les pueda parecer absurdo, pero no soy capaz de encontrar una explicación razonable.

El póquer de mujeres lo completaba la Bruja. Sé lo que están pensando pero se equivocan. Aquella mujer ni era mala ni tan fea como podría desprenderse de tal apodo. Al menos no era más fea que las demás, en aquel ambiente generalizado de desaliño. Le puse por mote la Bruja porque se asentaban sobre su nariz un par de verrugas, y lo primero que me vino a la cabeza fue la imagen de la madrastra de Blancanieves disfrazada de anciana. Pero, en honor a la verdad, ni su nariz era aguileña ni las excrescencias tan abultadas. La Bruja se le quedó y, lo que es peor, la Brujita a su hija, una pitusilla de apenas tres o cuatro años.

De esta guisa fui bautizando a cada miembro del clan: el Abuelo, Medio Pie, Vulcano, el Hombre Arbusto, los Melli (tanto daba uno que otro), la Viuda, Ojos Claros, Gordita, la Bruja, Muchacha, Brujita, Muñeca, Golfillo y Bebé. Nombres más propios de un elenco de comediantes que de un clan cavernario. ¿Y a mí cómo me llamaban? Desconozco qué significaría para ellos ni quién fue el primero que me puso el nombre. Para el clan siempre fui *Jaaagsri*.

## La mayor alegría

Y allí estaban todos después del funeral, sentados a mi alrededor, sin dejar de mirarme. Nuestras lenguas eran diametralmente distintas, todos lo sabíamos, pero yo me había convertido en su nuevo líder y, de una forma u otra, les tenía que decir algo. Al menos eso deduje en aquella situación. ¿Qué esperaban: un soporífero discurso de investidura, una arenga con carisma y autoridad, una presentación formal como nuevo jefe, acompañada de las correspondientes instrucciones particulares? Nunca lo sabré. En aquel momento ni siquiera me planteé esos interrogantes porque mis pensamientos giraban en torno a un único propósito. Quería comer.

No dije una palabra, ¿para qué? Encogí mi mano derecha simulando un pico con los dedos y en repetidos movimientos la acerqué y alejé de mi boca, cual ave que picotea el grano. Es un gesto universal. ¿verdad?, me entenderían en cualquier parte del mundo. Ellos no me entendieron. Se miraron atónitos, alargando los labios en un curioso mohín, como haciendo morritos. No pueden imaginar la cara de tonto que se les quedó a algunos. El Hombre Arbusto dejó escapar un conato de carcajada. Era la segunda vez que lo oía reír con timidez. Y la última; el recato que guardaba desde mi inesperada aparición y fulgurante ascenso no tardaría en desaparecer. Para siempre.

Como no estaba dispuesto a darme por vencido, hice un nuevo intento, más explícito que el anterior. Abrí la boca todo lo que pude y simulé que mordía mi propio brazo. A continuación hice los gestos propios de la masticación y la deglución, para acabar frotando mi barriga con sonrisa complaciente. El Hombre Arbusto comenzó a reír sin inhibiciones. Le siguieron Brujita y Muñeca. Como mimo, desde luego, no tengo desperdicio. Por un instante pensé que todos romperían a reír y esa idea de ridículo, tan absurda como pueril, me ruborizó. Pero el resto del clan no quiso unirse a la diversión. La escenificación pudo hacerles gracia, no así el mensaje. Se pusieron de inmediato a murmurar con semblante preocupado. Un minuto después el anciano se dirigió a mí en su extraña lengua, señalando al cielo con insistencia. Me advertía del riesgo de salir de caza con la amenaza de lluvia. La maldita lluvia. Suspiré fastidiado. Dudé sobre qué hacer. Estaba harto de inconvenientes. Todo me salía mal. Todo, cierto, pero ahí estaba. Vivo. Logré escapar de las garras de un oso, me batí contra dos hienas con la sola ayuda de un palo, me perdí en el bosque en medio de una espantosa tormenta, había caminado sobre el fuego para matar a una persona y me había hecho con el control de un grupo de hombres primitivos. ¿Cómo era posible que me hubiesen sucedido tantas cosas? Y, lo más sorprendente: ¿cómo era posible que siguiese con vida? Lo que exclamé a continuación retumbó en el bosque con la fuerza de un trueno:

—A ver si se me mete en la cabeza que esto es imposible. No voy a sufrir ningún daño, haga lo que haga, porque nada es real. Estoy atrapado en un jodido sueño. Punto. Y resulta que en este jodido sueño quien manda soy yo. Y ahora tengo muchísima hambre, así que me importa un pepino lo que pueda pasar: tanto me da si llueve, si nos salen al encuentro cincuenta leones, como si aparecen en escena el presidente del Gobierno y el jefe de la Oposición, con tutú y zapatillas de punta, interpretando *El lago de los cisnes*. ¡De modo que ya os estáis levantando —me dirigí al grupo en actitud autoritaria—, gandules, que nos vamos de cacería!

Como era de esperar, nadie me entendió, pero enseguida acompañé las palabras de acciones y toda posibilidad de duda quedó disipada. Me acerqué al ramaje que había soltado el Hombre Arbusto y le coloqué una buena cantidad encima. El puñetero no dejaba de sonreír. Luego aupé a Medio Pie por las axilas y, ni corto ni perezoso, le arrebaté la lanza a uno de los gemelos. Sin volver la vista atrás me encaminé con determinación hacia la espesura del bosque.

Sabía que me iban a seguir, pero aunque no lo hubiesen hecho, no me habría detenido. Ni siquiera para llevar conmigo el valioso fuego. Mi decisión era irrevocable, como cuando opté por matar al líder o morir en el intento. Quizás una actitud recalcitrante. Pero tenía confianza ciega en mí mismo, una confianza que se fortalecía, por qué no decirlo, en los ocasionales momentos en que achacaba mi situación a una macabra pesadilla. Solo que esa idea se desvanecía tan pronto como llegaba. ¡Cómo no iba a ser así! Sobraban argumentos para ello. En este caso esa fugacidad se apoyaba en las punzadas de dolor que martirizaban mi espalda, en el calvario que soportaban los pies y en el hambre atroz que tenía quien llevaba dos días enteros sin comer. Demasiado sufrimiento para un sueño.

Aunque se vieron sorprendidos por mi repentina partida, ninguno de los hombres dudó en unirse a la causa, a excepción lógica del anciano. Me pareció extraño contar con la participación de Medio Pie, pese a que yo mismo había apremiado a que me siguiera, pues suponía que era la persona encargada de cuidar de las mujeres y los niños cuando el resto salía de caza. Me preocupó entonces no haber reparado en ese detalle y sentí la responsabilidad de haber dejado desvalido al grupo. Pronto comprendí que aquel temor carecía de fundamento, pues el resto del clan disponía a su antojo del fuego, el arma más efectiva de aquel primitivo mundo, y contaba en su seno con una mujer fuerte y con más agallas que alguno de los que me acompañaban.

Medio Pie se colocó justo a mi lado, exhibiendo una sonrisa de oreja a oreja. Era evidente que no estaba disgustado por la nueva tarea que le había encomendado, todo lo contrario. Sospecho que por alguna razón, de entre las que no descarto su minusvalía, el líder lo había relegado de la honrosa actividad de la caza. Y ahora se sentía agradecido. Su cara denotaba alegría, pero también compromiso. Quería demostrarme que podía ser útil. Necesitaba ganarse el respeto y la admiración del grupo. Y a fe que lo consiguió.

Integrábamos aquella peculiar montería seis personas. En la vanguardia marchábamos Medio Pie y yo. Los gemelos se movían por detrás a ambos flancos. Tan pronto los teníamos a nuestras espaldas como desaparecían. Cerraban el grupo el Hombre Arbusto y Vulcano. El humo delataba nuestra presencia y, sin rehalas ni armas de fuego y contando con tan pocos hombres, levantar las presas no parecía una maniobra inteligente. Al menos en las circunstancias en que nos hallábamos porque, como pronto tuve ocasión de comprobar, en una situación muy especial y valiéndose de una sagacidad asombrosa, se valían de la batida para la caza mayor. Eso lo narraré más adelante, por guardar el orden cronológico de los hechos. Como decía, Medio Pie y yo caminábamos juntos. Detrás venían los demás; en ocasiones los veíamos, las más los intuíamos. Habían transcurrido unos cuarenta minutos cuando, de repente, Medio Pie se detuvo. Me di cuenta de ello pero continué andando varios metros, por inercia. Y entonces me lo encontré de frente.

No sé quién se sorprendió más, si el bicho o yo. Ambos nos contemplábamos perplejos, porque acabábamos de descubrir algo cuya existencia desconocíamos. El asombro lo dejó inmóvil; la curiosidad le costó la vida. Porque tuvo tiempo de huir después de la sorpresa de nuestro encuentro, pero quiso —al igual que yo— saber más, descubrir qué demonios era yo, que sin ser un hombre parecía un hombre, de la misma manera que yo, fascinado, me preguntaba qué animal era ese, que parecía un híbrido entre un pollo, un ñandú y un pavo. Enorme, diría que superaba con creces el metro de altura y los treinta kilos de peso. Destacaba entre su plumaje grisáceo la cola, no por su tamaño, extremadamente pequeña, sino por su impoluto blanco. Pero lo más llamativo era sin duda su descomunal pico. De forma ganchuda, me infligió muchísimo respeto, miedo más bien, porque estaba convencido de que si me atacaba, podría perforarme los intestinos de un solo picotazo. Por fortuna no fue así. La pobre (y bendita) criatura no vio venir la lanza que le atravesó el gástrico y murió sin comprender qué le había ocurrido a aquel hombre que tenía enfrente, que había perdido el color, la musculatura y la cabellera.

Y allí estaba Medio Pie, la persona más feliz del mundo, al lado del «pavo» ensartado, encantado con su trofeo, como si esperase una fotografía que inmortalizase su atino. Muy a mi pesar la instantánea no era posible. Lo que sí llegaron fueron vitores y felicitaciones. Y me sorprendió que ambos fuésemos los destinatarios. Consideraban que tan meritoria había sido la puntería de Medio Pie como mi habilidad para «hipnotizar» al pajaraco hasta inmovilizarlo. El feliz acontecimiento desembocó en una explosiva algarabía. Era evidente que no conocían dicha más grande que conseguir comida. Se sucedieron saltos, abrazos, parabienes...; para que se hagan una idea: algo parecido a la reacción que tuvimos la gran mayoría de españoles cuando Andrés Iniesta marcó el gol que nos daba el Campeonato del Mundo. No dudé en participar. Mostré mi entusiasmo tocando las palmas, silbando y lanzando, en cuclillas, patadas alternativas al aire, al más puro estilo tradicional ruso. Mi actuación no duró mucho, porque mis pies al momento aullaron de dolor, pero el baile del *kazachok*, insólito para ellos, condujo a nuevas y mayores risas. Por primera vez en varios días —en concreto desde la noche en que la embriaguez hizo improvisar a Luis el viaje— me sentí de un humor excelente. Pero la aguafiestas no tardó en aparecer, en su inexplicable obsesión por amargarme la existencia. Volvía a dar muestras de su poderío con un brusco chaparrón, breve pero intenso. Lo que vi a continuación me dejó pasmado. ¿Han oído hablar de la formación de batalla de los legionarios romanos conocida como la tortuga? Seguro que sí; es muy famosa. Pues eso hicieron en un abrir y cerrar de ojos para proteger el fuego. Me uní como pude a la melé, y aunque estorbaba más que ayudaba, puse todo mi empeño en ser útil. Mi torpeza no me impidió ser testigo de cómo se obraba el prodigio: el tronco incandescente y buena parte de las ramas se mantenían secos a cobijo de nuestros cuerpos. El refugio, si bien eficaz, no podría soportar un temporal continuado. Por eso al primer síntoma de debilidad del aguacero rompimos filas con idea de regresar «a casa» de inmediato. Comprobé que uno de los gemelos no había colaborado en la formación. Era lógico: vigilaba; uno siempre vigilaba.

Emprendimos la marcha a toda prisa. Si yo hubiese tenido que guiar la vuelta, habríamos estado deambulando durante horas, pero mis montaraces amigos sabían muy bien por dónde se movían, y así, no tardamos ni quince minutos en divisar la cueva.

El recibimiento fue grandioso. Parecía que llevaran años sin vernos. Todos, absolutamente todos, se fundieron con nosotros en un multitudinario abrazo. Nos felicitaban y agasajaban con entusiasmo. Me turbó aquel derroche de agradecimiento y me separé del grupo unos metros, para contemplar el espectáculo desde cierta distancia y así valorar la verdadera dimensión de lo que estaba sucediendo. Intenté imaginarme cómo reaccionarían si pudiera trasladarlos por un instante a un hipermercado. Se volverían locos, sin duda. Reflexionaba sobre la sutil subjetividad que define a un término tan cotidiano como la felicidad cuando alguien más se separó del grupo. Creía que Medio Pie venía a rescatarme de la soledad, a convencerme para que me reintegrara a la fiesta. Pero no, se situó frente a mí y colocó las manos en mis hombros. Estaba temblando. Lo miré inquisitivo y descubrí que sus ojos se habían tornado vidriosos. Luego me dio un fuerte abrazo, tan prolongado y cargado de ternura que no pude evitar emocionarme. Mis ojos, al igual que los de Medio Pie, dejaron de ver con claridad.

Me sorprendí a mí mismo, porque yo no soy (¿o debo decir era?) persona de lágrima fácil. Mi relación con Elena, mi primera y única chica, se remonta a muchos años. Éramos casi unos críos cuando empezamos a salir, pero nuestro amor nunca fue empalagoso, ni lo adornamos de cursiladas y enfados pueriles seguidos de entusiastas reconciliaciones. Jamás lloré por amor o desamor. Y conociendo a Elena sé que ella tampoco. Nuestras emociones siempre se manifestaron de una manera discreta. Si a esto añadimos que no me ha tocado la lotería ni me he visto involucrado en algún suceso que pudiera desbordar mi felicidad, no es desatinado asegurar que la emoción que sentí abrazado a Medio Pie fue inédita en mí. Y no por nueva dejaba de ser maravillosa. Me aferré a su espalda y derribé la muralla que confinaba mis sentimientos. Lloré de satisfacción, porque estaba orgulloso de mí mismo, porque —qué más da si no fue consecuencia de un acto premeditado— le había devuelto la ilusión a otra persona. Y esa persona se abrazaba a mí agradecida. Hasta ese día, en mi hoja de servicios solidarios solo figuraban bobadas. Todavía recuerdo abochornado con qué mezquindad me excusé aquella ocasión en que, paseando con mis compañeros de facultad, nos encontramos con una unidad móvil de donación de sangre. Ahora, por primera vez en mi vida, podía decir con rotundidad que había hecho algo grande. Rectifico: GRANDE. Si creen que exagero, háganse cargo de la situación: aquel hombre había sido arbitrariamente declarado incapaz y relegado de por vida a las tareas domésticas, y de la noche a la mañana todo cambia. El nuevo jefe confía en él hasta el punto de permitirle participar en su primera partida de caza. Y no solo eso: lo deja caminar a su lado y abaten «juntos» una apetitosa presa. De desempeñar un papel secundario en el grupo y sentirse desahuciado, pasa a ganarse la confianza del mismísimo líder y a recobrar el protagonismo perdido hacía mucho tiempo. Aquel hombre volvía a vivir. Y yo había propiciado que aquello ocurriera.

## El banquete

Aquel día pasó a ser festivo para el clan. Deduje que no debía de ser muy frecuente regresar de caza con una pieza de ese tamaño. Aunque, bien pensado, tampoco era tan grande. Aquel bicho emplumado podría proporcionarnos, a lo sumo, la misma carne que un corzo, el cérvido más pequeño de cuantos pueblan la Península Ibérica. Entonces, ¿cómo se explicaba tanta alegría? ¿Acaso no practicaban la caza mayor? ¿Jamás habían cazado un ciervo de ciento cincuenta kilos? ¿No estaban capacitados para abatir un gran mamífero? ¿Qué comían, pues, habitualmente: frutas, raíces, roedores, lagartos...? ¿Tal vez carroña? ¿Sería que apreciaban la carne de aquel pajaraco como si de un manjar se tratase o es que estaban tan hambrientos que habrían estallado en júbilo por cualquier cosa que les trajeran, con tal de que garantizara un bocado en el reparto? Motivos tengo para inclinarme a dar por cierto esto último, puesto que jamás vi a nadie engullir con tanta viveza, un hecho que por sí mismo descartaba la hipótesis de la exquisitez, por muy sabrosa que estuviera la carne del «pollo gigante», que por cierto lo estaba. Más adelante tuve ocasión de comprobar que un alimento como ese no se conseguía todos los días, y que cazar un animal de gran tamaño resultaba ser una tarea de lo más dificultosa que pueda uno imaginarse. Intenten capturar un simple conejo, sin más ayuda que palos y piedras, por muy afilados que estén. ¿Complicado? Figúrense entonces un venado.

Como no contaba con referencias del sol, ni podía cuantificar las horas que había dormido la noche anterior, —que debieron de ser muchas, porque tras la cacería no tardó en anochecer—, en esos momentos me resultó imposible determinar si el banquete que íbamos a disfrutar coincidiría con el almuerzo o la cena. Recuerdo que me entretuve unos minutos pensándolo. Y es que mi cuerpo no se había acostumbrado aún a las condiciones de aquel entorno, donde consideraciones de aquella índole resultaban tan intrascendentes como estúpidas. La hora del día era algo que no importaba lo más mínimo. La única medida temporal que tenía significado era la diferenciación entre el día y la noche: de día se podía cazar y de noche no. El paso del tiempo, en sí, daba lo mismo; sencillamente se comía cuando había comida. Y, al menos en aquel grupo, cuando el jefe estaba presente. Lo había comprobado con mis propios ojos: alguien había cazado lo que me pareció una rata y no se atrevieron a tocarla por miedo a que fuesen descubiertos, era tal el pánico a las represalias de su líder. En aquel momento me alegraba pensar que aquel privilegio déspota e inhumano había llegado a su fin, y que esa consecuencia directa de mi llegada, más que generosa civilizada, adicionaba otra razón para liberar a mi conciencia de remordimientos. Pero la realidad, una vez más, no es la misma cuando la vives que cuando te la cuentan.

La cena no tardó en estar servida, o, lo que es lo mismo, el «pollo» no tardó en ser desplumado, descoyuntado, abierto en canal y colocado panza arriba, en el refectorio de aquella singular comunidad, que se ubicaba en el mismo lugar que los dormitorios, esto es, a escasos metros de la gran hoguera. Entonces advertí que todos me miraban. Sus rostros expectantes solo podían indicar una cosa: esperaban a que yo anunciara el comienzo del festín. Puesto en pie y haciendo gala de un reanimado sentido del humor me revestí de solemnidad. Recompuse mi «traje» y ajusté el nudo de una imaginaria corbata. Carraspeé y, tras humedecer los labios, pronuncié en tono grave: «Damas y caballeros: Es para mí un grandísimo honor presidir esta mesa. Quiero agradecer la deferencia que han tenido concediéndome tal distinción. Pero el protagonista de esta velada no soy yo, sino la Gallina Caponata, de cuerpo presente, que está pidiendo a gritos que nos la zampemos. Por tanto, y para que no se aburran ni un minuto más con esta perorata tan majadera, por la autoridad que me ha sido concedida, proclamo que puede comenzar el festín. ¡Al ataqueee!». Acto seguido puse en escena la misma mímica que ya utilizara para representar el apetito. Pero no se movió un alma. Al pronto quedé aturdido, porque no me explicaba el motivo por el que continuaban en compás de espera, cuando era obvio que habían sabido interpretar mis instrucciones. Enseguida caí en la cuenta: el primer bocado era prerrogativa exclusiva del líder.

De pronto me encontré en un brete: por un lado, comprendía que venir desde la *Gran Puñeta* para romper la costumbre de la gente que te acoge constituiría una enorme desconsideración; por otro lado, no quería traicionar mis principios, pues me parecía no solo una descortesía sino una inaceptable falta de escrúpulos ser el primero en saciar el apetito, habiendo mujeres y niños con tanta o más hambre que yo. Al final el corazón prevaleció sobre la razón: fui en busca de los críos y los conminé a que empezaran a comer.

Sus rostros se iluminaron, reflejando a la vez la felicidad, la ilusión y el asombro que les infundía aquella novedosa situación. Confundidos, no se atrevían a cumplir mis órdenes y miraban de acá para allá, buscando la aprobación de otro adulto. Como nadie asentía, sus miradas regresaban inquisitivas a mí y lo que encontraban era una inmutable sonrisa complaciente. Hasta que Brujita decidió romper el hielo y, sin más contemplaciones, precipitó su pequeña boca en las entrañas del avechicho. Al momento la siguió Muñeca. Golfillo, aún receloso, fue el último en incorporarse.

Con el tiempo comprendí que la cortesía y lo que llamamos «buenos usos y costumbres» no dejan de ser cursiladas inventadas por alguien que siempre tuvo la panza llena. El hecho de que los más fuertes comiesen primero no debía interpretarse como una grosería, sino como una necesidad. Los fuertes procuran la comida a los débiles. ¿De qué sirve tener niños bien alimentados si los adultos carecen de energías para cazar? Esto es un ejemplo elocuente que ilustra cómo los actos se circunscriben a las circunstancias. Lo que hoy se condenaría como un comportamiento salvaje, hace miles de años se veía como algo de lo más natural. En los tiempos actuales, por muy menesterosos que nos viéramos, no dudaríamos en prescindir de comer durante todo un día con tal de que nuestros pequeños no pasasen hambre. Esto es porque sabemos que, aun sin fuerzas, podríamos ir tirando. Pidiendo, rebuscando entre la basura..., ¡robando en último extremo! Pero si la supervivencia de nuestra prole dependiera por completo del animal que tuviésemos que cazar, otro gallo cantaría. Entonces veríamos con lógica la necesidad de mantenernos siempre fuertes, y priorizar nuestra alimentación sería la medida más inteligente y sensata de demostrar el amor a nuestros hijos. Yo, con toda mi buena voluntad, había dispuesto que los niños fuesen los primeros en comer. Luego, con la misma naturalidad que el anfitrión sienta en la mesa a sus invitados, di instrucciones a las señoras para que fuesen las siguientes en probar bocado. Y aquello fue demasiado. Fue mirar a los hombres y descubrir al instante el disgusto que les causaba el desparpajo con que me había atrevido a transgredir las normas más elementales. Era tal el enfado que denotaban sus rostros que asumí que debía dar marcha atrás de inmediato. No se trataba de que hubiese suficiente comida para todos, que la había, siempre y cuando unos pocos no se atiborrasen hasta reventar; lo que con toda seguridad molestaba a los cazadores era la injusticia de verse castigados en lugar de premiados. De forma que lo que hice pretendiendo que se viera como un gesto bondadoso, bien podría interpretarse como un agravio. Y las simpatías hacia mi persona podrían tornarse en ojerizas. El temor a una sedición planeó sobre mi cabeza y me vi perdiendo las estrellas de mis charreteras con la misma velocidad que las había ganado. Pero ¿cómo apartar a unas criaturas que comían como desesperados? Era imposible dar marcha atrás; estaban tan enfrascados en ingerir la mayor cantidad posible de comida que no atendían a ninguna otra cosa. ¡Ni a golpes lo habría conseguido! Sin saber muy bien cómo proceder, lo único que se me ocurrió fue dar vía libre a todos para que se sirvieran a su gusto. Dibujé un semicírculo en el aire, rodeando al grupo, y, acompañando este gesto de espavientos, señalé varias veces al animal, invitándolos a comer. En un segundo se formó la zapatiesta; lo que preveía que fuese una fraternal cena acabó siendo una desigual lucha por hacerse con el mejor sitio y apropiarse de las partes más apetitosas, que, para mi sorpresa, resultaron ser las tripas y los órganos internos. Verlos engullir las vísceras crudas con tanta precipitación me resultó bastante desagradable. ¡Y eso que yo no soy escrupuloso con la comida! El fuego no era utilizado para cocinar; lo único que hacían era acercar la carne a las llamas para dorar un poco la piel y eliminar los restos de pelos, en este caso, plumas.

Devoraban el animal con tal voracidad que si no me ando listo, me quedo sin probarlo. Tuve que pugnar, a empujones y manotazos, contra un sinfín de brazos hasta que mi mano izquierda pudo agarrar una de las patas. Apreté con fuerza, dispuesto a que nada ni nadie me hiciera soltarla. El espolón se me clavaba en la palma, pero sabía que si relajaba la presión, se escaparía para siempre mi última posibilidad de participar en el reparto. Proyecté mi cuerpo todo lo que pude hacia la amorfa masa de carne y pieles y me hundí en ella hasta encontrar un resquicio por donde pude colar el brazo derecho. Necesitaba palpar la viscosidad que me confirmara haber alcanzado el objetivo, y cuando lo hice, mis uñas lucharon para abrirse paso hasta el hueso. Apreté el puño a su alrededor y comencé a tirar. A veces la masa se movía a mi favor, otras en contra. Fue una situación dantesca: todos queriendo comer a la vez, tan apretados que temía que alguien pudiera morir de asfixia, enfrascados en una estrambótica pugna por no ceder la posición. Apenas veía nada: Muñeca escapando a duras penas de la maraña humana, la Viuda mordiendo un brazo perdido, el Abuelo recogiendo del suelo pequeños jirones de carne que se desprendían del animal... Lo más importante era no soltar. Aguantar y tirar. Tirar, tirar y tirar. No sé cuánto tiempo duró el forcejeo, pero a mí se me hizo eterno. Hasta que, en una de esas, salí despedido y caí de espaldas. Como botín me llevaba una porción que nacía en el tarso —no sé quién ni cómo pudo quedarse con los dedos— y moría en la parte media del muslo. Menos de lo que pretendía y más de lo que suponía que iba a lograr en aquella insolidaria melé de hambrientos.



Esa fue la primera y última vez que disputé la comida. Juzgue cada cual mi decisión como estime oportuno, y si quieren colgarme la misma etiqueta de salvaje que mi antecesor, háganlo, pero, en lo sucesivo, hice valer mis derechos como líder y tomé, antes que nadie, el trozo de carne que consideré justo. ¡Por nada del mundo quería verme involucrado de nuevo en otra disputa similar!

Me retiré de la refriega y me acerqué al fuego a dorar lo que quedaba del muslo. Aún cocinaba mi carne cuando el resto de comensales había concluido la cena. Algunos, en particular los que tuvieron que conformarse con las raciones más pequeñas del rancho, rebuscaban por el suelo las migajas. Otros se entretenían royendo los huesos y buscando el tuétano. El Hombre Arbusto se aproximó, orgulloso, con un buen trozo del esternón. Se acomodó a mi vera para entregarse a la gratificante tarea de sacar brillo a la pieza ósea. Y en ese empeño estaba cuando, de pronto, se detuvo. Me miró inquisitivo y señaló mi comida. Se ve que le extrañaba que yo siguiera mostrando mi cena al fuego, ora por un lado, ora por otro. No le respondí. ¿Cómo diablos le podría explicar que rotaba despacio la carne al modo tradicional de los asadores de pollos? Como vio que perseveraba en mi actitud, tan ridícula como absurda a sus ojos, comenzó a reír a mandíbula batiente. En absoluto me molestó, aunque me pregunté que tendría aquello de risible. Cualquiera podía saber lo que estaría pasando por su cabeza, si no me tomaba por loco. ¿Quién, en su sano juicio, rehúsa su derecho a ser el primero en comer para poco después acabar metido en una trifulca por conseguir un pedazo de carne, que desperdiciará entregándola como ofrenda al fuego, cuando bien es sabido que este se alimenta con mucho agrado de madera, una materia abundante e incomedible? Sí, aquello parecía de locos. Solo que yo no estaba dispuesto a consagrar mi ración a nada que no fuera mi estómago. Sea como fuere, las carcajadas del Hombre Arbusto levantaron la curiosidad del grupo y, al poco, medio clan observaba mi extraño comportamiento. Hubiera sido sencillo hacerles comprender los beneficios de mi empresa. Bastaba con haberles dado a probar un poco. Pero no estaba en mis planes compartir lo que me había costado tanto trabajo ganar.

Recuerdo aquella carne como una de las más sabrosas que haya probado en mi vida, un verdadero manjar para el paladar. Aunque es justo reconocer que esta valoración no puede ser objetiva si consideramos que llevaba casi tres días sin comer nada de nada; en esas circunstancias era posible que cualquier cosa me hubiera sabido a gloria. La pena fue no tener un buen caldo con que regar aquella exquisitez. ¡Cuánto habría dado por descorchar la botella de Ribera del Duero, Gran Reserva del 99, que mi futurible suegro me regaló hacía varios años para «cuando la ocasión lo mereciera»! Elena lo habría aprobado; de hecho, ella me había animado a dar cuenta de su contenido en alguna que otra oportunidad. «Mira que se nos va a agriar, que nosotros no tenemos bodega para cuidar el vino como hace mi padre». Y yo haciendo caso omiso, reservándola para esa ocasión especial que nunca acababa de llegar. No sé por qué algunos tenemos la manía de no disfrutar las cosas al momento, como si diéramos por hecho que vamos a vivir eternamente y que todo va a estar por siempre a nuestra caprichosa disposición. Me fastidió pensar que jamás probaría aquella botella de vino, pero juré que si regresaba a casa, lo primero que haría sería comprar una pata de jamón ibérico de bellota y descorchar la susodicha botella. Regresar a casa... ¿Acaso me había ido? No quería enfrascarme de nuevo en la controvertida discusión que mantenía conmigo mismo sobre la naturaleza de cuanto me estaba ocurriendo, y no lo hice porque, por encima de todo y después de pasar tantas calamidades, quería disfrutar el momento. Pero confieso que deseaba con tanto ahínco acompañar la cena de un buen vino que, por unos minutos, me mantuve expectante, aguardando el típico y absurdo desenlace onírico que pusiera fin a la historia, pendiente de la aparición de un sumiller de categoría, con su delantal, su pajarita y su concha de plata colgada al cuello, que me ofreciera la mejor carta de vinos y me aconsejara sobre el maridaje más apropiada a aquella carne. O mejor aún, que hiciera acto de presencia el difunto líder, por qué no, estrechando mi mano para explicarme en mi idioma que habían aprendido a fermentar la uva, y que, en agradecimiento a mi simpatía, me obsequiaban con una caja del mejor Vega Erectus, cosecha especial del 800000 a. C.

Por suerte, mi enajenación fue transitoria. Acabé la carne sin acompañarla de una sola gota de líquido que facilitara su deglución. Luego relamí el hueso y lo arrojé al fuego. El Hombre Arbusto volvió a reír. Igual pensaba que me había estado burlando de la gran hoguera. Una vez más, añoré mi paquete de cigarrillos. Enmonado, respoplé con tanta furia que parecía que un toro había bufado en la misma cueva. Luego me entregué a la diversión de la fiesta.

## Noche de fiesta

Sí, han leído bien: dije «fiesta». Y no existe palabra para designar con mayor tino aquel ambiente. No es que hubiera música, ni alcohol, ni canapés, ni trajes de gala, pero sí una reunión de gente alegre que celebraba un acontecimiento de suma importancia: se había comido. Y ese era motivo más que suficiente para organizar una fiesta.

Por increíble que parezca, los desconsiderados contendientes volvían a ser camaradas. Si no lo hubiese visto, no lo habría creído. Charlaban, jugaban, bromeaban... como si no hubiesen estado peleando con uñas y dientes hacia unos minutos. Se querían, puedo dar fe de ello, pero la comida era sagrada, primaba por encima de cualquier cosa. Luchaban por ella, con violencia incluso, pero no por eso dejaba de ser, más allá de los lazos familiares y afectivos, el elemento aglutinante del grupo. Estaban juntos porque se querían, sí, pero, sobre todo porque se necesitaban para subsistir. Si Maslow hubiera presenciado aquella escena, a buen seguro se habría planteado desdoblarse el nivel básico de su famosa pirámide jerárquica de las necesidades humanas para dar prioridad a la alimentación (junto con la bebida y la respiración) sobre el sexo, el descanso o el dolor. Después de sentir en mis propias carnes la verdadera dimensión de la escasez, hay veces que me siento a comer y se me quitan las ganas, solo de pensar en la frivolidad con que se llena el carro de la compra, se cocinan los alimentos y se sirve la comida. En los mataderos de España se sacrifican al año unos setecientos millones de aves... ¡con lo que me costó conseguir aquel muslo!

Disfruté mucho esa noche. De la compañía, del juego, del buen rollo... Lástima que no entendiera su lengua. Pero aquello no se erigió en una muralla insalvable en la comunicación. Las personas tenemos más formas de relacionarnos. ¿O es que un inglés se va a aburrir entre españoles por el mero hecho de desconocer nuestro idioma? Siempre que queramos, los impedimentos se convierten en acicates. Y al igual que ese inglés haría lo imposible por hacerse entender y simpatizar con el grupo, yo puse todo mi empeño en confraternizar con los miembros del clan. Rompí el hielo con lo más socorrido en estos casos: la pronunciación de palabras de uso cotidiano. Señalé a la hoguera y grité: «fuego». Volví a hacerlo pausadamente: «fu-e-go». El anciano entendió que pedía conocer la correspondencia en su lengua y respondió: *toógoros*. De esta manera comencé el aprendizaje de aquella primitiva lengua vernácula. En esa misma noche, además de fuego, aprendí a decir varias palabras: piedra, mano, leña, piel, lanza, pelo, nariz, oreja... Un vocabulario que fui ampliando día a día. ¡Quién lo diría, con lo negado que siempre fui para los idiomas! No mostré interés por conocer cómo se llamaban, pues, como saben, yo había bautizado a cada cual a mi manera, y aunque luego fui descubriendo sus nombres, no dejé de llamarlos por sus respectivos apodos, que puse con todo el cariño, si bien con desigual acierto.

Como decía, esa noche fue especial, pues supuso el punto de partida de una amistad verdadera. Enseguida me di cuenta de que comenzábamos a congeniar, sobre todo cuando di por acabada la clase de idioma para unirme al grupo de los que jugaban. No solo participaban los críos. Si alguna cosa sobraba en aquella época, al menos cuando llovía, era tiempo. Por tanto, era natural que los adultos, ociosos, se unieran al esparcimiento. Después de todo, no había mucho más que hacer cuando no se cazaba. Jugaban a lanzarse piedras y huesos, a simular combates, a ver quién ejecutaba las mejores acrobacias y a correr detrás del cambiante portador de un hueso largo, posiblemente un fémur, del que colgaba un trozo de piel. El juego consistía en arrebatarlo y aguantar con el despojo el mayor tiempo posible. Era una locura, un continuo correr de un lado a otro. Salvando las distancias, me vino a la cabeza el caótico *buzkashi*, ese deporte afgano en que un montón de jinetes galopan persiguiendo al que lleva un ternero decapitado, con la intención de quitárselo a toda costa, una y otra vez, unos a otros, hasta que alguien consigue puntuar. Visto desde fuera, querido lector, es probable que sonría y piense que la escena que describo se parece más al episodio de *La Pantera Rosa* donde varios personajes prehistóricos se disputan un hueso. Pero para mí, todo cuanto acontecía era tan real...

Disfruté como el que más, pero lo mejor vino cuando quise aportar mis conocimientos lúdicos, mostrarles cómo se divierte nuestra civilización. Me aparté a meditar y resultó que, aunque no paraban de desfilar por mi mente juegos y deportes cotidianos, me costaba elegir alguno que, a la vez que fuese sencillo de explicar a quienes no me entendían, no requiriese de material imposible de encontrar o fabricar en aquellas circunstancias. Tras mucho reflexionar, me quedé con los siguientes juegos tradicionales: la rayuela, el pilla-pilla, el pañuelo y la gallinita ciega, y comencé con este último, porque me parecía el más simple. Pero las apariencias engañan, pues me vi incapaz de explicarles la verdadera esencia del juego: no hubo forma de que nadie se dejase palpar el rostro para ser reconocido.

Como primera «gallina» elegí a Medio Pie. Su rostro se hinchó de orgullo al momento. Le vendé los ojos con una tira de piel y le pregunté: «Gallinita ciega, ¿qué se te ha perdido?». Yo mismo respondí: «Una aguja y un dedal». Y proseguí: «Da tres vueltas y las encontrarás». Lo hice girar sobre sí mismo varias veces y lo dejé solo. ¡Qué les voy a contar que no sepan de este juego! Pero lo que sucedió fue algo inesperado, que pudo desembocar en una tragedia. No había dado Medio Pie ni tres pasos y apareció de la nada el Hombre Arbusto para interponer su pierna entre las de su amigo y hacer que diera de bruces contra el suelo y aterrizar a escasos centímetros de la candela. Los demás veían el peligro al igual que yo, pero no pareció importarles. O les hizo tanta gracia la zancadilla que no repararon en cuán temeraria había sido la picardía. Lo más sorprendente fue que Medio Pie también se riera aunque, eso sí, prefirió transferir a otro el papel de gallinita ciega. Pasó la venda a uno de los gemelos, pero este declinó la oferta. Lo mismo hicieron la Bruja y Ojos Claros. Me vi en la necesidad de hacer valer mi autoridad y elegí al Hombre Arbusto como el próximo «que se la quedara». Para asegurarme de que en esta ocasión entendieran el juego, dispuse que los jugadores uniesen las manos formando un círculo alrededor del Hombre Arbusto. Les insistí, como mejor pude, para que no se movieran. Ya vería cómo me las apañaría para explicarle a la gallinita ciega que cuando se encontrara con alguien tendría que adivinar quién era a base de tocar su rostro, su pelo o sus manos. Anudé el pellejo alrededor de su rostro y repetí las palabras rituales del juego y ahí quedó el Hombre Arbusto con los brazos extendidos. Pero la cadena humana se deshizo en un segundo; querían acercarse por la espalda a la gallinita ciega con aviesas intenciones. Tuve que interponerme con rapidez para evitar otra diablura. Les conminé con gestos claros a que esperaran y me puse frente al Hombre Arbusto. Llevé sus manos a mi cara, a ver si comprendía que debía reconocerme, decir mi nombre. Pero el puñetero lo que hizo fue tirarme de las barbas. Actuó con tanto ímpetu que todavía me duele la cara de solo recordarlo. Salí escopetado aullando de dolor y allí los dejé con el dichoso juego, que se las arreglaran ellos solitos. ¡Y vaya si se las arreglaron! Lo que vi desde la distancia era lo que menos me podía esperar. Lejos de avanzar buscando toparse con alguien, el Hombre Arbusto aguardaba a la defensiva, preparado para soportar las trastadas de sus compañeros. Ya se ve qué bien habían interpretado mis explicaciones. ¿O, no me negarán que alguna vez no les ha ocurrido, será que este juego tiene la curiosa propiedad de incitar a la mofa? Sea como fuere, ni había visto jamás ni hubiera podido imaginar lo que idearon mis amigos prehistóricos. Comenzó la Bruja. Se aproximó con sigilo hasta el Hombre Arbusto y en un rápido movimiento le alzó la vestimenta con una mano, mientras con la otra ¡le tiró del falo! Los más pequeños se partían de risa. En primera instancia pensé que la Bruja era la mujer del Hombre Arbusto y que le había gastado una broma, que solo resultaba indecorosa a unos ojos como los míos, acostumbrados a un pudor que tardaría mucho en inventarse. Pero enseguida comprobé que aquel atrevimiento no obedecía al hecho de que fuesen pareja, pues Gordita entregó el bebé a Ojos Claros e hizo justo lo mismo. Y luego fueron desfilando el resto, lo mismo hombres que mujeres, adultos que niños. El clan reía a carcajada tendida, mientras el Hombre Arbusto, que se divertía como el que más, intentaba a duras penas rechazar las continuas embestidas. Hasta que se rindió, y no tuvo otra forma de hacerlo que arremangarse el vestido y dejar sus vergüenzas al aire, permitiendo que cada cual se despachara a su gusto, todo ello sin parar de reír, claro está. No podía dar crédito a lo que estaba viendo: la gente seguía tirando y tirando del pene como si fuese una oreja, y cuanto más tiraban más se reían. Pero la oreja no crece y... ya me entienden. En fin, dejémoslo ahí.

Aquella visión me chocaba y, aunque no la aprobaba, pues no podía aceptar que los niños participaran de aquel desenfreno, debo admitir que la cosa tenía su gracia, después de todo. Pero hay ciertas situaciones que resultan chistosas cuando eres el espectador, no el principal protagonista. Fue quitarse la venda al Hombre Arbusto y señalarme con ella y todo cuanto aquel juego tenía de gracioso se esfumó en un santiamén.

En un acto reflejo tragué saliva y cubrí mi entrepierna. Mis nuevos amigos venían a buscarme con la sana intención de procurarme diversión, pero yo lo que veía era una caterva de individuos descontrolados que pretendían atraparame para ajusticiarme, previo escarnio público. Sin pretenderlo, impartí una nueva clase de castellano, breve pero efectiva. No creo que nadie se quedara sin saber cómo se niega en nuestro idioma, pues si no repetí el adverbio «no» cincuenta veces seguidas, no lo hice ninguna. A pesar de todo, las demandas continuaban, cada vez con más insistencia. Estuve a punto de salir corriendo, pero en el último instante se me ocurrió una idea. Tomé el pellejo y me dirigí a la zona más iluminada de la cueva. El público vitoreaba mi decisión, pero se iba a quedar con las ganas de manosear mi plátano, con perdón de la expresión, que a algunos parecerá cándida y, a otros, grosera. Se me ocurrió que la mejor forma, si no la única, de escapar de la calenturienta voluntad de aquella multitud entusiasmada era ofrecerle un aliciente mayor. Y el pellejo que tenía en mis manos no podía servir más a propósito. El juego del pañuelo. Tenía claro que como mínimo era igual de divertido que la gallinita ciega. Ahora hacía falta formular argumentos convincentes para venderlo de inmediato. Eso o me moriría de vergüenza. Para mí se queda el mal rato que pasé hasta que logré convencerlos. Aunque, para ser justos, aquella noche lo pasé tan bien que esa angustia pasajera no deja de ser una

anécdota insignificante en una velada inolvidable.

Me costó lo mío, pero al final logré separar los hombres de las mujeres y situarlos detrás de sendas líneas que tracé en el suelo, a una distancia razonable que permitiera un mínimo de recorrido para los corredores. Algunos rostros rezumaban asombro, otros desconfianza, pero nadie me quitaba ojo. Me coloqué en el centro aproximado de la distancia que separaba a los dos grupos y alcé el pellejo —en adelante pañuelo, que queda más agradable al oído—. Me di cuenta de que alguien debía hacer mis veces, pues yo necesitaba explicar el funcionamiento del juego. Pensé en Vulcano, uno de los pocos que no participaban de manera activa en el esparcimiento (los otros eran el Abuelo, la Viuda y uno de los gemelos), pero justo antes de que me dispusiera a reclutarlo, como si me leyera el pensamiento, se retiró en busca de leña con que avivar el fuego. Tanto mejor porque, se me había pasado por alto, los grupos no tenían igual número de componentes. Decidí que fuese Gordita quien sostuviera el pañuelo y, de esta forma, maté dos pájaros de un tiro: equilibré los grupos y evité que Bebé se hiciera daño en alguna carrera. Faltaba lo más complicado: hacerles entender las reglas.

Así pues, el grupo de las chicas quedó integrado por: Ojos Claros, la Bruja, Muchacha, Muñeca y Brujita. El de los chicos lo formaban el Hombre Arbusto, Medio Pie, Mellí —de igual forma llamaba a uno que a otro—, Golfillo y yo. Hacerles entender que cada uno respondía a un número tuvo su aquel, pero a base de poner mucho empeño y repetirlo hasta la saciedad, cumplí mi propósito y se convencieron de que, para este juego, cada cual tenía un nombre distinto al suyo, que coincidía con el de alguien del otro grupo. Este proceso pudo durar unos quince minutos. Yo me desplazaba de un lugar a otro sin percatarme de que Gordita, pobrecita mía, mantenía el pañuelo en alto. Vaya descuido el mío. Solo reparé en ello cuando íbamos a comenzar. Le hice bajar el brazo, para que descansara un poco. ¿Cómo explicarle ahora que era ella quien debía vocear de forma aleatoria un número del uno al cinco? Mejor sería que lo dijese yo, aunque participara en la carrera, hasta que entendieran el objetivo del juego.

Comencé gritando el número tres. Allí no se movía nadie. La Bruja y el Hombre Arbusto me miraban alelados, una muy seria y el otro, como siempre, sonriente. Sabían que eran ellos y que tenían que hacer algo, pero no se enteraban de qué, a pesar de los numerosos aspavientos que yo desplegaba instando a que corrieran hasta alcanzar el punto donde se encontraba Gordita. Prácticamente tuve que arrastrar de ellos para situarlos frente a frente, pañuelo de por medio. El bebé, ajeno a cuanto ocurría, mamaba tranquilo en los pechos de su madre. Yo continuaba, como mejor podía, con las explicaciones. Estaba desesperado porque no hacía más que predicar en el desierto. Pero, de pronto, la cara de la Bruja se iluminó. Una sonrisa afloró a su rostro. Suspiré aliviado porque parecía haber entendido, por fin, lo que pretendía que hiciese. Pero lo que hizo fue levantar las faldas del Hombre Arbusto y tirar de nuevo de su pene. ¡Valiente manía habían pillado! Una risotada de campeonato volvió a retumbar en la cueva, pero a mí se me vino el mundo abajo. ¡Tanto esfuerzo y aún mi miembro viril continuaba en peligro! Los hice regresar de inmediato a sus puestos, para cortar de raíz cualquier brote que pudiera hacer resurgir la dichosa y sádica broma y, sin perder un segundo, anuncié el número uno, que nos correspondía a mí y a Ojos Claros. La chica había comprendido que tenía que dirigirse hacia donde estaba Gordita. Como yo fui corriendo llegué primero. Esperé un poco hasta que se colocó frente a mí y, antes de que se le ocurriese meterme mano, pillé el pañuelo y salí pitando hasta la base de los chicos. Ojos Claros seguía clavada en el mismo lugar. No tenía más remedio que armarme de paciencia. Hice que regresara y repetí la misma operación. En esta ocasión vino corriendo. Fue insinuarle que tomara el pañuelo y, ni corta ni perezosa, lo agarró y salió corriendo. Tuve que andar listo para alcanzarla. Todo parecía indicar que el asunto se estaba aclarando, pero quise repetir la acción una vez más con los mismos protagonistas, para disipar dudas. Así, nos vimos por tercera vez frente a frente. Me adelanté e hice el típico gesto de amagar, sin tomar el pañuelo, esperando a ver cómo reaccionaba. Ojos Claros creyó que yo ya lo tenía y se precipitó a capturarame, pero como no me había movido del sitio lo que ocurrió es que acabó... abrazándome. Sonrió porque sabía que la había pifiado. Durante unos segundos ni ella me soltó ni yo puse remedio para que lo hiciera. Desprendía tanta bondad, dulzura e inocencia que... me dominó un sentimiento extraño, de sorpresa por descubrir algo a lo que no estaba acostumbrado. Me azoré un poco y, confiando en que todos hubieran comprendido ya el juego, opté por gritar otro número. Al sonido del cinco arrancaron Golfillo y Muñeca. El chaval llegó en un suspiro y, a la velocidad de un rayo, tomó el pañuelo y salió disparado. El problema fue que no se detuvo al llegar a su base. Siguió corriendo como alma que lleva el diablo, y Muñeca detrás de él dando gritos y pidiendo ayuda a sus compañeras de equipo, que no dudaron en apuntarse a la persecución. Al poco, todo el mundo gritaba y corría detrás del chico, incluso los que no jugaban, con la lógica excepción del Abuelo, que colaboraba a su manera, lanzando al aire bastonazos cada vez que Golfillo pasaba por su lado, como si hubiese que abatirlo a toda costa. Pero aquello no era un niño, era una gacela. El guirigay se prolongaba en el tiempo porque no había manera de echarle el guante. Después de aquel follón, y en vista de mi estrepitoso fracaso como docente, decidí darme por vencido y desistir de explicar cualquier otro pasatiempo. Me aparté y, mientras el clan proseguía con la ardua pero «importantísima» misión de capturar al chico, tomé una piedra afilada y tracé en el suelo la figura característica de la rayuela. Y ahí estaba yo, doce años después, cambiando el patio del colegio por una cueva, mi perfumado uniforme infantil por una pestilente piel de animal salvaje, la Salamanca del siglo XXI por el Burgos del trepoientos mil antes de Cristo, como un tonto esforzándome en atinar en los lanzamientos y en tratar a la pata coja sin cargar el peso sobre las zonas más doloridas de mis pies. Así estuve un rato en soledad, hasta que la curiosidad hizo acto de presencia. Primero fue Brujita, la más pequeña. Luego se sumaron Muñeca y Muchacha. Al poco, todo el clan —incluido Golfillo, que se había desprendido ya del hasta ahora codiciado pellejo— se arremolinaba a mi alrededor, pendiente de mis movimientos. Observaban embobados, sin decir ni pío. Completé el recorrido tres veces. Luego, con la máxima pomposidad, saludé a la concurrencia abriendo los brazos a tiempo que realizaba una genuflexión. Acto seguido hice mutis. Me daba cierta pena, porque saltaba a la vista que estaban entusiasmados, deseosos de recibir mis explicaciones, pero yo no estaba por la labor de emprender una nueva cruzada pedagógica, ahora que la parte más sagrada de mi cuerpo parecía estar definitivamente a salvo. De modo que allí los dejé, con la miel en los labios, contemplando la extraña figura que yo había estado pisoteando, a veces con un solo pie, a veces con los dos. Salí de la cueva para beber un poco de agua, que era lo único que abundaba en aquella inhóspita tierra, y a imaginar que me fumaba un pitillo. Imaginé también que iluminaba el firmamento una inmensa luna y una legión de estrellas, y que me acompañaban Elena, Luis y Marina, y que mi abuela me sonreía desde el cielo y que mis padres, por una vez, se sentían orgullosos de mí. Comencé a imaginar tantas cosas que me sobreviví una imperiosa necesidad de tirar mi cigarrillo virtual y abandonar a toda prisa la intemperie para regresar con mis nuevos amigos, antes de que la imaginación acabase guiándome por el sendero de la locura. O de la amargura.

Cuando volví me quedé boquiabierto: los condenados estaban jugando tan ricamente a la rayuela. Se habían organizado de tal manera que uno jugaba y los demás guardaban cola esperando su turno. ¡Ya podrían organizarse de igual forma para comer! Cuando quien lanzaba la piedra no acertaba con la casilla, dejaba su lugar al siguiente y ocupaba, por propia iniciativa, la última posición en la fila, a la espera de que le llegase de nuevo el turno. Estuvieron así bastante tiempo, por lo menos dos horas, las mismas que me mantuve yo observándolos. Siempre comenzaban por la casilla número uno, con independencia de donde hubiesen errado en el juego anterior, y, lo más curioso: cuando alguien completaba la rayuela saludaba a imitación mía, con genuflexión y todo. Me resultó divertidísimo verlos jugar: la agilidad que exhibía Medio Pie saltando sobre su pie bueno, el solemne y a la vez ridículo saludo de Vulcano, Gordita saltando con Bebé en brazos, los Mellis dando botes como pingüinos mareados, la menuda Brujita tomando impulso para intentar llegar a distancias inalcanzables para ella... Y qué me dicen del Abuelo: ¿alguien ha visto alguna vez jugar un anciano a la rayuela? ¡Pero es que además no lo hacía nada mal!

Pese a que me había levantado tarde, el día había sido largo y me hallaba bastante cansado. En solo unas horas sucedieron muchas cosas: el funeral, la cacería, la cena y los juegos. ¿Cuánto tiempo llevaba en ese mundo? Menos de tres días. Y, sin embargo, me parecía una eternidad. Tanta angustia y sufrimiento, esperando en todo momento el desenlace de esta aventura fantástica, inverosímil, imposible. Tanto contar los minutos había dilatado el tiempo en mi mente, hasta hacerme creer que transcurría a una velocidad superior a la real. Una sensación que no me había abandonado hasta... esa noche. Sí: cuando me uní a la diversión olvidé por un rato mi verdadera vida. Tengo que admitir que me sentía a gusto con mis nuevos amigos. Solo me volvieron los recuerdos cuando salí de la cueva y... hasta cierto punto me molestó. Puede que fuera porque no quería volver a agobiarme, o puede que tratara de evitar que se rompiera el hechizo de ese mágico momento. Porque durante las últimas horas fui feliz entre aquel grupo de seres primitivos. Eso es algo que no puedo negar.

Me acomodé en el mismo lugar que me había servido de lecho la noche anterior. Me resultaba imposible conciliar el sueño, y no era solo por el continuo murmullo que escapaba de la zona de recreo; por mi cabeza no paraban de desfilar imágenes de los últimos acontecimientos, sobre todo de los más divertidos. Pensaba en los juegos y me partía de risa. «¿Qué tal si les enseñaba algún otro? —me dije—. ¿Por qué no darle una oportunidad al pilla-pilla? ¿Y el juego del escondite?». Pero enseguida deseché esta idea, primero porque me lo había prometido y segundo por... respeto a mi propia intimidad, ya saben. ¡No me fiaba ni un pelo de lo que pudiera interpretar esa gente!

El primero que se percató de que me había retirado fue Vulcano. Y enseguida se puso manos a la obra. Requirió la colaboración de la Bruja y Ojos Claros y ambas acudieron sin rechistar. Como yo mismo había tenido ocasión de comprobar en mis propias carnes, antes de dormir era preciso acometer un trabajo ineludible: proteger con fuego la entrada a la cueva.

Valiéndose de un retazo de piel, que por su tizne se ve que destinaban a ese menester, fueron transportando brasas hasta el umbral. Las mujeres sujetaban la piel y el cuidador del fuego seleccionaba el material incandescente. Fueron precisos varios viajes bien cargados para completar el trabajo. Luego Vulcano llamó al resto del clan y le hizo ver que había llegado la hora de descansar, según se desprende de lo rápido que fueron apareciendo todos. Alcancé a oír mi nombre en esa llamada, así que deduje que les diría algo así como: «Señores: el jefe ya se ha acostado, de modo que dejad de molestar. ¡A dormir se ha dicho!». Unos y otros fueron buscando su lugar junto a la lumbre. Mis ojos se cruzaron con la mirada despectiva de la Viuda, con el solitario diente del Abuelo, con el orgulloso semblante de Medio Pie y con la limpia sonrisa de Ojos Claros. Esa chica era muy noble y yo tenía un pequeño bajón emocional. Lo que quiero decir es..., no sé, que sentí ganas de llamarla, no para tener relaciones, que nadie me malentendiera, que yo nunca busqué calor de otra mujer que no fuese Elena. Lo que quería era dormir abrazado a alguien. No estoy seguro de lo que necesitaba, si cariño, compañía, protección o simplemente el contacto humano, y, la verdad, no me veía abrazado al Hombre Arbusto o a Medio Pie. Sonreí ante esta disparatada idea y me acurruqué en mi habitual posición fetal, preparado para vencer el desvelo. El largo día parecía haber llegado a su fin. Parecía. Porque aún quedaba una última sorpresa. Todo el mundo estaba acostado y el silencio solo se veía interrumpido por el crepitar del fuego. Y de pronto, como una inesperada tormenta en día despejado, se dejó oír un sonoro y prolongado pedo. Era lo que faltaba. Tras las risas generalizadas llegó el sonido de otra ametralladora. Enseguida se sucedieron más ventosidades, de modo que, al poco, se había organizado un improvisado concierto donde cada cual aportaba los ritmos que le permitía su peculiar instrumento. Al principio me molestó, luego le vi la gracia y, finalmente, sentí deseos de demostrar que, además de entender aquel lenguaje musical, estaba capacitado para interpretar mis propios acordes. Pero me contuve de hacerlo. Y no hubiera pasado nada por unirme a la función. Luis lo hubiera hecho, sin duda. Supongo que aquello era demasiado para mis principios. ¿Mis principios? ¿Cuándo, en esta puñetera vida, voy a hacer lo que en realidad me apetece? Puede que nunca. Quiero y necesito creer que no, pero quizá por esa pusilanimidad me encuentre hoy pegado al buró escribiendo esta historia.

## Los inventos

Los siguientes días transcurrieron tranquilos, abrigados de la incesante lluvia. Me pregunté si no había regresado a la época del Diluvio Universal, y el Abuelo era Noé y los demás su esposa, hijos y nueras, ya se sabe cómo se tergiversa la Historia... Solo hicimos un par de salidas de consideración: una para cazar y otra para recolectar. El resto del tiempo lo pasábamos bajo techo, a la espera de que algún día el cielo concediera una tregua. Ni siquiera abandonábamos la cueva para hacer nuestras necesidades. No tildarnos de guarros por ello; al fin y al cabo, en ningún lugar se evacua más a gusto que en el propio hogar. El hecho de carecer de inodoros no implicaba tener que convivir con nuestros propios excrementos, para eso estaba la hoguera con su inmenso fuego purificador.

Tanto se prolongaba mi estancia en aquel fabuloso sitio que llegué a apartar por completo la idea de que cuanto ocurría fuese fruto de mi imaginación, subyugada por la fiebre, la inconsciencia onírica o una inexplicable enajenación.

Jamás hubiera podido figurarme lo relajado que se vive cuando no te acucia la sumisión a las manecillas del reloj. El maldito control de tiempo que fiscaliza nuestras vidas. Día y noche. Dormimos pocas horas y el resto de la jornada andamos condicionados por infinidad de tareas «urgentísimas e inaplazables», relacionadas con el trabajo, los estudios, la familia o las obligaciones que de manera absurda nos autoimponemos. Toda nuestra existencia obsesionados con no perder tiempo. Como si naciéramos con una talega de unidades temporales y su pérdida nos condujera directamente a la ruina. O peor aun: al infierno. Mira que somos memos. Allí no existía ese problema. El estrés, infame palabra, no se había inventado. En realidad allí no se inventaba nada que no fuese necesario. El tiempo, sencillamente, no importaba. No se contaban los días ni las horas. Puedo dar fe de que esto era así, pues dispongo de una prueba que no da lugar a dudas, y es que me resulta imposible precisar el tiempo que permanecí en aquella cueva, si fueron tres días con sus noches, cuatro, cinco o siete. Dormíamos cuando teníamos sueño y comíamos cuando conseguíamos comida. En las horas muertas se jugaba a la rayuela, se aguzaban los palos, se jugaba a la rayuela, se trabajaba con las pieles, se jugaba a la rayuela, se descansaba y se jugaba a la rayuela. ¡Vaya éxito aquel juego! Tuve oportunidad de pensar en todo y en todos. Aquellos días quedarán en mi recuerdo como los más relajados de mi vida, como si hubiese disfrutado de unas novedosas vacaciones en una casa rural sin casa, mejor dicho, sin las típicas comodidades, que, dicho sea de paso, tampoco es que las echara mucho de menos. Bueno, un mullido sillón no hubiese venido nada mal, la verdad, pero poco más. Era algo extraño, que solo se explica por la sensación de paz y bienestar que me acompañaba. Cuando se está bien no se echa en falta nada. Ni a nadie. No es que no me acordara de Elena o de mis amigos, pero es que, creo, ellos no hubiesen soportado aquel aislado sosiego, no se hubiesen sentido tan bien como yo. Aquella felicidad espiritual no era óbice, no obstante, para que no pensase en regresar, pero como no dependía de mí, sino de las circunstancias climáticas, la obsesión que hasta entonces me había atormentado desapareció de mi cabeza como por arte de magia. Tanto, que tardé mucho en volver a pensar en el viaje de regreso. Ni siquiera cuando se acabaron las lluvias.

Reflexioné largamente sobre el progreso. Que ha condicionado la vida del hombre es algo evidente. Pero ¿hasta qué punto la ha mejorado? ¿Nos ha hecho más felices? Podría llenar páginas sobre esto, aportando datos incuestionables, comparando las condiciones de vida de un ser prehistórico con las de alguien de nuestro siglo. Y con toda seguridad acabaría diciendo que la felicidad es otra cosa, ajena al progreso, al dinero y al materialismo. En mi humilde opinión, que supongo será compartida por muchos de ustedes, la felicidad está en las propias personas, en el amor de los seres queridos. Pero, las cosas como son, el progreso ha logrado que el trabajo sea menos penoso, que la forma de conseguir el sustento básico resulte menos peligrosa y que las enfermedades sean menos mortíferas. Y gracias a ello la gente vive más; no sé si mejor, pero más. Los seres queridos están más tiempo entre nosotros y, por tanto, somos más felices. Esa es la conclusión a la que llegué y por eso me propuse ayudarlos, transmitirles mis conocimientos e intentar mejorar su calidad de vida. La sorpresa llegó cuando me di cuenta de lo poco que yo podía aportar. ¿Cómo construir sin más ayuda que mis manos una caña de pescar, una red para cazar, un colchón, una linterna o unas simples zapatillas? ¿Dónde estaba la inteligencia del *Homo sapiens*? Esta inquietud, que nació de una forma espontánea, se convertiría más adelante en desazón, cuando los acontecimientos demandaron soluciones que debían estar al alcance de alguien de una «inteligencia superior». En esos momentos zanjé el asunto convenciéndome de que las cosas debían seguir su curso natural y que uno de los inventos más antiguos y elementales en la historia de la humanidad fue la rueda. Y eso sí que parecía estar a mi alcance.

Elegí a Medio Pie, mi fiel escudero, como depositario de los conocimientos que yo poseía sobre la rueda. Ignoraba qué uso podríamos darle en aquel mundo, más allá de servir de ayuda en el transporte de la leña, pero pensé que ya ellos se encargarían de sacarle provecho. Estuve un tiempo hurgando en la hacina de madera hasta encontrar el material que podría servir para ilustrar mis explicaciones. Rondaba mi mente la idea de construir una carretilla valiéndome de un tarugo que funcionase como rueda, un pedazo de corcho que sirviera de cajón para la carga y un par de palos que hicieran las veces de varas de dirección. Seleccioné todo esto con ilusión, pero no tardé en darme cuenta de que, sin clavos ni cuerdas, no me resultaría posible ensamblar aquellos elementos. Reconsideré mi ambicioso proyecto y regresé a la tinada para devolver cuanto me había llevado, a excepción del corcho, y buscar un par de leños que sirvieran a mis nuevas intenciones: la fabricación de una plataforma que pudiera desplazar gracias a unos troncos que actuasen como ruedas. Si lograba que aprendiesen el funcionamiento y comprendieran los beneficios que podría reportar, quizás ellos supieran de alguna resina capaz de unir con consistencia la corteza a los maderos o, conocedores como eran del entorno natural, igual podrían buscar juncos o alguna otra planta cuyas fibras pudieran ser utilizadas como cuerdas. Animado por esta idea, no tardé en montar el carretoncillo. Durante unos segundos lo contemplé con orgullo, como si hubiese fabricado una nave espacial, aunque enseguida me hice cargo de la simpleza y fragilidad de aquel ingenio y vacilé sobre su utilidad. Pero no perdía nada con mostrar «mi invento». De modo que llamé a Medio Pie y puse todo mi empeño en procurar que entendiera el provecho que se podría obtener de aquel aparato. Lo desarmaba y lo volvía a armar, hacia que los leños rodaran de un lado para otro, desplazé una y mil veces la plataforma sobre los troncos, movía —o intentaba hacerlo— el conjunto completo, cargado con pequeñas piedras, me arrastraba al compás del movimiento y miraba una y otra vez a Medio Pie buscando su complicidad en algún gesto aprobatorio. Así estuve un buen rato hasta que, en una de estas, la sonrisa se dibujó en su rostro. Creí ver que asentía con la cabeza. Entonces me erguí, suspiré satisfecho, y aguardé expectante la reacción de Medio Pie: si correría a avisar al grupo, si iría en busca de algún elemento que sirviera para empalmar las piezas, si se esforzaría en debatir conmigo sobre su aprovechamiento... Pero lo que hizo, sin darme tiempo a detenerlo, fue montarse encima de la plataforma. Al instante los leños salieron disparados en direcciones opuestas y el corcho cedió partiéndose en dos, con tan mala fortuna que uno de los trozos fue a impactar de lleno en mi cabeza, a la altura de la oreja izquierda, en tanto que Medio pie patinaba sobre el otro pedazo de corcho para acabar dándose un tortazo de mil demonios. El impacto no me ocasionó ninguna lesión, pero me dolió tanto que vi las estrellas. Medio Pie, sin embargo, se levantó como si nada. Es más, parecía que el accidente le había divertido, pues a la par que se frotaba las manos sacudiéndose el polvo, me miraba y sonreía. Al momento se oyó un sonido que comenzaba a serme familiar: una risita descarada, estridente, arrítmica e impertinente. Tomé la traicionera corteza de corcho y se la lancé al Hombre Arbusto. Sin dejar de reír la esquivó y salió huyendo.

Desmoralizado por mi nuevo fracaso, abandoné el lugar y me dirigí a la otra punta de la cueva, donde los críos, Gordita y Ojos Claros se entretenían jugando a la rayuela. Intenté consolarme pensando que tampoco íbamos a solucionar nada con aquel trasto. Tanta importancia que damos a la rueda, pero yo no veía para qué narices podría sernos útil allí. Un todoterreno o una bicicleta de montaña hubiesen sido otra cosa, desde luego. Absorto con las evoluciones de los jugadores, me olvidé del asunto, hasta que volvió a sonar a mis espaldas, como un siniestro runrún, la dichosa risita. Allí estaba el Hombre Arbusto, mostrándome una nueva corteza, más grande que la que Medio Pie había partido. Al examinarla con detenimiento descubrí que la pieza era mucho más compacta que la anterior; de hecho, aun pareciéndose al corcho, pensé que aquello no podía provenir de un alcornoque. ¡Cualquiera podía saber de dónde la había sacado el Hombre Arbusto! Pero eso no importaba; la cuestión era que se me abría una nueva oportunidad de demostrar que podía ser capaz de enseñar algo relacionado con la ciencia, fuese o no provechoso, eso ya se vería. Me animé imaginar a Vulcano transportando la madera en el carrito. Fui a toda prisa en busca de los troncos y coloqué encima la nueva plataforma. Pero de nuevo sucedió lo mismo. En esta ocasión quien se subió y se cayó fue el Hombre Arbusto. La única diferencia fue que aquella corteza no se partió. Uno tras otro se fue aproximando el resto del clan, con la intención de probar el nuevo juego, cuya principal finalidad consistía en mantener el equilibrio el mayor tiempo posible. Sin quererlo había inventado el monopatín.

Allí permanecieron durante horas, hasta que se cansaron de darse batacazos. Esa fue la última vez que intenté explicarles algo. Al igual que ocurriera con la rayuela, todo lo que de mí lograrían aprender en los días venideros sería por medio de la observación. Pretender hacerles imaginar artilugios o prácticas del futuro no tenía sentido, porque inteligentes sí que eran, pero no adivinos.

No sé si fue porque no acababa de abandonar mi inquietud inventora o porque, en un determinado momento, me vino a la cabeza la imagen del fabuloso bifaz del difunto

líder, pero pensé que yo debía tener también mi propia arma, que de alguna forma me representara y se constituyera en mi sello característico. Quería que fuese algo distinto a la piedra, más moderno y efectivo. De todos modos, no me habría sido fácil encontrar una buena pieza de sílex, menos aún esculpirla con destreza. Mira que le daba vueltas, pero nada de lo que se me ocurría fabricar me parecía viable. El arco, la honda o las boleadoras eran armas simples, que habrían hecho las delicias del grupo, pero resultaba imposible fabricarlas si no disponía de cuerdas. Por el mismo motivo, o incluso peor porque en este caso necesitaría una goma elástica, deseché el tirachinas. Me fastidió porque me veía más capacitado para manejar con acierto esta arma. Estaba convencido de que, con un poco de práctica, podría convertirme en un experto cazador de pájaros. Reticente a abandonar esta idea, y como incondicional fan de los Simpson que soy, me imaginaba al bueno de Bart correteando por el bosque con su inseparable tirachinas, abatiendo toda clase de bichos, grandes y pequeños. Y entonces, en un destello de inspiración, de esos que aparecen muy de cuando en cuando, por mi mente desfilaron una serie de imágenes que juntas cobrarían sentido: Bart Simpson, mis calzoncillos, el elástico y el tirachinas.

Vulcano me observaba con curiosidad, extrañado de verme de nuevo rebuscando en la montaña de madera. Seguramente se estaría preguntando con qué nueva idea sorprendería al grupo. Tardé lo suyo en encontrar lo que buscaba: una rama robusta, con el grosor apropiado para que me sirviera de mango, y que se bifurcara formando una horquilla abierta en un ángulo adecuado. Con paciencia y una piedra afilada que me prestó uno de los gemelos fui trabajando la madera: corté la rama para quedarme solo con lo que necesitaba, rebajé los nudos de la empuñadura y tallé muescas para facilitar el amarre de la tira elástica. Luego busqué un retazo de piel para confeccionar el tirador donde se colocarían los proyectiles. Fue una tarea ardua, sobre todo la horadación de la piel. Ya solo necesitaba las tiras elásticas que uniera cada extremo de la horquilla con el tirador.

Me quité los calzoncillos con discreción, pues a esas alturas de mi aventura seguía siendo pudoroso y no quería mostrar mis intimidades a la curiosa concurrencia, expectante con la evolución de mi inusitado trabajo. Luego fui extrayendo la tira elástica con sumo cuidado, cortando cada punto de costura, porque bajo ningún concepto quería quedarme sin mi ropa interior, sin mis queridos Simpson, inseparables compañeros en mis calamidades. Y lo logré, saqué el elástico sin dañar en exceso los gayumbos. Solo que estos perdieron su razón de ser porque ahora me era imposible caminar dos pasos sin que se me cayeran. Fue un daño colateral que tuve que asumir. En este caso el fin justificaba los medios: tirachinas a cambio de airear las partes nobles. Reconvertí los calzoncillos en una braga para el cuello, con lo que añadí un toque de glamour a mi indumentaria, y los Simpson pasaron a disfrutar de mejores vistas y mejores olores. Ni que decir tiene que mi vergüenza fue desapareciendo a partir de aquel día.

El resultado final después de varias horas de faena fue espectacular. Ahora sí, por fin, me consideraba alguien útil. En mis manos, el arma más perfecta que conocería el hombre en miles y miles de años.

Enseguida me dispuse a probarla. Recogí algunas piedrecillas y efectué los primeros disparos allí mismo. El estupor se hizo patente en los rostros de todos. Cada nuevo tiro venía seguido de un murmullo generalizado. Decidí probar fortuna en el exterior. El clan me seguía como embrujado por aquel extraordinario artefacto. Me acordé de Hamelín y, con la confianza por las nubes, prometí fabricar una flauta a las primeras que encontrara una caña. Vulcano fue a toda prisa a por fuego mientras gritaba al Hombre Arbusto para que saliera del encantamiento y recogiera algunas ramas antes de abandonar la cueva.

Afuera lloviznaba. No parecía prudente salir de cacería. Era consciente de ello y no me alejé en exceso; lo único que pretendía era comprobar la valía de mi tirachinas. Solo entonces reparé en algo sorprendente: los pájaros no se asustaban con nuestra presencia. Sabían de sobra que el hombre era un depredador, pero también que apenas podía inquietarlos, salvo que se acercara demasiado. Por eso pude alcanzar buenas posiciones de tiro. En menos de media hora efectué ocho disparos y abati dos pájaros. Luego la lluvia comenzó a hacerse más fuerte y regresamos a la cueva. Regalé las aves al Abuelo y a Gordita, porque me figuré que serían los que menos tajada sacaron del despedazamiento de «la Gallina Caponata», uno por la edad y la otra por llevar un bebé en brazos.

El tirachinas fue, sin duda, una auténtica sensación, un objeto digno de deseo y admiración. De acuerdo, era un tirachinas y cada presa un simple pajarito, y a hubiese querido yo tener a mano una escopeta de caza, pero aquella insignificante arma tenía allí un valor incalculable. Era como una varita mágica que te concedía un poco de comida en un lugar donde siempre se tenía hambre. Mi destreza se refinaba día a día, y eso hizo que no hubiese jornada que cada cual no gozáramos del placer de llevarnos algo a la boca, fuese un pajarito o una lagartija. Una pitanza exigua, aunque no por ello desdeñable.

Jamás me separé del tirachinas. Lo llevaba en el pecho, a modo de amuleto, anudado a la bragueta de los calzoncillos. Ni siquiera lo presté, no por egoísmo, sino porque temí que tensasen tanto el elástico que acabaran partiéndolo. Además, no era descabellado suponer que a estos imprudentes artistas les dieran por guerrear entre ellos y más de uno acabase tuerto.

Como detalle gracioso añadiré que al día siguiente todo el mundo tenía su propio tirachinas. Los fabricaban en un rato, solo que, en lugar de elástico usaban tiras de piel, y así, claro está, no les servían de nada. Pero al menos tenían un arma —más bien una réplica decorativa— semejante a la del jefe.

## Partida de caza

En cierta ocasión, creo que un par de días después de que nos comiésemos aquel monstruoso y a la vez sabroso pavo gigante, se me presentó de improviso uno de los gemelos. Se le veía muy alterado. «¿Qué ocurre, Melli?», le pregunté preocupado, a sabiendas de que, aunque no entendiera mis palabras, a buen seguro captaría mi interés. Con afectados aspavientos intentaba informarme de algo. Parecía referirse a animales, pero no estaba seguro. En cualquier caso, requería mi ayuda. Sin dudarlo, deshice el lazo y empuñé mi arma en señal de aprobación. Llamé al resto del personal y enseguida se organizó una partida de caza, bastante numerosa, por cierto, pues, solo se quedaron en la cueva el Abuelo, Gordita y los niños. No me pasó desapercibido un detalle: además de Vulcano, la Viuda tomaba también un tronco incandescente. Pronto descubriría el motivo.

El cielo como siempre, encapotado, con ese inquietante gris marengo que cortaba de raíz las ganas de alejarse de la bendita caverna. Debía tratarse de algo muy importante para que gente tan experimentada no vacilara en poner en riesgo sus vidas, porque el día que yo ordené salir de casa todo fueron pegas. ¿O acaso poseían una especial habilidad para saber cuándo las nubes tomaban un receso? No me extrañaría que fuese así. De hecho, había algo que siempre hacían al alba: se congregaban en el exterior, lo mismo lloviera que no, y observaban el cielo durante largo rato. ¿Con qué intención? En absoluto descarto que hiciesen cálculos valiéndose de unas peculiarísimas cabañuelas y en función de las variaciones atmosféricas de la primera hora del día pronosticasen el tiempo que tendríamos el resto de la jornada. ¿Cómo se explica, si no, que, en días de precipitaciones tan copiosas, no cayera una sola gota durante nuestras dos únicas expediciones? Entiendo que más de uno se reirá de lo que considere una pueril hipótesis, pero si a alguien se le ocurre una explicación mejor, que no se base exclusivamente en la casualidad, que por favor me la cuente.

Salimos a toda velocidad. Yo me limitaba a seguir a los cazadores, ansioso por descubrir qué tipo de presa había despertado tanto interés. El misterio no tardó mucho en desvelarse: en un pequeño herbazal en medio del bosque un grupo de gamos pacían despreocupados.

Ante nuestros ojos cinco ejemplares, un macho y cuatro hembras. Presentaban una estampa preciosa, con ese pelaje rojizo salpicado de motas blancas. El macho se pavoneaba orgulloso de su imponente ornamento, ignorando que, a unos ochenta metros, estaba siendo observado por depredadores. Me preguntaba cómo lograríamos atrapar a uno de esos siempre recelosos cérvidos. Se hallaban demasiado lejos para intentar hacer blanco con nuestros afilados palos, y acercarnos sin que se percataran de nuestra presencia se me antojaba una misión rayana en lo imposible. Pero mis amigos tenían otros planes. Sin mediar palabra, como si tuviesen todo programado y estudiado al dedillo, el grupo se dividió en dos. El Hombre Arbusto hizo entrega a Medio Pie de parte de su carga y se perdió en la espesura del bosque junto con la Viuda, Ojos Claros y uno de los Mellis. Yo me quedé con el resto, aguardando acontecimientos sin dejar de acechar a nuestro potencial alimento. Durante varios minutos no se oyó otra cosa que la apacible respiración de la naturaleza en calma: una hoja al caerse, el gorjeo de un pájaro, la brisa entre las ramas... Hasta que un tremendo jaleo vino a turbar la paz que imperaba en el entorno. Procedía justo del lugar donde pacían los gamos. El grupo de la Viuda espantaba el ganado. La maniobra me sorprendió, pues aunque de inmediato deduje que la idea era hacer que los animales en su huida se dirigieran directamente hacia nosotros, la tarea de atraparlos se veía complicada, habida cuenta del reducido número de miembros con que contábamos para cerrar la amplitud de espacio que se abría a nuestro alrededor. Además, no podía ser fácil abatir un animal de esas características a toda carrera. Me costaba creer que hubiesen diseñado esa estrategia cinegética, porque el plan no parecía ser nada del otro mundo; es más, tenía toda la pinta de estar condenado de antemano al fracaso. Enseguida comprobé que mi suspicacia no carecía de fundamento: mi grupo no pretendía atrapar a los animales en su huida, sino salir a su encuentro para inspirarles mayor pavor y precipitar una desbandada descontrolada, propiciando que alguno tomara la senda menos prudente, aunque en apariencia más favorable para escapar. En efecto, en un momento determinado, siguiendo la orden del otro Melli, aparecimos en escena con similar griterío. El desconcierto hizo mella en la manada de gamos: balaban nerviosos y daban continuos giros sin decidir qué camino tomar. El macho fue el primero en reponerse de la sorpresa. Valoró la nueva situación y, modificando unos grados su dirección inicial, tomó la vía salvadora. Eso llevaba implícito aproximarse a nosotros, en vez de alejarse, pero su instinto no le engañaba: sabía que tenía margen suficiente para salir airoso. Dos de las hembras no dudaron en seguirlo. Las otras vacilaron más tiempo del debido. Cuando quisieron reaccionar, los primeros ya les sacaban cierta distancia. Indecisas, se vieron presas del pánico y tomaron distintos derroteros, sin sopesar las garantías de éxito. Una dio la vuelta en redondo y encaró despavorida al otro grupo de cazadores. La maniobra funcionó solo porque nadie allí esperaba esta reacción. La última hembra optó por el camino que aparentaba brindar la mejor posibilidad de alejarse de sus perseguidores, una alternativa que, sin embargo, habían desechado los otros porque el instinto no aconsejaba aventurarse por un camino sumamente sospechoso, que solo permitía la huida en línea recta, pues a un lado se extendía un frondoso matorral y, al otro, se perfilaba la ladera de un escabroso promontorio.

La estrategia había triunfado, pero no era prudente aún lanzar las campanas al vuelo. Se había conducido al animal al lugar que pretendíamos, pero faltaba lo principal: atraparlo. Llegaría un momento en que, por el motivo que fuese y que yo desconocía, el gamo no podría seguir avanzando. Quizás un lago, una pared vertical... Pronto lo descubriría.

Todo ocurrió demasiado rápido. Sin dejar de correr, mantenía la mirada fija en el animal, pendiente en todo momento de su situación, hasta que, de repente, dejé de ver sus cuartos traseros y su colita blanca. La hermosa dama, en un extraño movimiento, comenzó a moverse de lado, como si pretendiese rodear un muro invisible que no le permitía continuar. Cuando se le agotó el recorrido no se detuvo; con una intrepidez inconcebible intentó salir de aquella ratonera abriéndose paso entre sus enemigos. No se puede decir que el camino fuese angosto, aunque sí lo suficiente como para permitirnos frustrar su desesperado intento. Si hubiésemos seguido una formación compacta, le habríamos cerrado el paso, pero estábamos colocados sin orden ni concierto, quizá porque no imaginábamos que pudiese intentar una huida hacia delante, y el astuto animal nos esquivó dejándonos con cara de tontos. Me dio mucha rabia porque fui yo quien más pudo hacer por atraparlo. Después de que uno de los gemelos se lanzase de cabeza, el animal se vio obligado a torcer su dirección y ejecutar una forzada cabriola que lo llevó a situarse justo en mi camino. Si hubiese llevado un palo afilado, o incluso si hubiese tenido las manos libres en vez de portar el tirachinas —la más sofisticada arma del planeta aunque inadecuada para ese lance—, lo habría derribado seguro, dando tiempo a los demás a que ayudasen a reducirlo. Pero no, se escapó delante de mis propias narices. Los que marchaban últimos tuvieron algo más de tiempo para reaccionar, pero no hubo fortuna. Estaría por asegurar que Medio Pie la hirió con su palo, pero la dama salió de allí como un cohete. No vislumbré optimismo en el rostro de mi fiel guerrero. Y si el animal no estaba malherido, carecía de sentido seguir su rastro. Nuestra comida se había esfumado. Tanto esfuerzo para nada.

Las caras de tonto derivaron en desolación. Es como si creemos que nos va a tocar la lotería y fallamos el último número. Solo que ni siquiera cobraríamos el premio de consolación. La pieza o nada. Eso parecía, pero el bombo de la suerte nos reservaba una inesperada pedrea.

Mi curiosidad necesitaba respuestas, de modo que me aproximé hasta el lugar donde el gamo se había visto obligado a recular. Solo entonces comprendí lo listo que había sido el animal, al sortear *in extremis* una asombrosa trampa natural, un agujero en plena sierra. Un fenómeno geológico había provocado el hundimiento del terreno, originando una enorme sima que se extendía de lado a lado; una barrera imposible de atravesar para cualquier mamífero. Me asomé al abismo y la profundidad me impresionó. Me preguntaba cómo diantres pensaban cobrar la pieza si se hubiese despeñado por aquel precipicio. Y entonces lo vi. Era un manchón oscuro que sobresalía entre el uniforme tono pardo amarillento del fondo. Llamé a mis compañeros para que echaran un vistazo. Y el desánimo se transformó en entusiasmo. Aquella mancha era comida.

Aquel descubrimiento no desembocó en una alegría desbordada, como el día que atrapamos a la «Gallina Caponata». Algo lógico, pues no podía ser lo mismo comer carne fresca de venado que la de otro bicho descomponiéndose en ese boquete desde cualquiera sabía cuánto tiempo. Aun así, el grupo se veía satisfecho. Cómo conseguirían llegar hasta el animal seguía siendo para mí un misterio. Por lo pronto, la consigna fue regresar a casa. Eso me hizo suponer que conocían alguna otra forma de acceder al lugar donde esperaba la carroña, porque estaba claro que no regresábamos a por cuerdas y arneses. No tardé en comprobarlo. Nada más llegar a la cueva se organizaba una pequeña partida y ahí me uní yo. Afuera comenzaba a lloverizar y nadie estaba preocupado; por tanto, no quedaba otra: nuestra caverna comunicaba a través del subsuelo con el nivel inferior de la sima.

El «pasadizo secreto» se hallaba en la parte más profunda de la cueva y, por tanto, la menos iluminada. No era de extrañar, pues, que hubiese pasado desapercibido a mi inspección. Se trataba de una hendidura en la pared, de no más de un metro de largo y con la separación justita para que pudiesen colarse nuestros cuerpos. El trayecto se me antojó mucho más corto que el que seguimos por la superficie, aunque es probable que esta impresión se viese condicionada por mi embelesamiento ante tanta belleza. Bordeamos un lago subterráneo y luego atravesamos una sucesión de galerías coronadas por imponentes estalactitas. Era digno de admiración el sentido de

orientación de esta gente. Si me hubiesen dejado solo, jamás habría logrado salir de aquel laberinto.

Después de algunos minutos llegamos al lugar donde yacía el cuerpo sin vida del animal. Resultó tratarse de un lobo, sin duda un cazador cazado, un desgraciado depredador que, en plena cacería, se habría visto sorprendido por la mortal trampa. Debía de llevar allí varios días, pues el cuerpo, con ostensibles heridas causadas por la caída, presentaba evidentes síntomas de descomposición. Y olía a perros muertos, nunca mejor dicho. Sin embargo, mis amigos lo recibían de buen agrado. Para sobrevivir estaban acostumbrados a comer cualquier cosa. Yo no llegué a verlo, pero habría apostado a que el cleptoparasitismo figuraba entre sus prácticas habituales, y no solo robarían presas a los depredadores; si terciaba, seguro que les arrebataban la carroña a los buitres. Comer lo que sea, con la única condición de que el organismo fuese capaz de digerirlo. No consigo imaginarme, ni entonces ni ahora, que se atreviesen con la carne humana. No con alguien del grupo, al menos. Los lazos afectivos tenían mucho peso en aquella sociedad; yo mismo comprobé cómo honraban al difunto líder. Pero no descartaría que practicasen la antropofagia si hallaban el cadáver de un individuo de otro clan. Que matasen a otras personas para comer... eso sí que no. Mis amigos no. De hecho, cuando me vieron por primera vez no hicieron por capturarme para comerme. Y andaban de cacería, así que no estarían saciados, precisamente. Pase que pudiesen actuar como caníbales en casos de extrema necesidad, pero no como asesinos. Eso quiero creer. No, eso creo. Firmemente. Me jugaría el cuello a que no. Pero dejemos las suposiciones y continuemos con la historia.

El lobo fue transportado hasta nuestra cueva y enseguida se pusieron a desollarlo. El hedor era insoportable. Decidí quitarme de en medio antes de que me llegasen arcadas. Al poco me llamaron para que procediera con la inauguración del banquete. Decliné el ofrecimiento, por supuesto. Muy desesperado tenía que andar para hincarle el diente a un trozo de carne putrefacta. ¿Qué pensarían esos seres primitivos de mí? Indumentaria extravagante, blanquito de piel, tiquismiquis con la comida... Un pijo en toda regla, vamos. El pijo prehistórico.

Me aparté del grupo y aguardé a que acabaran. Luego llamé a Medio Pie para que me acompañara con un tronco incandescente y unas ramas secas y salimos de caza menor. Ese día almorcé media docena de pajaritos.



## Cantando bajo la lluvia

Después de aquel suceso transcurrieron dos o tres días sin que volviésemos a hacer otra escapada de relevancia. Nos teníamos que contentar con esporádicos escauceos por los alrededores para matar algún que otro pájaro, aprovechando los pocos minutos que las nubes concedían de tregua. Y es que el tiempo no permitía otra cosa. Pero los pajaritos tenían muy poca carne y apenas lograban entretener los dientes de las quince bocas hambrientas. Fue por eso que una mañana, encapotada como todas y con un viento de lo más desapacible, el grupo decidió salir de expedición, después de consultar largo y tendido sus enigmáticas cabañuelas. Antes de nada, como era preceptivo, solicitaron mi aprobación. Como si yo tuviese pajolera idea de si llovería o no en las próximas horas. Di el visto bueno con bizarria, empuñando mi arma. Un gesto que tardaron en interpretar, porque en esta ocasión no partíamos de cacería, sino de recolección.

Me lo figuré enseguida porque salíamos todo el grupo, niños incluidos, y los preparativos no fueron los habituales. El Hombre Arbusto compartía su carga con otros y Vulcano portaba un tronco más liviano, después de haber repartido un par de maderos prendidos entre el grupo. Se veía que necesitaban tener al menos una mano libre. Tampoco escapó a mi atención las pieles que habían seleccionado del «taller». A falta de canastos...

Ahí estábamos la familia al completo de excursión. ¿Hay algo más entrañable? Si no fuera por el vendaval, inoportuno convidado aquella mañana a la interminable fiesta organizada por el fastidioso tiempo, habría disfrutado de un delicioso paseo por el campo, algo que no hacía desde que era un crío, cuando salía con mi abuela a recoger setas. Flotaba en el aire el mismo aroma a pino y tierra mojada. No podía evitar verla junto a mí. Sus ojos vidriosos, su eterna sonrisa y su elegante moño blanco. Pantalón de bombacho negro, anorak militar y la cesta de mimbre con ribetes rosas. «Ves, Daniel, estas no se pueden coger; son venenosas». Cada vez que hallábamos una seta ella me explicaba sus peculiaridades. Era una enamorada de la micología y se desvivía por transmitirme sus conocimientos, enseñarme a identificar las especies comestibles. Pero yo estaba más interesado en encontrarlas que en conocerlas. Y ella lo sabía. Siempre lo sabía todo. Mi abuela del alma...

No sé hasta qué punto la desilusioné, pues ella era muy comprensiva y parecía no importarle ninguno de mis actos, ni siquiera las travesuras habituales en cualquier niño. Pero estoy seguro de que le hubiera encantado ver crecer en mí la pasión por los hongos. No fue el caso; no dejé de ser un entusiasta explorador aunque un mal alumno. Ahora bien, eso no quita que no supiera distinguir algunas especies de setas. Y las que se veían por el pinar eran sin duda níscales.

Para mi sorpresa, el grupo pasaba de largo. Ni se fijaban en tan apetitoso manjar. Puede que su instinto o el conocimiento heredado les aconsejara rehuir de todo lo que tuviera sombrerillo. Yo estuve por recogerlas, cansado ya de comer pajaritos, pero me asaltó la duda: ¿y si se trataba de alguna variedad similar, extinta hoy en día, y contuviera toxinas? Rememoré —juraría más bien que lo volví a escuchar— el consejo de mi abuela: «Si no estás seguro, nunca las comas, Daniel». Aquello fue más que suficiente para que decidiera dejarlas allí. Una lástima, porque me habría jugado cualquier cosa a que eran níscales, tan comestibles y sabrosos como siempre.

Escasos minutos después de iniciar la marcha nos detuvimos en un pequeño endrinal situado a orillas de un embravecido río. Los frutos, no muy abundantes —posiblemente porque acudirían a proveerse con relativa frecuencia—, se escondían entre una maraña de ramas espinosas. Había que andarse con cuidado pero, con paciencia y perseverancia, quien más quien menos pudo disfrutar de un frugal piccolabis a base de endrinas.

Nos alejamos del río y de su turbadora torrentera. Deseaba encontrar algo comestible que eliminara la agrura de mi boca. Recuerdo haber visto endrinas en algún centro comercial, pero no seré yo quien me gaste un céntimo en ellas. Salvo si han sido maceradas en aguardiente. El pacharán es otra cosa, evidentemente.

Parecía un milagro cómo mis pies se habían acostumbrado al monte, pues ya apenas me resentía. Caminamos largo y tendido, buscando tubérculos, raíces, semillas y frutos silvestres. Fue una jornada en la que predominó la dieta vegetariana, aunque no por ello hacíamos ascos a cualquier bicho que se cruzara en nuestro camino, desde ranas y salamandras hasta grillos y saltamontes, aparte algún que otro confiado pajarito que se ponía al alcance de mi tirachinas, esa era una tentación a la que no me podía resistir. Yo regalaba a los niños los animalitos que capturaba, no porque fuese incapaz de comérmelos, sino porque me repugnaba ingerirlos crudos. Hice una única excepción con un sapo. Le pedí a Ojos Claros que me dejara el tronco incandescente que portaba y lo asé después de limpiarlo de tripas. Desconocía su sabor, pues nunca antes había probado las ancas de rana, y debo decir que me pareció un bocado exquisito.

Aquella correría me deparó otras sorpresas gastronómicas. Me llamó mucho la atención unas pequeñas y jugosas bayas, de apariencia similar a los tomates de la variedad *cherry* pero de un sabor ácido más propio de los limones, aunque no por ello desagradable al paladar. Sin embargo, lo que más me gustó de cuanto probé, aparte del batracio, fueron unos curiosos frutos que, agrupados en racimos, pendían de un solitario árbol. Estaban a una altura considerable, lejos del alcance de nuestros palos, pero aquello no era obstáculo para mis amigos, habilísimos trepadores. Desde abajo creí reconocer aquellos frutos como las guayas que de niño probé en el Caribe mexicano el año en que, en un derroche de generosidad, mis padres decidieron que su hijo les acompañara en sus paradisíacas vacaciones. Una y no más, santo Tomás. El niño disfrutó de lo lindo, pero al parecer limitaba en exceso las posibilidades recreativas de sus progenitores. Mejor se quedaba con su abuela. Y así fue. El único lugar que conozco del extranjero es la Riviera Maya; en cambio ellos han recorrido medio mundo. Como decía, aquellas frutas parecían guayas, conocidas también con el curioso nombre de mamoncillos, pero al morderlas se me llenó la boca de un líquido bastante más dulce. Retiré la cáscara y quedó al descubierto una pulpa jugosa, de color escarlata aunque translúcida, que dejaba entrever una semilla en su interior. Algo parecido al fruto del longan, conocido como ojo de dragón y que se puede encontrar en cualquier restaurante chino, solo que estos últimos son de pulpa blanca. Con las reservas inherentes a mi desconocimiento, estaría por afirmar que estoy hablando de flora extinta, sobre todo en el caso de los «tomates limoneros». En cuanto a los animales, me sorprendió un ave pequeña que cacé, porque me chocaba que tuviera el pico aquilino característico de las aves de rapiña y a la vez un plumaje amarillo chillón. No sé si existe algo semejante en la fauna actual. Mi ignorancia en este sentido es amplia, pues diría lo mismo de unos monos de cola azulada, patas negras y una mancha blanca en la frente con forma de diadema. Lo que sí existe, aunque no en Europa, es el rinoceronte. Nos topamos con una imponente mole que debía de pesar varias toneladas. Comida potencial para al menos un mes. Pero el clan conocía a la perfección lo estéril, además de peligroso, que podría resultar enfrentarse a aquel acorazado con patas, así que nos fuimos alejando sin hacer mucho alboroto, para no molestar al coloso.

Regresamos a nuestro hogar varias horas después, con el estómago lleno y provisiones suficientes para aguantar otra jornada sin tener que buscar sustento. Andábamos por el pinar, cerca ya de la cueva, cuando una piña vino a caer justo en la cabeza de uno de los Mellis. El Hombre Arbusto, como siempre, soltó una carcajada. El gemelo se rascó la mollera y, visiblemente malhumorado, pateó la piña a varios metros. Me chocó que se enfadara tanto como para despreciar ese alimento. También era posible que desconociera qué ocultaban las piñas en su interior, si bien esa posibilidad se me figuró extraña porque vivían muy próximos al pinar y no era normal que no hubiesen reparado en las semillas de alguna piña abierta. Fuese de una forma u otra, yo no estaba dispuesto a renunciar a unos deliciosos piñones y recuperé el agente responsable del enfurecimiento de Melli. El Hombre Arbusto se percató de ello y acudió a mi lado para interesarse por la utilidad que pensaba darle a la piña. Le respondí con las habituales señas que indicaban que aquello era comestible. Pero él quiso mostrarme su disconformidad. Hizo como el que tomaba una gigantesca piedra y la estrellaba contra el suelo. No pude evitar recordar el magnicidio que cometí días atrás, era algo que no conseguía sacarme de la cabeza. El Hombre Arbusto seguía con sus explicaciones y aunque yo captaba a la perfección que intentaba hacerme comprender que la piña era demasiado dura y que no resultaría nada fácil sacar sus frutos, le insistí en que me la llevara para comérmela. Como veía que yo no entraba en razones, me pidió la piña y se dio con ella golpecitos en la cabeza, a la vez que reproducía el sonido de los impactos: «Toc, toc, toc...». Pero yo continuaba en mis trece. El pobre hombre no sabía qué hacer para convencerme y no se le ocurrió nada mejor que pedir ayuda a Medio Pie. Este, al ver que yo participaba en aquel negocio, acudió solícito, encantado de poder servir a su jefe en lo que fuera. Esperaba que el Hombre Arbusto le describiera el problema, con la ilusión de aportar su ingenio y acabar con la controversia. Pero lo que recibió fue un cogotazo con la piña. El Hombre Arbusto seguía empeñado en persuadirme de la dureza de aquel fruto y quería demostrarlo a base de golpes. Ni que decir tiene que la piña salió volando de nuevo, en esta ocasión buscando la cabeza del risueño maestrillo. Tranquilité a Medio Pie y llamé al Hombre Arbusto, que acudió temeroso de recibir algún sopapo de su amigo. *Toógoros*, le dije señalando a la piña. Quería hacerle ver que con la ayuda del fuego sería sencillo extraer los piñones. Su rostro fue la viva expresión de la perplejidad. Su respuesta no podía ser otra: «*Toógoros*, je, je, je, *toógoros*, je, je, je». No pude descifrar si se reía porque había entendido por fin el misterio, porque me tomaba por loco al molestarme en alimentar el fuego con aquella minucia o, sencillamente, porque le tocaba reírse una vez más. En estas divisamos la cueva. Como por arte de magia, justo cuando acababa nuestra jornada de recolección comenzó de nuevo a llover.

Aquel día el «hombre inteligente» aportó un nuevo conocimiento al «hombre primitivo». La lista, que incluía la rayuela y el tirachinas (inútil sin una goma elástica),

daba la bienvenida al asado de piñones. Mientras tanto, a mí me habían enseñado a trabajar las pieles, a moverme por el monte, a cazar, a encontrar frutos comestibles...; a sobrevivir. El balance del intercambio cognitivo no era muy equilibrado, para vergüenza de esa inteligencia superior que se suponía yo atesoraba. Aun así, mi modesta contribución me llenaba de orgullo. Ni el gran Houdini consiguió sacar mayores caras de estupor entre sus espectadores que el que logré yo mostrando a mi peculiar concurrencia cómo en la hoguera se abría la piña facilitándose la extracción de los piñones. Cuando desperté a la mañana siguiente, si no había en la cueva cien piñas, no había ninguna. Había sentido llover con fuerza durante toda la noche, así que debieron de cogerlas al alba, en un rato de tregua, aprovechando la cercanía del pinar.

Jamás podré olvidar aquel día, no tanto por el atracón de piñones como por esa lluvia tan salvaje. Durante horas, y acompañadas de una sobrecogedora ventisca y descarga eléctrica, las precipitaciones fueron muy intensas, como no había visto en mi vida. Solo a la noche cesó la feroz tormenta, si bien el agua siguió cayendo del cielo. Me asomé al exterior con la intención de tomar un poco el fresco y romper la monotonía de las llamas. Había maldecido hasta la extenuación la inclemencia del tiempo, la intempestiva lluvia que demoraba mi partida. Sin embargo, a medida que pasaban los días, mi aversión se iba aplacando. El acuoso enemigo se presentaba ante mí como un aliado. Me di cuenta de ello en ese instante. Salí de la cueva y elevé la mirada preguntando al cielo. Miles de gotas de agua bañaban mi rostro y me susurraban la respuesta: «Gracias a nosotras sigues aquí, en paz, disfrutando de algo que nunca hubieras imaginado en tu mundo; gracias a la lluvia estás sintiendo correr la vida por tus venas». Devolví al cielo una sonrisa. Miré a mi alrededor. No me importaba la oscuridad, los charcos o el peligro que acechaba tras el bosque. Abrí los brazos para que todo mi ser recibiera el agua. ¡Notaba cómo rebosaba vida! Llovía y llovía y yo me sentía feliz bajo la lluvia. Conferí un nuevo empleo a mis inclitos calzoncillos, retirándolos del cuello para reconvertirlos en un extravagante sombrero. Agarré una rama repleta de hojas para que hiciera las veces de un paraguas y comencé a cantar: *dudirudidudú, dudirudiduduri, dudirudidudú, dudirudiduduri*. Gofillo y Muñeca aparecieron nada más oír mis voces. Yo paseaba por la explanada con el improvisado paraguas al hombro a modo de carabina, contoneándome al ritmo de la música. Enseguida se unieron Muchacha, Ojos Claros, la Bruja y Medio Pie. *I'm singing in the rain, just singin' in the rain*. Me lancé a bailar recordando la famosa escena de Gene Kelly mientras iban llegando nuevos espectadores. No tardó en dejarse oír la risa del Hombre Arbusto. *What a glorious feeling I'm happy again*. Giré alrededor de un árbol y luego lo abracé. A continuación, adornándome de afectados gestos di un enorme salto y me situé en medio de un charco, mirando al cielo con los brazos extendidos, el «sombrero» en una mano y el «paraguas» en la otra. *Come on with the rain I've a smile on my face*. Sentía como si fuese otra persona, aunque ahora reconozco que jamás en mi vida fui tan auténtico como en ese momento. Ese era yo en mi esencia más pura, natural, sin máscaras ni tapujos, ajeno al pudor, aparcadas las preocupaciones y los problemas, desprovisto de resentimientos, de odio, de toda negatividad. Ese era el yo que se escondía en lo más recóndito de mi ser: optimista, ilusionado, enamorado de la vida. Ese era yo, mi verdadero yo... Feliz. ¡Libre! *Dancing in the rain, larariá, riararará, I'm happy again*. Me coloqué el «sombrero» y me lancé con unos pasos de claqué, jugando con el «paraguas» como si fuese un ser animado adiestrado con exquisita pericia. Lo mismo lo hacía girar a modo de honda que lo lanzaba al aire para recogerlo con acrobacia. Igual lo utilizaba emulando una guitarra que lo convertía en bastón y golpeaba el terreno sin dejar de cantar y bailar el claqué. *I'm singing and dancing in the rain*. Los pequeños no pudieron resistirse y saltaron a la palestra a imitarme. Yo brincaba entre los charcos y ellos hacían lo mismo. Todo el clan se divertía contemplando nuestras payasadas. Observé que Muchacha estaba ansiosa por salir. Una parte de ella la impulsaba a unirse a los niños; la parte adulta la sujetaba al grupo. Fui a por ella. Hice una pomposa reverencia y la saqué a bailar. Coloqué mi mano derecha en su espalda y con la izquierda agarré la suya. Ahí estaba yo tirando de una fregona con patas cantando bajo la lluvia. Apenas podía mantenerse en pie de la risa. Después de unos pasos le hice dar un giro y la solté para tomar a Ojos Claros. Cambié una fregona con patas por un pato mareado. Pensé que no habría en el mundo pareja que bailase con mayor torpeza. Pero me equivocaba. El Hombre Arbusto sacó a bailar a Gordita y aquello se convirtió en la danza más disparatada y ridícula de la historia de la humanidad. Ojos Claros me pisaba, tropezaba, se abrazaba a mí llorando de risa. Hasta que perdimos el equilibrio y fuimos a parar a la zona donde se acumulaba más barro. Caí justo encima de ella. Permanecimos un rato riéndonos, hasta que nuestros ojos se encontraron. Ambos callamos de golpe. Mantuve su mirada cristalina y profunda. Estábamos demasiado cerca y me quedé cortado. Salvé la situación recurriendo al tema que estaba interpretando. Era un extraordinario colofón para aquel improvisado número. *I'm dancing and singing in the rain*.

La ayudé a levantarse y entré en la cueva con cara de tonto y la sonrisa de oreja a oreja, por el buen rato que había pasado. Noté que todos me seguían. Y entonces hice algo que aún no me explico. En un irrefrenable impulso me volví y, acompañándome de una sonora pedorreta, alcé las pieles para mostrarles mis vergüenzas, sin reparar en mujeres ni niños. Fue un acto espontáneo. No sé cómo se me ocurrió, es algo que no concibo en mí. Pero no me arrepiento porque jamás he visto gente reírse con tantas ganas.

La ausencia de pudor fue momentánea, pues mientras aquellos que se habían mojado se desvestían y arrimaban al calor de la hoguera sin más contemplaciones, yo no me atrevía a desnudarme delante de los demás, lo cual no cabía en razón después del numerito exhibicionista que acababa de protagonizar. Pero como tampoco pensaba quedarme empapado hasta los huesos, me las arreglé para escabullirme y fui a por un nuevo juego de pieles, que me cubriera esa noche mientras se secaba el mío, el que lucía el antiguo líder y que ahora llevaba yo con orgullo. Me cambié con discreción en un rincón apartado y regresé para tumbarme junto a las llamas. Por mi cabeza desfilaba una y otra vez la escena que había tenido lugar bajo la lluvia. Creo que me dormí con una enorme sonrisa en la cara.

Esto es en síntesis lo que ocurrió durante el temporal. Convivíamos en paz, comíamos cuando podíamos y nos divertíamos cuando había ocasión. Se fueron diluyendo mis temores, desapareció el tortuoso conflicto que azotaba mi mente sobre la verosimilitud de cuanto me estaba sucediendo y no quedó rastro de mi ansiedad por el retorno. Quería regresar a mi época, cómo no, pero no me acuciaba la angustia. Las jornadas se caracterizaban por el sosiego, la armonía y la felicidad. Todo era color de rosa. Hasta que llegó el fatídico día.

## Cuando se pierde todo

Debí haberlo previsto. Había indicios suficientes para levantar mi recelo. Ellos, sin embargo, no tenían motivos para sospechar nada. Su conocimiento se cimentaba en la experiencia. Aprendían con la observación e imitaban las habilidades de sus semejantes y así, de esa manera natural, se seleccionaba el saber útil y se transmitía de generación en generación. Pero yo soy universitario. Y si bien curso Derecho, se me presupone un mínimo de cultura general, ideas elementales sobre materias de ciencias estudiadas en la infancia y la adolescencia. Y aunque no fuese así, cualquier persona, por el simple hecho de leer la prensa o ver las noticias, sabe que las lluvias torrenciales pueden ocasionar inundaciones y que si vives cerca de un río, debes vigilar la crecida de su caudal. Era apenas un crío cuando aconteció la tragedia de Biescas, una de las peores desgracias ocurridas en España como consecuencia de fuertes avenidas, pero el dolor de aquel drama, por estar aún fresco, continúa filtrándose en los informativos cuando las lluvias arrastran nuevas vidas. Además, como buen charro que soy conozco la historia de mi tierra y sé lo que pasó hace casi cuatro siglos, en la tristemente célebre noche de san Policarpo. El 26 de enero de 1626 el río Tormes se desbordó, inundando gran parte del arrabal salmantino. Perdieron la vida 142 personas, más de 1500 viviendas quedaron afectadas y numerosos monumentos sufrieron graves desperfectos.

No sé cómo pude ser tan incauto. Había perdido la cuenta del tiempo que llevaba lloviendo, puede que dos semanas, no sabría decir, pero no menos de diez días, eso era seguro. En ocasiones parecía que el mundo se iba a acabar de la fuerza con que caía el agua. Yo mismo había visto la impetuosidad que exhibía el río. Incluso el paraje alrededor de la cueva ofrecía pistas inequívocas de que nuestra morada no se ubicaba en un lugar seguro. Si hubiese prestado más atención a los detalles, habría descubierto que la abundancia de guijarros, imbricados en algunas zonas, solo se podía explicar por una pretérita sedimentación. Si no contemplara las cosas a la ligera, me habría interesado por la forma en abanico de la llanura y puede que, intrigado por la acumulación de cantos, hubiese deducido que vivíamos pegados a un cono de deyección. Habría bastado darle un poquito de trabajo al cerebro para adivinar que nos hallábamos en la llanura aluvial de un valle. Lo mío, desde luego, no tiene perdón.

Ocurrió temprano. Casi todo el clan jugaba a la rayuela y los que no, contemplábamos las evoluciones del juego. Solo faltaba Vulcano, ocupado como cada mañana en alimentar convenientemente el fuego. Ojos Claros y Muñeca fueron a tostar unas piñas. Al rato, y tras enfriarlas en el exterior, regresaron con el grupo. Más de uno se apresuró a incordiar intentando hurtar piñones. Ojos Claros no puso reparos, por su carácter afable y porque había piñas de sobra, pero la pequeña no estaba dispuesta a compartir su comida y salió corriendo hacia la otra punta de la cueva, donde nadie la molestara.

Los Mellis fueron los primeros en percatarse de que algo no iba bien. Se auparon de un salto, a un mismo tiempo, y adoptaron una posición de alerta, quietos como felinos que acechan una presa, aguzando el oído. Pronto advertí la inquietud en el resto. Yo no sabía qué ocurría, pero empezaba a preocuparme. Me acerqué a los gemelos y adopté la misma pose, con la intención de captar la señal que los había sobresaltado. Y entonces lo oí. Era como un murmullo constante que se inmiscuía en la sibilante cantinela del viento y en el chapaletéo de la lluvia que verberaba en las paredes exteriores de la cueva, y que crecía en intensidad a cada instante. Solo un momento antes fui consciente de lo que se nos venía encima. Y ya era demasiado tarde para reaccionar.

El agua irrumpió en la cueva, anegándolo todo en cuestión de segundos. Sorprendidos por la invasión, nos quedamos aturridos, sin capacidad de reacción, mientras el agua embravecida trepaba por nuestras piernas y ganaba terreno a un ritmo vertiginoso. El lecho del río, cansado de contener tan desproporcionado aumento de caudal, había claudicado y permitía que sus aguas reconquistaran el cauce olvidado, por ser de su propiedad aunque no lo reclamara durante años, tal vez siglos. Y lo hacía con violencia y sin contemplaciones, como lo hace la turba sedienta de sangre cuando derriba la puerta que la contiene. El clan se había establecido de manera inocente y despreocupada en el lecho mayor del río y ahora este quería recuperar lo que era suyo. Y no le importaba lo más mínimo si nos engullía en el proceso.

Lancé la voz de alarma cuando el agua alcanzaba nuestras rodillas. Ya era imposible escapar de allí, sería inútil luchar contra una furiosa corriente empeñada en apoderarse de la caverna. Urgía buscar un sitio elevado. Y el más apropiado se hallaba junto al lugar donde se trabajaban las pieles. Dirigí el grupo hasta allí a toda prisa. La situación se tornaba dramática porque el nivel y la fuerza del agua no cesaban de subir y aunque la prominencia salvadora estaba cerca, había que luchar contra corriente para alcanzarla. El Abuelo se quedó rezagado y tuve que volver en su ayuda. El pobre anciano apenas podía caminar. Se aferró a mis brazos, consciente de que yo era su única esperanza. Comencé a arrastrar de él con esfuerzo. Al instante se me unió uno de los gemelos y su vigoroso empuje fue primordial para salir del trance. Golfillo fue el primero en encaramarse a la piedra rasa que servía como mesa de trabajo. La prioridad del chaval fue sujetar al bebé para que Gordita también pudiera auparse hasta allí. Aquel no era un lugar seguro, pero había la posibilidad de alcanzar cotas más altas. El problema era que solo había una vía para ascender por las rocas de forma segura. Esto hizo que nos fuéramos amontonando, con el consecuente peligro añadido. En tal confusión, el ímpetu del torrente arrancó a Brujita de su madre. Un angustioso grito escapó de su garganta. Con unos reflejos extraordinarios la Viuda se lanzó a por la criatura. Logró asirla con ambas manos pero el brusco movimiento le hizo perder el equilibrio y ambas se zambulleron en el agua. Incapaz de ponerse en pie, llegué a temer lo peor. En ese momento yo estaba ayudando al Abuelo a ponerse a salvo. El Hombre Arbusto era quien más próximo se encontraba y acudió presto en su auxilio. Su rápida aparición fue providencial. Sacó a Brujita a la superficie y la Viuda, ya con las manos libres, consiguió ponerse en pie. Ojos Claros, la Bruja y los Mellis colaboraron en tirar de ellos. El nivel del agua seguía subiendo y si continuábamos allí, acabaría por cubrimos. Entre Gordita y Medio Pie, arriba, y yo, abajo, conseguimos que el Abuelo llegara a la zona de seguridad. Observé que allí también se hallaban Golfillo, Muchacha y Bebé. En realidad más bien intuí, porque la oscuridad absoluta se había apoderado de la caverna, contribuyendo a incrementar aún más nuestro desconcierto. Al momento llegaron los valientes rescatadores. Aupamos con premura a Brujita, pues el agua nos llegaba al cuello. Todos no podíamos subir a la vez, así que los más ágiles improvisaron otras rutas mucho más escarpadas y lograron escalar sorteando cortantes aristas y afiladas estalagmitas. Ojos Claros y yo subimos por el camino más sencillo.

El aluvión asaltó la cueva con tal velocidad que apenas tuvimos tiempo de pensar en otra cosa que en ponernos a salvo. Pero ¿lo habíamos logrado todos? La respuesta llegó desde las sombras: un grito infantil y desgarrado nos estremeció el alma. Era Muñeca. Y por su desesperación parecía estar a punto de ahogarse.

No me detuve a sopesar las consecuencias; me deshice de cuanto llevaba y sin pensarlo dos veces me lancé al agua. Puedo presumir de ser un excelente nadador. De niño participé activamente en las distintas competiciones que se encuadraban en el calendario de la Federación de Castilla y León de Natación. Sin ser de los mejores, obtuve buenas clasificaciones y gané alguna que otra medalla. Cuando más entusiasmado estaba me vi obligado a abandonar prematuramente la competición porque, según mi madre, «interfería en mis estudios». Aun así, no dejé de acudir a la piscina a hurtadillas cada vez que podía. Creo que mis padres siguen ignorando que voy, aunque, faltaría más, a estas alturas es algo que me trae sin cuidado. Pero nadar en las plácidas aguas cristalinas de una piscina era una cosa y hacerlo en las furiosas y turbias de una crecida era otra bien distinta. Qué complicado resulta explicar el comportamiento humano. Con frecuencia se debate sobre la insensibilidad e indiferencia con que actúa mucha gente, minando los más elementales cimientos morales. A menudo la televisión emite imágenes de personas que miran hacia otro lado cuando son testigos de una agresión, o pasan de largo ignorando a quienes necesitan auxilio. Sin embargo, en otras ocasiones no dudamos en socorrer a las víctimas aun poniendo en juego nuestras propias vidas. Yo mismo no me atreví a salir en defensa de una mujer que estaba siendo violada y ahora, sin vacilar un solo instante, me jugaba la vida para salvar a aquella niña. ¿Por qué somos tan impredecibles?

Intuía dónde se hallaba Muñeca, pero era imposible verla en aquellas tinieblas. Los gritos procedían de un alejado recoveco y no sabía en qué medida me estaba aproximando. Luchaba a brazo partido contra el tenaz empuje de la corriente, que me envestía de costado, y con cuantos elementos arrastraban las aguas. Tenía la sensación de que por cada metro que avanzaba me desviaba el doble cueva adentro. Era una pugna desigual, agotadora, condenada al fracaso si no fuera porque los implorantes gritos de la pequeña me alentaban a seguir, a realizar un nuevo esfuerzo, ímprobo, colosal. La voz de la niña se oía cada vez más próxima, aunque también más desesperada. «¡Aguanta, Muñeca, aguanta!», grité para infundirle ánimos, para que supiese que yo estaba llegando y no se diera por vencida. Nada más oírme la cría profirió mi nombre y ya no dejó de llamarme: «¡Jaaagsri, Jaaagsri!». En ese momento supe que no había más que dos desenlaces posibles: o llegaba hasta ella o pereceríamos ambos, porque yo no pararía de dar brazadas mientras mi cuerpo albergara un soplo de vida. Los minutos se me figuraban horas. Conocía la distancia que, en aquel punto, mediaba entre los extremos de la cueva. En condiciones normales hacía rato que debería haber llegado. Estaba extenuado. Necesitaba ver a la niña, tener su referencia visual e inyectar así una dosis extra de energía a mi moral, que ya ella se encargaría de transmitirla a mis exánimes músculos. Hacía unos segundos que no la oía gritar. El tiempo se agotaba y cada brazo pesaba una tonelada. Su última llamada sonó como si estuviese a escasos metros. Debía de estar muy cerca. «¿Dónde estás, Muñeca, dónde estás?», clamé desesperado. Por respuesta recibí un murmullo y entonces columbré su diminuta cabecita. Una mata de pelo y unos ojos desorbitados se entreveían a unos cuatro metros. El agua le cubría la boca. Su vida pendía de un hilo. «¡Resiste, preciosa, y estoy llegando! ¡Aguanta Muñeca bonita!». No sé de dónde

saqué fuerzas para desplegar esas últimas brazadas, pero lo hice con extraordinario ímpetu, soportando un dolor inmenso, como si se me descoyuntaran los huesos de los hombros. Sentí un goce incommensurable cuando las yemas de mis dedos rozaron su ingrátido cuerpecito. Puede que el agua hubiera cubierto todo su rostro, pero seguía agarrada a las rocas, aferrada a la vida, esperanzada a que yo llegara en el último instante. Me sumergí buscando con mi cabeza sus piernecitas y tiré de ella hacia arriba. Enseguida oí su resuello y noté cómo trepaba aprovechando el impulso. Es lo más grande que he hecho en mi vida.

Valiéndome de los salientes y hendiduras de las rocas escalé dos o tres palmos. Comprobé que Muñeca había logrado alcanzar un lugar seguro. Luego, con los pies bien apoyados, me así a unas estalagmitas y me abracé a la superficie de la piedra. No solo me dejaba llevar por la fatiga; de esta manera mi cuerpo, exhausto, parecía querer absorber energía. Permanecí en esa postura durante unos segundos. Y entonces sentí que algo se restregaba por mi cabeza. Era Muñeca: sus manos, su pelo, sus labios, su cara y hasta su lengua. Me mostraba así su cariño y agradecimiento. Me despegué de la piedra para facilitar los arrumacos de la niña. Me emocionó contemplar sus tiernas facciones milagrosamente repletas de vida. La pequeña repetía una y mil veces mi nombre. Sus ojos no podían contener las lágrimas. Me pregunté quiénes serían sus padres. Es algo que aún hoy desconozco. De hecho, los únicos vínculos por consanguinidad que doy por inequívocos son los de la Bruja y Gordita como madres de Brujita y Bebé, respectivamente. Hablar de otros parentescos entraría en el terreno de las especulaciones. Aseguraría que Muchacha y Muñeca eran hermanas, aunque no puedo certificarlo. El efusivo intercambio de voces tras el percance y el conmovedor abrazo cuando se reencontraron constituían señales palmarias de un parentesco muy cercano, pero no puedo estar seguro al cien por cien.

No recuerdo una demostración de afecto tan linda y pura. Pese al funesto acontecimiento, la sonrisa me llegaba de oreja a oreja. A veces no nos damos cuenta de que los seres humanos necesitamos recibir continuamente cariño, que el amor es la mejor medicina para combatir la apatía del alma y que un simple abrazo puede revitalizar a la persona más deprimida. Hubiera permanecido así durante horas, recargando optimismo, llenando de humanidad mi maltrecho depósito, recibiendo mucho más de lo que yo estaba acostumbrado a dar. Pero una situación dantesca como aquella no concedía respiro. Fue la propia pequeña la que me sacó del atolondramiento. Con sus manitas hizo girar mi cabeza para que yo mismo comprobara lo que ocurría. Estuve tan centrado en el rescate de Muñeca y me relajé tanto con sus atenciones que mis obnubilados sentidos no se percataron del alboroto que reinaba en el clan. Lo que vi me sobrecogió: una pequeña llama sobrevivía a la riada, aportando una ínfima proporción de luz al laberinto de agua y tinieblas. Subsistía prendida en el extremo de un tronco que se elevaba con firmeza entre las aguas. Por un momento pensé que aquello era un prodigio sobrenatural, el capricho de algún dios prehistórico, ya ven qué disparate. Hasta que alcancé a ver, justo antes de que desaparecieran, los dedos que obraban el milagro. Una persona, hundida por completo en el agua, sujetaba la antorcha, protegiendo el fuego con su vida. Estaba dispuesto a mantener el brazo en alto y conservar esa última llama hasta que la muerte lo hiciera claudicar. No podía ser otro que Vulcano.

Miré angustiado al grupo; se hallaban mucho más cerca que yo y tenían la corriente a favor. Pero ellos no podían hacer nada porque no sabían nadar; creo que ninguno había chapoteado en toda su vida. Confieso que en esta ocasión dudé por unos instantes. El cansancio, la distancia, la situación tan extrema, la sensación de que era imposible llegar a tiempo... Todo eso desfiló por mi cabeza. Por fortuna, a esa temerosa procesión se unieron puntos positivos: que la corriente no sería mi enemiga, sino mi aliada, que siempre fui un buen nadador y que la vida de una persona dependía de mí. Así que me lancé en su auxilio, maldiciendo los segundos que había desperdiciado.

Ahora no luchaba contra las aguas; lo hacía contra el tiempo. Aunque lo puedes imaginar, hasta que no te enfrentas a ello no sabes cuán grande es la diferencia entre nadar a favor de corriente y hacerlo en su contra. Abismal, no hay comparación posible. Enseguida supe que tardaría menos de un minuto en llegar, pero ¿cuánto tiempo llevaba Vulcano sumergido?; ¿cuánto era capaz de resistir en situación de apnea? Era imposible saberlo.

Diez segundos, veinte... Cada vez estaba más cerca y el fuego, la luz, Vulcano, seguían vivos. Treinta segundos, cuarenta... Estaba llegando. Pero de pronto la luz se apagó y la oscuridad, amortiguada tímidamente por el reflejo del ateizado cielo que se colaba por los tragaluces naturales, se apoderó para siempre de lo que un día fuera nuestro hogar. Aceleré más si cabe el ritmo hasta alcanzar el lugar donde suponía debía de hallarse el cuerpo sumergido del cuidador del fuego. Por increíble que pueda parecer, lo localicé porque topé con el leño, que se mantenía firme y en posición vertical. Las cenagosas aguas no permitían a Vulcano constatar si el adorado fuego permanecía sobre la superficie y mantenía el brazo estirado, intentando dilatar la existencia de la llama hasta límites sobrehumanos, esperanzado a que yo llegase a tiempo de salvar al ígneo señor.

Pero a mí lo que me preocupaba era su humilde esclavo. Tiré de Vulcano hacia arriba. Busqué su mano libre y, presionando en su muñeca, hice girar su brazo hasta que logré flexionarlo en ángulo recto en su espalda. De esta forma lo mantenía sujeto y con la cabeza fuera del agua. ¿Qué es lo que hace cualquier persona que está a punto de ahogarse, alguien que no sabe nadar y recibe la ayuda de un socorrista? Frente a lo que cree la gran mayoría, consecuencia de la frivolidad que exhibe Hollywood en su afán comercial, la persona con problemas serios en el mar no da señales claras de alarma: no grita porque su boca se hunde y reaparece constantemente, de modo que apenas permanece sobre la superficie el tiempo justo para inhalar y exhalar el aire, y no agita los brazos porque por instinto los extiende para ejercer presión en la superficie y lograr el empuje que le permita sacar la boca del agua y respirar. Ahora bien, cuando llega la ayuda la reacción natural es caer presa del pánico: jadear, salpicar frenéticamente, vociferar y manotear entorpeciendo el rescate. Vulcano no hizo nada de eso. Emitió un espeluznante alarido cuando comprobó que la llama se había extinguido y luego se dejó llevar, exánime aunque con el brazo siempre tieso, sujetando el palo, incapaz de admitir que de nada servía ya aquel trozo de madera mojado e inerte.

Su lamento y la tenacidad con que empuñaba el tronco de madera me tranquilizaron, pues evidenciaban que había llegado a tiempo de evitar que la hipoxia le provocara una parada cardiorrespiratoria. Pero aún quedaba sacarlo de allí. Y yo me encontraba muy fatigado. Si Vulcano hubiese entrado en un ataque de pánico, todo se habría acabado. Pero el hombre conservó la calma: ningún manotazo al agua, ningún movimiento brusco... Cierto es que no colaboraba, pero era preferible esa pasividad a cualquier acción que dificultara el salvamento. Mi primera intención fue dejarme llevar por la corriente hasta alcanzar la pared de la cueva, y allí buscar apoyo donde asirnos y esperar hasta recuperarnos. Sin embargo, noté que el empuje de las aguas remitía. Eso indicaba que el caudal del río comenzaba a estabilizarse en su lecho mayor. Lo peor de la crecida había pasado.

En estas circunstancias consideré la conveniencia de remolcar de inmediato a Vulcano hasta el lugar donde se hallaba el clan, no fuese a desaparecer su docilidad. De momento seguía como alelado, el brazo en alto y nombrando una y otra vez el fuego; una conducta que no parecía muy centrada y que levantaba suspicacias sobre su equilibrio emocional. El riesgo a que se desquiciara en cualquier momento era alto, así que opté por no perder más tiempo y, pese a la fatiga, puse rumbo al lugar donde se hallaban a salvo nuestros compañeros.

El rescate me resultó menos complicado de lo que imaginaba, pues a la serenidad de la víctima y al apaciguamiento de las aguas se unió otro factor a mi favor: la inesperada ayuda del grupo. Se habían hecho con un tronco de varios metros de largo que el torrente había arrastrado y lo tendían en nuestro socorro.

Me desconcertó que los demás pusieran tanto empeño en recuperar aquella madera mojada, y que, una vez en su poder, se desentendieran de nosotros hasta el punto de que tuvimos que subir por nuestros propios medios. Vulcano más bien voló, desplegando una energía inconcebible, visto el estado de decaimiento que mostraba momentos antes. Se arremolinaron en torno al palo y soplaron y soplaron, intentando en vano insuflar ese hálito de vida que resucitara la llama. Entretanto llamé a Muñeca, para cerciorarme de su estado. Por la serenidad de su voz deduje que la niña no corría peligro. El susto había sido monumental, pero me reconfortaba saber que habíamos salvado la vida. Estaba convencido de que nadie había perecido en aquel infausto suceso. Sin embargo, de repente escapó del seno del grupo un desgarrador lamento que hizo tambalear mis convicciones. Le siguió una sucesión de sollozos, gemidos y llantos que helaban la sangre. Habría jurado que lamentaban la pérdida de alguien.

De solo recordar aquello se me ponen los pelos como escarpías. Acudí nervioso, esperando encontrarme lo peor. Se amontonaban formando un enmarañado y patético ovillo, como si la muerte hubiera aparecido de improviso besando la frente de alguno de ellos y, derrumbados por la inopinada tragedia, se desvivieran por abrazar al desdichado. Fui desenredando aquella macabra madeja, alegrándome a cada cara que descubría y angustiándome al pensar en las que aún faltaban por aparecer. Besé a Brujita, abracé a Medio Pie, me fundí con Ojos Claros absorbiendo un quejido estremecedor... Golfillo, el Abuelo, Gordita, el Hombre Arbusto, la Viuda... ¿Quién faltaba? Comencé a deambular como loco buscando a unos y a otros. Junté a los gemelos para asegurarme de que ambos estaban allí. Cómo me impresionó ver que hombres tan aguerridos lloriqueaban como plañideras. Se me hizo un nudo en la garganta que casi me ahoga. Estaba deseando romper a llorar para unirme a aquel amargo duelo. Pero no encontraba la razón. Muchacha, Bebé, Vulcano, la Bruja... ¡Estaban todos! ¡Vivos! Llamé una vez más a Muñeca y me respondió entre hipidos, también desconsolada. ¿Qué demonios estaba pasando? El drama era indescriptible: se mesaban los cabellos, gritaban, se abrazaban... Hice un nuevo recuento y no había duda:

no faltaba nadie. Estaba desesperado, a punto de perder el juicio, cuando lo ví, justo en el lugar donde el grupo estuvo concentrado. Allí yacía la parte más lúgubre que saliera jamás de un árbol. Y entendí el motivo del duelo: sin fuego estábamos condenados.

Estallé en una risa nerviosa, moderada al principio, desbocada luego. La situación se volvió tragicómica, al solaparse mi risa con los lloros. No se trataba de una demostración de hilaridad, pues más que feliz, yo me sentía aliviado. Necesitaba liberar la tensión emocional que había acumulado y lo hice, en un acto reflejo, desternillándome de risa. El Hombre Arbusto abandonó su inusual sombrío rostro forzado por las circunstancias y, sin entender por qué, me acompañó en las carcajadas. Los demás se aproximaron sin ocultar su asombro. Uno a uno fueron callando para interrogarme con la mirada. No hubo respuesta; no era dueño de mi organismo. De repente, de igual forma que la risa llegó se esfumaba. Durante unos instantes solo se oyó el jadeo de mi respiración excitada. Luego comenzaron a brotar lágrimas de mis ojos. Abracé a Brujita y lloré a moco tendido. Había sentido mucho miedo, miedo a perderlos. Este cambio brusco en mi comportamiento reactivó la pena del clan, suspensa durante un par de minutos a la espera de que su líder aportase la solución que se infería de su exultante estado. Pero ahora yo también lloraba y con mis lágrimas se desvanecía su única esperanza. Esta pérdida de control, humana pero inútil, pudo costar muy cara. Vulcano no fue capaz de soportar verme en ese estado y, lejos de entender que yo ni había reído de alegría ni llorado de pena, que mi explosiva vehemencia solo cabía interpretarse como un desahogo, pensó que me unía a la desesperación, que su jefe tiraba la toalla participando del dolor por la definitiva pérdida del todopoderoso y sagrado protector del hombre y, autoinculpándose de ello, se precipitó, alienado, contra las paredes de la caverna, estampando allí la cabeza una y otra vez. De esta forma quería castigar lo que creía su incompetencia.

Con rapidez lo redujimos, aunque fue imposible evitar que se hiciera daño. Cómo conmovía ver a aquel hombre, grande como un trinquete, destrozado, aullando de rabia mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas teñidas de sangre.

Poco a poco se fue calmando. Ojos Claros se dirigió a él con cariño, acariciando con delicadeza su lastimoso rostro. Intuyo que pretendía convencerlo de que no había fracasado, que nada pudo hacer ante aquella furibunda demostración de fuerza de la naturaleza. Pero para Vulcano no había consuelo. Probé suerte hablándole animado: «No te preocupes, fenómeno, yo fabricaré el fuego. Puedo hacerlo. *Jaaagsri toógoros, Jaaagsri toógoros*». Nada. Ni Ojos claros ni yo ni una legión de ángeles. Un hombre hundido, que se considera responsable de un suceso grave, no va a expiar su culpa con las palabras de otro. Tenía encomendada la misión más importante de todas. Había consagrado su vida a cuidar el fuego, y lo hacía con ilusión y esmero, orgulloso de que recayera en él una responsabilidad que, lejos de ser una carga, constituía un verdadero honor. Se sentía un ser privilegiado, admirado por su profesionalidad, que gozaba de la plena confianza de todos. Y ahora les había fallado. No había sido capaz de proteger de las aguas un misero rescoldo. Su vida no tenía sentido. Si no fuera porque albergaba la ínfima esperanza de que un ápice de madera permaneciese aún candente, no habría consentido dejarse emerger de las profundidades. Prefería estar mil veces muerto antes que vivir con la deshonra de haber perdido para siempre el fuego.

Entendí que solo existía una cosa capaz de vivificar su exangüe espíritu: la presencia de aquello que había perdido. Y yo podía dárselo. Hasta hacía poco me consideraba el hombre más torpe de aquel mundo. Pero gracias a que sabía nadar había logrado salvar dos vidas. No quiero restar méritos a mi arrojo, pero tampoco ensalzar aquel hecho como una hazaña, pues la determinación de prestar auxilio es un gesto que acciona espontáneamente el instinto humano, común a todos nosotros, con la consabida excepción de las bestias con apariencia de personas. Quiero con esto decir que, si bien mi acción fue extraordinaria y derivó en una preza de la que me siento muy orgulloso, no dejaría en el clan más legado que la admiración. Pero ahora podía hacer valer mis conocimientos para aportar algo grandioso, que perpetuara mi memoria de una forma tangible, aprovechable para siempre. El vestigio de mi paso por aquel mundo no se reduciría a un simple juego de niños, o a la forma de extraer los piñones: yo les iba a revelar el secreto más codiciado, el conjuro mágico que les permitiría invocar a capricho al más poderoso dios. Yo les iba a enseñar a fabricar el fuego. Y quería hacerlo cuanto antes, para sacar a Vulcano de su postración.

La situación no era la más indicada, pues sería imposible encontrar, en kilómetros a la redonda, materia seca donde prender el fuego. Pero yo no necesitaba una llama; creía que haciendo saltar una sola chispa acabaría con su traumático tormento. Así que rompí con decisión un par de estalagmitas y convencí a Vulcano para que prestase atención y viera con sus propios ojos cómo al golpearlas saltarían juguetonas sus adorables chispas doradas. Pero destrocé las piedras y no apareció una chiribita. Normal. ¡Cómo iba a hacerlo! Así hubiese entrechocado todas las estalactitas y estalagmitas del planeta. Yo, como cualquier mortal de mi época, conocía las técnicas primitivas para hacer fuego: el calentamiento de la madera por fricción y la producción de chispas mediante la percusión de piedras. Pero ignoraba —así debo reconocerlo— que, en este último caso, para generar proyecciones incandescentes duraderas era preciso golpear una piedra dura como el sílex contra otra rica en hierro como la pirita. Pedernal contra eslabón. Entrechocando carbonato cálcico no hacía más que perder el tiempo. Jamás lograría desprender chispas. Y aunque lo hiciese, aquello no impresionaría a Vulcano porque probablemente ya las habría visto al trabajar la piedra y sabría que chispas fugaces no encienden fuego. Hice varios intentos más hasta convencerme de que algo estaba fallando. Luego arrojé furioso las piedras al agua y repetí estas palabras, enfatizándolas con palmadas en el pecho: «*Jaaagsri toógoros, Jaaagsri toógoros*». Porque estaba seguro de que, de una forma u otra, acabaría prendiendo fuego.

El temporal había remitido. Ya no se oía verberar ni el viento ni el agua. Era posible que incluso hubiese parado de llover. Ensanchadas las pupilas, la visión se había acomodado a la oscuridad y me permitía distinguir el verdadero alcance de la riada. Nuestra tranquila morada era ahora un río subterráneo por donde navegaba una amplia variedad de materia forestal, no solo proveniente de nuestras reservas; las aguas habían arrastrado todo cuanto encontraron a su paso: espinos, juncos, enredaderas, matorrales, cañas. La cueva se había transformado en un caótico manglar de hojarasca y maleza, salpicado de troncos erráticos y... alguna que otra piña dispersa.

Una vez más calmado medité sobre nuestra situación. Enseguida llegué a la conclusión de que era dramática. Los sentimientos del grupo en buena lógica eran idénticos a los que padecen quienes, a consecuencia de una catástrofe natural, pierden la casa con todos los muebles y se ven en la ruina. Aquello que se ha pagado con tanto sacrificio, los objetos de incalculable valor sentimental, el espacio donde se han compartido tantas penas y alegrías... Cuanto se posee desaparece de un plumazo. Sin explicaciones. Sin justificación posible. Tenía que entender el estado de abatimiento del clan, que además del hogar había perdido todas sus pertenencias: las herramientas, el guardarropa de reserva, las armas, el acopio de leña y el valiosísimo fuego, principal valedor del propio sustento. Por eso eran lógicos los lamentos desgarradores como si llorasen la pérdida de una vida. Si ya de por sí era una desgracia haberse quedado solo con lo puesto, la calamidad se hacía aún mayor si veían mermadas de consideración las posibilidades de supervivencia. Estaban convencidos de que sin fuego acabarían todos muertos. No puedo evitar estremecerme y sentir escalofríos al recordar aquella pena tan honda.

Mientras hacía balance de la situación me percaté de que estaba desnudo. Ese día se evaporó lo poco de pudor que me quedaba. ¡No había otra cosa que hacer que andarse con recatos en aquel momento! A veces pienso en detalles como este y me pregunto cómo la humanidad ha podido volverse tan estúpida. ¿Quién sería el primer mentecato que consideró que la utilidad principal de la ropa no era abrigarnos, sino ocultar determinadas partes de nuestro cuerpo? ¿Quién por vez primera sintió vergüenza de mostrar sus órganos sexuales, verdadera piedra angular de la conservación de la especie? ¿Por qué se afianzaron esas incongruencias?

Cómo nos dejamos condicionar por los estereotipos que impone la sociedad. Nos manipulan con sutileza, porque conocen la fragilidad de nuestras convicciones. ¿O es que el criterio, el posicionamiento o la opinión en temas políticos, sociales o metafísicos, por muy estrictos, arraigados o recalitrantes que sean, no mudan con el transcurso de los años o con el advenimiento de sucesos inesperados? Qué mejor manera de ilustrar lo que digo que con mi propio ejemplo: una persona tan conservadora como yo, respetuosa con las normas y amante de guardar las formas, que incluso veía en el naturismo una práctica rayana en el exhibicionismo y la indecencia, de la noche a la mañana retoca sus principios y se pasea de un lado para otro en pelota picada, sin ningún tipo de escrúpulos. ¿Cómo es posible que provengan, de la misma persona posturas tan contradictorias? Desde luego que no me reconozco, pero lo digo con orgullo y la satisfacción de haber abierto los ojos, de haber tenido agallas para condenar al destierro a ese Daniel timorato y trasnochado, incubado en un ambiente retrógrado y diseñado para una vida familiar circunspecta y tradicional. Nunca es tarde para abonarse a la cordura.

A raíz del arrobamiento de Vulcano cada cual puso un poco de su parte para no exteriorizar en exceso el pesar que le afligía. Aun así, el ambiente no dejó de ser luctuoso: los rostros sombríos no podían ocultar cuánto les había afectado la tragedia. Todos guardaban el prudente silencio que aconsejaban las circunstancias, a excepción de Muñeca, que no dejaba de gimotear, desoyendo los intentos de Muchacha por tranquilizarla. Sus lamentos se clavaban en el alma como una desgarradora letanía. La pequeña no había sido testigo del último suceso, no tenía edad para tener consideraciones y estaba asustada. Necesitaba sentir el calor de alguien a su lado, recibir mimos que atemperaran aquel trance. No podía dejarla un minuto más sola.

Cuando llegué se abrazó a mí como si llevara años sin ver a nadie. Apretó la cabeza en mi pecho y rompió a llorar. Dejé que se desahogara, acariciando su pelo y cantándole en voz baja la primera canción que se me vino a la cabeza. Se adormiló entre mis brazos. Solo la triste melodía de mi voz quebrada rompía el sepulcral silencio.

En ese estado transcurrió más de una hora. La niña alternaba ratos de sopor, en los que conciliaba ligeros sueños, con otros en los que sollozaba y se revolvió inquieta bajo mis arrullos. Hice un amplio repaso a mi repertorio musical: de manera espontánea iba enlazando unos temas con otros, al mismo compás monótono y cansino que caracteriza a las nanas. Con ese ritmo cadencioso versioné todo tipo de canciones, logrando que convergieran en un mismo estilo. De igual forma sonaba *El cocherito leré* que el *Ai se eu te pego*.

Mientras cantaba mi mente viajaba por mundos dispares. Lo mismo recorría los pasillos de la universidad que cazaba una lagartija con el tirachinas. Igual fumaba un cigarro contemplando el busto desnudo de Elena que enseñaba a Ojos Claros a bailar el claqué. Mis dos realidades pugnaban por adueñarse de mis pensamientos y esto hacía que a veces se confundieran para mostrarme situaciones imposibles. Igual me veía tomando cervezas y disputando una partida de bolos con el Hombre Arbusto que comiendo sapos y jugando a la rayuela con Luis.

Un alud de imágenes, personajes, hechos, anécdotas e ideas se precipitaban sobre mi cabeza. Y yo mecía a Muñeca y cantaba y cantaba. Hasta que en uno de esos destellos de lucidez que atravesaban vertiginosamente mis pensamientos entendí que lo mejor sería que nos reuniéramos con el clan cuanto antes. Sabía que la pequeña pasaría un mal rato, pero carecía de sentido demorar lo inevitable, y yo tenía faena por delante: debía buscar la forma de que todos pudiésemos salir juntos de aquel infierno. Las aguas eran las nuevas propietarias de la caverna. La habían conquistado de forma violenta, como hacen siempre, acostumbradas a no encontrar resistencia, y se quedarían el tiempo que estimasen oportuno. Allí ya no hacíamos nada: ni el agua se iba a evaporar, ni la comida vendría chapoteando feliz a nuestro encuentro. Además, aunque las aguas volviesen a su cauce, sin fuego era un suicidio mantenerse en una cueva, una trampa mortal donde no habría posibilidad de huida ante el ataque de un depredador.

El agua infundía un miedo atroz a la criatura. Era algo que había previsto, por lo que antes de comenzar con el traslado me procuré un tronco consistente, que me facilitara el trabajo e hiciera que ella se sintiese más segura. Como supuse, tuve que meterla en el agua a la fuerza. Presa de un ataque de histeria, comenzó a dar golpes a diestro y siniestro y a utilizar mis hombros como plataforma para emerger. Si no es por el tronco, acabamos ambos ahogados. ¡Vaya si tenía fuerza la pequeña! Poco a poco fuimos avanzando. Muñeca veía que el tronco flotaba más que yo y, fuera porque se contagiara de mi serenidad o porque observara que cada vez estábamos más próximos al grupo, dejó de gritar y dar manotazos. El júbilo presidió el reencuentro. Aunque pasajera, por fin llegó algo de alegría al grupo.

La carencia de fuego nos acarrea, ordenados de menor a mayor trascendencia, tres problemas sustanciales: dejábamos de tener luz, perdíamos nuestra mejor fuente de calor y mermaban considerablemente nuestros medios defensivos. En ese mismo orden se nos fueron presentando. El primero apareció de inmediato y ocasionó serios inconvenientes en las tareas de rescate. Después de esto, los trastornos derivados de la pérdida de la luminosidad que nos proporcionaba la lumbre fueron muy llevaderos: nuestra visión se fue acomodando a la oscuridad y por el umbral y los tragaluces naturales de la caverna fueron llegando reflejos de un cielo que parecía anunciar el deseo de mudar su parda túnica. Los efectos del segundo de los problemas comenzaban a hacer acto de presencia: teníamos frío. Nuestros trajes estaban mojados y no quedaba rastro de la acogedora calidez de la cueva. Puede que aquella calefacción hubiese estado funcionando sin interrupción durante años, quién sabe si generaciones. Un calor arraigado a las paredes de la cueva, perenne, ancestral; un calor cultivado durante una eternidad... disipado por completo en solo un par de horas.

En absoluto me apetecía permanecer en el agua, pero caía sobre mí la responsabilidad de evacuar a quince personas que no sabían nadar. Y esa era una misión inaplazable. Bracé en primer lugar hasta la vía natural de salida. La crecida del río había sido tan brutal que apenas quedaba sin cubrir medio metro del hueco de la entrada. No tardé en convencerme de que pretender abandonar la cueva por allí no era una solución viable: el río se había tragado la explanada y buena parte de los alrededores; tanto era así que quedaba fuera del alcance de la vista el lugar donde se había fijado la nueva ribera. Además, las aguas discurrían bravas en la zona abierta. Demasiados metros y demasiada corriente para plantearme aquel rescate. Descartada esa posibilidad, la única opción era inspeccionar la hendidura que franqueamos cuando nos dirigimos a la sima donde hallamos el lobo muerto. El corte en la pared no era muy largo y la separación estrecha, pero no estaba a ras del suelo. Si ese corredor se hallase sumergido, o la otra zona se hubiese anegado hasta el punto de trocarse impracticable, entonces no nos quedaría más remedio que aguardar a que el nivel del agua bajara. Y así nos podíamos morir de hambre o de frío.

Con esa zozobra nadé en busca de la abertura salvadora. Cuanto más cerca estaba, más me costaba avanzar: el temor se espesaba en mi cerebro paralizando los músculos. No quería ni imaginar qué ocurriría si aquella salida se hallase cubierta por el agua. Si ya de por sí me costaría convencerlos para que se dejaran remolcar hasta allí, ¿cómo iba a lograr que se zambulleran y bucearan conmigo hasta la otra zona? Sería imposible; a lo sumo podría salvar a los niños hundiéndolos a la fuerza. Por eso, a la vez que quería llegar temía hacerlo para no encontrarme lo peor. Pero ¡albricias!, el agua había dejado libre una pequeña vía de escape y, lo que era aún más importante: al otro lado solo se había formado una pequeña laguna en una depresión del terreno, con una profundidad no superior al metro y medio; por tanto, fácil de superar.

Regresé efusivo junto al clan. En el camino encontré flotando una de nuestras armas: un palo largo y afilado. Se lo entregué a uno de los gemelos, que lo aceptó sin mucho entusiasmo. Torció la boca forzando una media sonrisa.

Nuestro peculiar éxodo debía comenzar ya. Tenía mucho trabajo por delante, ni más ni menos que transportar a quince personas de una en una. El mismo tronco con que había llevado a Muñeca podría servir a mis propósitos. Sospechaba que no bastaba con que hubiesen sido testigos de la seguridad con que trasladé a la pequeña y que no volverían al agua de buen grado. Por eso elegí en primer lugar a Medio Pie, porque, aunque todos eran leales —salvando las reservas de la Viuda—, estaba convencido de que él acataría sin rechistar cualquier orden que yo le diera, con tal de demostrarme una y mil veces su valía. Sin embargo, por primera y única vez en todo el tiempo que disfruté de su compañía, no acudió raudo a mi llamada. El muy astuto se olía mis intenciones, así que se hizo un poco el remolón, como si no me hubiese escuchado. Lo llamé de nuevo realzando la voz y se vio sin escapatoria. Acudió con un retraimiento impropio en él, para comprobar que lo que presentía era cierto: su jefe le hacía señales para que se metiera en el agua. Con la palidez de un muerto y sudando a mares, fue descendiendo poco a poco. Tuve que acercar el tronco a la altura de sus narices para que se atreviera a liberar las manos de las rocas. Como seguía dudando le insistí con una regañina. En su semblante noté que aquello le dolió en lo más profundo de su amor propio: no podía echar por tierra los méritos que se había ganado a pulso. ¡Perder la confianza que en él había depositado su líder! Eso sería demasiado. De un brusco movimiento cambió la piedra por la madera. Se aferró a aquel flotador con tal presión que sin más remedio tuvo que hacerse daño con las astillas de las ramas rotas. Por lo demás, la pequeña travesía resultó bastante tranquila y el desembarco no supuso mayores problemas, pues aunque la hendidura que comunicaba nuestra cueva con el entramado de galerías subterráneas era estrecha y se hallaba parcialmente cubierta por el agua, no ofrecía especiales dificultades para ser atravesada, ya que se hacía pie en sus proximidades.

Mientras regresaba me fui preguntando a quién elegiría para el próximo viaje. Habían visto, por partida doble, que la traslación en aquel medio de locomoción rudimentario era eficaz y segura, pero no me fiaba del extremado miedo que les infundía el agua. ¿Y si se ponían tozudos y decidían prolongar su estancia allí, hasta el límite de sus fuerzas, con la esperanza de que el nivel del agua bajase? ¿Qué haría entonces: largarme con Medio Pie y regresar cada dos o tres días con algo de alimento si es que lo conseguimos? Eso no tenía sentido. Además, no era descartable que retornaran las lluvias torrenciales, desvaneciendo cualquier posibilidad de que pudieran salir de allí por sus propios pies. Había que actuar con decisión e inteligencia. Por fortuna, estuve inspirado.

Decidí que los siguientes en abandonar la cueva fueran los gemelos. Pensé en ellos no solo por la fidelidad y disciplina marcial que les caracterizaban. Se me ocurrió que si me llevaba primero a los más bizarros y aguerridos, acentuaría la sensación de desamparo en el resto. La cuarta pasajera fue la Viuda. Mi llamada la pilló por sorpresa, pues suponía que la prioridad en el salvamento estaría ligada a mis simpatías o conveniencias. Vaciló un instante y luego se aproximó, destilando en su rostro el orgullo malherido. Se asió al tronco con naturalidad, sin dejar entrever el más mínimo temor. En ningún momento me miró a la cara. Fue algo que agradecí, pues yo tenía más que asumido que ella no comprendería jamás los motivos de mi rechazo y no me hacía especial gracia que creyera que mi gesto era el resultado de una profunda recapacitación, que reconocía públicamente mi error y daba marcha atrás en tan disparatada decisión. Para mi tranquilidad, nada cambió después de esto: la Viuda se mantuvo distante. Tal vez quería hacerse de rogar, después del incuestionable interés demostrado por el nuevo líder, que había antepuesto su rescate al de varios hombres y el resto de mujeres. Yo, desde luego, me cuidé de no tener con ella ningún otro detalle similar que alimentara un ápice sus esperanzas.

Mi plan resultó un éxito: un par de portes después todos, con la excepción de Vulcano, se ofrecían voluntarios para el próximo viaje. Las dudas se habían disipado: nadie quería quedarse aislado en aquel frío e inhóspito islote calizo. Ni siquiera Gordita titubeó al entregarme su bebé. El pequeñín hizo el trayecto sobre mi pecho, mientras yo nadaba de espaldas.

Poco a poco fui llevándolos a la zona segura, eligiendo casi al azar entre una confusión de brazos ansiosos por ser los siguientes. Sin darme cuenta dejé al cuidador del fuego para el último. Él permanecía a un lado, inmóvil, con la mirada perdida y balbuciendo palabras ininteligibles. Recogí mis escasos efectos personales y me senté a su lado. «Me gustaría que me prestaras atención, Vulcano —le dije mientras jugueteaba con el tirachinas—. Te acabas de llevar un duro golpe. Crees que has fracasado y te entiendo, pero aún no hay nada perdido. Si te rindes, dejarás de ser útil a los demás. Ellos te necesitan y tú lo sabes. No vamos a morir porque no haya fuego, ¿me entiendes?, no vamos a morir —recalqué con impostada convicción—. Pero para que estés más tranquilo quiero que sepas que voy a enseñarte a fabricarlo. Te lo prometo, y o sé cómo hacerlo. *Jaaagsri toógoros, Jaaagsri toógoros*».

Fue pronunciar la palabra mágica y su cabeza giró como un resorte. Me conmovió descubrir la pena tan honda que derramaba su mirada. Jamás había visto rostro tan triste. Se sentía responsable de la segura muerte de sus amigos, y esa era una carga imposible de soportar. Nada más ilustrativo que su imagen como alegoría de la desolación.

Un nudo atenazó mi garganta. Por unos instantes fui incapaz de hablar y como no podía transmitirle mi aliento con palabras, lo hice con el calor de un abrazo. Cuando me repuse continué: «¿Sabes? La vida es extremadamente dura. A menudo se muestra ingrata con nuestros sacrificios, caprichosa, déspota. En el peor de los casos despiadada, cruel e inhumana. Se ve tan bonita y nos promete tantas cosas con su cautivadora sonrisa que nos dejamos atrapar en sus redes como colegial enamorado. Nos entregamos a ella con toda la ilusión, sin querer ver la perfidia que se esconde en su melosa llamada, como marineros incapaces de resistir la divina melodía de las sirenas. Y es lo normal, porque estamos hechos para vivir, para saborear la vida aunque nos hiera. Pero, con todos sus sinsabores, también nos brinda momentos mágicos, sublimes, tan poderosos que pueden derrumbar el baluarte más resistente, tan maravillosos como para hacernos sentir, siquiera por un instante, la auténtica felicidad».

No aspiraba a persuadirlo con aquel discurso. Y no solo porque sabía perfectamente que no podía entender nada de cuanto le estaba diciendo; con mi voz pretendía radiar un punto de serenidad y confianza, y, por qué no, también de súplica. De alguna forma intentaba que comprendiera que por nada del mundo sus amigos queríamos perderlo. Por eso le hablaba en ese tono. Por eso y porque me reconfortaba hacerlo. ¡Lo necesitaba! Y es que en el fondo, no sería honesto ocultarlo, si el envoltorio de esas palabras era para él, su contenido estaba dirigido especialmente a mi propia persona. Yo también quería convencerme de que valía la pena seguir, que siempre había algo por lo que luchar. Y no me refería a ese trance en concreto ni a mi aventura en aquella tierra desconocida; reflexionaba sobre la totalidad de mi vida, de mi pobre vida. Y predicaba un ideal que justificara una razón para mi propia existencia.

Me levanté y le ofrecí la mano. «Vamos, Vulcano, tenemos que irnos, nos están esperando. No voy a marcharme sin ti. Ven con nosotros, por favor, te necesitamos. *Jaaagsri toógoros*. Confía en mí: *Jaaagsri toógoros*». Finalmente estrechó su mano a la mía y aceptó acompañarme en ese último viaje.

Me despedí del tronco con un ridículo sentimiento amargo, como si fuese un amigo de carne y hueso, alguien a quien seguro jamás volvería a ver. Lo empujé con brío para que navegara hasta el centro de la cueva. Su figura y la forma de desplazarse lo asemejaban a un cocodrilo. Y entonces mi cuerpo dio un respingo, sobrecogido por una aterradora sospecha. «¡Cocodrilos!», grité. Y, aunque no divisé ninguno, salí del agua lo más rápido que pude.

Por fortuna no se me ocurrió pensar antes en estos monstruosos reptiles; no sé qué gallo habría cantado en tal caso. Si en ese paraje habitaban osos gigantes, hienas, criaturas fabulosas, si crecían especies silvestres increíbles, si por las noches oía rugidos espantosos, ¿cómo no imaginar que los ríos podrían estar infestados de cocodrilos? ¿Y si el pavor que infundía el agua al clan derivaba de la presencia de estos voraces asesinos? Y yo nadando de un lado para otro con absoluta tranquilidad...

## Empezar de cero

Estaba agotado con tantas idas y venidas y el frío me hacía tiritar. ¡Cuánto echaba de menos la gran hoguera! Comenzamos la caminata a través de un laberinto de lóbregos pasillos con el desánimo por estandarte. Marchábamos arrastrando los pies, arrastrando el alma. No éramos hombres, sino una procesión fantasmal y nos movíamos entre las crujiás de un cementerio, no por galerías subterráneas. Más que un grupo de personas aliviadas por haber sobrevivido a una catástrofe natural, ilusionadas por alcanzar la salida y luchar por su supervivencia, parecíamos la Santa Compañía.

Jamás habría sospechado que la pérdida del fuego podría erigirse en una calamidad de tal magnitud. ¿Cómo era posible que gente tan valerosa como aquella no fuese capaz de arrostrar esta circunstancia con denuedo? Con toda probabilidad, nunca antes se vieron en aquella situación y suponían que las consecuencias iban a resultar terribles, de ahí la persistencia del pesimismo. Y no se molestaban en disimularlo; el estoicismo no existía para ellos. Pero yo estaba en condiciones de solucionarlo tan pronto como abandonásemos las grutas. Había visto en la tele cómo ciertas tribus continuaban haciéndolo: de base un trozo de madera con una ranura, un palo resistente para colocarlo sobre el agujero y hacerlo girar a toda velocidad con las manos, algo de yesca y se acabó lo que se daba. Así de simple. ¿Realmente? En una atmósfera tan húmeda y con la que había caído, ¿dónde iba a encontrar material seco? En tanto el sol no saliera sería prácticamente imposible. Podían pasar días sin que nada secase. Y cuando lo tuviera, ¿lo lograría? ¿Cómo podía estar tan seguro? Esta angustiada incertidumbre me acompañó durante todo el recorrido, hasta que llegamos a la sima.

En efecto, el cielo había apaciguado su furia. Por fin se difuminaba el tono plomizo exhibido durante los días de lluvia y las nubes permitían traslucir la tímida claridad de un sol harto ya de tanto encierro. El clan se detuvo para interrogar a su adalid con la mirada: ¿qué hacíamos: iniciábamos de inmediato el ascenso? Era obvio que ahí abajo no teníamos porvenir y mi deseo era salir cuanto antes a la superficie, pero la jornada había sido muy dura y me encontraba bastante cansado como para emprender la subida por vericuetos tan escarpados. Aparte de eso, el ocaso llegaría en pocas horas; por tanto, parecía más prudente pernoctar allí y aguardar hasta el amanecer. Un nuevo día para una nueva vida.

Pese a la necesidad de descanso apenas pude pegar ojo. Entre la excitación provocada por los últimos acontecimientos, el frío que encogía mi cuerpo huérfano del calor de las llamas y de unas pieles aún muy húmedas, los problemas e inquietudes que cursaban visita a mi cerebro y los quejidos y sollozos de la pequeña Brujita, pasé la noche alternando ratos de vigilia con duermevela. A media noche me levanté para ver si moviéndome, podía entrar un poco en calor. El intento, aunque vano, sirvió al menos para desentumecer mi cuerpo helado. Me acerqué a Brujita y palpé su frente. No aprecié calentura, pero la niña sufría escalofríos, pues a veces se apretaba temblorosa a su madre. Se evidenciaba una destemplanza que pronto podría derivar en fiebre.

El tiempo, como magnitud, es incomprendible: un montón de días pasaron en un suspiro; por contra, unas cuantas horas de una noche parecieron eternas. ¡Cuánto tardó en llegar el amanecer! Pero qué hermoso fue. El sol no había abandonado la tierra. Existía. Y me regaló unas nubes pintadas de arbol. La luz. Por fin la luz. Había llegado el momento de salir de aquel agujero.

Nos levantamos a la vez, como si hubiésemos sincronizado la hora de partida. Quizá todos andaban desvelados, a la espera de que yo ordenara la marcha. Toqué la frente de Brujita y, como me temía, estaba caliente. Puede que la pequeña tuviese algún achaque antes de la riada y el enfriamiento lo hubiese empeorado, desencadenando la fiebre. Una nueva inquietud vino a sumarse a mis preocupaciones: ¿qué hacían cuando alguien caía enfermo? Pensar en la salud me alarmó muchísimo. Sin medicamentos, médicos ni hospitales, ¿cómo combatían las enfermedades? ¿Se morían, sin más, por la afección más simple? Un estremecimiento sacudió mi cuerpo. No quería ni imaginarlo, así que desterré estos pensamientos, confiado en que Brujita se recuperaría pronto, y me centré en la escalada que debíamos acometer, un asunto nada baladí que requería de mi total concentración.

Golfillo, Muchacha y Muñeca tomaron la iniciativa. Ascendían con una agilidad pasmosa, como si se divirtieran haciéndolo. Verlos moverse con tanta despreocupación me puso el corazón en un puño, pues temía que resbalaran y cayesen pendiente abajo. La escalada revestía un considerable peligro. Para cualquiera de nosotros sería inaceptable permitir que se tomaran aquella licencia, pero ellos lo veían como algo natural y no relacionaban el desparpajo con la negligencia; estaban acostumbrados a moverse por cualquier terreno. Todo lo contrario que un servidor, dudoso de mi habilidad para emprender la subida con garantías. Y la cosa es que me daba vergüenza pedirles ayuda: yo, el gran jefe, aquel que los había salvado de una muerte segura, incapaz de ascender por sí solo una ladera por la que los demás trotaban como cabras montesas. Hasta Gordita escalaba con soltura con su bebé en brazos. Con esta tesitura opté por quedarme el último, para disimular mi torpeza, sin prever que igual me iban a ver desde arriba. Pero la fortuna se alió conmigo: el Abuelo no estaba ya para empresas de esa índole. Los gemelos se quedaron para ayudarlo y esa fue mi oportunidad: me situé justo detrás y encontré acomodo en ese ritmo más pausado, procurando, más por miedo que por vértigo, no bajar la cabeza para que la visión del precipicio no paralizara mis músculos y quedase rezagado y sin nada en que poder excusarme. De este modo logré ascender y mi escasa maña pasó desapercibida.

Fue una gozada volver a disfrutar la amplitud del espacio abierto, recibir aire fresco, sentir mi cuerpo orearse y absorber los anhelados rayos de sol. El inclemente tiempo no cesó en su porfía hasta que sobrevino la riada. ¡Cuánto odio la lluvia! Si mi idolatrada esfera de luz y calor hubiese desperezado un día antes, no se habría visto alterada nuestra plácida existencia, contaríamos con la seguridad y la comodidad de un hogar y no nos hubiésemos visto abocados a deambular sin rumbo fijo y a buscar cada noche, como las fieras, un cubil donde dormir. Con ese panorama, desde luego, los ánimos no podían estar muy altos.

El grupo se puso en marcha y yo, como siempre que salíamos al monte, me dejé llevar: como aborígenes del suelo que pisaban conocían muy bien por dónde se movían; con ellos no existía riesgo de desorientación.

Me pareció significativo la rapidez con que se pertrecharon de piedras y palos. Solo entonces me di cuenta de cuán sofisticadas eran las armas que perdimos: no había color entre una piedra cualquiera y otra de cortantes aristas tallada a medida, entre la rama de un árbol y el palo estilizado, limpio de nudos y aguzado al fuego. Disponer de unos u otros se traducían en cazar o no cazar, en mantener a raya a una fiera o sucumbir a sus garras. Tener armas eficaces, aun rudimentarias, marcaba la diferencia entre vivir o morir.

El grupo comenzaba a asimilar que no quedaba más remedio que continuar. La transición, por repentina y traumática, cercenaba la moral pero no eliminaba de raíz el instinto de supervivencia. Ese que fluye invisible por la sangre y la savia de todo ser vivo. Ese que tiende a reaccionar, a comenzar de cero, a cimentar nuevos pilares cuando los anteriores se derrumban. Ese don milagroso que nunca se da por vencido. Las nuevas armas no parecían fiables, pero ya habría tiempo de labrarlas o de buscar otras. El clan daba por hecho que había perdido su privilegiada posición en la jerarquía de poder de la naturaleza y empezaba a mentalizarse para pelear hasta el fin, para agarrarse a la cuerda más fina con tal de que lo mantuviera con vida.

Aun con mis reservas, yo no perdía el optimismo. Habíamos sobrevivido al raudal de agua que inundó la cueva; después de eso no esperaba encontrarme nada peor. Y pronto haría renacer las llamas del fuego, debía confiar en ello. Era cuestión de tener un poco de paciencia. Mientras tanto el grupo me infundía mucha seguridad, más de la que en realidad podía proporcionar.

Nada volvió a ser lo mismo después de la riada. Y no lo digo solo por la penuria que dimanó de aquel suceso: mis prioridades pasaron a ser otras. Es verdad que durante los últimos días me había sentido muy cómodo, pero ello no era óbice para que dejase de evocar mi mundo y sintiese deseos de regresar y abrazar a Elena. Sabía que tan pronto como desapareciera el mal tiempo encabezaría una partida y la dirigiría, por el camino que me era conocido, hasta el lugar más cercano a donde aparecí, ya me las arreglaría para hacerles entender mis pretensiones y que me guiaran hasta el sitio exacto. Pero si no iniciaba la marcha desde la misma cueva, difícilmente podría encontrar la senda correcta. Las esperanzas de volver a casa se desvanecían. Lo extraño es que dejé de preocuparme por ello. Como dije, había otros asuntos más importantes en que pensar, pero también es cierto que me abandoné a las circunstancias, como si me hubiese dejado llevar por... mi destino. Eso es: mi destino. Decidí no calentarme la cabeza ni un minuto más. ¿Para qué? Estaba cansado de engañarme a mí mismo empeñando sacrificios e ilusiones en pos de un futuro. Me convencí de que los sucesos que marcan nuestra existencia estaban predefinidos; por tanto, lo que tuviera que pasar pasaría. Regresaría cuando tuviera que regresar y si no volvía a mi época, sería porque mi destino era quedarme allí. El destino. Esa fue la tabla de salvación para mis paranoias. Nunca antes había pensando de esa forma, pero a menudo somos así: nos amoldamos a las situaciones y acabamos creyendo lo que nos interesa creer.



La fisonomía del paisaje era otra bien distinta a la que se podía observar una semana atrás. Había zonas encharcadas por doquier y en muchos lugares las aguas pluviales habían encontrado reposo, originando intransitables aguazales, que obligaban a dar marcha atrás o a emprender largos rodeos si se pretendía mantener la misma dirección.

No creo que mis compañeros de fatigas tuviesen especial interés en llegar a un sitio determinado. Después del susto y sin fuego, seguramente pasaría algún tiempo hasta que se atrevieran a pisar una cueva. Tampoco daban muestras de querer encontrar un lugar confortable donde establecerse, así que me dio la impresión de que se movían por instinto, con la consigna de encontrar comida y eludir el peligro.

Aquella jornada fue larga, aburrida y penosa. La moral seguía por los suelos y nada hacía presagiar una mejoría. Hasta el Hombre Arbusto —menos arbusto que nunca— parecía haber transmutado. Una actitud impuesta por la seriedad de sus compañeros, pues estoy convencido de que en el fondo de su ser deseaba poner en práctica su habitual repertorio de payasadas. De hecho, en un momento dado el buen hombre tomó una rama cargada de hojas y, saltando sobre los charcos, se puso a cantar —es un decir— el *Singin` in the rain*, imitando mi celebrísima actuación. Un noble intento que, nada más nacer, acabó en saco roto, pues al momento lo mandaron callar entre reprimendas. El más prolífico generador de chanzas que haya conocido el mundo prehistórico hundió la cabeza y relegó las alegrías para mejor ocasión. Con todo, su semblante era con diferencia el menos sombrío: las circunstancias no impedían que asomaran reflejos del hermoso sentido del humor inherente a su espíritu.

Me molestó mucho la severidad con que riñeron al Hombre Arbusto, pero luego comprendí los motivos que justificaban ese proceder: el enfado no fue por la bufonada, sino por el ruido. Y es que un nuevo compañero vino a inscribirse en nuestro club. Algo que solo nos acompañaba durante la caza, ahora no nos abandonaría ni a sol ni a sombra. El silencio. Acostumbrado a la algarabía, este inoportuno acompañante me crispaba los nervios, pero no había más remedio que acogerlo en nuestro seno. Si el silencio era importante para cazar, resultaba esencial para no ser cazado.

Apenas probé bocado aquel día. Solo piqué algún que otro fruto ocasional. No porque no tuviera apetito, sino por las náuseas que me provocaba la sola idea de ingerir carne cruda. Aunque noté que necesitaba templar el pulso —era incomprensible cómo erré un sencillo tiro a una hermosa codorniz—, conseguí cazar una docena larga de pajaritos, pero todos los repartí. Era consciente de que no se podía prolongar aquella situación, pues una jornada más y sumarían tres prácticamente sin comer, pero esperaba ponerme a la mañana siguiente si el sol seguía secando, con la tarea de buscar el material adecuado para producir el fuego. Bien asada la carne, no tenía reparos en zamparme cualquier cosa, lo mismo una serpiente que una rata, pero con la sangre chorreando por mis dientes... ¡Es que lo imagino y me vienen arcadas!

Para cuando llegó la noche ya habíamos elegido el lugar donde instalar el campamento: una peña de escabroso acceso. No era muy confortable, pero al menos parecía seguro. Y eso era lo principal.

Haciendo balance de la actual situación en comparación con la noche anterior, a nuestro favor podíamos presumir de mejora en cuanto a la sensación térmica: nuestras ropas estaban secas y la noche era agradable, de ahí que tuviésemos menos frío. Por el contrario, se mantenía constante, es decir, por los suelos, el estado general de ánimo y se constataba un aumento del hambre y del cansancio. En definitiva, pocas novedades y las que había eran de escasa relevancia. Salvo el empeoramiento del estado de salud de Brujita. Eso sí que era preocupante. Si hacía veinticuatro horas se veía alicaída y un poquitín pachucha, ahora los síntomas indicaban con claridad que no se trataba de una simple indisposición: su cuerpo ardía y sudaba entre escalofríos y temblores. Ya a media mañana me di cuenta de que la situación se agravaba, pues la pequeña hizo caso omiso al pájaro desplumado que le ofrecí, cuando normalmente se pirraba por hincarle el diente, no a uno, sino a cuarenta que le pusiera por delante. Esa falta de apetito de la voraz Brujita no presagiaba nada bueno. En efecto, pasó el resto del día en brazos de su madre, somnolienta y sin cuerpo para nada. Al caer la tarde su malestar se hizo aún más patente: comenzó a respirar con dificultades, como si le faltase el aire y se viera obligada a acelerar el ritmo respiratorio. La taquipnea vino acompañada de un aumento del calor corporal: si no rondaba los cuarenta de fiebre, poco le faltaba.

El amanecer nos trajo un panorama por completo distinto. Como por arte de magia, no quedaba rastro de las nubes, no se movía una hoja y la ausencia del característico frescor del campo al madrugar vaticinaba una jornada de bastante calor. Los caprichos del tiempo: en apenas dos días pasábamos del rigor del invierno al bochorno del estío. En realidad este era el clima que se correspondía con el que yo dejé atrás en el Burgos del siglo XXI. Pero quién podía saber en qué estación del Burgos prehistórico me encontraba ahora si en dos semanas se me fueron presentando todas. Estuviera en verano o en invierno, la flamante mañana fue bienvenida, pues me animaba a analizar la situación desde una perspectiva más optimista. Este tipo de acicate no era nuevo en mí, pues desde siempre mi humor se ha visto fortalecido con los rayos solares. La comida, el fuego, las armas, el hogar, la ropa... todo cuanto salió perjudicado por la crecida del río se me figuró remediable con relativa facilidad. Solo precisaba paciencia y dedicación. Pero había algo que quedaba lejos de mi alcance, un problema mucho más grave frente al que poco podía hacer: la enfermedad de Brujita.

La niña no mejoraba. Como no se oyó durante la noche, albergaba la esperanza de que la fiebre hubiese remitido, pero ocurría justo lo contrario. Su cuerpo era un horno. La pobre criatura se hallaba desfallecida; por eso ni siquiera protestaba. No entendía nada de medicina pero su aspecto me daba muy mala espina. Y en unas horas el sol pegaría con fuerza en aquel risco, donde no existía una sola sombra. Era conveniente, pues, buscar una arboleda donde resguardar a la pequeña. Eso implicaba ponernos de nuevo en marcha y acampar en otro lugar, sin la imprescindible protección del fuego. Una iniciativa que suponía tentar demasiado a la suerte. Lo ideal sería intentar fabricarlo allí mismo, un sitio tranquilo y bastante seguro, pero no había ni madera ni yesca para prender. Con la niña enferma decidí que lo mejor sería que fuésemos unos pocos a buscar lo que necesitaba y el resto se quedase allí aguardando; al fin y al cabo, no podíamos tardar mucho. Eso creía. Pero una vez más quedó demostrado que hablar de futuro no es otra cosa que especular.

Partí con Medio Pie, el Hombre Arbusto y uno de los gemelos. Mi intención era regresar pronto, con un trozo de madera tierna sobre la que hacer girar un palo más resistente, para lograr con el roce desprender polvillo incandescente que sirviera de brasa. Así lo había visto en los documentales, esos que colocan a la hora de la siesta para acompañar a los bostezos.

Las cosas se pusieron muy pronto de cara. No tardé en encontrar lo que buscaba, y aunque la madera podría estar un poco húmeda y la yesca no se veía sumamente seca, como requería para encenderse o abrasarse con rapidez, confiaba en que estuviesen a punto con un par de horas de exposición directa al sol. Para mayor alegría, no era yo el único que celebraba la llegada del buen tiempo: una insólita concentración de pájaros daba su peculiar bienvenida al sol con un macroconcerto de gorjeos. Aquí y allá revoloteaban los pajarillos, posándose con descaro a un palmo de nuestras narices. Era una oportunidad de oro que no podíamos dejar escapar, así que nos pusimos manos a la obra. Mientras Melli permanecía atento a cualquier sonido extraño, Medio Pie me iba pasando las municiones y el Hombre Arbusto, cual fiel perdiguero, cobraba con presteza las piezas. Constituíamos un equipo de lo más compenetrado y efectivo. A falta de morral, utilizamos las pieles que cubrían a Medio Pie para ir echando la caza. No sé cuántas docenas atrapamos. El número de aves no cesaba de aumentar, pero en algún momento teníamos que parar, pues había asuntos importantes pendientes de resolución que no admitían demora. Nuestra misión hacia ya tiempo que estaba cumplida, de modo que cuando vi que teníamos pájaros de sobra para disfrutar de un opíparo desayuno di la orden de regresar junto al grupo. Llevábamos los utensilios necesarios para fabricar el fuego y como botín inesperado abundante comida. Se me hacía la boca agua pensando en el momento en que me llevaría a la boca dos o tres pajaritos bien asados.

Los contratiempos no avisan: aparecen sin más. Irrumpen con frescura y desparpajo donde no los llaman y truncan los planes. Hacía cinco minutos que habíamos emprendido el camino de vuelta. Marchaba satisfecho, con la mente bamboleándose entre Brujita y el dichoso fuego. Me precedía el gemelo; detrás de mí el Hombre Arbusto y Medio Pie portaban entrambos la caza. De repente, una barrera a la altura del pecho se interpuso en mi camino. Era el brazo extendido de Melli. Intuía algo, y por la circunspección que tapizaba su rostro se deducía que no le gustaba. De sus labios brotaron esta palabra: «*Groustur*». La carga escapó de las manos de sus portadores y las aves se esparcieron por el suelo. *Groustur*, repitieron al unisono. Palidecieron en un suspiro y se quedaron inmóviles durante unos instantes, el tiempo que tardó el gemelo en volverse y sacarlos de su aturdimiento. Recogimos los pájaros con celeridad y salimos disparados en dirección contraria.

Desconocía qué clase de bestias podía andar cerca, aunque lo imaginaba. Un espeluznante rugido, que me era familiar por quebrar el sosiego de las noches, corroboraba mis sospechas; sin duda eran leones.

Diez minutos después dejamos de correr. Al parecer las fieras no nos habían descubierto. La fina intuición, el olfato o lo que fuera que tuviese el bravo guerrero

captó la cercanía de su presencia y pusimos a tiempo pies en polvorosa. Regresar por el mismo camino dejó de ser una opción, por lo que nos vimos en la obligación de dar un largo rodeo. Después de sortear una amplia zona anegada, y tras más de dos horas de caminata, nos reunimos por fin con el resto del clan. Lo que vi me dejó de piedra.

## La enfermedad de Brujita

El grupo se congregaba alrededor de una enorme roca. En lo más alto sobresalía la figura del Abuelo que, báculo en mano, gesticulaba como si hablara con el cielo. No había que ser muy avisgado para comprender que estaban utilizando la piedra como altar. Me acerqué tembloroso, temiendo encontrarme tendida a Brujita. En efecto, la niña yacía sobre aquella irregular plataforma que había dispuesto la naturaleza. El clan debía de estar practicando alguna clase de rito ancestral. El sol de mediodía caía a plomo sobre el desvaído rostro de la pequeña. Pese a la palidez, no perdía la carita angelical. Con los ojos a punto de estallar en lágrimas, me arrimé para sellar con un beso mi último adiós. Y entonces mi corazón estuvo a punto de colapsarse: la niña respiraba.

El Abuelo no estaba oficiando una ceremonia de *corpore insepulto*; lo que hacía era encomendar la curación de la pequeña al dios que cada jornada aparecía para vencer a las tinieblas, ese que en su aparente nimiedad era tan poderoso como para calentar todo cuanto había en la naturaleza, el dios supremo que cegaba a quien se atrevía a mirarlo. En un segundo pugnaron por apoderarse de mi cuerpo varias sensaciones: el asombro, el alivio y la ira. La primera fue la más espontánea, la segunda la que más deseaba; la tercera ganó la batalla. «¿Qué hacéis, insensatos? ¿Cómo podéis ponerla al sol con esa fiebre?», grité furioso. Los demás me miraron sorprendidos, sin comprender el motivo de ese arrebató. Más extrañados aún se quedaron cuando vieron que tomaba a la niña en mis brazos con la intención de llevármela de allí. El anciano chamán estalló en inquietantes clamores, de forma similar a como ya hiciera la noche que impidió que mi predecesor violara a Muchacha. Como era lógico, hice caso omiso; sabía que la exposición al sol era una temeridad. Aumentar la temperatura corporal de la pequeña no solo no reportaría beneficios a su ya maltrecha salud, sino que la empeoraría hasta el punto de poner en grave peligro su vida. Noté que nadie me apoyaba, pero no se atrevieron a detenerme. Solo la Bruja se aferró a mis piernas, más implorando que intentando impedir que me la llevara. Al ver que yo seguía en mis trece irrumpió en llantos desesperados e intentó arrebatarme a la niña. Yo no estaba por la labor de discutir absolutamente nada, ni podía perder tiempo en contemplaciones. Brujita ardía desvanecida en mis brazos y la madre se empeñaba en mantenerla al sol. No tuve más salida que hacer algo que no había hecho hasta entonces, que en mi vida hubiera imaginado que llegaría a hacer, pero que no dudaría en repetirlo si se me presentaran las mismas circunstancias. Enrabietado por tan obcecada oposición, le propiné una fuerte bofetada. Fuere porque le dolió, porque se convenció de mi incontestable autoridad o porque nunca antes había visto pegar con las manos abiertas, la mujer dejó de bregar y yo aproveché para alejarme con la niña monte abajo, en busca del río.

Caminé con determinación, sin temor a una emboscada. En ningún momento volví la cabeza para comprobar si el grupo me seguía. No los necesitaba para encontrar el río y sabía perfectamente lo que tenía que hacer. Todo lo demás dejó de importarme.

En apenas diez minutos me hallaba en el margen del río, sumergiéndome en sus aguas el cuerpo desnudo de Brujita. El cambio de temperatura resultó muy brusco, pues el agua estaba más fría de lo que convenía, pero la pequeña recuperó la consciencia con la impresión. Sin fuerzas, cerró enseguida los ojos. Esa fugaz recuperación, no obstante, me dio ciertas esperanzas. Al menos había llegado a tiempo de evitar que el aumento inducido de calor le hubiese hecho entrar en estado de coma. Confiaba que no hubiese sufrido daños irreversibles; ahora dependía de mí mantener su cuerpo lo más fresco posible. Pero no podía hacer nada para combatir la enfermedad que la tenía postrada. Y eso me destrozaba por dentro.

Encontré acomodo cerca, bajo la sombra de un árbol. Apoyé la espalda en su tronco y resoplé angustiado. Solo entonces me di cuenta de que estaban todos allí, observándome. El sabelotodo había quebrantado los principios más sagrados, robando la niña a la poderosa bola protectora para entregársela a las traidoras aguas, las mismas que horas antes estuvieron a punto de tragárselos. Sus rostros contorsionados aunaban la decepción y el asombro. Y puede que el miedo. Durante un largo rato nadie abrió la boca. Guardaban un tétrico silencio, como si presagiaran un desenlace funesto. Así fueron pasando los minutos. Y no ocurría nada: el sol no me mandaba su fulminante rayo vengador.

El remojón nos concedía una tregua, una pequeña batalla ganada a la hipertermia, importante aunque insuficiente. Pronto el fervor intentaría adueñarse de nuevo del cuerpo de Brujita y lo único con que contaba para hacerle frente era el agua, enemiga hasta hacía nada y ahora aliada. Como bañarla otra vez en las frías aguas no me parecía prudente, opté por refrescarla a base de paños húmedos, como nuestras madres —o nuestras abuelas— han hecho en más de una ocasión con nosotros. Me quité la braga del cuello y fui a remojarla, no sin antes advertir que nadie tocara a la niña. No tengo dudas de que me entendieron a la perfección. ¡Caray...! ¿Alguien sacó jamás tanto partido a unos calzoncillos?

Como salí de la protección de la sombra y seguía sin recibir el castigo divino, el clan debió de pensar que el sol me había perdonado. La primera que rompió el silencio fue la Viuda. Comenzó a cuchichear aquí y allá, imagino que instigando en mi contra. Desconozco qué podrían estar pensando de mí en aquel momento, si pesaba más la heroicidad o el sacrilegio, pero de algo estaba seguro: seguía contando con su confianza. Y yo no podía defraudarlos.

Las siguientes horas nada más viví para la pequeña. No permití acercarse a nadie, ni siquiera a la Bruja. Solo cuando la luz crepuscular evidenció la culminación del ocaso entregué la niña a su madre. Dejé que estuvieran juntas toda la noche, pero al alba se la quité, pues no me fiaba de que, en un descuido, se la llevara para buscar el favor del sol. Por suerte, en esta ocasión no me vi en la necesidad de compelerla; la Bruja había comprendido que, a mi manera, solo buscaba el bien de la pequeña, y aunque siguiera sin entender ni compartir mi actitud, se mostró mucho más dócil y no opuso resistencia.

¡Qué magia poseen las palabras, que pueden eternizar un segundo y abreviar lo eterno! En cuatro líneas ha volado la mitad de un día y toda una noche. Dieciocho largas horas para las que necesitaría cien páginas si quisiera volcar en papel con precisión las infinitesimales historias que allí se vivieron, cuantos detalles y sensaciones me acompañaron en aquellas horas muertas a la orilla de un río. El calor, la fiebre, el hambre, el dolor, la impotencia, la desesperación, el temor... A cada segundo percutiendo en mi cerebro. Sin cesar. Decenas de miles de veces.

Con el nuevo día no cambiaron las cosas. Nada significativo ocurrió y esto hace que me haya quedado con la mente en blanco, sin saber qué contar. Por eso me vienen ganas de dar un nuevo salto en el tiempo y emplazarnos veinticuatro horas después, sin menoscabo del posible interés que este relato estuviera despertando en los posibles lectores. Pero estimo que adquiriré un compromiso al iniciar esta escritura, y no parece ético que me valga de hiatos temporales cada vez que las musas me abandonen y salga a la luz la lógica impericia que acompaña a mis noveles artes de escritura. Debo proseguir, salga la redacción como salga, por respeto al tiempo que roba la lectura. Entiendo que no es posible ser minucioso en todo momento y que cuesta escribir en ausencia de acontecimientos de relevancia, pero ni es justo excusarme en la falta de inspiración, ni esto es un guiño cinematográfico donde las exigencias de producción obliguen a recurrir a la elipsis para ajustar el metraje. En consecuencia, no volveré a traicionar la narración; a falta de hechos concretos, abordaré ese día centrándome en las emociones, por inefables que me puedan resultar.

Comencé a desesperarme. Sabía que no podía hacer nada más que refrescar su cuerpo y esperar, valorando cada minuto que pasaba como una batalla ganada a la vida. Pero la paciencia tiene su límite. Y yo estaba cerca de encontrarlo. No porque me venciese el desaliento, al contrario; lo que hería mi aplomo con la misma facilidad que un afilado cuchillo corta la carne fresca era la impotencia. La fiebre le estaba quemando las entrañas y no tenía un maldito antitérmico que suministrarle. Una simple aspirina o un comprimido de paracetamol o ibuprofeno, fármacos corrientes y baratos que a menudo ingerimos por una mera molestia, a buen seguro aminoraría la temperatura de su cuerpo hasta situarla por debajo de los cuarenta grados, alejando de esta forma el peligro de muerte que se cernía sobre Brujita. Pero no disponía de ningún medicamento. Ni tenía la más remota idea de cómo conseguirlos. Esa era mi inteligencia. Nuestra inteligencia. Ni siquiera sabía cómo se obtenían aquellos compuestos. Ni esos ni ninguno. No sabía hacer nada. A ver en qué narices me distinguía de los macacos que veía saltar de rama en rama. En el aspecto, por supuesto, y quizás en los sentimientos, en la humanidad, pero en aquel ecosistema de poco valía mi mayor capacidad craneal, mi supuesta superior inteligencia. El hombre había inventado millares de cosas. El hombre; yo no. Si no me hubiese integrado al clan, habría sobrevivido menos tiempo que el mono más tonto del bosque. El fuego, eso marcaba la diferencia. Pero todavía estaba por ver si sería capaz de fabricarlo. Y si lo lograba, era porque sabía que se podía hacer, porque otro tuvo la inspiración y transmitió ese conocimiento. Miles de millones nos aprovechamos de lo que unos pocos inventan. ¿Dónde estaríamos sin los Arquímedes, Newton, Galileo, Edison, Pasteur...? Un ramillete de genios y una caterva de necios. No creo que un humano recién nacido criado entre monos aportase mucho más al grupo que sus peludos compañeros, por muy *sapiens* que fuera. La historia de Tarzán no tiene pies ni cabeza. La inmensa mayoría no somos más que sanguijuelas del conocimiento. En el ecosistema urbano no necesitamos plantearnos estas cosas. Sacamos de nuestro bolsillo un insignificante euro y compramos una cajita del paracetamol que un día alguien descubrió. Alguien a quien siquiera tenemos la consideración de recordar.

Estoy seguro de que si existieran árboles cuyos frutos fueran grageas analgésicas y algún primate destapara sus bondades como calmantes del dolor, transmitiría el descubrimiento a sus congéneres y estos acudirían a ese mundo con toda naturalidad, al igual que comen hojas para eliminar los parásitos intestinales. Siendo sincero, no veo mucha diferencia entre esto y abrir una caja para extraer un comprimido. ¡Vaya mierda de inteligencia! Desde ya les pido disculpas por esta expresión y por las que vendrán, pero creo que es hora de abandonar eufemismos y delicadezas y escribir las cosas tal y como las sentía. Y como las sigo sintiendo.

El asunto se ponía cada vez más feo. Después de tres noches de fiebre no se atisbaba la más mínima mejoría. La niña no tosía, no tenía flema que expectorar; ni siquiera moqueaba. La fiebre vendría por algo, pero era imposible saberlo. Cifrabam mis esperanzas en que se tratara de alguna infección viral y que su sistema inmune reaccionase favorablemente generando los anticuerpos salvadores, porque en caso de que el origen fuera bacteriano o hubiese contraído alguna enfermedad infecciosa, la batalla tenía visos de estar perdida.

El clan continuaba allí. Parecía que asistían a un velatorio. Esperaba algo más de ellos en cuanto a la forma de combatir las enfermedades. No que fuesen expertos fitoterapeutas, obviamente, pero al menos que supiesen tratar los síntomas más comunes con plantas o sustancias vegetales. Puede que contra la diarrea o el estreñimiento conociesen algún remedio, pero era evidente que para bajar la fiebre no contaban con otra cosa que la incondicional fe en el poder del sol.

Que viviesen ligados a la superstición era entendible. Y hasta aceptable sus prácticas, siempre y cuando fuesen inocuas, pues igual en determinadas circunstancias el efecto placebo podía aportar su granito de arena a la curación de un enfermo, pero para este caso en concreto el rito además de contraproducente resultaba temerario. Así que de ellos no podía esperar ninguna ayuda. ¡Los malditos medicamentos! No me los quitaba de la cabeza. Trastornado, llegué a pensar en tomar un par de hombres y apremiarlos a que me condujeran hasta la cueva donde dos semanas atrás me encontraron. Imitaría una y otra vez al oso hasta que entendieran mis pretensiones. El plan consistía en regresar a mi mundo, buscar a Elena, la pastillera oficial del reino, abrir su bolso y hacerme con los antipiréticos y antibióticos; mejor aún: coger el bolso entero por si pudiera necesitar antiinflamatorios, protectores gástricos, antihistamínicos o cualquier otro medicamento o producto de atención sanitaria —es tan hipocondríaca que jamás viaja sin su kit particular de primeros auxilios— y regresar de inmediato para atender a Brujita. La idea no podía ser más ridícula, así andaba de desesperado.

La situación se agravó a media tarde, cuando la pequeña dejó de moverse. Al ver que no respondía a mis estímulos bufé como una bestia. Me levanté encolerizado, escupiendo todo tipo de maldiciones, sin considerar que con mi comportamiento ponía en peligro la seguridad de todos. Aunque sabía que el baño en agua fría no era lo más apropiado, volví a sumergir a la niña. Lo hice con la mayor rapidez; acto seguido la arrojé con mi cuerpo para que se secase. En esta ocasión no reaccionó. Regresé al árbol apesadumbrado. Apenas podía percibir su respiración. No sentía su pulso. ¡Brujita se moría en mis brazos y no podía hacer nada para evitarlo! Volví la cara para que no vieran mis lágrimas y le canté una nana.

En mi aislada concentración recobré algo de sentido común y me di cuenta de que no era conmigo con quien debía pasar Brujita sus últimos momentos. No me hizo falta llamar a su madre; estaba a mi lado, implorando con sus vidriosos ojos que le diera la niña. Así lo hice aunque faltaban unas horas para la puesta del sol. Todo parecía indicar que su vida se apagaba, no obstante le susurré al oído: «Vamos, pequeña, vamos», en un último intento de alentarla, para que exprimiera hasta el límite de lo sobrehumano las pocas fuerzas que pudieran quedarle, para que se aferrara a este mundo y luchara hasta el postrer suspiro. Aquellas palabras, aunque brotaron del corazón intentando transmitir esperanza, sonaron a despedida. La despedida de alguien a quien ya había dado por desahuciada.

Estaba aletargado cuando un murmullo me sobresaltó. Pronto descubrí que no había nada que temer: era uno de los gemelos que había cazado un pequeño mono. Cómo lo hizo continúa siendo un misterio para mí, pero allí estaba orgulloso, ofreciéndome la pieza abierta en canal. Decliné la invitación sin ocultar mi hastío; era superior a mí, me resultaba imposible masticar la carne sanguinolenta. Buscó un lugar apartado y comenzó a devorar el primate, permitiendo participar del festín solo a su hermano. Cuando se saciaron cedieron los despojos al grupo. No hubo lugar a disputa: la Viuda se abalanzó como un rayo sobre los restos del animal y se perdió en la espesura del bosque.

Pese a cuanto me repugnaba verlos comer de aquella forma, la escena me recordó que yo también tenía hambre. La enfermedad de Brujita lo había eclipsado todo, hasta la necesidad de satisfacer mi apetito. Brujita. ¿Qué habrían hecho con su inerte cuerpecito? El halo crepuscular se filtraba entre las ramas como una fina bruma anaranjada. Debía de haber transcurrido un par de horas desde que la dejé con su madre, para que la pobre mujer llorara su muerte a solas. Me quedé traspuesto durante todo ese tiempo. La Bruja no estaba entre el grupo. Batí la zona con la vista y la hallé justo donde la había dejado, junto al árbol que fuera mi compañero durante tantas horas. La cría permanecía sobre su regazo; la infeliz se negaba a aceptar los hechos. Me tocaba pasar el mal trago de convencerla de que todo había acabado y que llegaba la hora de despedirse. Luego llamaría al Abuelo y lo apremiaría a que procediera, según su rito, con las honras fúnebres.

No me fue fácil acercarme. Evocaba su imagen correteando como un ratón, jugando con donaire a la rayuela, robándome los piñones recién pelados... y temía desmoronarme. Un nudo atenazaba mi garganta. Ni su ancha narizota, ni los churretes, ni esas greñas tan sucias empañaban la tersura propia de los ángeles. Mi linda princesita... Hasta parecía tener mejor semblante. Miré a la madre compungido, mostrándole sin tapujos mi condolencia. Me chocó no encontrar el rostro transfigurado que esperaba. Con los ojos refulgiendo como los de un gato en la oscuridad, la Bruja me devolvió una enigmática sonrisa que no supe interpretar. Lo único claro era que la mueca no expresaba dolor. Y eso solo podía significar dos cosas: o aquella mujer había perdido el juicio o la niña se mantenía con vida.

Al principio pensé que se trataba de una alucinación, una broma pesada que me gastaba el cerebro por la dieta de descanso y alimento a que lo tenía sometido. Pero no, una cosa era que me hubiese parecido ver que la niña abría los ojos en una macabra fantasmagoría y otra bien distinta era constatar que respiraba.

Incrédulo, palpé su sien y noté el cadencioso bombeo de la sangre. ¿Cómo era posible si hacía unas horas tenía un pelo en este mundo y el resto del cuerpo en el otro? Sin duda, me había precipitado dándolo todo por perdido. ¿Por qué si la esperanza es lo último que debe perderse? Todo pintaba tan mal que... ¡Maldita sea! Fui un pesimista y un agorero y abandoné la lucha antes que ella. Y ahí estaba Brujita, peleando como un jabato, más fuerte que un regimiento. Pese a mi demostrada ignorancia en el campo de la medicina, algo me decía que lo peor ya había pasado y que, si mi chiquita había aguantado hasta ahí, ya no iba a morir.

En menos de lo que tardo en escribirlo estaba en el río refrescando mis socorridos calzoncillos. Desbordaba alegría. Desmesurada quizá pues, objetivamente, no existía una razón fundamentada para pasar del pesimismo más radical al optimismo más eufórico. El hecho de que la cría continuase con vida no otorgaba ninguna garantía extraordinaria. Eso era lo racional. Pero el corazón me decía otra cosa. Y para una vez que me hablaba no podía engañarme. Por eso había cambiado la grima por el entusiasmo en un pispás.

El despertar de mis ánimos espabiló a las tripas. Tenía muchísima hambre. ¿Cómo no había reparado antes en la multitud de peces que pululaban en el río? Si pudiese pescar uno, había tantos... Con uno solo aliviaría la gazuza. Limpio de cabeza y vísceras me lo comería de buen grado. Bueno, dejémoslo en «me lo comería». En los últimos cuatro días no había probado nada mejor. No he querido detenerme en detallar la dieta que las circunstancias me impusieron, porque entiendo que podría resultar desagradable a los estómagos delicados, pero a falta de fuego para asar y dada mi aversión a la sangre, se pueden imaginar los platos que componían el menú. Lo que mejor me entraba eran los saltamontes, no les digo más. Un pez, aun crudo, era un manjar. ¡Pero cómo demonios pescarlo! Lo intenté con las manos, utilizando como arpón el palo afilado que rescaté de la riada, tendiendo mis pieles a modo de red. ¡Hasta probé con el tirachinas! Pero nada funcionaba. Un anzuelo y un metro de hilo era todo lo que necesitaba. Cualquier cosa serviría como cebo. Con esos elementales aparejos sería un rey. ¡Un jodido anzuelo! ¿Hay algo más simple que eso y a la vez tan extraordinario? No sabemos quién lo inventó ni cuándo. Ni cómo el hombre fue perfeccionando las artes de pesca a través de los milenios. Parece mentira la de objetos que abundan a nuestro alrededor, que por su cotidianidad pueden parecer insignificantes cuando en realidad son maravillosos. ¡Qué poca importancia se da a lo que se tiene por seguro! Había dejado un mundo donde habría millones y millones de anzuelos y aquí, con uno solo, el clan dejaría de pasar hambre para siempre. Cansado de estériles intentos y después de derrochar buena parte de la valiosa y escasa energía que conservaba, me tuve que conformar con distraer el hambre con otras criaturas de la naturaleza bastante más repulsivas. Al fin y al cabo, la cuestión era ingerir proteínas.

La tercera noche a la intemperie (la cuarta sin el fuego) fue la peor de todas. La temperatura era agradable, la luna llena alumbraba un paraje idílico, Brujita mejoraba a pasos agigantados y el firmamento se adornaba de una miríada de estrellas. Una situación que parecía de fábula. Pero había algo que perturbaba aquella paz bucólica, que a ráfagas atravesaba el espinazo de cada uno de nosotros provocándonos un desagradable escalofrío. Algo que nos congelaba el aliento y anulaba todo cuanto bueno

podría haber. Eran los sonidos de la noche, y con ellos el miedo a ser atacados por las fieras.

Esa angustiada sensación de inseguridad la vivíamos desde que perdimos la protección del fuego, porque de noche cualquier ruido se amplificaba de una forma sobrecogedora. Así que en cierta manera estábamos acostumbrados —incluso yo, a pesar del poco tiempo que llevaba allí— a convivir con el aullido de los lobos, el barrito de los elefantes o el rugido de los leones. Pero en esta ocasión los condenados *groustur* parecían andar cerca, demasiado cerca. Y no teníamos nada con qué defendernos.

Fue una noche muy larga, interminable. Los más débiles la pasaron sobre los árboles, y puede que los demás también lo hubieran hecho si yo me hubiese decidido a dar ese paso. Pero me pudo el deseo de seguir refrescando a Brujita y, para qué negarlo, la vergüenza de verme obligado, como si tuviese la edad del Abuelo, a solicitar ayuda para trepar por aquellos troncos tan empuñados.

Nadie, salvo Brujita y Bebé, consiguió pegar ojo. Pasaban ratos en los que solo se oía el inocente chirrido de las cigarras o el ulular de las aves nocturnas. Pero de pronto, como el ensordecedor trueno que se cuele en la habitación en una noche en calma y pone el corazón en un puño, el aviso del más temible predador retumbaba en el bosque vanagloriándose de su incuestionable supremacía, advirtiéndome al incauto que se atreviera a cruzarse en su camino. Escuchar aquel espantoso rugido y no poder ver si el animal se hallaba tan cerca como parecía era un auténtico sinvivir. Comprendí cuán justificado está el miedo ancestral de los humanos a la oscuridad: llevamos clavados en los genes ese pavor que ha acompañado a nuestros antepasados durante cientos de miles de años.

Jamás celebré con tanto ardor la llegada de un nuevo día. El sol, cual mágico tramoyista, lanzaba sobre el tenebroso bosque su telón crepuscular y filtraba la bendita luz entre bastidores para lograr la tan ansiada mutación escénica. Todo a mi alrededor recobró su color, las fieras callaron y el gorjeo de los pájaros inundó la arboleda de vida. La luz vencía una vez más a las tinieblas. Volví a ver. Y eso hacía resurgir mi confianza.

Siguiendo la rutina, me lavé la cara como si hubiese dormido. Pensé una vez más en el café con las tostadas y, en su ausencia, me tuve que conformar con un desayuno frugal y asqueroso. Mi entusiasmo se disparó cuando vi que Brujita había abandonado los brazos de su madre. Si existen los milagros, aquello debía de ser uno: la fiebre había remitido. Fui a su encuentro y le ofrecí un pajarito que había guardado especialmente para ella. Durante los dos últimos días no había logrado convencerla para que comiera algo. A regañadientes y a base de mucho insistir pude hacer que bebiera, a veces gota a gota, y así evitar que se deshidratara, pero la pobre no tuvo fuerzas ni ganas de masticar. Sin embargo ahora se le iluminó la cara, agarró la desplumada avecilla y comenzó a mordisquearla con avidez.

La favorable convalecencia de la pequeña, el riesgo que entrañaba continuar en aquel desprotegido lugar y la perentoria necesidad de fabricar el fuego me hizo entender que había llegado la hora de ponerse de nuevo en marcha. Así que pasé revista a la tropa y tras comprobar que no faltaba nadie, me dirigí a ellos desplegando el fervor militar característico de un caudillo, para ensalzar sus decaídos ánimos. Ni el general Espartero lo hubiera hecho mejor. Les hablé de las calamidades que habíamos pasado, de lo espinoso que es el camino, de que la fe mueve montañas y de un montón de chorradas más que no venían a cuento: la patria, el orgullo y la gloria. La arenga, sin embargo, no surtió efectos. Y no fue porque no me entendieran, con eso ya contaba, sino porque ni supieron ni quisieron interpretar la pasión que puse en las palabras. Sus rostros seguían sombríos. Estaban tan alicaídos que ni el mejor de los cómicos habría podido sacarles una sonrisa. Solo existía una cosa capaz de levantar su ánimo. «Hacedme caso, joder, *Jaaagsri toógoros*, a ver si os enteráis de una puñetera vez». Y sin más dilación puse rumbo decidido hacia la peña donde dejé el material que había seleccionado para fabricar el fuego.

Tengo la mala costumbre —o el defecto, si me apuran— de ser impetuoso y resolutivo cuando tomo una decisión. No quiero decir con ello que sea inflexible; lo que ocurre es que no pierdo un segundo en nada que no sea emprender las tareas que estimo se requieren para acabar cuanto antes con el asunto que me preocupa. Sabía que los demás no compartían mi postura y que me acompañaban bastante disgustados, pero no les di la oportunidad de oponerse. Trotaba como un burro con orejas, sin prestar atención a nada ni a nadie.

La distancia que había que recorrer era corta, de modo que en pocos minutos habíamos abandonado la zona arbolada que se extendía junto al río y nos hallábamos en una falsa llanura repleta de matorrales y arbustos. De ahí a nuestro destino no habría más de quinientos metros. Pero uno de los gemelos, haciendo uso de una sospechosa autoridad, se interpuso en mi camino obligando a detenerme. Susurró algo y todos quedaron quietos, en el más absoluto silencio. Al momento recordé lo que nos sucedió dos días atrás, cuando —quién sabe si este Melli o el otro— advirtió la presencia de leones. Mi flamante optimismo rechazó de inmediato la posibilidad de que nos viéramos en la misma circunstancia. Quise recogerme en la idea de que aquello se quedaría en una falsa alarma y que la intranquilidad volaría fugitiva, pero fue mirar el rostro de mis compañeros y al instante comprender que nos hallábamos ante un gran peligro. Habían palidecido en un instante. Yo no oía nada anormal, todo parecía estar tranquilo, pero eso no impidió que el pánico se fuese apoderando de mí a medida que observaba la reacción de los que tenía más próximos: Gordita sudaba como si acabase de correr un maratón, Muchacha apenas podía controlar su cuerpo tembloroso, Muñeca escondía la cabeza entre las piernas de Ojos Claros... Permanecimos inmóviles por un par de minutos, puede que más porque se me figuraron eternos, hasta que el sagaz cazador que nos había hecho detener gritó la palabra maldita, *Groustur*, y el mundo se nos vino abajo.

Fue como si hubiesen tocado a rebato. Los que disponíamos de «armas» cerramos filas en posición defensiva en tanto que el resto inició una desenfadada carrera hacia unas rocas que se divisaban a unos cincuenta metros. Ahí estábamos los Mellis, Medio Pie, el Hombre Arbusto, Vulcano, la Viuda y yo, blandiendo cuatro palos mal afilados y avanzando, sin dar la espalda, todo lo rápido que podíamos hacia el mismo lugar que los demás. El más tonto del grupo todavía confiaba en que las cosas no pintaran tan mal como parecía, pero aquello no fue más que un vano intento de insuflar ilusión a una utópica burbuja que estallaba nada más nacer: enseguida vi asomar entre los matorrales al temible felino. Y lo peor era que detrás venían más; nos atacaba una manada de leones.

Nos movíamos en el mismo hábitat, así que quiero creer que aquel encuentro fue fruto del infortunio y no de mi imprudencia. Necesito creerlo, de lo contrario no podría vivir. Eso no evita que en alguna ocasión, cuando menos lo espero, aparezca flotando en el aire la acusadora pregunta: ¿y si no hubiese emprendido la marcha de aquella forma tan precipitada? La sombra de la incertidumbre se cuela en mi cabeza y resuena como un tormentoso eco, mas antes de que el reconcomio acabe por destrozar mi ya de por sí frágil estabilidad emocional expulso este pensamiento y me agarro a la casualidad de unos hechos inevitables, pues los leones estaban muy cerca y era más que seguro que nos tuvieran localizados desde hacía un buen rato. Cuando encuentro fisuras en esta paliativa hipótesis recorro a consideraciones metafísicas, del tipo de que nadie es dueño de la vida de nadie y que cada cual lleva marcado su destino. De alguna manera me tengo que engañar para mantenerme en pie.

Logramos reunirnos con el resto del grupo momentos antes de que las fieras iniciaran su ataque. En un minúsculo altozano protegíamos nuestras espaldas con unas rocas. Aun siendo precaria, se trataba de la única defensa disponible en aquella zona abierta. A un lado se veía el tolmo que coronaba el escarpado lugar donde habíamos pasado nuestra primera noche a la intemperie tras la riada. Ahí, a escasos metros se hallaba nuestra salvación. Tan cerca y a la vez tan lejos...

Pronto estábamos asediados por las fieras. Cuatro imponentes leonas tanteaban nuestros recursos defensivos. Estos félidos son muy listos, nunca subestiman a sus presas. Capaces de tumbar a animales más grandes y fuertes en huida, como búfalos o incluso elefantes, se cuidan mucho de atacar de frente a quien les plante cara, por inofensivo que parezca, sin antes sopesar el riesgo de recibir algún daño.

Conocían de sobra al hombre. Sabían de nuestra debilidad, pero también de nuestra maña en la utilización de objetos disuasorios, algunos tan refinados que podrían infligirles importantes heridas. Por tanto, no nos embistieron a lo loco. Lo primero que hicieron fue rodearnos. Luego amagaron ataques, intimidándonos con su dentadura y lanzando zarpazos para poner a prueba la consistencia de nuestros palos. Cuando comprobaron que no contraatacábamos y que no aparecía el humo ni, en consecuencia, sentían el achicharrante calor de las llamas sobre sus bigotes, decidieron actuar en serio. Entonces comprendí que era imposible salir airoso de aquel trance. Sin fuego, sin fuerzas, sin armas de verdad, estábamos abocados a una muerte segura.

Como si se hubiesen puesto de acuerdo, tres leonas arremetieron a la vez sobre el mismo punto. Fueron momentos dramáticos porque no disponíamos de medios para frenar aquella avalancha musculosa y hambrienta. Las garras no solo cortaban el aire. En medio de la confusión vi cómo un zarpazo hacía saltar jirones de piel del brazo de uno de los gemelos y cómo una de las fieras hundía la cabeza entre los pies del Abuelo y la agitaba con violencia por unas décimas de segundo hasta que los demás pudieron rechazarla. Ví la sangre correr. Una sangre que no hacía más que elevar la excitación de los depredadores, que se relamían entusiasmados por la convicción de que pronto disfrutarían de un suculento banquete. Yo me encontraba en el otro flanco. El instinto solidario nos movió a prestar ayuda a nuestros hermanos, pero aquello no hizo más que empeorar las cosas, pues la cuarta leona aprovechó el instante en que bajamos la guardia para cargar contra la más débil: habíamos dejado sin protección a la pequeña Muñeca. Fue el grito desesperado de Muchacha lo que me puso en alerta. Cuando me di la vuelta se me heló el corazón: la fiera saltaba sobre la criatura.

Aún me cuesta imaginar cómo lo hizo, cómo pudo desplegar la misma agilidad que el felino. Si tuviera que emplear la palabra hablada en lugar de la escrita, no podría contarle de la emoción que me invade. Emoción y orgullo. Porque jamás he visto una mujer con tantos cojones. Como si surgiera de la nada, la Viuda se colocó de un salto entre la leona y la niña. Ni el mismo animal se percató de ello hasta que la tuvo delante. De hecho, más que embestirla chocó contra ella. La brava mujer recibió el impacto de un peso en carrera que doblaba el suyo, pero supo esgrimir el palo que llevaba y, mientras caía, atizó en el morro a la fiera aprovechando su momentáneo desconcierto. Muñeca se escabulló enseguida y desapareció entre la maraña de piernas del grupo. Pero la Viuda quedó atrapada. No tuvo tiempo de levantarse pues el golpe, lejos de disuadir a la leona, fue la espuela que picó en su amor propio. En un acto reflejo el animal se frotó el hocico con una pata y luego cargó enojado contra la guerrera. Pero esta mujer estaba hecha de una pasta especial. Desde el suelo se defendía con un arrojito impresionante. Con una mano movía el palo a una velocidad de vértigo; con la otra lanzaba lo que encontraba, polvo y piedrecillas, al rostro de su enemigo. Pero así no podía resistir mucho tiempo. Y solo estaba yo para ayudarla porque los demás no se habían percatado de aquella situación; bastante tenían con aguantar el ataque de tres leonas hambrientas. Todo transcurría muy rápido, demasiado para discurrir con tino. Di un paso para participar en la lucha y entonces me di cuenta de que no llevaba encima ni un triste palo. Me quedé bloqueado, porque no sabía qué hacer. Las garras de la fiera encontraban una vez tras otra el cuerpo de la Viuda, desplegando una fuerza y agilidad formidables. En solo un par de movimientos la despojaba de la ropa y le rasgaba el muslo de arriba abajo. Entonces se me ocurrió una idea, a simple vista absurda, infantil e ingenua: decidí utilizar el tirachinas.

Ya lo sé, es de locos pretender enfrentarse a un león con un tirachinas, pero era mejor eso que quedarme mirando cómo un animal devoraba a un ser humano. A toda prisa busqué un guijarro que me valiera de proyectil. Aturrullado, ahogué un lamento cuando se me escurrió la piedra al cargar el arma. ¡En una situación crítica me temblaban las manos! Rehice la operación consciente de que necesitaba más que nunca la serenidad. «Vamos, puedes hacerlo, concéntrate, puedes hacerlo», me animaba a mí mismo. La leona acababa de destrozar el palo con que se defendía la Viuda. La hija de puta mostró sus fauces triunfante: sabía que había vencido y que solo restaba cobrar su presa. Me acerqué un poco más y puse mis cinco sentidos. La dificultad era mayor, pues yo estaba acostumbrado a objetivos estáticos. Tenía que hacer blanco a toda costa, pues no tendría otra oportunidad.

El disparo más trascendente fue a la vez el más certero. Justo cuando los salvajes colmillos se precipitaban sobre la garganta de la Viuda mi proyectil impactó de lleno en el ojo izquierdo del animal. Tuvo que ver las estrellas porque retrocedió con un espeluznante gemido. Esa iba a quedar tuerta de por vida. Ofrecí mi mano a la Viuda, pero la despreció aupándose de un salto. Tengo en la memoria clavada su mirada y, por más que lo intento, no logro descifrar qué irradiaban aquellos ojos, aunque les puedo garantizar que ni era debilidad, ni mucho menos agradecimiento. Espero que ella sí supiese interpretar lo que transmitían los míos. Admiración. Por su valentía, por la forma en que se había jugado la vida para salvar a la niña, por cómo había luchado, por una enjundia única y encomiable.

Nos replegamos en torno al grupo. Las tres leonas acababan de retroceder, quizá sobresaltadas por el lamento de la otra, tal vez simplemente se tomaban un respiro.

El aire se había impregnado de una opresiva mezcla de polvo, sudor y sangre. El bebé lloraba a moco tendido y los niños gimoteaban entre las piernas ensangrentadas de los adultos. Nos mirábamos unos a otros jadeando, buscando en la mirada una solución y encontrando la misma complicidad agorera. Ninguna pupila ofrecía un brillo de esperanza.

La leona herida se había distanciado unos metros, dolorida y achantada. Las otras tres no estaban dispuestas a abandonar su almuerzo; más bien al contrario: se intuía que pronto volverían a la carga. De repente, un atronador rugido partía la montaña: dos machos imponentes se incorporaban al convite que con tanto esmero les habían preparado sus hembras. Si existía alguna remota posibilidad de sobrevivir, con la llegada de los machos se esfumaba por completo.

## La muerte por aliada

Usted juega con ventaja, querido lector, pues sabe que salí vivo de aquel trance, pero juro que cuando vi aparecer aquellas moles melencidas di por sentado que nadie lograría escapar de allí con vida. El desequilibrio de fuerzas era ahora abismal. Una muerte atroz nos esperaba. Y parecía imposible eludirla. Pero uno de nosotros concibió una idea. El más inteligente. También el más abnegado. No era una solución infalible. Lo más seguro era que no funcionase, pero no había nada mejor. Y tampoco nos dio opción a discutirlo.

La leona tuerta había dejado un pasillo libre, un hueco por donde una cebra tal vez pudiera huir antes de que la manada se le echara encima. Un hombre no lo lograría, mucho menos un anciano con los pies malheridos. Pero el Abuelo no tenía intención de escapar. Con un grito desgarrado y blandiendo en alto su báculo, inició una inesperada carrera en dirección a la leona herida. Dejaba a su paso una estela espesa y granate que impregnaba el monte de un néctar irresistible a las alimañas. La leona tuerta, sorprendida y todavía asustada, retrocedió ante aquella visión deformada. Las otras tres iniciaron de inmediato la persecución del anciano, pues el instinto de estos animales les mueve a perseguir a la presa que sale corriendo dándoles la espalda. El dramático plan trazado por el Abuelo nos confería una pequeña oportunidad. Había que aprovechar la ocasión para intentar huir en dirección contraria, justo hacia nuestro risco protector. Pero Golfillo, incapaz de controlar las emociones, intentó salir tras el santo viejo para detenerlo, y aunque Ojos Claros estuvo rápida y logró atrapar al rapaz, este se puso a gritar desesperado, llamando al Abuelo, rogándole que regresara. Los gritos alertaron a las leonas y se detuvieron. Recordaron que tenían asegurada una despensa llena. ¡Pero les quemaba las entrañas ver que uno pudiera escapar! La tosca inteligencia hacía dudar a su arraigado instinto. Y en esa indecisión pendían nuestros destinos. El tiempo se detuvo en el alambre de la muerte y la vida, volatinera una, temblorosa la otra. Un dilema trascendental en manos de cerebros primarios. Una atmósfera que se empapaba de infinitas gotas de congoja y miseria, que envolvía de mezquindad nuestra existencia: todo el clan deseando que las fieras devoraran a quien luego lloraríamos con amargura. ¡Qué largo se hizo aquel tormentoso instante!

Los mismos machos que portaban nuestra sentencia de muerte fueron, macabra curiosidad, los que inclinaron a nuestro favor la balanza. Más cerca como estaban del Abuelo, no dudaron en correr tras de él. Aquello les pudo a las leonas. ¡Cómo privarse de participar en esa cacería, la suya, la que llevaban incrustada en los genes, la de la presa que huye despavorida! Eran tan egoístas y estúpidas que prefirieron disputar un saco de huesos a dos monstruos intransigentes. Y ahí llegó nuestra oportunidad: correr como nunca, correr antes de que se dieran cuenta.

Mientras huía no pude evitar mirar hacia atrás varias veces. En una de ellas vi cómo los leones daban caza al desdichado anciano y... ¡cuánto me duele recordarlo!, cómo esparcían sus tripas y peleaban por una porción de sus miembros. La última vez que miré vi que una leona nos descubría y se lanzaba a por nosotros.

Ya no volví a girar la cabeza. Sabía que, salvo Gordita y su bebé, que avanzaban a mi lado, todos los demás me sacaban ventaja. ¡Cómo corrían los condenados; hasta Medio Pie era más veloz que yo! La ladera escarpada estaba cerca, pero intuía que la fiera nos pisaba los talones. Un tropiezo inoportuno me hizo perder el equilibrio. Me aupé mientras rodaba, enganchado a la inercia de la carrera, con las rodillas raspadas y el miedo escalofriándome el alma, consciente de que ahora la zaga tenía un único dueño. La aterradora imagen, tantas veces vista por televisión, del depredador que aprovecha la caída de la presa para clavar las garras en su lomo sacudió mi cabeza cortándome la respiración. Di por seguro que no iba a llegar, que en cualquier momento recibiría el mortal impacto en la espalda. Pero este desasosiego activó esas reservas de energía que de manera inexplicable aparecen cuando se llega a una situación límite. Sin darme cuenta, porque mis piernas funcionaban con más celeridad que mi cerebro, recuperé terreno y alcancé a Gordita. Vi cómo la Viuda y los gemelos subían a la zona segura, el Hombre Arbusto, creo, detrás. Luego Golfillo, Vulcano, Muchacha... Solo quedaban unos metros, pero esa distancia se me antojaba un mundo, porque oía las zancadas de la fiera, porque sentía el aliento felino en mi espalda. Entonces llegó la ayuda: una lluvia de piedras comenzó a volar sobre nuestras cabezas. Los primeros en llegar intimidaban a la fiera y la obligaban a perder unas décimas de segundo vitales. Estábamos salvados.

Trepamos sin demora a lo más alto del tolmo, sabedores de que allí los leones no se atreverían a subir. El horror palpaba en nuestros corazones y se extendía por todo el cuerpo a través de los vasos sanguíneos, transfigurando nuestros rostros hasta hacerlos reflejar la viva imagen del espanto. El amojamado anciano, usando como señuelo sus escasos cuarenta kilos, se había inmolado para salvarnos la vida. Nuestro querido Abuelo... ¡Cuánta desgracia nos trajo el agua! Y cuánto odio desde aquel día a los leones.



## La bendición dorada

Exhausto y cubierto aún por la manta del miedo, me abracé a Ojos Claros. Necesitaba compartir mis emociones, volcar la angustia en el calor de otro ser humano, y sin dudarle un instante la elegí. No lo hice por ser la persona con quien más había congeniado; la busqué porque desprendía tanta humanidad que era imposible encontrar mejor paño de lágrimas.

Permanecí aferrado a ella durante un par de minutos. Jadeando, con los ojos cerrados, acaparando todo el consuelo, hasta que despegué los párpados y vi la sangre en su cuello. Me separé para examinarla y descubrí horrorizado que el color rojo se extendía por todo el cuerpo, sobre todo por las manos, brazos y cara. No había reparado antes en ello porque lo único que ansiaba ver cuando escapé de la leona era el brillo de su mirada. Por fortuna, aquella impactante visión quedó en un monumental susto. La única sangre propia era la que descendía por su cuello y provenía de un pequeño, aunque aparatoso, corte en el lóbulo de la oreja izquierda. El resto procedía de otros. Comprendí la razón enseguida, cuando Ojos Claros se acuclilló y tras limpiar —es un decir— de polvo mis heridas comenzó a lamerlas. Las piernas del Abuelo fueron víctimas del salvaje ataque de una leona y sangraron abundantemente; en el pequeño respiro que concedieron las fieras ella debió de atenderlo.

Acariciaba el pelo de Ojos Claros, conmovido, correspondiendo con la ternura que recibía, cuando una chispa ponzoñosa se filtró hasta mi retina. Era el brillo de una pupila que refulgía resentida, la torva mirada de soslayo de alguien que me seguía odiando. Reaccioné de inmediato apartando a Ojos Claros y me arrimé a la Bruja. Luego di ánimos a Vulcano y me interesé por Muchacha. Como no me fiaba de los celos que pudiera sentir la Viuda y no quería que imaginara lo que no era, me apresuré a demostrar que no sentía especial predilección por Ojos Claros. Hasta me acerqué a la intrépida luchadora buscando la reconciliación, asumiendo el riesgo de que calificara mi iniciativa como una muestra de arrepentimiento. Pero ella me dio la espalda al instante, pensando quizá que yo insistiría, que su fuerza y valor por fin me habían subyugado y que caería rendido a sus encantos. Pero yo no la seguí y se quedó esperando mis agasajos, entre el orgullo y el odio. Lo nuestro no tenía solución.

Nadie pegó ojo en toda la noche. Unos relamían sus heridas, otros hipaban de pena. Golfillo no dejó de nombrar al Abuelo entre lágrimas, tanto lo quería. Brujita también lloraba, y no lo hacía a causa de la fiebre.

A la primera claridad del alba busqué la madera y la yesca que había recogido un par de días antes. Juré que no saldríamos de allí sin el fuego, así nos muriéramos de inanición.

La batalla con los leones no solo se había cobrado la vida de nuestro entrañable Abuelo; había dejado un rosario de heridos. Algunos sufrían pequeñas contusiones; otros, como la Viuda o el Melli herido (ahora sí que podía distinguirlos), presentaban cortes de cierta profundidad. Pero las peores secuelas no se teñían de rojo; se hallaban en nuestra mente, y hundían la moral en un pozo sin fondo.

Desde que nos vimos obligados a dejar la cueva no habíamos encontrado un momento de dulce calma, no digo ya de felicidad. Errábamos con la melancolía a cuestas, más pendientes de las criaturas hostiles que de nuestro propio sustento. El lugar más seguro, ese en el que ahora estábamos, no dejaba de ser precario. Así habían pasado los días, el que nacía sepultando en abatimiento al anterior. Y este nuevo amanecer traía la mochila de las ilusiones más ligera que nunca, agotada la esperanza porque sus últimas gotas se diluyeron entre la sangre derramada, quebrada la voluntad tras la pérdida de una vida. El clan se había convertido en una grotesca caricatura de lo que fue, y yo sabía el motivo. El agua nos había arrastrado a la ruina, pero si Vulcano hubiese logrado mantener una única brizna encendida, la puerta de las desgracias no continuaría abierta. Necesitábamos el fuego. Que las llamas purificaran el aire para espantar de una vez por todas las calamidades. ¡Fuego, fuego, fuego! Fuego abrasador, imperioso, divino, protector. Fuego para cauterizar la abulia de nuestras almas.

Enrabiado como nunca antes estuve me aparté unos metros del grupo para concentrarme en la tarea más importante de cuantas haya acometido el hombre en su dilatada existencia. Después del fracaso de las piedras, me lo jugaba todo a una carta. Lo había visto por televisión: existían tribus que continuaban haciéndolo, así que no podía fallar; lo único que necesitaba era paciencia.

Con la ayuda de una piedra fui trabajando la madera hasta perfilar una ranura de igual diámetro al del palo que escogí para la fricción. Coloqué yesca en el agujero y, sujetando el palo con las palmas de las manos, lo hice girar a toda velocidad. La base de madera se movió, el palo se escapó del boquete y, tras hacerme un rasguño en el antebrazo, a punto estuvo de saltarme un ojo. En un acto mecánico tiré el cuerpo hacia atrás, con la mala fortuna de aterrizar en una planta llena de espinas. El palo salió volando y la base de madera cayó pendiente abajo. Entre blasfemias y maldiciones me pareció oír la risita del Hombre Arbusto en la distancia.

El debut resultó un fiasco, aunque no por ello me vine abajo; no era tan iluso como para creer que triunfaría a la primera. Aquello, obviamente, no era un huevo que se echara a freír; requería ejecutar la técnica adecuada y aderezarla con una generosa dosis de perseverancia. Vuelta a la carga, recluté a mis extremidades inferiores. Trabajo en equipo. Había que sujetar la madera para que la fricción en la ranura fuese firme. Primero lo hice con la planta de los pies, en posición sentado; luego me coloqué en cuclillas sosteniendo la madera entre los tobillos. Como no hallaba la postura cómoda, me hincué en el suelo para aguantar la base con las rodillas primero y con los muslos después. El objetivo parecía simple: desprender madera blanda y que el roce la convirtiera en un tipo de brasa que hiciera arder la yesca. Pero se resistía. Me preguntaba qué estaba fallando. Examiné con detenimiento el material preparado para prender, pero todo: hojas, fragmentos de madera, hongos, hierbas... estaba de sobras seco. La base no se movía y el palo no dejaba de girar en la ranura. ¿Por qué demonios no prendía el fuego? Comencé a dudar: ¿y si el palo era demasiado ancho?, ¿y si la depresión de la base muy pequeña?, ¿no era infima la yesca que cabía en el agujero?

Mi actividad había llamado la atención de varios miembros del clan. Quien más quien menos conocía mis pretensiones. Por si había alguna duda, insistí: «*Jaaagsri toógoros*». Sus miradas escépticas transmitían lo que pensaban. Tenían cara de preguntarse qué pretendía aquel advenedizo chalado: ¿que la madera engendrara a su mayor enemigo?, ¿que de su seno saliera la llama que luego la devoraría? ¡Valiente sinsentido!

Una hora después estaba en condiciones de aseverar que el método era sumamente difícil. Me ardían las manos, tanto que pensé que el fuego acabaría saliendo de mi propia piel. Me resultaba increíble imaginar cómo un buen día se le pudo ocurrir a alguien una idea en apariencia tan descabellada y absurda. O fue un auténtico genio quien vislumbró que el calor intenso que se alcanzaba con la fricción podía originar la combustión o, no me extrañaría, lo descubrió de manera casual una persona que se aburría muchísimo. Sin duda sería entonces la serendipia más importante de la historia de la humanidad.

Se había aproximado más gente a observarme. Estaba cansado y bastante desmoralizado, pero no quise poner cara de circunstancias a la concurrencia. «Tranquilo muchachos —les dije con suma calma—, *Jaaagsri toógoros*, pero antes voy a echar una meadita y a desentumecer los músculos, vosotros no preocuparos que esto es pan comido; conseguiré ese fuego... ¡con su puta madre!». Así rematé la frase, para qué negarlo; me he vuelto un tanto ordinario cuando pierdo los papeles.

El clan, que no tenía nada mejor que hacer que lamerse las heridas, se entretenía siguiendo mis movimientos. No mostraban entusiasmo, ni siquiera interés. Simplemente se distraían con lo único que tenían a mano. Como quien se traga entre bostezos una película malísima las horas muertas de una soporífera tarde de sábado.

Yo seguía a lo mío, hasta que hartado ya de restregar el palo me levanté cabreado y lancé lejos de mí todo el material. El Hombre Arbusto hizo ademán de reírse pero al momento lo frené. «¡*Jaaagsri toógoros*, por la leche que mamá!», espeté zarandeándolo. Me acerqué a Brujita y palpé su frente; me pareció que tocaba un bloque de hielo. ¡Natural, si mis manos parecían haber salido directamente de un horno! A su lado se hallaba Golfillo. Estaba irreconocible. No exhibía su habitual cara de granuja. Un halo de tristeza sombreaba una piel que había perdido tersura. Pero la transformación no era consecuencia exclusiva del impacto transitorio que causa la aflicción: donde antes habitaba el bozo ahora crecía el bigote, los ojos ya no dejaban escapar miradas inocentes, sino responsables y sus labios entreabiertos, en lugar de preludiar una sonrisa inocente, aportaban un toque de madurez al semblante. La muerte del Abuelo había curtido su carácter; en solo unas horas Golfillo había dejado de ser un niño. Agité su pelo como muestra de cariño y para transmitirle mi apoyo y me marché al otro extremo de la peña, para meditar con calma. Finalizada la tediosa película el clan se dispersaba.

Pero la película tendría segunda parte. Y tercera. Y cuarta. Y cuantas fuesen necesarias. Porque pensaba conseguir el fuego sí o sí. Puede que no sirviera entrechocar cualquier tipo de piedras, pero la madera era otra cosa. Podría influir su calidad o la dureza, pero estaba seguro de que no precisaba un componente especial para prender fuego. Se trataba de frotar y producir calor, solo que requería de una técnica que yo desconocía. Reflexionar. Tenía que reflexionar. Dejar la mente en blanco y centrarme solo en eso. De modo que adopté la postura del Buda sentado en posición de loto y me abandoné a la meditación, sin saber si me llegaría la inspiración, si alcanzaría el nirvana o si sufriría una ciática de mil demonios.

Después de que desfilara por mi cabeza una sarta de disparates, entre los que a veces se colaba alguna que otra reflexión sensata, decidí otorgar un voto de confianza

a todos los instrumentos que participaban en el proceso: la madera blanda, el palo y la yesca. Di por supuesto que eran elementos insustituibles y perfectamente válidos; por tanto, el problema solo podía estar en mí o en el boquete. Pensé en sustituirme, llamar a Medio Pie y ponerlo a trabajar sin tregua. En el peor de los casos él no haría otra cosa que imitarme, y a veces funciona probar otra suerte. Sería posible incorporar más personal y establecer turnos para evitar la fatiga; puede que así consiguiera elevar de forma exponencial la temperatura de la madera y quizás una pequeña fibra lograra prender. No estábamos ante la idea más ingeniosa de todos los tiempos, pero podría servir. No perdería nada en el intento; sin embargo, me abrumaba pensar en cuánto me costaría convencer mediante gestos a una cuadrilla primitiva, escéptica, cansada y hambrienta para que frotrara hasta la extenuación. Así que opté por dejar esta idea en la recámara y pasé a centrarme en el agujero que calentaba el palo. Y llegué a la conclusión de que no servía.

A veces, ciertos detalles evidentes pasan desapercibidos. Yo conservaba en la memoria la típica imagen tribal: las chozas al fondo y en cuclillas un hombre de tez bruna, ataviado con huesos y abalorios, haciendo girar un palo sobre otra madera hasta que comenzaba a humear. Luego soplabo con sus labios gruesos e insuflaba vida a las llamas. Una secuencia correcta pero sucinta. No conseguía recordar los pormenores del punto exacto donde se obraba el milagro. Y ahí estaba la madre del cordero. Mi agujero no tenía orificio de salida. Era una muesca pequeña para encajar el palo, sin espacio para el aire, de modo que si lograba encandecer una minúscula viruta, probablemente se ahogaría antes de llegar a la yesca receptora. Y aunque lo consiguiese, esta se veía insuficiente para acoger esa lumbre en su seno con el debido esmero. Necesitaba más aire en circulación y más yesca con que alimentar la llama. Innovación tecnológica para perfeccionar la idea. Y me puse manos a la obra.

Revisé con detenimiento el contorno de la madera hasta elegir el punto que me pareció más apropiado para practicar la nueva hendidura. Me llevó su tiempo tallar la figura semicilíndrica por donde se movería el palo y limar la concavidad para facilitar el desplazamiento, porque no quería volver a fallar. A la conclusión me sentía agotado. Y no se debía solo a ese último esfuerzo de trabajar la madera valiéndome de una piedra como única herramienta; me aplanaba el cansancio acumulado por tanta energía derrochada en los últimos días. Desde que aconteció la trágica inundación no reponía las fuerzas que gastaba: dormía poco y apenas comía. Y así, a cada hora que pasaba me sentía más débil. Pero no había tiempo para descansar. Solo me concedí una licencia de unos quince minutos; aparte la necesidad, ¡moría de ganas de reencontrarme con el fuego!

Pero el desencanto llegó de nuevo. Asomé la cabeza a los diez minutos y se mantuvo un rato agazapado, atento a lo que pudiera suceder. Cuando vio que pasaba el tiempo y la mejora no daba sus frutos, abandonó su escondrijo y se sentó a mi lado. Y es que todo parecía indicar que no obtendría progresos. Ya nadie seguía mis evoluciones, ni siquiera Medio Pie, mi más fiel gregario. Creo que pensaron que definitivamente había perdido el juicio. Solo Muñeca apareció un par de veces por allí, movida más por el aburrimiento que por la curiosidad. Aun así, yo continué insistiendo. Llegué a un estado en que dejé de pensar en el grupo, en la posibilidad de cooperación que había trazado y en la imperiosa necesidad de obtener fuego. Lo que más pasó a importarme era conseguirlo yo solo. Cuestión de cabezonería. Fue como un pulso que me echara a mí mismo, un reto a mi amor propio. Lo tenía que lograr a toda costa, así saltara la piel de mis manos a jirones. Pero el cuerpo no es tan gallito como idealiza la mente y solo puede soportar el sufrimiento hasta un límite. Mi febril perseverancia no cedió, pero me vi obligado a cambiar de estrategia cuando se me hincharon tanto las doloridas palmas que temí que pudiesen reventar en cualquier momento. La necesidad agudiza el ingenio y tuve que buscar otra forma de mantener la fricción. Y la hallé. Tan natural como la anterior, aunque al principio me costase tomar el ritmo. Giré la madera hasta colocar la hendidura en paralelo a la tierra, pegada a la yesca, y agarrando el palo por ambos extremos comencé a desplazarlo por la ranura en movimientos de ida y vuelta. Encontré una postura con la que me sentía más cómodo; no solo eso: me pareció que el sonido que emitía el roce de las maderas había cambiado. ¡Ahora se acariciaban! Era como si hubiese surgido una imposible empatía entre ellas. Creí percibir esa magia y me ilusioné con la posibilidad de que esta última innovación me sacase del *impasse* en que estaba sumido. Aquel descubrimiento atizó el agonizante rescoldo de mis esperanzas; sin embargo, la fatiga acumulada me impedía acompañar los movimientos. Los músculos estaban demasiado tensos y yo quería afrontar el nuevo intento con la mejor disposición. Aunque me costó refrenar el ansia, me impuse un descanso amplio, que rondara el par de horas, tiempo suficiente para recuperarme tanto física como mentalmente, y volví con más fuerza y optimismo que nunca, dispuesto a darlo todo.

Ejecuté los preparativos con parsimonia, cuidando cada detalle con exagerada parafernalia, como quien lleva toda una vida soñando un acontecimiento imposible y cuando le confirman que su deseo se verá cumplido aspira a dilatar al máximo esa llegada para saborear cada instante y justificar con el goce tanto tiempo de espera. Con la felicidad inundando su ser y, a la vez, con la temerosa sospecha de que se resolverá con brevedad lo que añoró una eternidad. La amargura y el placer concomitantes. Querer que suceda y, extraña paradoja, querer que no, porque cuando llega lo que tanto se desea ya no habrá nada con que mantenerse ilusionado. Así me sentía yo: estaba convencido de que pronto vería elevarse las llamas, pero me estaba costando tanto esfuerzo que... me recreé largo tiempo demorando el momento de mi gloria.

Comencé la fricción con serenidad, buscando la armonía en los movimientos, el equilibrio en la respiración. Poco a poco fui intensificando el ritmo hasta alcanzar un desenfundado vaivén. Las gotas de sudor manaban de los poros a borbotones y el dolor hacía acto de presencia en determinadas zonas de mi cuerpo, algunas habituales como los brazos o las manos, otras como la región lumbar se estrenaban. Y el milagro seguía sin obrarse. Me di cuenta de que la absoluta seguridad en el éxito de esta nueva técnica, que me dominaba minutos antes, no se sustentaba en otra cosa que en la fe ciega e irracional. ¡Pero la fe mueve montañas! Así que seguí y seguí, apretando los dientes y conteniendo las lágrimas, gimiendo en cada movimiento, exprimiendo al límite mis energías, reprimiendo el deseo de descalabrarme contra el suelo y que la tierra me tragara, jadeando, retorciéndome como si me azotaran. Cuando estaba a punto de desfallecer de extremo agotamiento mis incrédulos ojos vieron ascender una delicada voluta de humo. Acompañé perplejo su recorrido, embobado ante aquella sublime sinuosidad, hasta que se desvaneció. Clavé la mirada en la yesca, con la respiración cortada esperando una nueva voluta, un segundo, dos, tres, y como nada aparecía una neurosis galopante comenzó a desgarrarme el alma. ¿Y si lo que vi fue un espejismo? Ante aquella siniestra conjetura un espontáneo alarido emergió de mi garganta. Y entonces reaccioné saliendo del atolondramiento: mis labios se arrimaron presurosos al foco donde acababa de nacer la esperanza y, temblorosos, exhalaban un suave aliento de vida. Los ojos no me estaban engañando: entre tanta hierba y hojarasca secas brilló una minúscula brizna dorada. Proyecté sobre la yesca una segunda corriente de aire y al momento mis pulmones se vieron recompensados con el divino humo. La bendición dorada se multiplicó con rapidez. Asomaron las primeras llamas y mis ojos se bañaron en un desbordante caudal de alegría. Aunque había dejado de soplar mi boca no se apartaba; me mantenía ahí, hechizado, deseando besar el fuego, orgulloso de ofender los labios para que los hiciera suyos abrasándolos. ¡Lo había logrado! ¡*Jaaagsri* lo había logrado! Tenían que enterarse todos. Me levanté cuando estaba a un tris de socarrarme el rostro y, dejando caer las pieles, lancé un atronador grito a los cuatro vientos, los puños cerrados y los músculos tensos, para que todas las criaturas del universo supieran que lo había conseguido. Alcé una inmensa piedra y la estrellé contra las rocas para bramar con furia: *Jaaagsri toógoros*, ¿Me oís? Soy el amo del fuego. *Jaaagsri toógoros*.

El clan se arremolinó a mi alrededor. Contemplaban estupefactos las llamas. Estaban tan impresionados que no sabían cómo reaccionar. Llamé a Vulcano y le ordené cuidar del fuego. Me entendió al instante: fue cortando ramas y a medida que las añadía a la lumbre se avivaban las llamas. Pude verlas reflejadas en sus ojos llorosos; unos ojos que habían recobrado la vida y que ahora destellaban aquello que más amaba.

La transición no solo fue fulminante en Vulcano: todos mudaron el semblante. ¡Por fin sonreían! Algunos, paralizados por la emoción, apenas dejaban escapar un atisbo de complacencia por la comisura de sus labios; la mayoría mostraban su entusiasmo efusivos. Ya no me rodeaba una tremebunda congregación de almas en pena. ¡Mis amigos habían regresado! Y nada en el mundo podía hacerme más feliz que aquello. Abrí los brazos de par en par, con la majestuosidad del águila que exhibe su envergadura, y todos —salvo Vulcano y la Viuda, cada uno por motivos diferentes— acudieron a abrazarme e hicimos piña entre lágrimas, en la más maravillosa manifestación de afecto e hilaridad que haya conocido el hombre.

Consagramos el resto del día a la búsqueda de leña. Queríamos ver arder la mayor cantidad de madera, disfrutar de la belleza de la noche iluminada por el fuego, dejarnos seducir por la hipnotizadora danza de las llamas. Y eso fue lo que hicimos, reunirnos de nuevo en torno a una inmensa hoguera. Hubiéramos preferido el acogimiento de nuestras calcáreas paredes al aire libre más propio de un campamento scout, el deleite de un opíparo banquete al rugido de nuestras tripas, la presencia del Abuelo a su recuerdo, pero no siempre se puede elegir, y lo que teníamos era mucho más de lo que soñábamos horas antes, cuando nos veíamos completamente desahuciados. El fuego: sinónimo de vida. Venerado por todas las culturas, jamás existió algo tan importante para el hombre. Ahora no nos preocupamos de mantenerlo encendido porque cualquiera puede prender una llama a su antojo, pero su extinción siempre se consideró como el preludio de una desgracia. Sin más, los romanos castigaban con crueldad a las sacerdotisas cuando se les apagaba la llama eterna de Vesta porque pensaban que aquello acarrearía aciagos sucesos. Desde la perspectiva de hoy en día estos extremos carecen de sentido, pero ¿no es cierto que nos hemos olvidado con injusta frivolidad de cuanto bien ha dado el fuego a la humanidad? Se hace un busto a

cualquier personaje, se construyen obras en homenaje a cualquier episodio de nuestra historia. ¿Cuántos monumentos honran al fuego? No me refiero a los que recuerdan los voraces incendios originados por nuestra propia negligencia, como la columna que se erigió en la *City* para inmortalizar el Gran Incendio de Londres. Hablo del fuego como símbolo de vida. ¿No nos hemos convertido en una civilización ingrata y descuidada? ¡Qué pronto hemos olvidado la estrecha relación del fuego con la prosperidad! En apenas dos o tres siglos hemos echado por tierra el amor y el respeto que nuestros antepasados le profesaron durante cientos de miles de años, millones quizás. No me extrañaría que el mismo fuego que diera la vida al hombre sea el que un día se la quite para siempre.

Vulcano, nuestro querido vestal, se acercó y hundió la cabeza en mis pies. Luego comenzó a relamer mis heridas. Aun siendo práctica habitual y pese a que se lo había permitido a Ojos Claros, mi primer impulso fue impedirselo, porque creí ver en aquel gesto una sumisión, una forma de expiar su culpa con la humillación, pero al momento comprendí que aquello no era más que una muestra de agradecimiento y lo dejé hacer, porque ya había sufrido bastante como para que yo cohibiera su animosa voluntad. No empañaba su dignidad ni mi nobleza permitir que aquel hombre agradeciera a su manera la recuperación del único combustible capaz de mantener en funcionamiento el motor de su vida.

## El deseo de venganza

La aurora se confundió entre la luminosidad que expandían las vigorosas llamas de la hoguera, en un amanecer que nadie anheló durante la noche. Nació un nuevo día y era bendecido por el resplandor del sol. Los mortales contemplábamos reverentes el fenómeno sin darnos cuenta de que la historia cotidiana del clan recobraba al fin su pulso. Vulcano era de nuevo Vulcano, el Hombre Arbusto, más arbusto que nunca, los gemelos volvían a parecer guerreros, los niños jugueteaban con las piedras y Medio Pie se erguía orgulloso a mi lado. La única pérdida irreparable fue la del Abuelo, todo lo demás era subsanable. Con el tiempo nos sobrepondríamos a la precariedad: fabricaríamos armas y encontraríamos un lugar cómodo y seguro donde cobijarnos. Las puertas de la vida levantaban su hermético castigo para abrirse de par en par. No podíamos despreciar la invitación; había que cruzarlas y luchar por mantenerse siempre dentro. Y el primer paso para lograrlo era buscar comida. Bajo el amparo de la fuerza más poderosa sobre la tierra, nos preparamos para salir de caza.

Todo el clan se puso en marcha; sin hogar carecía de sentido que una parte se quedase aguardando. Formábamos una partida de caza de lo más singular y pintoresca: niños, un bebé de pocas semanas, piedras, palos y mucho fuego, pues quien más quien menos portaba un trozo de madera encendida. No es que hubiésemos perdido la confianza en Vulcano. Tampoco creo que los últimos acontecimientos moviesen a nadie a actuar con mayor cautela. Llevábamos el fuego porque necesitábamos sentir próxima la llama amiga, tenerla siempre a nuestro lado para resarcirnos de su larga ausencia.

Lo primero que hice fue cazar un pajarito y comérmelo asado. Carne para entretener a una muela, poco más, pero estaba ansioso por saborear un poco de grasa caliente. Fueron unos minutos incómodos, pues a donde miraba veía ojos ávidos y bocas babeantes.

Esa mañana la fauna aviar no se mostraba muy dispuesta a dejarse ver, así que tardé en completar la ronda. La Viuda despreció su ración, algo que hasta entonces no había hecho. Me sorprendió porque todo lo relacionado con la comida era sagrado. Me sorprendió y me preocupó, pues nadie prescindía por propia voluntad de un bocado, por mísero que fuera. Su resentimiento crecía sin control. Debía de ser duro para ella comprobar que yo seguía sin rendirme a sus pies después de su valerosa demostración luchando contra los leones. Cualquiera otro hombre le habría entregado todos los pájaros. Yo solo le ofrecía uno y después de anteponer — inconscientemente— a la mitad del clan. Una ignominia intolerable que anulaba toda posibilidad de reconciliación. Su odio se había tomado un respiro, pero ahora regresaba con más fuerza, de manera exacerbada, y se incrementaba a cada segundo. Lo leía en el abismo de sus ojos helados. Di su pájaro a Medio Pie y le expliqué con sutileza que debía entregarlo a la Viuda cuando yo no estuviese mirando, pero el muy tunante, como se creía mi lugarteniente, infirió que lo premiaba con doble rancho. A veces pienso que algunos me entendían solo a conveniencia.

Los pájaros no hacían más que avivar la gazuza. Aún no les entregaba la pieza cuando ya estaban escupiendo las plumas. Hacía falta cazar un bicho de categoría, que nos proporcionara un kilo de carne por cabeza. Y encontramos no uno, sino un ciento. Toneladas de carne paciando sosegadas ante nuestras propias narices.

Divisamos los bisontes desde un pequeño promontorio de tierra arcillosa que se elevaba misteriosamente sobre el terreno al estilo, salvando las distancias, del mítico *Ayers Rock* australiano. Bueno, no sé si el ejemplo es muy afortunado pero, para que se hagan una idea, se trataba de una elevación repentina que emergía en una tonalidad diferente a la llanura que la circundaba. Subimos para otear, como hacen los guepardos en los montículos de termitas de las sabanas, y descubrimos aquella maravillosa sorpresa. Sorpresa para mí, porque estoy seguro de que los gemelos tenían una idea muy aproximada de lo que se iban a encontrar, aunque es posible que no esperasen un rebaño de ruminantes tan numeroso.

Los avatares de la supervivencia nos ofrecían su mejor cara, poniendo en nuestro camino comida para saciar un regimiento. Faltaba ver cómo demonios lograríamos atrapar una de aquellas bestias. Llevaba tiempo suficiente conviviendo con el clan para comprender que no iba a resultar una tarea sencilla. Cierta es que entre tanta mole se distinguía alguna que otra cría, pero arrebatarla a su madre era una misión que se me antojaba imposible. No disponíamos de armas eficientes para enfrentarnos a aquellos poderosos animales, eso era incuestionable. A la espera de lo que pudieran estar tramando mis avezados compañeros, solo se me ocurría una forma de salir airoso, y pasaba por acorrallar a uno de ellos e intentar penetrar su gruesa piel con nuestras lanzas. Luego habría que seguirlo, quién sabe por cuántas horas, si no días, y esperar a que muriera, sin descartar la posibilidad de que no le hubiésemos causado heridas mortales y hubiera que buscar otra ocasión para lanzarle un nuevo ataque. Un trabajo hercúleo, desde luego, pero no quedaba más remedio que intentarlo.

Una vez más, la distancia que separaba al cazador de la presa no se trazaba en línea recta. Necesitábamos rodear el ganado para asegurar que nuestras acciones se llevarían a cabo en dirección contraria al viento, con lo cual los trescientos metros de superficie llana se transformaban en un kilómetro de terreno escabroso, bordeando un monte.

Pero no llegamos a completar el recorrido. A mitad de camino un estruendo ensordecedor quebró el aire; los bóvidos huían en estampida. Ascendimos por la ladera del monte para averiguar qué había provocado la desbandada y lo que vimos dolió como puñas que escarbaran en nuestras frescas heridas. Aquella imagen, difusa por la nube de polvo pero inequívoca, nos trajo sufrimiento, furia, temor, consternación, rabia, odio... Allí estaban nuestros peores enemigos, los sanguinarios leones.

Eran tres leonas y habían conseguido aislar a un infortunado bisonte. Se trataba de un ejemplar relativamente pequeño, comparado con los grandes machos, aunque debía de pesar no menos de quinientos kilos. Asediado por las fieras, no se dejaba intimidar y plantaba cara embistiendo con sus mortíferos cuernos. Los leones, tan ruines y cobardes como astutos, se retiraban unos metros y aguardaban su oportunidad, el momento en que el bisonte cometiera el fatídico error de creer que había amedrentado a sus depredadores. Y así ocurrió: el valeroso animal se volvió para regresar con su manada y los traicioneros felinos no desaprovecharon la ocasión de atacar por la espalda y derribar a su presa.

Contemplábamos la escena enfurecidos. Nos violentaba la aversión que sentíamos hacia nuestros acérrimos enemigos y nos carcomía la impotencia de ver cómo a raíz de su inoportuna presencia, la manada de bisontes se perdía en la espesura de un bosque distante. Aquellos execrables demonios habían espantado nuestra comida.

Sin que mediara convocatoria por mi parte, el clan se reunió en asamblea extraordinaria para debatir sobre la situación. Se enzarzaron en un galimatías de voces indescifrables. Las opiniones se solapaban con las réplicas y la discusión se hacía cada vez más acalorada. La algarabía solo se interrumpía brevemente cuando alguien me interrogaba o buscaba mi aprobación. Yo intuía que el objeto de la controversia era la forma en que debíamos proceder tras la infame interceptación de nuestras aspiraciones gastronómicas. Sin temor a equivocarme, creí entender que se planteaban tres opciones: los gemelos, con el único apoyo de la Viuda, eran partidarios de perseguir al rebaño de bisontes. Esto suponía un esfuerzo extraordinario, pues para acercarnos a la masa de cíbolos necesitábamos esquivar a los leones, y eso llevaba implícito practicar un enorme rodeo. Gordita encabezaba la propuesta que contaba con el favor de la mayoría. Insistía en aguardar con paciencia a que los leones acabaran su festín y adelantarnos a los carroñeros en el aprovechamiento de los despojos. La última alternativa que se barajaba y que planteó con timidez Ojos Claros, más con la intención de conciliar, viendo que ninguno de los grupos daba su brazo a torcer, que por propio convencimiento, era abandonar las reses y continuar deambulando a ver si teníamos mayor fortuna por otros lugares.

Seguían enredados a la espera de mi decisión, pero yo no reaccionaba: ni daba respuestas ni dejaba escapar algún gesto que hiciera entrever que me inclinaba por alguna de las propuestas. Lo cierto era que ninguna me convenía. Mientras tanto, un capítulo más de la historia salvaje de la supervivencia se desarrollaba a unos metros. El bisonte se resistía a sucumbir. Cabeceaba entre bramidos quebrados por el dolor en una lucha inútil. Era un animal fuerte y no permitía que las leonas hundieran las mandíbulas en su garganta, o que tapanan su nariz y su boca en el macabro beso de la muerte. Esa resistencia innata no hacía más que prolongar su agonía. Sin posibilidad alguna de escapatoria, dejarse asfixiar era la mejor forma de poner fin a tanta crueldad, pero aquella desdichada criatura no estaba dispuesta a abandonarse a la muerte mientras mantuviera un hálito de vida, aunque estuvieran comiéndosela viva. Por suerte, aquel horror acabaría pronto: nuevos comensales se incorporaban al banquete, entre ellos, un macho enorme que, tras mostrar con arrogancia sus fauces, arremetió con desmesurada furia y aplastó entre sus poderosas quijadas la tráquea del bravo animal. Una última leona, acompañada de sus cachorros, apareció entonces. Los pequeños se acercaron a la presa con mucha prudencia, temerosos de que los prepotentes melenudos no les permitieran compartir mesa con los adultos. Estos últimos convidados no me hicieron dudar de lo que sospechaba desde el primer momento y que certificó la presencia de los dos machos: aquella manada era la misma que asesinó brutalmente al Abuelo.

Apreté los puños de rabia e impotencia y me mordí los labios en un vano intento de contener la crispación. No podía soportar tenerlos tan cerca, presumiendo de la impunidad que les confería su estatus de reyes del ecosistema, gozando a su antojo de lo que creían su feudo. Un irrefrenable deseo de venganza fluía por mis venas y

me incitaba a cometer una locura. Y no tenía más remedio que acatar ese impulso. Eso o mi sistema nervioso acabaría colapsándose. Como si el más furibundo dios de la guerra se hubiese apoderado súbitamente de mi cuerpo, me aupé de un salto y, blandiendo un tronco prendido en actitud amenazadora, mandé callar a la concurrencia con un grito estremeedor. Se hizo un silencio sepulcral. Todos me miraron con expectación y asombro. Aquel no era el *Jaaagsri* que conocían; aquel era un poseso con los ojos inyectados en sangre que en su arenga arrojaba espumarajos de veneno por la boca. Recuerdo al pie de la letra los dardos de fuego que escaparon por mi garganta: «Estos son los hijos de puta que se ensañaron con el pobre Abuelo, los mismos que desmembraron su cuerpo y devoraron sus entrañas. Los muy cabrones nos roban ahora la comida. En media hora dejarán al bisonte en los huesos y nosotros no tenemos cojones de plantarles cara. No somos merecedores del fuego. No somos merecedores ni del aire que respiramos. Haced lo que os dé la gana, nenitas lloronas y cobardes, pero yo me voy a por ellos. Quien tenga huevos que me siga y quien no que se coma su propia mierda. ¡A la cargaaa!». Y emprendí una alocada carrera hacia las fieras dando gritos.

No sé cómo empleé un vocabulario tan soez. ¡Desde cuándo hablo yo así! Y no solo me eran impropias las formas, también parte del contenido. Los llamé cobardes, y eso, además de no ser cierto era injusto. Parece como si unos lindes invisibles pusieran coto a los sentimientos, conformando un reducto íntimo donde se ocultan. Allí los cuidamos con mimo y los protegemos de la curiosidad ajena, hasta que en ciertas situaciones extremas rompen nuestras cándidas barreras y escapan con desesperación trastocando nuestro equilibrio racional. Eso debió de ocurrir porque aquel no era yo; de eso no tengo dudas.

¿Cuánto se tarda en recorrer ciento cincuenta metros a toda velocidad por un terreno desigual, descalzo, sorteando arbustos y piedras? No lo sé, no mucho, supongo, pero más de lo que me pareció. Mi sensación era de haber llegado a donde estaban los leones en un suspiro. Pronto me di cuenta del problema que acarrearía mi insensatez: salí tan de improviso que no les concedí a mis compañeros una pizca de tiempo para que pudiesen pensar y decidir si me acompañaban o no. Al verme solo me vine abajo, porque sabía que sin aliados estaba abocado a una muerte segura. Las fieras levantaron la cabeza para preguntarse quién demonios osaba interrumpir su almuerzo y sentí miedo. Pero esa sensación fue efímera; justo cuando mi pulso comenzaba a titubear noté la presencia de alguien a mi lado, la última persona que esperaba: era la Viuda, portaba una rama que flameaba majestuosas llamas y con su mirada me decía que además de odio sentía una enorme admiración hacia mí. Aquello fue la espuela que llegó en el momento preciso. Las dudas se disiparon por completo cuando vi que a unos metros la seguían los gemelos, Vulcano, el Hombre Arbusto y el resto del clan. Esto no garantizaba el éxito de aquella temeraria aventura, pero mi moral se robusteció hasta el grado máximo imaginable. Aun siendo pocos, a mí me parecieron el Séptimo de Caballería envuelto en llamas exterminadoras. No hacía mucho que había ordenado mi filmoteca y revisito *Murieron con las botas puestas*, esa pudo ser la explicación de aquella alucinación donde yo tomaba las veces del general Custer, o de Errol Flynn, sea el caso, y emulaba sus dotes de mando. Tal interpretación duró un suspiro, pues consciente de que la batalla de *Little Big Horn* supuso una dura derrota para el ejército norteamericano, me troqué por Baldomero Espartero, el bravo general español que alentaba a sus tropas marchando el primero en la batalla, y avancé con decisión sin temor a recibir la primera dentellada. Por una fracción infinitesimal de tiempo llegué a crearme aquel delirio y me imaginé con cabalgadura y al mando de todo un ejército. Al momento me hice cargo de la verdadera situación, pero no vacilé; mi impulso era ya irrefrenable y, ¡qué diantres!, aunque no lo fuese ya no había posibilidad de marcha atrás.

Las fieras, estupefactas, no atinaban a comprender lo que estaba sucediendo. Los primates de cualquier género siempre huían de ellos, incluso los que convivían con el intocable aire rojo. ¿Por qué ese cambio? ¿Qué extraño fenómeno sacudía al mundo? ¿Cómo proceder: reculaban abandonando la presa o se lanzaban directos a la yugular de aquellas inferiores criaturas, esquivando con agilidad el pernicioso aire rojo? No resultaba fácil adivinar qué pasaba por la cabeza de aquellos animales. ¿Qué pensaría un cazador si una bandada de pájaros atacase su escopeta? No daría crédito, desde luego, pero ¿respondería a tiros o huiría ante el temor de que su cabeza pasara a hacerse blanco de los picotazos?

El jefe de la manada fue el primero en salir a nuestro encuentro. Fuera porque lo único que pretendía era impresionarnos para que nos largáramos y así poder comer en paz o porque no tuvo el valor suficiente para acercarse a las llamas, el hecho fue que en lugar de embestir se detuvo a unos metros para rugir y mostrarnos las fauces. Si pensaba que aquella bravata bastaría para sofocar la rebelión, estaba muy equivocado, pues enfrente tenía kamikazes dispuestos a dar la vida por un trozo de comida. El resto de leones contemplaban la escena sin desclavar las garras de la presa, confiados quizás en la demostración del gran macho. La inevitable contienda no tardó en producirse. Yo fui el primero en romper las hostilidades intentando sacudir a la fiera en el hocico. De un zarpazo, y con la misma facilidad con que se espanta una mosca, el animal repelió mi ataque. El palo salió despedido y mi brazo vibró tanto por la fuerza de la sacudida que hasta bailaron la clavícula y la escápula. No sé cómo no me fracturó el hombro. No hubo tiempo de sentirme indefenso porque antes de que el maldito *groustur* pudiera contraatacar una aparatosa llamarada se cernió sobre su cabeza. La Viuda no se andaba con chiquitas. El león lanzó algunos manotazos ciegos antes de retroceder, llevándose consigo el olor a pelo chamuscado. No concedimos tregua: aprovechando la llegada del resto de nuestros efectivos nos lanzamos en tropel ante una desconcertada manada de gatitos medrosos, incapaces de soportar el intenso calor sobre sus delicados bigotes. Aquella escaramuza resultó un éxito, pues los felinos retrocedieron abandonando la presa. Sin embargo, se detuvieron a unos quince metros. La ofuscación ante el insólito ataque sorpresa era palpable. Durante unos instantes se mantuvo un inquietante compás de espera. Las fieras gruñían y se miraban de reojo, para ver si alguna decidía reaccionar. Entretanto, Vulcano no desperdiciaba una milésima de segundo: con la ayuda de los niños amontonaba leña para levantar una hoguera junto al cuerpo inerte de la codiciada bestia. Aunque actuaba con increíble celeridad, el fuego necesitaba su tiempo para crecer y mostrar su verdadero poder disuasorio. Comprendí que era arriesgado esperar, darles la oportunidad a aquellos cerebros de mosquito de entender cuál era la verdadera situación: que se habían dejado asustar por una horda de faroleros, que eran siete leones adultos contra un puñado de débiles humanos sin fuego suficiente para intimidarlos y que si se marchaban, lo único que volverían a probar de su cacería serían las gotas de sangre que pudieran lamer de sus tintados hocicos. Si los siete arremetían con toda su furia, aquello sería una carnicería, una masacre donde nadie quedaría con vida. Teníamos que hacer valer lo único en lo que éramos superiores: la inteligencia. Estaban desconcertados y había que atacar antes de que se rehicieran. No quedaba otra.

En esta ocasión no lo hice solo. Llamé a mis compañeros y di la orden de carga. Todos a una, sin miedo, sin esconder el brazo, dando la cara, gritando para impresionar, firmes, decididos, dispuestos a luchar hasta la muerte. *A priori* el desenlace era incierto: músculo arrogante contra inteligencia valerosa, si bien, visto desde la barrera creo que pocos hubieran apostado por nosotros, pues nuestra acción ya no era tan sorpresiva y los leones podían no estar tan confusos. Pero las cosas fueron mucho más fáciles de lo que ninguno hubiésemos imaginado: los «reyes de la selva» vieron que se abalanzaba sobre ellos una ensordecedora y furibunda bola de fuego y optaron por la retirada. ¡Qué criaturas más valientes! Ya ven: estos salvajes demonios no tienen honor ni dignidad y les importa un rábano el orgullo herido. Su prioridad es comer y lo hacen ahorrando siempre la mayor cantidad posible de energía. Pensaron que no valía la pena exponerse al achicharrante calor del aire rojo cuando tenían decenas de bisontes a mano.

La persecución concluyó enseguida, pues las fieras desaparecieron a toda velocidad. En su huida, uno de los cachorros quedó rezagado. He visto en documentales a leonas atacar a corpulentos machos para defender a sus crías, así que debo presumir que aquella madre no se percató de la ausencia de su cachorro. A buen seguro lo echaría pronto en falta, aunque para entonces sería demasiado tarde. No tuve contemplaciones. Tan pronto vi aquel pequeño monstruo la emprendí a golpes con él. Lo pateé con saña hasta reventarlo. Asumo que al narrar este episodio de apariencia macabra pierda la simpatía que tal vez logré suscitar en algunos de ustedes; es más: les puedo asegurar que no me arrepiento lo más mínimo. Es probable que vean reflejado en el cachorro la silueta del pequeño y encantador Simba, o se lo imaginen como un precioso peluche. Yo lo vi como un terrible enemigo potencial. ¿Que podía haberle dado muerte de una forma menos truculenta? Están en lo cierto, pero antes de juzgar los hechos ajenos hay que intentar comprenderlos poniéndonos en el lugar de los demás. Jamás podré apartar de mi cabeza la imagen del pobre Abuelo abierto en canal y sus intestinos revoloteados al viento. Disculpen si mi descripción les resulta demasiado dura, desagradable e inoportuna, pero no se me ocurre mejor forma de hacerles entender —y hasta justificar— mi deseo de venganza.

## La savia del alma

Contemplar a Vulcano en su medio natural era todo un espectáculo. Se movía como pez en el agua, cuidando con refinado escrúpulo cada detalle. Alzaba el cuello echando hacia atrás la cabeza hasta convertir la nariz en la cúspide del cuerpo. De puntillas, los brazos en cruz y los ojos cerrados, se entregaba al aire como si quisiera dejarse poseer para ganar su confianza y así desentrañar sus secretas intenciones: conocer hacia dónde soplaría, con qué intensidad, por cuánto tiempo. Amaba el fuego por encima de todo, pero no por eso era ajeno a lo peligroso que podría resultar un incendio. La Bruja, Ojos Claros y los niños conformaban su cuadrilla. Se dirigía a ellos de manera autoritaria, aunque no exenta de cordialidad. Mi limitada comprensión del lenguaje no me impedía captar cuán precisas eran sus instrucciones: la extensión de terreno que pretendía se limpiase de vegetación, el tamaño de las piedras y su ubicación alrededor de la fogata, el aprovechamiento de la madera en función del tamaño y del grado de desecación, la elección de apropiados emuladores de sopillos y badiles, la localización del mejor punto donde avivar el fuego...; un sinfín de detalles, desarrollados con tanto mimo, que conferirían a su tarea la categoría de arte. En ocasiones llegué a preguntarme si la piel de aquel hombre no sería ignífuga. Caminaba sobre los rescoldos, agarraba ramas ardiendo, se acercaba tanto a las llamas que se confundía con ellas. Inconcebiblemente invulnerable, Vulcano parecía la auténtica efigie del fuego. Sus ojos conservaban el reflejo dorado de la hoguera incluso cuando no se hallaba cerca de ella. No, no era yo el amo del fuego. No fui más que el simple transmisor de un conocimiento heredado; el verdadero señor de la maravillosa energía áurea y roja era otra persona y todos lo sabíamos.

A pesar de que el bisonte era una pieza de considerables dimensiones, alrededor de la que nos podíamos colocar sin grandes incomodos, nadie hizo ademán de acercarse en tanto yo no tomé mi parte. Aguardaron con paciencia durante largo rato, ¡no pueden hacerse una idea de lo que cuesta cortar una chuleta con una piedra! Solo cuando me hube servido se rompió el orden y se abalanzaron sobre el animal. En esta ocasión y para mi alivio no entablaron disputas, pues había carne suficiente para saciar cuatro clanes como el nuestro.

Por nada del mundo quería correr el riesgo de que la carne se me escurriera entre las voraces llamas, así que, sin abandonar la seguridad del cerco de fuego acondicionado por Vulcano, me aparté para fabricar mi exclusivo asador, con unas piedras y un par de buenos leños que tomé de la hoguera. Espeté mi chuleton —que debía de pesar alrededor de kilo y medio— y lo fui asando a fuego lento. A un par de metros se colocó Medio Pie con la intención, una vez más, de copiar mis actos. Claro que mi adorable escudero no tenía tanta paciencia y a cada rato mordisqueaba la carne. Yo aguantaba la risa al ver cómo contenía muecas de dolor cada vez que se quemaba la lengua y el paladar. Harto ya de comer sabandijas, huelga decir que recuerdo aquella chuleta de bisonte como lo mejor que jamás me haya llevado a la boca.

La misma tarde en que reivindicamos la supremacía del ser humano la naturaleza quiso recordarnos nuestra insignificancia. Por fortuna, en esta oportunidad no fuimos víctimas, sino testigos. El sol se retiraba fatigado, jaspeando en cada bostezo el ambiente con millones de partículas anaranjadas. Golfillo y Muñeca se distraían jugando a la rayuela. Brujita, un poco cansada en los últimos coletazos de su convalecencia, lo había dejado hacia unos minutos y dormitaba sobre el regazo de su madre. El resto hacíamos la digestión de la copiosa comida en reposo, algunos charlando distendidos, los más sesteando. Yo estaba entretenido desparasitando a Muchacha, que había encontrado en mi pierna la almohada perfecta, cuando, sin mediar aviso, la tierra tembló con infernales convulsiones. La violenta sacudida vino acompañada de un ensordecedor ruido, como si el planeta rugiera a nuestros pies. Durante aquellos interminables segundos el grito que emanó del corazón de la Tierra se propagó por toda la superficie, amplificándose a consecuencia de los desprendimientos de rocas y los corrimientos de tierra. Parecía que las montañas se fuesen a derrumbar, que el terreno se abriría engulléndonos y que, finalmente, todo estallaría como un globo hinchado. Mas, de repente, con la misma espontaneidad con que había aparecido, el apocalipsis se detuvo y todo cuanto existía se envolvió de calma, asentándose el más absoluto de los silencios.

La vida quedó en suspenso por unos instantes, atrapada en el estupor, hasta que, por arte de magia, a un mismo tiempo todas las criaturas volvieron en sí. El cielo se convirtió en un hervidero de aves que volaban sin saber adónde y el campo se transformó en una caótica autopista de cuadrúpedos que corrían despavoridos hacia ningún lugar. El clan creyó entender lo que había sucedido y se precipitó a añadir combustible al fuego hasta que las llamas sobrepasaron nuestra altura. Luego, cada cual fue arrojando sobre la fogata generosas porciones de los restos del bisonte, pretendiendo con ese gesto aplacar la desatada ira del sol y convencerlo para que se retirara a descansar en paz a su morada en las entrañas de la tierra, como siempre había sido. Y así lo hizo, sin alboroto, satisfecho con la ofrenda. El clan, no obstante, recelaba de su dios y mantuvo el alma en vilo hasta que no se hubo completado el ocaso.

El susto fue pasando poco a poco, a medida que se encendían las diminutas luces del firmamento. La noche, cálida y apacible, se vestía de gala para acompañarnos. El sol dormía y para el clan eso era inequívoca señal de que se había apaciguado. Nadie resultó herido en el terremoto, habíamos comido hasta atiborrarnos y nos amparaba el fuego; razones más que suficientes para estar felices y disfrutar de la velada.

La verdadera amistad no requiere de condimentos como la música o el alcohol, por mucho que la sociedad de nuestro tiempo los considere imprescindibles. La diversión, efusiva o no, va implícita en toda reunión de amigos y nosotros éramos un claro ejemplo. Cualquier chorrada, por simple, servía para solazarnos: una trastada de Golfillo, una batallita de Medio Pie, un cuesco de Gordita o el repaso a mi repertorio musical. Todo nos parecía risible. El momento culminante de la noche llegó cuando el Hombre Arbusto apareció —no me percaté de cuándo ni cómo lo preparó— luciendo por sombrero la cabeza del bisonte. Emergió de las penumbras con solemnidad y parafernalia. Al pronto me sobresalté, pues se me figuró la representación del dios Apis. La presencia de la deidad funeraria, por absurda, pudo hacer resurgir en mí la hipótesis de la ensoñación, pero ni yo quería volver a plantearme ese asunto ni hubo tiempo para ello, pues la inconfundible risita del Hombre Arbusto lo desenmascaró *ipso facto*. Sosteniendo con firmeza el astado trofeo, comenzó a imitar los andares de los gemelos, lo que desencadenó una explosión de carcajadas. Luego se fijó en mí, pronunció unas palabras en tono rimbombante y se preparó para embestirme. En un impulso espontáneo me quitó la vestidura y me preparé para recibirlo a porta gayola. El Hombre Arbusto entró al trapo con nobleza y yo correspondí con una larga cambiada que habría hecho vibrar el graderío de cualquier plaza. Mis profanos espectadores no aplaudieron, algo lógico porque desconocían su significado, pero dejaron escapar un murmullo que quise interpretar como de admiración y sorpresa. Aquello bastó para encender mi animo. Agité el capote para llamar la atención del minotauro y, aprovechando sus continuadas acometidas, más boyantes que bravías, obsequié a la concurrencia con un pase de pecho, una verónica y un par de vistosas chicuelinas. Acompañaba cada lance con un apasionado olé, algo que no tardó en ser secundado por el tendido, solo que ellos lo hacían a destiempo, cada uno por su cuenta y con la cadencia que estimaban oportuna. Como podrán imaginar, por más que mi entusiasmo en la narración pareciera empequeñecer la célebre tarde de José Tomás en Nimes, el espectáculo era más propio del Bombero Torero que de otra cosa. Espectáculo es una manera muy generosa de llamar aquella mamarrachada. El Hombre Arbusto no veía más capote que mi cuerpo, los niños no cesaban de corretear detrás y el diestro tomaba la alternativa sin haber dado en su vida un solo muletazo, todo ello entre olés monótonos, arrítmicos y descompasados. La guinda a aquella gloriosa faena la propició Golfillo. El vivaracho rapaz intentó aprovechar el momento en que el Hombre Arbusto se inclinaba en la embestida para arrebatarse la cabeza de la bestia. Su portador no estaba dispuesto a desprenderse de ella y al sentir el contacto del crío quiso eruirse. Su movimiento fue rápido, pero no pudo evitar que Golfillo, agarrado ya a la piel del bisonte, fuese arrastrado hacia arriba. Incapaz de equilibrar el nuevo peso, el rey del humor por antonomasia quiso hacer una última gracia y vino a mi encuentro mientras caía. Lejos de apartarme le eché valor y, por vez primera, logré que los pitones acompañaran el temple de mi capote. Me recreé tanto en el lance que no pude eludir la colisión con aquella masa informe. Medio Pie, siempre atento, quiso impedir el desplome, pero lo único que logró fue verse inmerso en la melé. Tras el esperado batacazo cada cual salió despedido para un lado. Medio Pie fue dando trompicones camino del fuego. En un derroche de habilidad pudo frenar la carrera justo a un palmo de los rescoldos. El pobre suspiró aliviado, sin poder imaginar que el Hombre Arbusto le pincharía las nalgas con los cuernos del bisonte. En un acto reflejo se giró y vino a encontrarse con la cabeza del animal que el Hombre Arbusto le acababa de arrojar. Esta nueva sorpresa le hizo dar un paso atrás y fue a caer de culo entre las llamas. El infeliz quiso ayudar y acabó chamuscándose el trasero. Entiendo que la barrabasada pudo salir cara pero yo, como el resto, me partía de risa. Después de tantos pesares era una alegría ver al Hombre Arbusto hacer de nuevo trastadas y a Medio Pie tratando en vano de darle alcance para atizarle con el garrote.

Las horas fueron pasando entre chanzas, juegos y charlas intrascendentes e ininteligibles, siempre frente a la primorosa luz de la candela. Mi cabeza daba vueltas como si estuviese embriagado por el vino, era tal mi felicidad, y todo me parecía hermoso, puro, sosegador: Vulcano atizando la lumbre, Bebé sorbiendo las tetras de Gordita,

Muñeca saltando en la rayuela con la agilidad de un pajarito, los Mellis aguzando las armas al fuego, la mirada limpia de Ojos Claros... Esos eran mis muchachos: tan fuertes y a la vez tan vulnerables. Gozosos. Con un futuro por delante cuando horas atrás erraban por el corredor de la muerte. Un futuro ambiguo, plagado de peligros pero también de momentos felices. Esa es la grandeza de la vida, la certeza de que todo puede cambiar en un instante, que en el lugar menos esperado se cierra o se abre una puerta y no hay forma de saber cómo ni cuándo sucederá, que hoy estás desahuciado y mañana irrumpe la esperanza, que ayer vivías en la opulencia y hoy lo pierdes todo... La incertidumbre del futuro es lo más maravilloso del mundo. Sin eso no existiría la ilusión, la verdadera savia del alma. En situaciones de intensa alegría o de extrema angustia no consideramos la posibilidad de que las tornas se vuelvan de un día para otro. Y eso es justo lo que me ocurrió: me sentía tan bien que no podía sospechar que aquella sería la última noche feliz de mi vida.

## La hora de elegir

Me desperté un tanto confuso. Me invadía una extraña sensación, como el presentimiento de que algo trascendente iba a suceder. Me mantuve apartado y ni desayuné ni colaboré en el despiece del bisonte. Solo después de levantar el campamento, ya en marcha, me percaté de que todos, menos yo, iban cargados. Enmendé el descuido de inmediato, pero seguía con la mente ocupada en averiguar qué era lo que me turbaba. ¿Quizás un triste sueño del que no recordaba nada?

Llegamos al río, como cada mañana para beber, y, de una forma inconsciente, hice algo inédito en mí desde que llegara a aquellas tierras indómitas, algo natural para el Daniel de antes y extraordinario para el *Jaagsri* de ahora, algo tan simple como lavarme. Fui concienzudo, hasta eliminar cualquier rastro de mugre. Comencé con el cabello y la barba, frotando con insistencia hasta que pude atusarlos con suavidad. A continuación me entregué a las partes más delicadas: sobacos, pubis, ingles y ano. Por último, valiéndome de un puñado de guijarros, me di energías frías por el resto del cuerpo. Me sorprendió comprobar cómo el agua cristalina se volvía negra a mi alrededor. Mi piel volvía a ser blanca, después de eliminar la pátina de polvo, barro, sangre y restos orgánicos.

Mi gente observaba sin entender qué estaba haciendo. Raro tuvo que ser el día que no se preguntasen de dónde diablos había salido aquel personaje que cada dos por tres los sorprendía con alguna nueva extravagancia.

Salía del río cuando la tierra volvió a temblar. La réplica fue más corta y de menor intensidad, pero aun atenuada, todos la notamos. Me mantuve inmóvil, viendo cómo mi imagen especular desaparecía para, al cabo de unos segundos, volver a tomar forma en las límpidas aguas. Advertí el aturdimiento en el grupo y el temor en sus rostros, aunque no pude inferir si para ellos los movimientos telúricos eran un fenómeno novedoso. Para mí sí que lo era, pero no me preocupaba mientras nos moviéramos en campo abierto. Aunque en comparación con el día anterior la sacudida había sido mucho más débil, el clan se hallaba indeciso. ¿Qué estaría pasando por sus cabezas? Antes de que cometiesen la locura de arrojar a las llamas las reservas de comida, me apresuré a distraerlos de alguna forma, y lo único que se me ocurrió fue mojarlos. Salí del río esparciendo todo el agua que pude mientras les gritaba: «Lavaos un poco, pandilla de guarros, no temáis de perder la roña por un simple chapuzón». Ignoro si es que estaban aún desconcertados con el seísmo o es que estos artistas eran hidrófobos de nacimiento, pero huían como si en lugar de agua les estuviera rociando ácido sulfúrico. Corrí tras ellos y atrapé a Brujita. Al principio la pequeña reía divertida, pero cuando vio que me la llevaba al río se puso a berrear. «Vamos, renacuajo, una buena zambullida te vendrá bien», le dije esquivando sus manotazos. La madre contemplaba la escena descompuesta y no acertó a explicarme el motivo. Ella fue testigo de cómo le aplacaba la fiebre con baños de agua. ¿Qué temía, entonces? ¿No pensaría que la iba a ahogar después de cuanto la cuidé, que pretendía sacrificar su vida como ofrenda para que la tierra no volviese a temblar? Quién sabe. De una forma u otra, yo estaba de buen humor y con ganas de bromas, y una zambullida no hace daño a nadie. Pobre Brujita, cuando la solté corrió en brazos de su madre llorando a moco tendido. Tardó varias horas en perdonarme. Tan pequeña y tan rencorosa... Solo dejó de rehuirme cuando cacé un pajarito especialmente para ella. Aun llena, no podía resistirse a su bocado preferido.

Después del baño nos pusimos en marcha. Habíamos dormido, comido y bebido a discreción, de modo que no nos acuciaba ninguna necesidad vital. Sin embargo, la nostalgia del hogar nos impulsaba a mantenernos en movimiento. Comprendíamos que solo deambulando de aquí para allá tendríamos la posibilidad de encontrar un lugar similar donde guarecernos.

Al cabo de un buen rato me di cuenta de que el terreno por el que nos movíamos me resultaba familiar. Aquel encinar denso y oscuro, la escasez de hierbas y la profusión de arbustos y lianas, la llanura que acabábamos de dejar atrás... Aligeré el paso y adelanté a mis compañeros. La impaciencia no me dejaba controlar los nervios y corrí hacia el lugar donde sabía que me encontraría con lo que no esperaba ya encontrar. En efecto, allí estaba la cueva, la puerta que me llevó a ese mundo. Y un nudo inmenso se formó en la boca de mi estómago.

Me cuesta mucho describir la impresión que sentí al verme allí. Lo había deseado tanto... Pero ¿cuánto hacía de eso? ¿Una semana? ¿Un mes? ¿Mil años? ¿Cuánto tiempo hacía que no ansiaba regresar, que ni siquiera pensaba en ello? ¿Por qué: por la intensidad de las vivencias, por el apego, por la resignación...? ¿Por qué no me alegraba como se supone que debería hacerlo? Ahí podía hallarse mi única posibilidad de volver... ¡Volver con Elena! ¡Abrazarla de nuevo! ¡Besar sus labios! ¿Qué demonios me pasaba? Cuando más me perturbaba aquel contrasentido mis amigos, sin quererlo, hicieron que mi atención se desviara hacia ellos: se agrupaban en torno a unas misteriosas criaturas.

Escamados, se mantenían a una prudencial distancia. Jamás habían visto nada similar. De un rojo bermellón, atravesaban sus múltiples ojos unas extrañas serpientes finas y blancas. Parásitos y huéspedes parecían muertos, pero como no olían a carroña no se atrevían a aproximarse, no fuera que aquellos bichos escupieran un veneno mortal. El gemelo ileso comenzó a tantearlos con un palo, a ver si reaccionaban, Y entonces llegué yo, agarré sin miedo a aquellos siniestros seres y me los coloqué en los pies.

Al instante se dejó oír el murmullo de trece voces pasmadas. No podía ser: su jefe hundía los pies en las entrañas de aquellos monstruos y retorció a las serpientes como si fueran los filamentos de una planta. ¡Y luego caminaba sobre sus presas!

Lo que son las cosas: si al inicio de mi experiencia prehistórica un genio me hubiese concedido recuperar tres objetos de mi vida cotidiana, sin dudar un solo instante habría elegido, por este orden, un paquete de cigarrillos, mis zapatillas y una taza del mejor café. De fumar ni me acordaba, y ahora que me reencontraba con mis *Converse*, ya no me dolían los pies. Lo peor vino cuando me las calcé: ¡me apretaban! Pero si eran de lo más confortables...

No tardé en localizar la camiseta y el pantalón. Hasta cierto punto, puede que las pieles fuesen más adecuadas, pero aquella era mi ropa, no iba a dejarla allí tirada. Nada más vestirme se dejó oír el jocosos runrún del Hombre Arbusto. Como una vieja máquina que no acaba de arrancar, pero cuando lo hace explota en estridentes chirridos, mi camarada rompió en carcajadas y al momento, perdonen el vulgarismo, se descojonaba a rienda suelta. Los niños se unieron enseguida al jolgorio y los adultos no tardaron en hacerlo. Hasta me pareció ver reír a la Viuda. Una ilusión óptica, seguramente. No sabía qué veían tan hilarante. Me miré, en un acto reflejo, buscando alguna mancha. Y entonces me di cuenta de que se reían de mi aspecto. Y no estaban exentos de razón, hasta yo me vi ridículo. ¿Qué clase de jefe de un clan prehistórico era aquel, con esas pintas? Por un momento estuve tentado de regalar mi disfraz de payaso troglodita al Hombre Arbusto, sin duda la persona idónea para llevarlo. Y puede que lo hubiera hecho si no lo hubiese descubierto burlándose de mí. El muy granuja remedaba mis actos recientes: se había cubierto los pies con sendas pieles y, como hiciera yo, retocaba la vestimenta como si estuviera en un probador. Adornaba la parodia repitiendo en tono amanerado: «Mosquis, mosquis, mosquis...». Salí tras él y Medio Pie, como un resorte, se unió a mi causa. ¡Qué dos maravillosos ejemplos de mimesis: Medio Pie en el aspecto formal y el Hombre Arbusto en mi faceta desenfadada!

No puse mucho empeño en atraparlo, sabía que era inútil. Medio Pie tampoco insistió. El grupo, en tanto, continuaba disfrutando de la última payasada del Hombre Arbusto. Dejaron de reír tan pronto dimos por acabada la persecución. Me sentí blanco de las miradas. Su curiosidad, la curiosidad innata del ser humano, les incitaba a palpar y olfatear mi vestimenta. Pero yo no les di ocasión. Pasé junto a ellos sin detenerme, con el piloto automático accionado y un destino fijo: la entrada a la fabulosa cueva donde todo había comenzado.

Se hizo en el grupo un inquietante silencio. Era evidente que sabían que fue justo allí donde me encontraron. Cruzé el umbral sin portar fuego, sin acordarme del oso ni de la laguna donde caí de bruces. Quería corroborar la existencia de algo a lo que no di importancia la otra vez. Me dominaba más el miedo que el ansia de encontrarlo, pero tenía que hacerlo. Y al poco de que mis ojos se acostumbraron a la luz descubrí lo que buscaba. Se trataba de una ligera perturbación en el aire, como unas extrañas vibraciones que se hacían notar porque traslucían la borrosa figura de unas estalagmitas situadas al fondo. Tragué saliva y comencé a sudar copiosamente. La puerta permanecía allí; solo tenía que cruzarla.

¿Recuerdan cómo en muchas películas se representa el trance a la otra vida mediante la irresistible llamada de las personas queridas que esperan junto a una intensa luz? Algo parecido me sucedía. No veía nada fuera de lo común más allá del fenómeno descrito, pero sentía que había llegado el momento de dar por finalizada mi aventura. Me veía imbuido de un inexplicable magnetismo, como si algo poderoso me llamara, la voz del hipnotizador que ordenaba retomar la realidad de mi mundo, que recordaba que la misión desde que me perdiera en aquellas tierras no era otra que encontrar el camino de regreso.



Volví junto al grupo con el destino sellado en la frente y los ojos derramando lágrimas de melancolía que, por invisibles, no pasaron inadvertidas. Allí estaban todos, expectantes, como si se hubiesen congregado para asistir a un acto incómodo. Nunca me gustaron las despedidas. A mi abuela tampoco. Tenía billete reservado para ese último viaje y jamás escapó de sus labios una palabra quejumbrosa ni de su semblante la más mínima insinuación de que pronto partiría para no volver. Hubiera dado cualquier cosa por un abrazo, por absorber el postrero amor que irradiaba su cuerpo, pero entonces puede que la imagen que recordara de su rostro fuese unos ojos vidriosos por mi dolor en lugar de su eterna sonrisa. La afabilidad fue su principal seña de identidad. Mi abuela: tan grande que en lugar de implorar o lamentarse, perfumó la hoja de la guadaña que acudió a segar su vida. Sé que ella no se despidió por no afligir mi corazón. Lo habría hecho con naturalidad y alegría, quizá porque estaba firmemente convencida de que ninguna despedida era para siempre. Yo no heredé sus convicciones. Ni fui nunca tan fuerte como ella.

Me acerqué al grupo con la emoción contenida. Entre nosotros se había tejido una amistad verdadera; no era fácil decir adiós. Revoloteé el pelo de Golfillo y el rapaz me devolvió una sonrisa. Me di cuenta de que no podía continuar. ¿Cómo estrechar el cuerpecito de Muñeca sin perder la entereza? ¿Cómo despedirme de Medio Pie, mi leal amigo, sin exhibir la pena que me daba pensar en un adiós definitivo? ¿Cómo mirar a la cara a Ojos Claros sin fundirme con ella en un desgarrador abrazo? No; era mejor que conservaran por siempre la imagen del *Jaaagsri* optimista, seguro y alegre de siempre. Era mejor que no me vieran llorar.

Estuve a punto de girarme cuando me percaté de que faltaba algo importante por hacer. No podía marcharme sin resolver un último detalle: mi abdicación.

Alguien tenía que ocupar mi lugar. El corazón me decía una cosa y la razón me dictaba otra bien distinta. Mi elección no debía fundamentarse en un capricho; el mejor jefe para el clan era la mayor garantía de su supervivencia, eso era algo que sabía de sobra. Mis preferencias debían quedar en un segundo plano.

Una vez más la Viuda me volvió la cara, emponzoñada de una comezón crónica absurda. La llamé por su verdadero nombre y en mi voz quebrada adivinó el reconocimiento que tanto tiempo llevaba ansiando. Colgué sobre su cuello la braga con el tirachinas y, por vez primera, vi que su rostro se iluminaba.

No quise, no pude, mirar a nadie más. Penetré en la cueva temblándome las piernas.

Me detuve a medio metro de lo que en su día llamé —no sé con qué acierto— «corredor de redimensionamiento espacio-temporal». ¿Era mi marcha realmente ineludible? Si no era así, ¿deseaba en el fondo de mi alma regresar a ese estúpido mundo que llaman civilizado? ¿Volver al estrés, a la insolidaridad, al consumo desmesurado, a las desigualdades sociales, a la hipocresía? ¿Qué pesaba más en la balanza de mis preferencias? A un lado un café en una terraza; a otro una partida a la rayuela. Acá las bromas del Hombre Arbusto; allá los chistes de Luis. Agua y bichejos frente a cervezas y pinchos. ¿Antepondría un rostro sucio y velludo a un cutis niveo y delicado, la inocente ternura de un ser poco agraciado a la ardiente pasión de una mujer de bandera? ¿Qué elegir: hedor o perfume? ¿Lujuria o candidez? La cooperación frente a las zancadillas. La polución por las estrellas. El disfraz al desnudo.

En una décima de segundo toda mi vivencia en aquellas tierras desfiló por mi cabeza. ¿Cuánto había aportado? Mi presencia se cobró la vida de una persona, pero sin mí puede que todos hubiesen perecido en la riada. No fui responsable de la muerte del Abuelo y a buen seguro Brujita no habría sobrevivido si yo no la hubiera rescatado de su exposición al sol. Y gracias a mi perseverancia recuperaron el fuego y aprendieron a fabricarlo. ¿Todo fueron ventajas? No, no todo. Mi predecesor era un salvaje, pero su fuerza y autoridad conferían al clan un importante plus de seguridad. Y ahora se quedarían sin él y sin mí. ¿En qué medida afectaría la ausencia del líder al futuro del clan? ¿Mi aparición prolongó su supervivencia o la acortó? Eso nunca podría saberlo, pero de algo estaba completamente seguro: sea lo que fuere que aporté, había recibido mucho más.

Seguía sin dar el último paso y era algo insoportable. Si se prolongaba aquella tormentosa situación, me volvería loco. Y entonces, como si mostrase su impaciencia, la naturaleza quiso poner fin a la indecisión: un nuevo movimiento sísmico, tan fuerte o más que el primero, sacudió la tierra. Me percaté enseguida de que las paredes de la cueva se iban a derrumbar. Miré a ambos lados. Mis ojos se cruzaron con el inconfundible brillo de una mirada dulce que imploraba mi retorno y un nudo atenazó mi garganta. Me faltaba el aire. Me ahogaba en el dilema. Mientras tanto comenzaron los desprendimientos. Lo que sea que tuviera que hacer no admitía más demora. Correr o saltar. La salida o la entrada. Dudé, dudé y dudé hasta que me quedé sin alternativas. En un par de segundos todo se vendría abajo. O volvía de inmediato a mi tiempo o moriría sepultado. Por no elegir me quedé sin elección. Y aquí estoy, en el siglo XXI, condenado a compartir el tiempo con ustedes.

## Chocar con la incredulidad

—Dani, ¿me oyes? Dani, ¿estás bien?

Por un momento me encontré perdido. Resultaba tan extraño oír que alguien me hablara en mi idioma. Entre una confusión de voces lejanas distinguí la de Elena.

—Luis, ¿qué ha ocurrido? ¡Dios mío, Daniel!

—No te preocupes, Elena, solo ha sido un susto —la tranquilizó Luis mientras ayudaba a incorporarme—. Joder, Dani, ¿qué estabas haciendo aquí?

No respondí. Estaba aturdido y no sabía cómo proceder, si abrazar a mi amigo, si correr en busca de Elena, si apresurarme a narrar mis peripecias...

—Daniel, ¿qué ha pasado?

Luis contestó por mí.

—Vi que se metía en este agujero y le dije a Marina que iba a buscarlo, antes de que se nos despistara, y entonces ocurrió el derrumbe. No sé cómo salió a tiempo; un poco más y...

Elena no esperó a que Luis acabara de hablar:

—¿Estás loco o qué? ¿Por qué siempre andas por donde no debes? ¿Piensas que esta zona estaba acotada por gusto? ¡Podías haberte matado!

La guía turística interrumpió la bronca —más que merecida, hay que ponerse en el lugar de Elena— para centrarse en los asuntos realmente importantes: me preguntó si me había golpeado la cabeza o si estaba herido, si necesitaba un médico y si había alguien más conmigo en el momento del desplome. Negué con la cabeza y, cuando estuvo convencida de que no me había hecho daño, se hizo a un lado para informar por el *walkie*.

Todos se tranquilizaron cuando dije que me encontraba perfectamente. No era del todo cierto, pero me estaba agobiando ver tanta gente a mi lado. Solo cuando la guía me preguntó si me hallaba en condiciones de continuar con la visita, y si prefería hacerlo, me di verdadera cuenta de la época y el lugar en el que me encontraba.

Elena terminó de leerme la cartilla mientras me sacudía el polvo y, al poco, todos echamos a andar como si no hubiera pasado nada. De reojo vi que Luis contenía la risa.

El recorrido se me hizo eterno. No recuerdo nada de lo que vimos en los yacimientos de la Galería y la Gran Dolina, tampoco el contenido del audiovisual que proyectaron en una cueva artificial, pues mientras mis pies caminaban por un sitio, la cabeza vagaba por otros. No veía el momento de acabar la visita. Necesitaba sentarme, hacerme cargo de la situación, digerir los hechos, ordenar las ideas. Y, por supuesto, contarles todo a mis amigos. Ellos me creerían. Tenían que creerme. Cuando vi que regresábamos al centro de recepción suspiré aliviado, pensando que la visita había concluido, pero pronto me desengañé: el programa ordinario para los turistas incluía la exposición *Atapuerca, un millón de años* y, para finalizar, un recorrido por el Parque Arqueológico, un lugar diseñado para recrear las actividades cotidianas del hombre prehistórico.

Incapaz de proseguir, le dije a Elena que no me sentía bien y que prefería esperar en la cafetería. Luis se ofreció de inmediato a acompañarme. Las chicas no pusieron reparos y se fueron a ver la exposición.

—Me muero por un café —le dije a mi amigo.

—Un café y un cigarrillo, por supuesto —recalcó Luis. Solíamos utilizar esa expresión cuando hablábamos de tomar café.

—He dejado de fumar.

—¿Sí? ¿Desde cuando? —inquirió Luis aparentando incredulidad. Me había visto fumar hacía unas horas y daba por hecho que yo bromeaba. Mi respuesta parecía confirmar que no se equivocaba.

—Desde hace un millón de años —sentenció con rotundidad.

Luis recibió el comentario con una sonrisa, como si aprobara una ocurrencia graciosa. Si bien la impaciencia por contar mi aventura me devoraba por dentro, aguardé a que nos sirvieran el café. Los nervios no me permitieron disfrutarlo. Me lo bebí de golpe, achicharrándome la garganta, como si fuese cuestión de vida o muerte revelar cuanto antes mi extraordinaria experiencia. Atropelladamente, trastabillando la lengua, sin orden ni concierto, fui derramando palabras por la boca. Luis escuchó con atención durante diez minutos. Parecía intrigado, pero de repente se le hincharon los carrillos y sus labios comenzaron a temblar, intentando contener en vano la explosión de risa. No paró durante varios minutos. Cuando se repuso, enjugó las lágrimas y preguntó:

—¿Y qué tal las trogloditas: estaban buenas? ¿Iban con el coño al aire o llevaban bragas de esparto? ¿A cuántas te follaste, canalla?

Al descubrir que se burlaba de mí el mundo se me vino abajo. Me levanté para ir al baño y vomité el café. Si no me creía mi mejor amigo, ¿quién lo iba a hacer? ¿Elena? Y si ella tampoco... Se me estremecía el alma de solo pensarlo.

—Tienes mala cara; ¿te encuentras bien? —El rictus que traje del servicio no pasó inadvertido a Luis.

—He tenido momentos mejores, la verdad.

—Eso se arregla con un pelotazo, ya lo verás. Oiga, por favor, dos gin-tonics.

Aunque no parecía lo más indicado para un estómago revuelto, no rechisté. Después del reciente fiasco, pensé que el alcohol me ayudaría a encarar con mayor confianza la ineludible y delicada conversación que debía mantener con Elena.

Luis olvidó sin más «mi broma» y tomó el control de la charla para llevarla a un terreno más acorde a sus gustos, las italianas primero y el fútbol después. Yo respondía con monosílabos y me esforzaba por disimular el malestar que se adueñaba de mi cuerpo a un ritmo galopante. Justo cuando nos servían la segunda copa aparecieron las chicas. Elena me besó en la mejilla, se bebió medio vaso de un trago y me apremió a que lo acabara mientras iban al baño, pues en cinco minutos comenzaba la visita guiada al Parque Arqueológico. La bebida de Luis no fue saqueada por Marina, pero eso no impidió que la liquidara antes de que estuviesen de vuelta. Mi amigo bebiendo tumbaba a un cosaco. Mi gin-tonic, en cambio, seguía tal y como lo dejó Elena.

—¿No quieres más? —Sin esperar respuesta, mi chica remató lo que quedaba de otro latigazo. Cuando se lo proponía era una esponja, la única capaz de aguantar el ritmo a Luis al menos durante la primera hora—. ¡Arriba, que nos vamos!

Luis se levantó al momento y siguió a Marina hasta la puerta de salida, no sin antes obsequiarla con una palmadita en el trasero. Yo continué clavado en el asiento; lo último que me apetecía era proseguir con la visita.

—No me encuentro bien, cariño; creo que tengo fiebre. Volvamos a casa.

—¡Cómo a casa! —exclamó Elena con cara de asombro— Si eras tú quien más insistía en continuar hasta Santiago, ¿o ya no te acuerdas? A ver... Nada, un poco de destemplanza a lo sumo —dictaminó tres la sucinta visita de su mano a mi frente—; tómate esto y verás cómo se te pasa. Ya se sabe: noches de desenfreno, mañanas de ibuprofeno.

—Pero si anoche solo tomé agua.

—Sí, agua en cubitos de hielo y media botella de ginebra.

—De eso precisamente quería hablarte. No sé cómo empezar...; lo que das por hecho que fue mi noche no fue en realidad mi noche. Sé que no es fácil de creer pero...

—¡Daniel, por favor! Nos están esperando. ¡Y tómate de una vez esa pastilla!

—¿Mezclar medicamentos con alcohol? Acabo de tomarme un gin-tonic.

—Si lo has hecho mil veces.

Elena llevaba razón. No en la ligereza al prescribir, sino en la frecuencia con que combinábamos alcohol y medicinas. Es curioso que, siendo tan aprensiva, no le preocupase tal temeridad. No le convenía, naturalmente. Ni a ella ni a mí, es justo reconocerlo.

—Vayamos al hotel a descansar, cariño; necesito estar a solas contigo; tengo que contarte algo muy importante —insistí en un último intento, consciente de que estaba pisando la delgada línea que separaba la templanza del enojo.

—¿Qué estás diciendo, Daniel? Dejamos el hotel esta mañana, no hace ni tres horas, y en nuestros planes, si no me he vuelto loca, estaba hacer noche en León. ¿Estás seguro de que no te golpeaste la cabeza?

—Seguro no estoy de nada.

—Venga, aguanta un poquito, mi amor, que el parque temático se ve en una hora. ¡No nos vamos a perder lo mejor! ¡Vamos!

Obedecí a regañadientes. Mantener una postura obstinada acabaría alterando a Elena y entonces ya no me escucharía. Debía tener paciencia para encontrar el momento oportuno. El problema era que me estaban fallando las fuerzas. Y no me quedaba ninguna duda de que aquel repentino mal cuerpo no era consecuencia exclusiva del choque emocional que había sufrido.

Para el recorrido por el parque temático nos asignaron como guía a un chico joven, diría que de nuestra edad. Se veía que buscaba agradar, pues a las primeras de cambio, y antes siquiera de presentarse, intercaló un comentario chistoso —que ahora no recuerdo— que hizo sonreír a todos. Menos a mí. Por el tono de voz me pareció un tipo desabrido, que pretendía dárseles de gracioso sin serlo y que los turistas sonrieron por cortesía, pero como yo no andaba para bromas, aparqué esa primera impresión y le concedí el beneficio de la duda. Lo que dijo después dejó claro que no me equivocaba.

—Señoras y señores, sean bienvenidos al Paseo de la Fama de *Atapuerca Boulevard*, un maravilloso lugar donde podrán admirar las huellas de la evolución.

Definitivamente, no me caía bien aquel chico. Confundía amenidad con frivolidad, ciencia con farándula. Lo que se nos mostraba, aunque interesante, no era más que un camino con huellas plantares humanas, desde los primeros pobladores hasta la pisada de Neil Armstrong en la Luna. Nada que ver con Hollywood, como no podía ser de otra forma. No es que prestase mucha atención, pero entre homos no sé qué y homos no sé cuántos oí el nombre de Christina Aguilera. La subsiguiente risa sonó artificial, lo que me hizo suponer que aplaudían —por educación— algún ingenuo chascarrillo alusivo a la belleza de una frente al aspecto rudo de otros. Aun siendo ridícula, no se me ocurría otra explicación. Algunos no se enteran de que, cuando se está trabajando, lo primero que es menester cuidar es el rigor profesional, y que si no se tiene gracia, es mejor no hacer bromas. ¡A quién se le ocurre comparar de una forma tan superficial épocas tan dispares!

Que se callara, suspiré. Por todos los santos y las ánimas del Purgatorio (en quienes nunca creí, por cierto). Que se callara. Lo que me faltaba era soportar una hora escuchando chorradas. El guía no se calló; sin embargo, curiosa paradoja, eso, que era justo lo que yo temía, fue lo mejor que me pudo pasar.

—Les voy a mostrar a continuación, en exclusiva, cómo nuestros ancestros fabricaban herramientas. Observen la pericia con que se desenvolvían —tomó dos piedras y mediante una sucesión de golpes secos fue desprendiendo lascas de sílex, que fue ofreciendo a la concurrencia sin abandonar la petulancia en los comentarios — ¿Ven? Comprueben cuán afiladas están las aristas. Este fragmento podría servir de cuchillo. Este otro como raedera. Cuidado con el filo, no se corten, que sacar un botiquín quedaría, además de anacrónico, antiestético. ¡Guau! Por una lasca como esta habrían pagado los homínidos una fortuna. Observen: con esto podrían cortar la dura piel de un rinoceronte. Una más...; salió demasiado fina, pero igual podríamos vender esta esquila en el mercadillo prehistórico como... un mondadientes.

Hasta ahí llegó mi aguante. ¿De qué iba ese sabiendo? No estaba dispuesto a seguir escuchando despropósitos y bromas de mal gusto ni un minuto más.

—¿Quieres dejar de hacer ya el ridículo, fantasma inculato?

MI inesperada intervención fulminó el runruneo que circulaba entre el grupo tras la demostración de talla paleolítica. Se hizo un inquietante silencio, donde el sonido que produjo una piedra que resbaló de las manos de un visitante retumbó como si hubiese caído una roca de una tonelada. Todos fijaron en mí la mirada, asombrados y recelosos. Elena ahogó un «¿Qué haces Daniel?». Marina se puso roja como una amapola, como si la mirasen a ella.

—¿Cómo puedes hablar con tanta ligereza? —continuó— ¿No ves que en Atapuerca predominan los terrenos calizos y arcillosos? ¿Cuántas canteras naturales de sílex te crees que existen en toda la sierra?

—Caballero, esto es solo una recreación para que entiendan...

—Sandeces —interrumpí—; hay que hablar con propiedad: contar que se destrozaban los dedos intentando tallar piedras inservibles y que mimaban las buenas tallas como oro en paño. ¿Qué crees, que podían adquirir sílex en el «mercadillo prehistórico» al que aludes con esa despreciable socarronería? ¿Cómo confieres tanta futilidad a la búsqueda de recursos? Ellos no tenían sílex a mano ni disponían de un catálogo de piedras con sus especificaciones técnicas.

—¿Ellos? Señor, ¿a qué época se refiere? En estos yacimientos se han encontrado fósiles con una datación superior al millón de años. No todos los homínidos poseían los mismos conocimientos. Sin más, el *Homo*...

—¡Escucha que estoy hablando yo! —estaba fuera de mí; mis palabras debieron de sonar a amenaza porque el sabelotodo se puso pálido—. Expones de una forma tan trivial que exasperas, aportando más garrambinas que datos históricos, por no hablar de la torpeza con que eliges los ejemplos. ¿Cómo coño crees que se caza un rinoceronte? ¿Te has puesto alguna vez delante de una bestia como esa? ¡Cortar su dura piel...! La única posibilidad de comer carne de rinoceronte era encontrando su cadáver, siempre y cuando se llegase antes que los depredadores o se tuviese la osadía y el acierto de robarlo. Algunos no probaban ese animal en su vida, ni sus hijos, ni los hijos de sus hijos.

—Tranquilízese, caballero —acertó a balbucear el guía—. Seamos civilizados y hablemos con serenidad; es lo que nos diferencia del salvaje hombre primitivo.

Para qué dijo eso.

—Pero qué dices de salvajes. No tienes ni puta idea de lo que estás hablando. ¡Ni puta idea! Te voy a...

—¡Cálmate Dani! —intervino Luis sujetándome a tiempo de evitar una lamentable agresión.

Aún no me explico cómo perdí los papeles. ¿Por qué esa violencia verbal si lo habitual en mí era rehuir de las discusiones? ¿Por qué desplegaba tanta agresividad cuando jamás me había visto envuelto en una pelea? El cansancio, la fiebre, la incompreensión; todo ello se debió de conjugar para hacer aflorar en mí aquella reprochable reacción, a todas luces injusta y desproporcionada, por cargante y empalagoso que me resultase aquel chico. Sin la mediación de Luis las consecuencias de mi arrebato habrían sido irreparables.

—Si no lo veo, no lo creo —Elena no podía estar más indignada—. ¿Montas este numerito para salirte con la tuya? Estás empeñado en que nos marchemos y si no lo consigues por las buenas, lo solucionas por las malas, ¿no es cierto? ¿Qué culpa tiene ese pobre chico? ¿Cómo puedes ser tan egoísta!

Docenas de ojos acusadores respaldaban aquellas palabras.

—¡Qué bochorno, por Dios, qué bochorno! —musitó Marina.

—Me voy, tomo un taxi y vuelvo a casa. ¡No me encuentro bien! ¿Qué parte de esta frase no entendéis? Haced lo que queráis, pero yo me marcho.

—No pienses que voy a olvidar esto fácilmente —Elena recaló estas palabras mientras me seguía como si las estuviese cincelando en mi cráneo. Aun enfadada no perdía el sentido común: no arreglaba nada permitir que desembolsara un buen puñado de euros por un trayecto de 260 kilómetros en taxi.

Las caras caían al suelo. Me desplomé sobre el asiento contiguo al conductor, exhausto, como si llevase veinte horas caminando por el desierto. Creo que por unos segundos perdí la conciencia. El desfallecimiento, si lo hubo, fue fugaz porque enseguida escuché la voz de Luis.

—¿Qué hacemos, sigue en pie lo que planeamos anoche?

—Ni hablar. Por favor, Luis, no pares hasta llegar a Salamanca —respondió Elena a media voz, aunque con tal circunspección que no admitía réplicas.

—La que has liado, mamoncete —me susurró Luis mientras fingía rebuscar algo en la guantera.

Y ahí se acabó la conversación. Durante la siguiente hora nadie abrió la boca. ¡Qué largo y qué incómodo se hace un viaje así! Un rato circulando por la Autovía de Castilla se me figuraba un día entero cruzando Estados Unidos por la interminable Ruta 66. Pero fue Valladolid lo que dejamos atrás, no Albuquerque o San Luis. ¿Qué pasaba por la cabeza de mis acompañantes? Podía imaginarlo sin miedo a equivocarme. Elena se había cogido un rebote de mil demonios y estaría diseñando su estrategia, que consistiría principalmente en ignorar mis llamadas durante los tres próximos días y aguardar a que me arrastrara a sus pies. La reconciliación llegaría cuando aunara para ella tres impulsos románticos: un «perdóname» en mi mirada, un «te quiero» de mis labios y un regalo de postín en mis manos. Marina andaría repasando mi historial de detalles propios de alguien a quien le falta elegancia y delicadeza y volvería a preguntarse qué vería Elena en mí. Y el dandi de Luis habría pasado página, sabiendo como sabía que no hay nada que ganar y mucho que perder cuando uno se inmiscuye en asuntos de pareja. Con toda seguridad estaría buscando la forma de sacar partido al río revuelto, repasando la lista de candidatos para tomar unas pintas viendo el derby de la noche, una vez se despidiera de Marina. Pero qué pasaba conmigo: ¿alguien podía sospechar en qué se entretenía mi mente? Nadie.

El clan. Los catorce que dejé con vida y los dos que perecieron. Las siluetas, los gestos, los movimientos; todos los recuerdos gráficos que conservaba de ellos danzaban alrededor de mi cabeza en una siniestra coreografía, cuya única música era la repetitiva risa del Hombre Arbusto retumbando sobre un turbador bisbiseo, una única palabra que escapaba como una letanía de la boca de mis compañeros, grandes y pequeños, vivos y muertos. «Cuéntalo». «Cuéntalo». «Cuéntalo». Visiones y acúfenos febriles que se presentaban con una realidad portentosa. No podía más; hablaba o reventaba.

—Mi voz rompió el silencio con brusquedad, como un disparo que desgarró la quietud de la madrugada. Noté a mi alrededor la unánime sacudida del sobresalto.

—Estuve conviviendo con un clan prehistórico. Luis lo sabe; se lo he contado y no me cree. La galería que se derrumbó comunica con otra época. Elena, mi amor, no puedes imaginar las mil aventuras de mi viaje, el riesgo que corrí; ¡estuve a punto de ser devorado por una manada de leones! Me tienes que creer, Elena; sabes que nunca te mentí. Dime algo, por favor.

—Vete a la mierda.

La ofensa hirió mi pecho como un estilete. Sentí el pinchazo en el corazón. Dolió. Como pocas cosas duelen en el mundo. Porque el desprecio ataca el cuerpo y el alma.

Me repuse a duras penas e insistí, desesperado. Quise girarme a toda prisa y no reparé en el cinturón de seguridad. La tensión en el cuello no me contuvo; al contrario, intenté zafarme como un animal irracional, empujando aún más. La banda oprimía mi garganta con fuerza y transmitía más calor a una cabeza que bullía como olla a presión. Los ojos escapaban de las órbitas buscando a Elena. Luchaba en vano contra el cinturón, contra mis amigos, contra el mundo. Sudaba y temblaba. De frío, de emoción, de angustia, de miedo.

—¿Qué pruebas quieres? —gemí— Puedo contarte todos los detalles. Aprendí varias palabras en su lengua, tengo las rodillas desolladas por una caída cuando huía de los leones...

—¡Pero que disparates dices! ¿Has perdido el juicio? —me espetó indignada.

—Puedes estar segura de que estoy en mis cabales. Todo cuanto te digo es cierto. Te lo juro por mi abuela. Necesito que me creas, amor mío, necesi...to...

—Me estás asustando, Daniel. Estás loco, loco de remate. ¡Dios mío!

¡Mi abuela! Jamás había empeñado su nombre en un juramento. Elena sabía que todo lo relacionado con mi abuela era para mí sagrado. ¡Y ni eso había funcionado! No había nada que hacer, nunca me creería; ¡nadie me creería! Perdí las fuerzas. Escaparon de mi cuerpo como lo hace el aliento en el último estertor. Caí a plomo sobre el asiento y de mi exánime pecho brotó un quejido. Y el quejido quedó atrapado en la garganta, temeroso de ser descubierto. Pero era tan grande la angustia que portaba que ocupó todo el espacio de su confinamiento. Y el aire no pudo pasar. Ni yo quería que pasase. Y una bola de ansiedad fue creciendo, amenazando ahogarme. Un minuto, dos..., hasta que todo explotó en un mar de llanto.

Luis pisó a fondo el pedal del freno, un gesto mecánico que a punto estuvo de provocar un accidente. Oí a Elena gritar mi nombre, a Marina preguntar qué me pasaba. El coche se detuvo en el arcén y las puertas se abrieron a la vez. Por fin se preocupaban de mí.

Nunca antes me vieron llorar, ni siquiera en el funeral de mi abuela. Me contuve, incluso cuando estuve a solas, porque ella nunca quiso verme triste. Fue mi último homenaje. Por tanto, sabían que no estaban presenciando una farsa. Sentí una mano sobre mi frente.

—¡Dios mío! Está ardiendo. Voy a buscar el termómetro —exclamó nerviosa Elena.

—¡Eh, Dani! Tranquilo, amigo, tranquilo.

Mis sentidos funcionaban a intermitencia. Sentía caricias en el rostro, pero no veía quién me consolaba ni escuchaba lo que decía. Sin embargo, sí que oí los tres pitidos del termómetro que alguien colocó en mi axila sin que lo advirtiera.

—Cuarenta con ocho —balbució Elena.

—Hay que llevarlo al hospital —resolvió Marina.

Poco más recuerdo de aquel día: un «claro que te creo», un «¿cuánto queda, Luis?; está delirando» y algunas palabras confusas en el coche. Luego me veo en una silla de ruedas atravesando un lúgubre pasillo y tumbado en la camilla mientras una enfermera manipula el goteo intravenoso. Lo que ocurrió a mi alrededor durante los tres días posteriores permanece sumergido en una laguna tan profunda como un abismo. Durante ese intervalo estuve ausente, refugado en mi mundo interior, y tuve tiempo, entre delirios que igual me hacían gozar que sufrir, para reconstruir los hechos, reflexionar y encontrar la prueba irrefutable de mi experiencia.

## ¿Sueño o realidad?

Una mañana amanecí lúcido y con evidentes muestras de mejoría. Según pude saber más tarde, fue después de la cuarta noche de ingreso en el hospital. Elena se hallaba frente a mí, sentada en un butacón de escay. Al ver que me incorporaba se puso en pie.

—¡Daniel! ¿Te encuentras mejor? Anoche por fin te bajó la fiebre.

—Creo que... estoy bien. Elena: encontré la prueba —solté sin más preámbulos.

—¿La prueba de qué, mi amor?

—No llevaba calzoncillos.

—¡Otra vez con los calzoncillos de los Simpson! Ya sé que no los llevabas, ¡todo el personal del hospital lo sabe! —aseguró entre risas—; no has parado de preguntarlo entre sueños. Oye, ¿quién es el Hombre Arbusto? Lo llamabas y luego te reías en medio de la noche de una forma muy extraña. Daba pánico oírte.

—Cariño, ¿no te das cuenta? ¿Cómo explicas que no llevara los calzoncillos?

—Te los dejarías en el hotel; cuando estás fogoso y con dos copas... Nos levantamos tarde, ¿no te acuerdas? Pero no te preocupes por eso. Sé que les tenías mucho aprecio y te he comprado otros. Mira: no son los mismos pero... ¿Te gustan?

Elena extrajo de una bolsa unos encantadores calzoncillos. El rostro orgulloso y sonriente de Homer mostraba una enorme jarra de cerveza en la taberna de Moe. Con un mohín insinué una sonrisa y agradecí el detalle. Estuve tentado de volver a la carga pero logré refrenar el impulso. Por extraño que parezca, traía la lección bien aprendida: en el hipotético caso de que fallara la prueba «irrefutable» no insistiría. Así me lo había propuesto y así lo cumplí. Necesitaba tiempo para digerir cuanto me había sucedido y poner en orden mis ideas. Sabía mejor que nadie que salí del hotel con los calzoncillos puestos y que se quedaron en el cuello de la Viuda. Estaba convencido de ello. Pero tampoco me quería cerrar en banda. Por nimia, existía la posibilidad de que estuviera equivocado. El tiempo diría.

—Tengo ganas de ir al baño —dije mirando a Elena, quien enseguida captó que más que una manifestación de intenciones solicitaba ayuda. Al momento y en un acto reflejo me toqué los genitales, sospechando que podría estar sondado. Me chocó descubrir que no era así, pues no recordaba haberme levantado para ir al retrete en todos esos días.

—Apóyate en mí. Vamos, despacito...

Elena me acompañó hasta la puerta y entonces vi algo que me dejó estupefacto: el espejo devolvía reflejada una imagen que no era la mía.

El tipo que se hacía pasar por mí tenía la cara completamente rasurada. Una finísima capa de terciopelo tapizaba su cabeza y unos surcos de color púrpura circundaban los ojos en un tétrico contraste con una piel pálida como la muerte.

—Mi pelo, ¿dónde está mi pelo? —interpelé horrorizado.

—La que liaste, Daniel, la que liaste. ¡Estabas infestado de piojos! No te puedes ni imaginar lo que se formó... ¿No escuchaste al personal sanitario imprecisar a los cuatro vientos? ¿Dónde te metiste para venir así? Bueno, bueno... y suerte que me hallaba presente y pude convencerlos para que no te raparan al cero.

—¿Lo ves, cariño? Ahí tienes la demostración de que...

—Si hubieses visto a Marina cuando se enteró. ¡Ha tirado toda su ropa! ¡Una pasada! No creas, que a mí también me dieron ganas, pero no está la economía para esos lujos. No lo puedo remediar: me pica todo cada vez que lo pienso.

Elena seguía obviando la evidencia. Se centraba en detalles insignificantes y hasta se divertía rememorándolos, pero no se planteaba esclarecer el origen de la piojera. Con gesto adusto, para reforzar el punto de seriedad y trascendencia que la pregunta llevaba implícita, inquirí:

—Elena: ¿qué explicación encuentras a la infesta de piojos?

Escruté su rostro para averiguar si alguna vez contempló, o si podía llegar a hacerlo, ya fuese de forma somera, casual o fantasiosa, la remota posibilidad de que los parásitos acreditaran los hechos que yo declaraba con insistencia.

—Tú sabrás. Tu madre afirma que no es la primera vez que coges miseria. Recordó horrorizada el día que tu maestra la llamó para que revisara tu cabeza. Descubrió que tenías un regimiento de piojos. Pasó tanta vergüenza que dejó de ir a recogerte.

—Lo recuerdo. Tenía nueve años y llamaron a todas las madres. Ella fue la única que dejó de ir al colegio.

—Pobre, lo pasaría fatal.

—Sí, todo un drama —musité pugnando por evitar que escapara la rabia contenida durante tantos años.

Consumado el fracaso con Elena, decidí gastar el último cartucho:

—¿Qué dice Luis? —pregunté temeroso de escuchar la sentencia que condenara a perpetuidad mi historia a la categoría de invención rocambolesca, consecuencia de la fiebre o, lo que sería más preocupante, de un episodio paranoico.

—Continúa descojonado. Asegura que te lo advirtió por activa y por pasiva, que si te sentabas en el retrete de aquel garito tan cutre, acabarías pillando ladilla. Pero tú, si no descargas en todos los bares, revientas —paró un par de segundos para continuar entre risas—. No anduvo muy descaminado, desde luego. ¡Solo equivocó el insecto y el sitio! Afortunadamente.

Ahí se desvanecieron mis últimas esperanzas. Nunca me creerían. Jamás de los jamases. A mí alrededor danzaban burlonas dos únicas alternativas: considerar la posibilidad de que pudieran tener razón o seguir en mis trece y volverme loco. Necesitaba reflexionar. Con frialdad. Paralizar las emociones y ampararme en la razón. Reconstruir los hechos. Esforzarme en precisar, por intrascendente que a simple vista pudiera parecer, cada detalle que precedió a mi «partida» y los que acompañaron mi «regreso». Y eso fue lo que hice: excusándome en el cansancio no entablé nuevas conversaciones y empeñé en este propósito el resto del día y la totalidad de la noche. Pasé largas horas devanándome los sesos, rescatando de mi memoria cualquier dato que intuyera relevante, para diseccionarlo con celo en la agónica búsqueda de la pista que refrendara la veracidad de mi relato. Necesitaba creer que en algún lugar oculto hallaría la evidencia que arrancara el emplasto de ficción, que convenciera a mis amigos y desinfectara mi organismo del germen de la incipiente duda. Pero todos mis intentos fueron en vano. No aparecían pruebas, y cuantas más vueltas daban las manecillas, más se tambaleaba mi fe. La navaja de Ockham hendía su afilada punta en mis convicciones y me lanzaba su principio a la cara, como un guante en un desafío: *La explicación más sencilla suele ser la correcta. No lo olvides, Daniel, lo más simple es lo más probable.* Los argumentos de la razón pesaban como lozas y como mis deseos no se veían respaldados por ningún juicio lógico, ocurrió lo que tenía que ocurrir: acabé reconociendo que desde el prisma de la coherencia mi historia carecía de sentido y que suponer que había viajado a través del tiempo era una conjetura tan ridícula como imposible. La paradoja del tiempo: un viaje al pasado puede desencadenar una secuencia de eventos que impida que esa regresión suceda. Así pues, por más que me dolía, tuve que aceptar que todo había existido solo en mi mente.

Los informes médicos que recibí con el alta ni apoyaban ni desmentían esta idea. No quedó claro el origen de la fiebre, aunque descartaban que la hubiese provocado la plaga pedicular. Por otro lado, una pequeña herida superficial —en la que yo no había reparado— confirmaba el golpe en la cabeza. Esto no probaba más que había recibido el impacto de algún cascajo, pues las tomografías no encontraron hematomas intracraneales, mucho menos lesiones en la cabeza. Pero el golpe estaba ahí y la posibilidad de que me aturdera también. Así que no quedaba otra opción que rendirme al sentido común. Y cuanto antes lo hiciera, mejor. Quedó un cabo suelto que até como mejor pude: ¿cómo inventó mi imaginación una historia así en solo unos segundos? Imposible, con o sin pérdida momentánea de consciencia. Porque yo me levanté tras el derrumbe con la aventura completa a cuestas. Le conté todo a Luis en la cafetería... ¿O no? Durante los días de fiebre no cesaron de desfilar escenas por mi mente. Se solapaban unas con otras adulterando la retrospectiva de los hechos, incluso su fidelidad. Recuerdo perfectamente, como si lo hubiera vivido, la imagen del líder luchando contra los leones, ¡y eso no llegó a ocurrir! ¿No pudo ser que soñara el grueso de esta historia en el hospital? Si les soy franco, no estoy en condiciones de asegurar que no fuese así. En cualquier caso, en mí quedó una huella emocional muy profunda. Y como sabía que todo acabaría filtrándose por la permeable membrana de mi memoria hasta convertirse en una simple reminiscencia onírica, me apresuré a escribir este relato, a inmortalizar aquellas sensaciones.

Y este es el resultado. Negro sobre blanco. Palabras seleccionadas con todo el cariño para plasmar en papel un sueño tan intenso como la vida.

FIN

Hay pequeños detalles que cambian una vida. Si Elena y Marina no hubiesen visitado la exposición permanente de Atapuerca, si a Marina no le hubiese llamado la atención algo que para mucha gente pasa desapercibido, si no lo hubiese rescatado de su memoria aquella noche, el libro habría concluido donde estaba previsto que lo hiciera, usted no estaría leyendo estas páginas y yo no sería hoy una persona atormentada.

La irreversible mutación de mi propósito vital y el definitivo viraje de mi sino comenzaron una lluviosa noche de abril, similar a la que propiciara nuestra visita a Burgos diez meses atrás. En esta ocasión nos acompañaba otra pareja: Begoña y Jaime, hermana y cuñado de Marina, y a diferencia de entonces, conversábamos sobre temas trascendentales. Acabábamos de ver una película de terror y las sensaciones remanentes de su impresionante desenlace nos sumergieron en un dilatado coloquio sobre los inexplicables misterios ligados a la historia de la humanidad: desde la pirámide de Keops hasta las líneas de Nazca, pasando por el monumento megalítico de Stonehenge. Un tema nos llevaba a otro: de las profecías de Nostradamus a los poderes paranormales, de ahí a los espíritus y de estos a la teoría evolutiva del hombre, y cuando más apasionante estaba el debate sobre ciencia y religión, Marina dejó caer las palabras más importantes que pronunciara en su vida: «¿Y qué me decís del tantalo encontrado en Atapuerca?». Los demás apenas prestaron atención. Las esporádicas intervenciones de Marina se desvanecían entre las voces de Jaime y Elena, verdaderos motores de la tertulia. Pero para mí no podía pasar inadvertida la más mínima referencia al complejo arqueológico.

—¿A qué te refieres con el tantalo?

—El tantalo, ¿no te acuerdas? Ah, tú no lo viste. Cuéntaselo Elena.

—¿Qué le cuente el qué? —preguntó mi novia con más fastidio que interés; nunca le agradó que interrumpieran sus disertaciones.

—El tantalo que hallaron en Atapuerca.

La propuesta de Marina no entusiasmo a Elena, pero al descubrir que el «erudito» de Jaime no había oído hablar antes de aquello, tomó las riendas de la conversación y se explayó en detalles; ¡no iba a desaprovechar aquella magnífica oportunidad de lucirse!

El tantalo es un metal que se extrae del mineral tantalita, que aparece en la naturaleza mezclado con la columbita, bajo el nombre de coltan. La República Democrática del Congo cuenta con el 80% de las reservas mundiales de coltan. El resto se reparte entre Australia, Brasil, Tailandia, Canadá y Colombia. En la exposición *Atapuerca, un millón de años* se exhibe un fragmento de tantalo hallado en la Sima de los Huesos. Elena magnifico el misterio al señalar que ese trozo de tantalo presenta una pureza insólita en la naturaleza y que no se ha encontrado este elemento químico en ningún otro lugar de la Sierra de Atapuerca. Es más, en España no se conocían indicios de la existencia de tantalo hasta hacía muy poco, cuando una empresa canadiense anunció la localización de una importante reserva en el municipio orensano de Viana. Jaime replicó restando importancia a aquel hecho. Objetó que igual que se había hallado tantalo en Orense, podría en un futuro descubrirse otra reserva en Burgos.

—¿Y cómo se explica tanta pureza? —insistió Elena.

—Bueno, siempre hay una primera vez para todo —respondió Jaime con cierto desdén.

—¿No te das cuenta? Los defensores de la colonización extraterrestre ven aquí un nuevo argumento para reforzar su hipótesis.

—No sé a qué te refieres, Elena. Vale que recurran a la ayuda alienígena para explicar las construcciones de los egipcios o de las civilizaciones precolombinas, pero Atapuerca, que yo sepa, no es más que un yacimiento arqueológico.

—Se nota que no sabes para qué se utiliza el tantalo.

—Dímelo tú; ¿para fabricar homínidos? —Begoña aprobó con una risita la «genial» ocurrencia de su pedante esposo. Yo asistía boquiabierto a aquel pulso, con el corazón en un puño y el presentimiento de que había algo más en juego que una simple porfía.

—El tantalo es muy escaso, y se extrae expresamente para la fabricación del condensador electrolítico, componente habitual de la mayoría de equipos electrónicos.

Y aquellas fueron las últimas palabras que escuchó su novio, porque aquel que todos conocían como Daniel Salgado desapareció para siempre en ese preciso instante.

Todo había sido cierto. ¡Todo! Ni perdí el juicio, ni mi historia nació del delirio ni la había soñado. Había estado allí y había convivido con el clan. El tantalo constituía una prueba concluyente, irrefutable, cristalina. ¿De dónde, si no de mi móvil, podría provenir aquel raro metal? Quien no lo viera así era porque no quería. Y nadie quería verlo. Nuestras mentes, obtusas y tercas, se tragan cualquier cosa que emitan por la tele, pero se niegan a aceptar hechos insólitos particulares, aunque lo jure tu mejor amigo, aunque te lo prometa por su amor tu pareja. Pero a mí y a nadie me haría cambiar de idea, ni una legión de psicólogos, ni todos los dioses del universo. Viví aislado en una burbuja de conveniencia, para seguir siendo como todos, para que no me tomasen por loco. Pero eso fue huir de la realidad, falsificar mi biografía, distorsionar el destino, violar mis principios. Ahora lo veía claro. ¡Cómo pude dudar de los sentimientos, de las emociones! Las pasiones no se inventan; se viven. Lo notas en la piel, en cada músculo de tu cuerpo, en el alma. ¡Cómo fui tan egoísta y tan estúpido!

Debí contener la tentación de anunciar mi descubrimiento. Motivos había para ello: por un lado, no me apetecía compartir la intimidad de mis pensamientos con Jaime y Begoña; por otro, no tenía sentido aspirar a que mis amigos me creyeran cuando yo mismo me había retractado. Pero no me contuve. Al principio todo fueron burlas y risas, algunas forzadas como las de *las hermanas Alegría*, pero cuando vieron que no les reía las gracias y que alzaba la voz si se ponía en tela de juicio mi idea sobre la procedencia del tantalo, los gestos fueron tornándose más serios. Elena se empeñó en contradecirme. No solo eso: me tildó de loco; por respuesta, me levanté y abandoné la sala con un portazo. ¡Qué podía hacer si no confiaba en mí ni aun aportando pruebas!

Apenas una hora después recibí la llamada de Luis. Elena tardó tres días en hacerlo. No hubo disculpas, ni por parte de ellos ni, por supuesto, por la mía; si me creían o no, era su problema. Yo no iba a renegar nunca más de mi experiencia, de mis hermanos del clan.

Elena perdía los nervios cada vez que me escuchaba, pero poco a poco se fue dando cuenta de la inutilidad de discutir. Así que optó por dejar al loco en su locura, pensando que con el tiempo se me pasaría y que nuestra relación (personal y social) no tenía por qué verse afectada. Pero lo que ella creía una cabezonería transitoria eran los cimientos de una obsesión. Y ya no habría marcha atrás; nada volvería a ser igual.

Al destapar la naturaleza cierta de cuanto me había acontecido me invadió un irrefrenable deseo de absorber todo lo que se conocía de la evolución humana y ubicar a mi clan en el tiempo. También, es justo reconocerlo, sentí el impulso de investigar, de buscar pruebas concluyentes que echaran por tierra el sustento lógico —dentro de la ya de por sí fantástica posibilidad de viajar por el tiempo— de mis aventuras: evidencias científicas, incongruencias, anacronismos o cualquier dato que inclinara a calificar los hechos como un disparate de tan grandes proporciones que no admitiera existencia más que en la imaginación. Si bien desde un primer momento juzgué el hallazgo del tantalo como una evidencia palpable de mi fabuloso viaje, quise cerciorarme de que el armazón que sustentaba mis peripecias no presentaba fisuras. Más que para acallar las voces discordantes, para galvanizar mis férreas convicciones y anclar por siempre mi historia en el puerto de la veracidad.

El principal defecto de la memoria es su desinterés por la minuciosidad. El paso del tiempo desmenuza el pasado, desechando pormenores y detalles, para conservar solo la estructura del recuerdo. Y nosotros no podemos hacer nada para evitarlo, si acaso cubrir su desnudez con el atuendo de las sensaciones, únicas que perviven intactas. Por eso inventó el hombre la escritura, para contrarrestar la fragilidad de la memoria y esquivar el paso del tiempo. Por fortuna, nada más salir del hospital tuve la inspiración y el acierto de plasmar en estas líneas todo cuanto recordaba de mi aventura paleolítica, que acepté entonces como experiencia onírica. Aproveché esta historia asombrosa para liberar mi confinado amor por la escritura y, antes de que se activara la implacable maquinaria del olvido, me puse manos a la obra y novelé los hechos. Esta actitud precavida no confiere a esta reconstrucción garantías absolutas de precisión, pues la confusión que me acompañó en los días de postración febril pudo trocar en el tiempo ciertos detalles. Pese a ello, doy fe de que en ningún momento se incurre en la ucronía. No hay nada que no haya vivido, son tan intensos los sentimientos que acompañan a estos recuerdos... ¡Cómo pude llegar a dudar!

Han pasado dos meses desde que Marina sacase a colación el tantalo y un año justo del bendito día en que mis pies pisaran por vez primera el yacimiento de Atapuerca. Qué mejor manera de conmemorarlo que escribiendo. Eso haré desde hoy, anotar cuanto ocurra interesante en mi vida. Un diario aunque no escriba a diario. Más bien el cuaderno de bitácora de mis emociones. Aquí me refugiaré cada vez que necesite compartir mis alegrías y aflicciones. Con ustedes, potenciales y

desconocidos lectores. Me encuentro fatigado, pero prometo que mañana continuaré; contaré cómo mi historia salió indemne de los ataques con que yo mismo intenté probar su incongruencia.

Lo que siguió a la revelación de aquella noche fue un aislamiento cartujano, con dedicación exclusiva dieciocho horas al día, comparando datos, recabando información, sin parar apenas para tomar café y unos bocadillos. Un esfuerzo ímprobo que se prolongó durante varias semanas y que repercutió considerablemente en mi salud — perdí siete kilos— y en mi relación con Elena.

Mis primeros esfuerzos se centraron en averiguar la especie a la que pertenecía mi clan. Desde el primer instante supuse que había experimentado un salto temporal, sin cambiar de espacio geográfico. Al menos las sensaciones físicas nunca me hicieron dudar de ello. No obstante, no quise descartar la posibilidad de que habitaran en Europa antepasados que hasta la fecha solo se habían descubierto en otros continentes y amplí mi horizonte de búsqueda a toda especie perteneciente a la línea evolutiva humana. Como resultado de una investigación exhaustiva (consultas a revistas especializadas, lectura de cientos de artículos e informes científicos, adquisición de decenas de libros, innumerables horas visionando documentales...), llegué a la conclusión de que retrocedí unos 400.000 años en el tiempo y conviví con los *Homo heidelbergensis*.

Confieso que no había oído hablar antes de esta especie. El *Homo heidelbergensis* debe su nombre a la ciudad alemana de Heidelberg, donde fueron hallados los primeros fósiles. Eran altos y robustos y poseían un cerebro de tamaño análogo al nuestro. Por las características físicas, mis amigos bien podrían haber sido neandertales, pero ciertas prácticas, como el dominio del fuego, el trabajo con las pieles o la fabricación de herramientas, no me parecieron tan sofisticadas. En especial esta última. Los utensilios típicos de la industria lítica achelense que yo mismo utilicé (bifaces, hachas de mano, hendedores...) eran más rudimentarios. He podido comprobar que el *Homo neanderthalensis* depuró la tecnología hasta conseguir hachas bifaciales más evolucionadas, acabados lanceolados, puntas retocadas con finura y aristas rectilíneas. No cabían dudas: el clan pertenecía a una especie preneandertal, y esa no podía ser otra que los *heidelbergensis*. Por tanto, no eran antepasados directos del hombre actual.

¡Cuánto podría escribir sobre ellos! Su forma de vida, los hábitos, la organización social... Me llamó poderosamente la atención cierto artículo sobre un estudio llevado a cabo con los dientes de los *heidelbergensis*. Concluía que la dentadura definitiva aparecía en los niños a los cinco o seis años y que como no era posible alimentarse por cuenta propia hasta tener bien desarrollada la dentición, se evidenciaba un prolongado cuidado de las crías, lo que favorecía el establecimiento de fuertes relaciones afectivas entre los individuos, con la consiguiente cohesión del grupo. Un comportamiento que propiciaba el desarrollo de eficaces estrategias de caza y de supervivencia. Algo similar concluían al estudiar el hallazgo de mandíbulas desdentadas de ancianos. Los paleontólogos invirtieron largas horas de trabajo con los fósiles para inferir algo que para mí era obvio. Me considero un privilegiado... Llaman a la puerta; debe de ser Elena.



La singular relación de mi clan con el fuego no aportó ningún dato esclarecedor, ni para la ubicación en el tiempo, ni para definir la especie, ni, mucho menos, para poner en peligro la congruencia de los hechos. No sabían fabricar el fuego. ¿Y qué? Los restos de fogatas hallados en los mismos estratos que los fósiles de los *heidelbergensis* solo evidencian que lo utilizaban. Eso ya lo hacía el *Homo erectus* hace un millón de años. Más aún: se valían del fuego para provocar estampidas y conducir a las presas hacia trampas y despeñaderos. Pero a día de hoy sigue sin saberse a ciencia cierta cuándo el hombre aprendió a fabricarlo. Y creo, sinceramente, que nunca se va a saber. Estudios realizados por la Universidad Hebrea de Jerusalén en el norte del valle del río Jordán, capitaneados por la arqueóloga Nira Alperson-Afil, avalan la hipótesis de que el hombre sabía fabricar fuego hace 790.000 años. Esta idea se sustenta en el hallazgo de restos carbonizados en diferentes estratos. Parece improbable que grupos humanos distintos, separados miles de años en el tiempo, tuvieran la fortuna de encontrar en el mismo lugar una fuente natural de fuego. Resulta más lógico pensar que eran capaces de hacerlo por sí mismos. Pero existe otra posibilidad: que se hubieran ocupado de mantenerlo siempre encendido. Generación tras generación. Como mi clan. Estoy convencido de que nadie, ni siquiera el Abuelo, vivió sin fuego antes de la riada. ¡Qué fácil resulta especular, camuflar hipótesis en teorías para atribuirse méritos! El primer ser humano que pobló la Tierra, el primero en fabricar fuego; siempre el primero... ¡Más humildad y menos protagonismo es lo que hace falta!

Mi clan no sabía fabricar el fuego, pero igual existía otro, a cincuenta kilómetros, que sí conocía técnicas para hacerlo. El hecho de que algunos supieran prender una llama, no implica que todos lo supiesen hacer. Ni que el conocimiento se transmitiese en centros educativos de enseñanza obligatoria... La interrelación enriquece, pero entonces las distancias eran un mundo. No es de extrañar que no me topase con ningún ser humano ajeno al clan. Si ahora existen inmensas zonas despobladas, qué no sería en la prehistoria. Cada grupo fue evolucionando al ritmo que marcaban sus circunstancias vitales. Algo natural si consideramos que hasta hace solo unas decenas de años existían tribus que parecían vivir en pleno paleolítico.

Adoro el fuego. Lo adoro y lo echo de menos. No sé cómo acepté vivir en esta jaula de hormigón a treinta metros de altura. Aquí jamás podré instalar una chimenea. Hay noches que me ahoga la claustrofobia, que cambiaría esta tibia estancia por el gélido arco de un puente, y recibir en el rostro la flama protectora de una hoguera y velar la luz hasta la llegada del sol.

El sol... Y pensar, inculto de mí, que yo lo concebía como una enorme bola de fuego. En nuestra estrella se producen reacciones nucleares, fusión de átomos de hidrógeno que se convierten en átomos de helio. No hay oxígeno, y este elemento es fundamental para la existencia del fuego. Por eso antes de que nada ardiera sobre la superficie de la Tierra tuvo que cubrirse de vegetación. El fuego fue como un regalo, el compañero inseparable de la vida animal. Fotosíntesis, oxígeno, fuego. Una cadena ligada al hombre a perpetuidad. Quiero vivir junto a ella, llenar mi casa de plantas, tener siempre una llama a mi vera.

Un capítulo especial en mi investigación mereció la fauna. Repasé cuanto recordaba de las especies más llamativas con que me crucé y encontré algunos datos sorprendentes.

El animal que Medio Pie abatió el primer día que salimos de caza presentaba características similares a las del dodo, un ave extinta no voladora. Después de comparar el tamaño, el plumaje, el pico y las patas de una reconstrucción basada en antiguos dibujos con la imagen que conservaba en la memoria, llegué a la conclusión de que se trataba de la misma criatura. El hecho de que el dodo habitara en las islas del océano Índico y que, hasta la fecha, no se hayan encontrado restos en ningún otro lugar del planeta, no parece motivo suficiente para desvirtuar mi relato. Igual podría decir del mono de cola azulada que tanto me sorprendió. Se trata, sin duda, del cercopiteco de diadema, una especie no extinta de primate africano de la que no se tiene constancia que hubiese habitado en Europa. Pero no encontrar no significa no existió. Por el contrario, sí que se han hallado en España fósiles de bisontes, leones, hienas y rinocerontes.

Tal y como lo planteo, se podría inferir que ninguna especie vegetal o animal echaría por tierra mi historia. Hasta cierto punto. La presencia de un dinosaurio habría sido inadmisibles. Incluso algo más simple, un animal cuya coexistencia con el clan di por cierta aunque no lo viera. Creí que la aversión al agua se debía al miedo a ser devorado por los cocodrilos. Pero no, mis amigos no temían a estos saurios. Según parece, se extinguieron en Europa hace cinco o seis millones de años.

Amplí la búsqueda de incongruencias a otros campos, como la organización o el comportamiento, pero los resultados fueron igualmente negativos. Lo único que descubrí digno de mención fue que el agrupamiento de bisontes no es tan numeroso en nuestros días. Pero esto quizá se pueda explicar con la desaparición de los grandes depredadores y, con ello, la necesidad de sentirse protegidos por el grupo.

A medida que avanzaba en las indagaciones, lejos de descubrir pistas que me guiaran hasta las pruebas que de una vez por todas tumbaran mi historia, incorporaba nuevos datos que reforzaban mis convicciones. Tal fue el caso de la intensa fiebre que motivó mi ingreso en el hospital. Por alguna extraña razón, no se me había ocurrido relacionarla con la enfermedad de Brujita, siendo los síntomas y la evolución idénticos.

En el parte médico de alta despacharon el diagnóstico con el socorrido origen vírico. O sea, no la diagnosticaron. Si los profesionales no encontraron respuesta, poco podía hacer yo. A pesar de ello busqué en los manuales de medicina similitudes con alguna enfermedad que se caracterizara por episodios de hiperpirexia que surgieran de repente, permanecieran durante pocos días y desaparecieran con la misma rapidez. Lo más parecido que hallé fue la roséola, conocida también como exantema súbito o fiebre de los tres días. Pero salvando el detalle del proceso febril, había más diferencias que semejanzas, pues la roséola afecta solo a bebés, no altera significativamente el apetito y va acompañada de erupciones cutáneas. Con las reservas propias de mi desconocimiento en medicina, creo que aportó datos suficientes para aceptar que padecí la misma afección que Brujita, una enfermedad prehistórica erradicada por vía natural.

Un elemento del relieve, vital para la consistencia de la narración, era el río. Si en diez kilómetros a la redonda no existiese —ni ahora ni en todo el Pleistoceno— el más insignificante riachuelo, esta historia no se podría sostener. Pero no solo uno, sino tres ríos recorren la zona: el Pico, que nace en la misma Sierra de Atapuerca, el Arlanzón, que pasa por Ibeas de Juarros, localidad desde donde se accede a los yacimientos, y el Vena, que discurre por la vertiente norte de la sierra.

Mi examen geográfico no finalizó ahí: me pregunté por el subsuelo. ¿Existían galerías subterráneas tan extensas como las que yo atravesé? La respuesta es afirmativa. Se ha demostrado que todas las cavernas de la sierra de Atapuerca formaban parte de una misma red kárstica. En la actualidad no se encuentran comunicadas, pero con métodos de prospección geofísica se podría averiguar por dónde van las galerías y cómo se cruzan.

Ni el terreno, ni la flora, ni la fauna... ¿Qué quedaba? Los hábitos. ¿Y qué se sabe del modo de vida de nuestros ancestros? Por conjeturas, mucho; a ciencia cierta, poco. Nada en mi experiencia podría inferir comportamientos atemporales, descabellados o fuera de toda lógica. Alguien podría argüir que nadie antes del *Homo sapiens* fue sedentario. Esa es una forma superficial de entender el concepto. Toda especie tiende al sedentarismo cuando su biotopo le proporciona las condiciones y los recursos suficientes para su sustento. Puede que mi clan fuese autóctono de aquel territorio, tal vez desde varias generaciones, pero más tarde o más temprano se acabaría la caza y habría que migrar. Nómadas por necesidad, como todos los animales del planeta. El sedentarismo, en sentido estricto, solo apareció cuando las sociedades cazadoras y recolectoras aprendieron a hacer frente a la carestía con el desarrollo de la agricultura y la ganadería y establecieron los primeros núcleos poblacionales.

Estaba a punto de concluir las pesquisas cuando reparé en un detalle importantísimo, que podría tumbar la historia con la misma facilidad que se derrumba un castillo de naipes. ¿Y si la ciencia hubiese demostrado que las características físicas del *Homo heidelbergensis* impedían la facultad del habla? Un escalofrío recorrió mi cuerpo de arriba abajo. ¡Todo podría quedar probado como ficticio! Me lancé como un loco en busca de información y no tardé en respirar tranquilo. Un prestigioso equipo de investigación del mismo yacimiento de Atapuerca, tras estudiar en profundidad los requisitos anatómicos ligados a la capacidad fonadora (la longitud del cuello, la posición de las cuerdas vocales, el hueso hioides, etc.) concluía que el *heidelbergensis* podía perfectamente hablar.

Así pues, mis investigaciones confirmaron que mi viaje a través del tiempo tuvo necesariamente que ser cierto, pues era imposible concebir en sueños un mundo que desconocía por completo con tanta precisión, sin anacronismos ni incongruencias.

Fue cerrar el último libro, dictarse la inapelable sentencia, e invadirme un estremecedor sobrecogimiento. El *Homo heidelbergensis* se había extinguido. Algo evidente, con independencia de mi historia. Incluso natural, tampoco el *Homo sapiens* perdurará eternamente. Pero al dar por hecho que todo existió, se apoderó de mi una profunda nostalgia. No pude evitar llorar con amargura cuando tomé conciencia de que todos estaban muertos.

Estoy viviendo el verano más atípico de mi vida. Insulso, fue el calificativo que empleó Marina el otro día. Supongo que ella estará satisfecha: la señorita insulsa disfruta de su insulso verano. «Nos está fallando el motor del grupo», dijo Luis. No le faltaba razón: durante los períodos lectivos yo jamás propongo nada que rompa la disciplina de estudios, es él quien se encarga de improvisar diversiones, pero los veranos sí que son míos, a eso se han acostumbrado. Luis es el mayor de los juguistas, un fenómeno en ese sentido, aunque un desastre como organizador. Es preferible confiar las vacaciones a alguien responsable. Pero el motor más fiable no funciona si el tanque del vehículo se queda vacío. Hace meses que dejé de repostar ilusiones y así no pueden nacer iniciativas.

Mi mente no cesa de pensar en lo mismo. Hablar sobre la prehistoria es lo único que me entusiasma, pero han convertido ese tema en tabú. Si me escucharan, si compartieran una pizca de mis inquietudes... Entiendo que en este asunto resulta imposible adoptar una postura ecléctica, no pretendo eso; bastaría una ingenua hazaña para que todo siguiese como antes. A estas alturas tengo asumido que eso no es más que una utopía.

Cargo cada día con el peso de la melancolía, la impotencia y la desesperanza. La incompreensión me descorazona y, lejos de recibir ánimos, lo que llegan son protestas, que no molestan por inoportunas, sino por fingidas. Conozco a Luis y me huelo que tiene otras ocupaciones, que sus redundantes quejas solo persiguen cumplir el expediente ante su novia. Un esfuerzo que se podría ahorrar porque la mojigata es incapaz —no descarto que por reacción natural a su propia conveniencia— de advertir sobre su cabeza los nuevos ornamentos. Luis está feliz así aunque no lo demuestre, Marina sufre de anquilosamiento de todo interés por la diversión desde su más tierna infancia y Elena parece vivir exclusivamente por y para nuestro pomposo futuro. En realidad a nadie le importa esta quietud estival. Pero como deriva directamente de mi apatía, a veces me sobreviene una carga de conciencia, tan absurda como contradictoria. Tal fue el caso de ayer.

Mataba el tedio jugueteando con una pelota de tenis, ora lanzándola al aire buscando toques tangentes al techo, ora proyectando ángulos entre suelo y pared para alcanzar rebotes de perfecto retorno. Mientras practicaba estas nobles disciplinas, repasaba por enésima vez las peripecias de mi aventura y se me ocurrió lo que, ingenuo de mí, valoré como una feliz idea. Matar dos pájaros de un tiro: hacer frente a un compromiso y contentar a mis amigos.

Uno no es hombre si no cumple sus promesas, así se las haga a sí mismo. Cuando saboreaba la carne del extraño bicho que cazó Medio Pie, suspiré por regar aquel manjar con un buen vino. Juré que si regresaba a casa, compraría una pata de jamón ibérico de bellota y descorcharía la botella de Ribera del Duero, Gran Reserva del 99, que el padre de Elena me regalara años atrás. Hoy no se me ocurriría empeñar mi palabra con tamañas sandeces, pero entonces concedía un desmesurado valor a la buena mesa. Nada mejor que una ración de sabandijas crudas para purgar las pamplinas de cualquier sibarita rendido a los placeres culinarios. Que el paladar gobierne el timón de la alimentación es un agravio inadmisibile para el sistema digestivo. Por eso había ido posponiendo la ejecución de aquel compromiso. Pero, como decía, en ocasiones me asalta en forma de fognazo fugaz un ridículo remordimiento. Y ayer una inoportuna chiribita logró prender en mi languidecido ánimo.

—Tú misma me has animado más de una vez a abrir la dichosa botella antes de que se agriara el vino.

—De acuerdo, pero podrías haber elegido algún momento especial, que para eso la conservábamos.

—¿Por ejemplo?

—No hacía falta ser muy original; ¿qué tal mi cumpleaños?

—Mujer, para un detalle que tiene con los amigos —terció Luis—. Oye, y el vino es una bicoca comparado con el jamón. ¡Delicioso!

—Esa es otra. No podías conformarte con un par de copas. Compras otra botella y, de remate, un jamón de pata negra ¿Cuánto te costó el capricho, Daniel? Te gastas una pasta sin venir a cuento.

—Ya está, eso es lo que te fastidia: el cochino dinero.

La discusión iba subiendo de tono y no tardaron en verterse comentarios mordaces e hirientes. Luis y Marina concedieron una tregua a las lonchas en tanto se resolvía nuestra controversia. Advertí una sombra de preocupación en el rostro de él y una creciente fascinación en el de ella.

—El dinero está para gastarlo —continué—, es su única finalidad.

—Tú lo has dicho: para gastarlo, no para malgastarlo —replicó Elena indignada—. Por el mismo precio nos hubiéramos escapado un fin de semana a un spa. Pero, claro, como tú, de un tiempo a esta parte, no piensas más que en ti y en tus estúpidas historias de ciencia ficción.

—No sigas por ahí, busca otra cortina de humo para disimular tu cicatería.

—Vete a la mierda.

Con esta muestra de elegancia dio por zanjada Elena la cuestión. Apuré su copa de vino y, dándome la espalda, se sirvió otra de inmediato. Qué triste es todo cuando se falta al respeto y qué vacío se abre en nuestro interior cuando descubrimos que algo, por minúsculo, se ha perdido para siempre. La impermeable membrana de nuestro pequeño mundo comienza a transpirar una pizca de la magia, el cariño y la complicidad que se suponían estancos de por vida. Los sentimientos se fragmentan y escapan, hoy a pequeñas dosis, quién sabe en qué medida mañana. No ha sido nuestra primera bronca, ni mucho menos, pero me ha dolido por todas las otras. Y el daño no lo causaron las despectivas palabras; la hiriente punzada me llegó al vislumbrear en sus ojos la simiente de la indiferencia.

Para mayor desventura la cosa no quedó ahí: la arpía de su querida amiga no quedaba tranquila si no adornaba el pastel con su aviesa guinda. Cómo desperdiciar aquella magnífica oportunidad de lucir su opulencia.

—Si andáis mal de dinero, yo me quedo con el jamón. En mi casa nunca falta y está a punto de acabarse. Lo llevas tú, ¿eh, Luis?, que a mí me da vergüenza. Dime lo que te costó, Daniel; cuando hay calidad a mi padre no le importa el precio.

—Habló la más cursi y gazmoña de la comunidad pija de Salamanca. Calladita estás más guapa —espeté al instante.

—No te pases, Dani —dijo Luis con la amenaza en la voz y la súplica en la mirada.

Durante unos segundos se adueñó de la sala un inquietante silencio. Luego suspiré resignado y pedí perdón. Era lo mejor para todos.

Tuve que ser yo quien se disculpara. No quien me mandase a la mierda, no quien se jactara de su posición, no quien se mostrase incapaz de apoyar en público a su mejor amigo. No. Yo, el ofendido fue quien asumió la culpa. ¿No es para hundirse? ¿A quién recurriré cuando me falten fuerzas para afrontar el día a día?

No existe unanimidad en la comunidad científica a la hora de concretar el hallazgo humano más antiguo. Durante décadas se ha aceptado al *Homo habilis*, que apareció en África hace 1,9 millones de años, como nuestro representante más lejano y hasta hace poco se admitía, por sus características morfológicas y porque no se le atribuía la fabricación y uso de herramientas, que el *Australopithecus* no podía considerarse un ancestro directo del hombre; al menos siempre se ha descartado cualquier vinculación con el género *Homo*. Pero recientes descubrimientos hacen tambalear esta hipótesis y rompen los esquemas de paleontólogos e investigadores. Parece probado que el *Australopithecus sediba*, que vivió hace unos dos millones de años, era capaz de fabricar herramientas, caminaba como un humano y exhibía una combinación de rasgos tan avanzados como los del *Homo habilis*. ¿Era entonces un ser humano? ¿Qué argumentos se pueden esgrimir para rebatir la opinión de los científicos que sostienen que determinados hallazgos sugieren situar la existencia humana varios cientos de miles de años atrás en el tiempo? Si las características y rasgos tradicionales que definen al ser humano (bipedalismo, capacidad de fabricar herramientas e incremento de la capacidad craneal) se solapan entre las especies, ¿habría que recurrir a otros parámetros, como el lenguaje articulado, la organización social o la actividad cultural para focalizar el nacimiento del primer hombre? Probablemente, al menos desde el punto de vista científico. Pero en realidad a mí todo eso me interesa bien poco. Lo único que me importa es la conciencia sobre la propia espiritualidad, la esencia pura del sentimiento que aglutina los valores que nos hacen personas. Hay opiniones y estudios para todos los gustos, pero yo he llegado a sentir náuseas al leer artículos de desalmados e ignorantes disfrazados de eruditos que desde una repugnante perspectiva de superioridad desprecian cualquier referencia al ser humano anterior al *sapiens*. ¡Qué desfachatez! ¡Qué entenderán ellos por humanidad! Son unos ineptos, sin duda, pero ¿qué ocurre con los antropólogos, paleontólogos e investigadores más serios y reputados? ¿En qué se basan a la hora de definir al ser humano? ¿En la inteligencia, en los genes, en los hábitos? Si es así, si en este debate no se plantea la trascendencia de los sentimientos, si no se les otorga por unanimidad la categoría de primordial, entonces ni *sapiens*, ni *erectus*, ni *rudolfensis* ni gaitas. El primer ser humano es el primer ser vivo que sintió, siquiera someramente, como persona. En ese instante el hombre dejó de ser un animal. Digan lo que digan los investigadores. El problema es que jamás podrá determinarse cuándo ocurrió eso.

Ustedes se preguntarán a qué viene esta disertación. Tienen la respuesta en las fechas que encabezan estos últimos capítulos. Les habrá extrañado, supongo. En realidad, las acabo de colocar, sustituyendo a las tradicionales. He pensado que ya va siendo hora, en pleno siglo XXI como estamos, de que alguien proponga un calendario sensato, universal, que establezca como punto de partida para el conteo del tiempo un momento culminante. Y solo se me ocurren dos: la formación de la Tierra y el nacimiento del hombre. No quiero que nadie se ofenda, pero no me parece acertado que las fechas giren en torno a la figura de Jesucristo, por respeto al resto de creencias. Finalmente, he considerado que la historia del hombre debe computarse desde que existe el hombre. Y aquí me he encontrado con el problema: ¿desde cuándo existe el hombre? No sé si convendrán conmigo en cuanto razono sobre la aparición del primer ser humano, pero lo que no admite dudas es que, de una forma u otra, nunca será posible determinar el momento exacto del nacimiento del primer hombre. Con todo, yo he aventurado una fecha: tres millones de años. Difiere en varios cientos de miles de años de las estimaciones que en la actualidad se barajan, pero ya verán cómo cualquier día salta la noticia del hallazgo de fósiles datados sobre esa fecha, pertenecientes a individuos con características humanas. Lo llamarán *Homo nosequé* y yo me habré quedado corto en las estimaciones. Pero tres millones de años es un número redondo y bonito. Inexacto, de acuerdo, pero, si bien se mira, tampoco es exacta la fecha del nacimiento de Cristo. Y no solo porque Dionisio el Exiguo no tuviese en consideración el año cero; también erró varios años en el cálculo.

Ahora entienden el significado de las fechas que encabezan los capítulos. Desde hoy y a todos los efectos, en lo que a mí respecta el año 3000000 fue aquel en que giré mi primera visita a Atapuerca y viajé a través del tiempo. En todo lo demás he decidido seguir el calendario gregoriano, son tan hermosos los nombres de los meses...

## 2 de septiembre del año 300001

Los días, como las semanas, se suceden mecidos por la impasible mano de la monotonía. Nada escribo porque nada merece un hueco entre estas páginas. Resultaría machacón hablar una y otra vez de las soporíferas tardes de verano, del sempiterno ninguneo a que me veo sometido o de la añoranza que me consume a fuego lento. Mañana será distinto. Especial. No sé si podré conciliar el sueño esta noche. Me invade un extraño sentimiento, mixtura de recelo del curtido anciano y entusiasmo del ingenuo crío. Mañana volveré a respirar el aire de Atapuerca.

## 4 de septiembre del año 300001

Anoche fui incapaz de redactar una sola línea, de traducir las húmedas palabras que secretaban mis ojos. No soy yo, he perdido la calma. Se me escapan a borbotones las que siempre consideré mis principales virtudes: la moderación, el temple, el respeto... No escucho ni razono. El sector de la Galería donde fui transportado a aquel mágico mundo se hallaba clausurado. Al parecer, mi incursión aconsejó reforzar las medidas de seguridad. Se habían añadido nuevas vallas y un cartel advertía del peligro de acercarse a la zona apuntalada. Yo solo quería comprobar si los trabajos de investigación prosiguieron tras el derrumbe, si se había descubierto el pasadizo que comunicaba con el pleistoceno. Desobedí las órdenes del guía, y aunque me convencí de que no se había progresado, que aquel lugar parecía olvidado para los arqueólogos, me empeñé en quedarme allí, en el santuario de mis anhelos. Me empeñé, como el perro que defiende la propiedad del dueño, y perdí los papeles. Insulté y amenacé al guía y arrojé piedras a cuantos quisieron persuadirme, personal de seguridad incluido. Como consecuencia de mi insurrección me expulsaron del complejo arqueológico entre empujones y acabé prestando declaración en la comisaría. Lo siento, no puedo ni quiero contar los detalles. Me avergüenzo tanto... Espero que Luis y Elena nunca se enteren.

## 9 de octubre del año 300001

No siempre me encuentro mal. Hay rachas de calma chicha que permiten navegar en paz por el mar de la resignación. Al fin y al cabo, ¿a qué podemos aspirar los seres vivos sino a vivir? Es lo que hay. Cuando soy consciente de ello, procuro afrontar cada albor desde una perspectiva natural, yerma de ilusión, cierto, pero con pequeñas dosis de optimismo: la vida sigue, hay que asumir la situación, un par de cervezas me harán ver las cosas de otra forma, qué gano con obcecarme, el tiempo lo cura todo, patatín, patatán. Placebos que a veces funcionan.

El mes de septiembre fui más o menos tirando. Para mi sorpresa, durante las fiestas no dejó de soplar una fresca brisa de normalidad. Incluso podría decir que me envolvió un aura de bienestar, algo que hacía meses no sentía. El día de Santa María de la Vega fue el punto de partida de una semana pletórica. Disfrutamos de la Feria de Día como en los mejores tiempos. Aunque mantuvimos nuestro tradicional cuartel general en la Alamedilla, nos movimos más que otros años. Recorrimos casi todos los rincones y pasamos un par de tardes geniales en la plaza del Mercado y en la retomada zona de San Boal. Como colofón vibré con el formidable concierto de Fito. La situación parecía encauzarse. Era como si se respirara un cambio de tendencia en mis prioridades, una inesperada concesión de mis monopolizados intereses. Yo asumía y me reenganchaba y ellos aceptaban y olvidaban. La vida se aproximaba a aquello que se consideraba normal, que mis amigos consideraban normal, que el mundo consideraba normal. Hasta que comenzó a llover.



Las malditas lluvias barrieron el delicado velo que cubría aquel espejismo. Ante mis ojos se mostró desnuda la fría realidad, la trama de una obra de ficción donde mi personaje no tenía cabida.

Diecisiete días seguidos lloviendo. Diecisiete días seguidos sin salir de casa. Fue algo que no me pilló por sorpresa. Yo era consciente de mi creciente aversión al agua: la resolución de no volver a la piscina, los cambios de humor en días encapotados o incluso, todo hay que decirlo, el descuido de mi propio aseo. No sé si de manera refleja me impulsaba la mimesis o si la fobia se desarrolló a raíz de la infausta riada, pero, como mi clan, no quería más agua que el que reclamara la sed. Y del grifo, se acabó cargar peso por la estúpida manía de consumir agua embotellada.

Simulé malestar e inventé varios achaques para no levantar sospechas. Supongo que no lo logré, que entendieron aquella situación como un nuevo episodio del trastorno bipolar al que les tenía últimamente acostumbrados. Ellos —apostarían que sutilmente confabulados— se tragaron el anzuelo y me aconsejaron medicación y reposo. Pero mis ánimos no hacían más que acelerar la caída. Durante aquellos días de voluntaria reclusión se libró en mi interior una feroz batalla. Un bando se esforzaba en mantener el estatus de siempre: salir con los amigos, ilusionarme con el nuevo curso y la prosperidad del futuro, dejarme seducir por el insaciable y voraz fuego pasional de Elena. Otra parte de mí se resistía a despedir para siempre al clan, me incitaba a destruir de una vez por todas el disfraz que encubría mi auténtica personalidad y reconocer mi adicción a la mirada pura de Ojos Claros y el tormentoso síndrome de abstinencia que me provocaba su ausencia.

La encarnizada lucha no cesó cuando acabaron las lluvias. El desgaste era brutal y el equilibrio de fuerzas hacia que la victoria de uno u otro bando pendiese de un hilo. Viendo que la balanza se inclinaba del lado del corazón, quiso la razón jugar su última baza. Huir. Alejarme de todo cuanto me relacionara con la experiencia de Atapuerca.

Durante varios días preparé la estrategia para no dejar ningún detalle al azar: elegí las palabras precisas que emplearía para exponer nuestro nuevo proyecto de futuro y esperé el momento adecuado. Fue una noche, en el mismo lecho donde acabábamos de hacer el amor. Elena se encontraba de muy buen humor. Bromeábamos sobre Begoña —siempre le cayó mal esa chica— y rememorábamos una divertida anécdota en la que su querido esposo se había cubierto de gloria. Reíamos a carcajadas. Le dije que me encontraba mucho mejor y aproveché para referirle las verdaderas causas de mi reciente postración. La sonrisa desapareció de su rostro de un plumazo. Como había previsto esa reacción, respondí de inmediato imitando a Homer Simpson: «El problema es la comunicación: demasiada comunicación». Siempre había funcionado cuando estábamos a gusto. Interrumpíamos cualquier conversación y volvíamos a reír. Era lo que pretendía: mantener el buen humor, dialogar de manera distendida y animada. Una simple mueca, si no risueña al menos apacible, y hubiera cambiado a la voz de Marge. En los momentos de diversión a Elena le encanta que remede al matrimonio Simpson. Pero la diversión se había acabado. Sin perder un segundo, le adelanté que preparaba un nuevo e ilusionante proyecto para los dos, enterrando en el olvido mi paso por la prehistoria. Ese compromiso consiguió retener su atención. Me observaba curiosa, sin pronunciar palabra. Proseguí con el guión y le expuse mi idea, el traslado a una zona de España mucho más seca, lejos de Atapuerca y de las persistentes lluvias. Le hablé de Córdoba, Murcia, Almería y de la viabilidad de finalizar nuestros estudios en el sur e iniciar allí una nueva vida. Se mantuvo imperturbable hasta que acabé. Luego, con una parsimonia impropia en ella, se vistió y se largó. «¿No vas a decir nada?», imploré en el último instante. «Necesitas un psiquiatra», sentenció al cerrar la puerta.

Elena no me amaba, no correspondía por igual a mis sentimientos. Por mucho que me doliera, no había lugar a otra conclusión. Aquella noche el corazón venció definitivamente a la razón. Ha pasado más de un mes y no existe nada que me haga levantar cabeza. Yo no quiero vivir esta vida.

No sé ni para qué retomo la escritura si ni se produjeron novedades ni yo tengo ganas de escribir. En realidad y para ser sincero, sí que lo sé: lo hago para desahogarme, hacer uso de mi derecho al pataleo y despotricar de todo cuanto huele a Navidad.

No es algo nuevo; discutí con el espíritu navideño siendo niño y jamás hemos vuelto a dirigirnos la palabra. Es evidente que no hay reconciliación posible, pero este año las cosas han ido a mayores.

Estoy deseando que acaben las jodidas fiestas. Me revientan las reuniones familiares, el derroche de comida, la hipócrita publicidad que vende la imagen de un mundo feliz, el consumismo desmesurado, los repetitivos villancicos, el frío, la nieve y las oportunistas campañas solidarias que proliferan en estas fechas y desaparecen de un día para otro, como si el resto del año no existiera el hambre.

Odio la Navidad, odio a quienes disfrutan de ella y me odio a mí mismo por tanto odiar.

**18 de febrero del año 300002**

Tal y como esperaba, no aprobé ninguna asignatura. No tiene sentido continuar en la facultad, resulta evidente que agoté las últimas reservas de energía para estudiar a desgana. Jamás debí cursar esta anodina carrera. Lo dejaría ahora mismo si no fuera por el disgusto que les daría a mis padres y a Elena. Pero tampoco es solución dilatar esta absurda situación. Más pronto que tarde habrá que afrontar los hechos. A mis padres podré engañarles un tiempo, pero a Elena... Me va a preguntar por las calificaciones y me resultará imposible mentirle. Y no aceptará justificación alguna a mi bajo rendimiento. Se enojará muchísimo cuando descubra que dejé de asistir a las prácticas externas, desperdiciando seis créditos tan sencillos como valiosos. Sé que no se trata de una apatía transitoria: no quiero hipotecar mi vida a las leyes. Quiero cambiar de estudios, pero ella no lo va a entender. Reconozco que mi actitud no es sensata, que no cabe en cabeza abandonar el Grado en Derecho cuando se está tan cerca. Pero no puedo seguir. Ni puedo ni quiero. Hoy mismo me sincero con Elena.

Histérica. Histérica como jamás la había visto. Parecía otra persona. Hasta ahora lo había soportado todo. No se puede decir que con resignación incondicional, pero, al menos, asumía las circunstancias con reticencia moderada. Dejó de discutir sobre mi viaje en el tiempo al comprender que yo lo sostendría a ultranza, no puso excesivos reparos a mi impulsivo interés por comprar libros sobre la prehistoria, sobrellevó mi aversión al agua aceptando no salir de casa los fines de semana lluviosos... Pero la carrera era otra cosa. Por ahí no estaba dispuesta a pasar. Que fulminara en días un proyecto de años, despreciando el cariño con que mis padres habían trazado mi destino, traicionando la confianza que habían depositado en mí. Que renunciase a la judicatura destrozando la ilusión de la mujer que me entregaba su vida, eso sí que no. Con el veneno en la mirada y una determinación que helaba la sangre, esculpió en mi corazón estas palabras: «Te lo voy a decir muy claro y quiero que te lo tomes al pie de la letra: o tus estúpidas manías o yo».

No hay más ciego que el que no quiere ver. No valora que un 27 de junio de hace casi dos años salí a la calle como un mamarracho y regresé convertido en persona. Pero ella no quiere una persona; ella quiere un juez. Mamarracho, fantoche o soplaitas, pero un juez. Y no un juez cualquiera; quiere uno de relevancia, de esos que salen de vez en cuando por la tele.

Anoche no pegué ojo. Un nudo atenazaba la garganta y no dejaba escapar las emociones, numerosas y persistentes, que se agolpaban ejerciendo una angustiosa presión en busca de una salida. Y ante el fracaso se trasladaban al pecho y oprimían demandando una solución. Y todo se transformaba en una infinita congoja, y la congoja en un silencioso torrente de lágrimas. Ni un quejido que desahogara el alma. Solo pena. Tristeza inmensa. Impotencia. Porque no había más alternativa que asumir que la realidad no tenía remedio, por más que yo necesitase un remedio para aceptar esa realidad. «Si vuelves a mencionar a esos malditos primates, se acabó». Un ultimátum con bofetada de propina. Primates. No podía contar con Elena. Ni con Elena ni con nadie. Era una batalla perdida. A san Agustín me encomendé: *Solvitur ambulando*. Sin estómago para desayunar, me calcé las proscritas zapatillas y salí a caminar. Necesitaba pensar, centrarme, actuar con sentido común, encontrar una solución.

Estoy obsesionado. Lo admito. No tengo en mente otra cosa. Sé que así no se puede seguir, que voy a destrozar mi vida, que si continúo por este camino, partiré el corazón de mis padres, de Luis, de Elena. Y yo no quiero hacerles daño. Amo a mi novia; ha sido todo en mi vida. Y ahora, por primera vez en tantos años, noto que los cimientos de nuestra relación se tambalean. Elena, mi amor... Jamás le he mentado y ella lo sabe. ¿Por qué no confía en mí? Solo le pido que me crea. Yo la apoyaría. A muerte. Es cierto que la historia parece inverosímil, pero en eso consiste el amor: en confiar ciegamente en la persona que amas. Pero ella prefiere pensar que he perdido el juicio. La estoy perdiendo, joder, la estoy perdiendo. ¡Y no quiero perderla! Yo amo a mi novia. Pero no puedo renegar de mi experiencia. ¿Por qué tengo que elegir? ¿Por qué, si Elena me quiere, no me apoya?

Estuve caminando por el Parque de los Jesuitas durante varias horas, dándole vueltas y vueltas a lo mismo. No me detuvo la sed; lo hizo la clarividencia. Tras beber me dejé caer, la hierba en la boca, buscando amparo en la tierra, rogando protección por una decisión que, temía, no resolvería el conflicto. No valía la pena seguir buscando agua en el desierto: si Elena me quería, tenía que apoyarme. No podía obligarme a elegir entre ella y mi dignidad. Cuando un policía me levantó tenía el rostro cubierto de hormigas y el alma afligida, pero satisfecha de seguir el dictado del corazón.

Por esperado hoy no deja de ser un día triste. Uno nunca está preparado para lo peor, y aunque en los últimos días se fue escribiendo la crónica de una separación anunciada, no dejé de albergar la pequeña esperanza de que todo se solucionaría, que Elena entraría en razones y que, al final, el amor se sobrepondría a la lógica. Comprensión y apoyo, no pedía más. Que respetara mis convicciones y que me diese la oportunidad de elegir. Y si jamás pensaba crearme, si se empeñaba en calificar mi historia como el desvarío de un loco, al menos que me mimara, que me acompañara allá donde yo fuera, que... ¡mira qué es duro lo que voy a decir!, que me siguiera la corriente.

Pero la postura de Elena se ha mantenido inflexible. Su intransigencia ha despedazado cualquier posibilidad de arreglo. Le dije, le supliqué, que no me obligara a renunciar a mis principios, que comprendiera que yo no puedo renegar de mi pasado, que mi convivencia en el clan forma parte de ese pasado. Pero todos mis intentos resultaron inútiles. El órdago ya estaba lanzado. Abjurar de mi viaje en el tiempo o la separación. Si hubiese consentido, no sería yo; sería una caricatura de hombre, una piltrafa sin corazón, un mierda disfrazado de persona. Así que se consumó lo inevitable: Elena y yo hemos terminado. Me deja solo como un perro callejero.

Solo pero entero. Hundido pero a flote. Muerto pero vivo. Hoy, al menos hoy, conservo los ánimos y la bizarría para seguir. El duelo, cuando se espera, se prorroga entre los granos de arena del fúnebre reloj. La muerte de nuestra relación hacía mucho que estaba sentenciada. He tenido tiempo de pensar, de aceptar, de organizarme, de buscar la forma de sobreponerme a tantas tribulaciones. Siempre se abre una puerta cuando las demás se cierran. Necesitaba encontrarla, sacar algo positivo de esta tragedia. Y creo haberlo logrado: ahora, más que nunca, tengo las manos libres para hacer lo que me plazca. Con esto no pretendo exhibir una postura chulesca o arrogante; simplemente interpreto la realidad. De otro modo, despreciaría beber del único pozo que existe en este inmenso desierto. Nada ni nadie me impide rescatar viejas ideas marginadas. Puedo reorientar mi futuro, reconducir el camino a la complacencia. Como primera iniciativa, mañana mismo presentaré en el Registro Civil una solicitud para cambiar de nombre.

No creo que exista un país con mayor índice de inútiles, soberbios e insolentes detrás de una ventanilla que España. Hoy he perdido los nervios hasta tal extremo que ha tenido que intervenir la Guardia Civil. Hace dos meses me vi envuelto en otro altercado con el mismo sujeto. El buen señor me insinuó que perdía el tiempo y, rebosando seguridad, se atrevió a adelantarme la opinión del juez. Aquella osadía no fue lo que más me molestó; fue su mirada despótica y el retintín en sus palabras. ¿Qué le importaría a aquel majadero cómo quisiera yo llamarme? «Ese nombre es impronunciable. ¿Es extranjero? En tal caso debe adaptarse a la fonética española, con independencia de que pueda justificar el cambio». Le aclaro con educación que se trata de una larga historia y que me mueve un trasfondo sentimental. Dejándome con la palabra en la boca se dirige al compañero y murmura: «La gente piensa que se puede cambiar de nombre como el que cambia de coche». Lo mandé directamente a la mierda.

Debo controlar mis impulsos. Últimamente ando desquiciado y me altero por cualquier cosa, pero eso no es óbice para que me deje arrastrar por la vehemencia. No gano nada presentándome en el Registro para pedir explicaciones al susodicho funcionario, acusarle de estar conchabado con el juez y anunciarle que algún día restregaré por su cara la resolución positiva de la Dirección General de los Registros y del Notariado. Pero me pudo la indignación. Nada más leer la notificación salí disparado de casa, bajé las escaleras de dos en dos y no dejé de correr hasta poner pies en la Plaza de Colón.

El juez encargado del Registro Civil deniega mi petición al entender que, además de que el nombre propuesto hace confusa la identificación, ni acredito causa justa ni apporto prueba testifical de, al menos, dos personas que corroboren su uso habitual. ¿Y qué pretenderá: que me acerque en un momento al pasado y convenza a Medio Pie y al Hombre Arbusto para que den fe de que me conocen por *Jaaagsri*? Quiero cambiar de nombre y punto. ¿No es causa justa y suficiente? En cuanto a la confusión que pueda generar... Es para partirse de risa. Hoy en día puedes poner a tu hijo el nombre que quieras: Nahiara, Shauny, Dylan, Aisha, Dayron, Eydan... Sin problemas. Tampoco hay inconveniente en matricular en los colegios a niños extranjeros y que conserven su nombre original, sea magrebí o ruso. ¡Pero yo no me puedo llamar como me dé la gana! ¿Acaso estoy insultando o faltando al respeto a alguien? ¿Tengo o no tengo motivos para indignarme?

Pienso recurrir, faltaría más, aunque no confío que prospere. Esta misma tarde me ha dado por investigar y he encontrado resoluciones de la Dirección General de los Registros y del Notariado que ven justa causa cambiar Johanna por Yohanna y, sin embargo, desestiman el recurso de una chica que quería llamarse Helena en vez de Elena. ¡Maldito sistema de normas estúpidas!

Ya está. Se acabó. Cuesta poner las cartas sobre la mesa y hablar sin medias tintas, pero cuando se hace, con independencia del resultado, uno se siente mucho mejor. Auténtico. Había postergado demasiado tiempo una cita tan necesaria como ineludible.

—¿Qué burro se habrá muerto? —Con estas hermosas palabras y un beso en cada mejilla me recibió mi madre después de cinco meses largos sin verme— ¿No te habrás gastado la asignación? Rubén, querido: es Daniel.

—No vengo por dinero, mamá.

—Es que, hijo, como nunca nos visitas... Que vivimos en Madrid, no en Sebastopol.

—¿Y vosotros? ¿Os desterraron de Salamanca y no me he enterado?

—La obligación del hijo es visitar a sus padres.

—Hola, Daniel. ¿Qué tal va todo? —Mi padre me saludó con una palmadita en la espalda. La efusividad nunca fue su seña de identidad.

—¡Qué despistada soy! Ya sé por qué viniste. Acabaron los exámenes y quieres darnos la buena noticia en persona. Tus calificaciones siempre son brillantes, de modo que no nos vas a sorprender, aunque sabes que me pirran las matriculas de honor. ¿Lograste alguna este año? Rubén, querido: saca del frigorífico una botella de *Moët & Chandon*. Vamos justos de tiempo, Daniel, pero un brindis no nos lo quita nadie. ¿Y Elena? ¿No viene contigo? Estará super feliz. ¡Vaya joya que se lleva!

—Mamá: Elena y yo hemos terminado.

—¿Eh? ¿No estarás hablando en serio? —Conozco esa expresión en mi madre. Incredulidad en la mirada, nariz encogida, boca abierta y un minúsculo tembleque en la comisura de los labios. Un imperceptible tic que concentra una enorme tensión: el esfuerzo de los músculos del rostro por contener la explosión de gozo— Rubén, querido: ¿has oído?

—Hablo absolutamente en serio, mamá.

—¡Qué fuerte, Dios Santo! ¿Por qué ha sido?

—Diferencias insalvables.

—¿Después de tantos años? Por favor... No me lo puedo creer. ¡Ay mi Danielito! —Me abraza. Sospecho que aprovecha para tomar aire y destensar los músculos. Oigo un suspiro y la imagino sonriendo—. No te apures, mi vida. Ella pierde más que tú, tenlo por seguro. ¿Sabes? Elena siempre se creyó más de lo que era. O sea, muy bien de cuerpo, pero de clase... justita. La otra chica, la novia de Luis, ¿cómo se llama? Marina. Esa es mucho más fina y está mejor educada. Verás que pronto encuentras alguien de tu valía. Se van a pegar por ti —Se separa, agarra mis brazos y me mira con orgullo—. ¿Llevo o no llevo razón, Rubén? Con este porte... ¿Dónde van a encontrar alguien más guapo e inteligente? Espero que esto no haya afectado a los estudios.

—No, no les afectó.

—Fantástico, haces bien en no mezclar las cosas porque...

—Nos hemos separado precisamente porque Elena no aceptó que abandonara la carrera de Derecho.

La noticia cayó como una bomba. Un mazazo que, ahora sí, transfiguraba el semblante de mi madre sin que necesitara simularlo. Primero se quedó petrificada, luego comenzaron a temblarle las piernas. Le acerqué una silla e intenté tranquilizarla.

—No te preocupes, mamá: no dejaré los estudios. Lo único que quiero es cambiar, hacer algo que realmente me guste. Voy a estudiar paleontología.

—¿Paleoqué? ¡Qué fuerte, Dios Santo! ¿Has oído, Rubén? ¡Qué haces con el champán! Agua, tráeme agua. ¿Qué te ocurre, Daniel? No te reconozco. ¿No andarás con las drogas?

—No, mamá. ¿No entiendes que tengo derecho a mi propia personalidad?

—No me des este disgusto, Daniel —gimoteó—. ¿Así correspondes tanto sacrificio?

—¡Pero qué sacrificio! Si hay alguna víctima aquí, soy yo.

—Daniel, muchacho... —intentó mediar mi padre.

—Calla un momento, Rubén, que estoy hablando yo. ¿Tú una víctima o un privilegiado? Te hemos procurado los mejores colegios, te compramos el coche, hemos pagado todos tus caprichos ¿Te ha faltado algo? —Al ver que no conseguía conmovirme, la indignación comenzaba a transformarse en ira.

—Me ha faltado un abrazo, ternura, cariño; el verdadero amor de una madre, algo que nunca tuve —solté sin contemplaciones. Como si le bullera la sangre, se irguió como un resorte, encendida.

—¡Cómo te atreves! —dijo cruzándose la cara— ¿Así agradeces cuanto he hecho por ti? Toda una vida preocupada por tu futuro...

—Un futuro diseñado a medida de tus intereses. Jamás te ilusionó nada de lo que yo hiciera. Llevo grabada en la memoria tu cara de asco cuando te mostré mi primera medalla.

—Era por tu bien, Daniel. La natación te distraía de los estudios. Siempre estuve a tu lado, fui tu guía en este mundo.

—No, mamá; fuiste la rémora de mi felicidad.

—Pero Daniel... —quiso intervenir de nuevo mi padre.

—¡Calla, Rubén!

—Me marcho.

—¿Y dónde vas a ir? ¿Qué vas a hacer sin nuestro apoyo, sin nuestro dinero? Naufragarás.

—Puede que naufrague, mamá, pero sobreviviré. Donde me hundiría sería en vuestro lujoso transatlántico. Adiós.

—¡Daniel!

—No me llamo Daniel, mamá. Mi nombre es *Jaaagsri*.

—Pero qué dices. ¿Has oído, Rubén? Di algo, no te quedes ahí como un pasmarote. Estás mal de la cabeza, hijo; necesitas tratamiento.

—Tú sí que tendrías que haber recibido tratamiento —respondí mientras cerraba la puerta—, o al menos un curso básico de cómo educar a un hijo.

Esto ocurrió ayer. ¿No es realmente triste? ¡Cómo pude permitir que se llegara a esta situación! ¡Cómo no me rebelé antes! ¿Por qué fui tan cobarde y consentí tanto soborno? Pasé de ser un niño malcriado a un adulto despreciable, que vendió su dignidad por una poltrona.

Esta misma mañana acudí al banco con la intención de transferirles su sucio dinero, el que sobraba de este curso y el que había ahorrado en años anteriores. Hasta que pusiera orden en mi vida podría apañarme con el que tengo en la libreta que mi abuela puso a mi nombre y el depósito que me legó en su testamento. Pero a última hora cambié de idea. No me lo he quedado yo, por supuesto; he hecho algo mucho más justo: lo he donado a una ONG. Acto seguido les he mandado una carta escueta, justificando mi derecho sobre el dinero como una pequeña indemnización por el irreparable daño que me infligieron. Les he hecho ver que pondré el coche en venta y procederé de igual forma. Parece que estoy viendo a mi madre: «Tranquilo, Rubén: es solo un berrinche pasajero. Está furioso porque lo ha dejado esa lagartona y lo paga con nosotros. Pronto se le pasará y llamará llorando, suplicando que le perdonemos. Y si le puede el orgullo, ¿cuánto piensas que aguantará cuando se le agote el dinero? ¿Te imaginas a Danielito fregando platos? ¡Dios Santo! Si no es capaz ni de freírse un huevo. Ya acudirá a nosotros y entonces, óyeme bien, Rubén, óyeme bien, entonces nos mostraremos inflexibles. Como el *tontolaba* de tu hijo pierda el curso va a recibir los euros con cuentagotas. Ten paciencia y verás cómo regresa implorando y prometiendo matriculas y sobresalientes». Mi madre, desde luego, no me conoce.



En este país no se puede cursar Paleontología de manera independiente; hay que elegir entre Geología y Biología. Viniendo de letras, pensé que la primera opción me resultaría más asequible. Lo que nadie comprendía —ni siquiera Luis, me duele decirlo— era que me trasladara a otra ciudad, siendo Salamanca uno de los seis lugares de España donde es posible estudiar Geología. Sentí la necesidad de huir, de buscar otros aires que no me ahogaran, distanciarme para apreciar todo desde otra perspectiva, aislarme en la soledad y ponderar los acontecimientos en la balanza de mis sentimientos. Al mismo tiempo, ¡quería más sol! Una terapia para la ansiedad, eso es lo que le dije a Luis. Propuso varias alternativas, desde reclamar ayuda de personal especializado hasta vivir unos meses juntos. Mi mejor amigo no lo concebía. Y es que ciertos avatares de la vida solo los entiende quien los padece. No es que yo despreciara ayuda. Simplemente, hay trastornos del alma inaccesibles a los psicólogos, de igual forma que existen problemas del corazón que no soluciona el cardiólogo porque no son patológicos. No hubo manera de convencerlo. Resignado, me abrazó y soltó con un suspiro: «Joder: ¿con quién me tomaré ahora las cervezas?».

Cierto es que en mis intereses primaba el conocimiento a la titulación, pero me matriculé en la Facultad de Ciencias Experimentales de Huelva con la intención de obtener el Grado en Geología y demostrar que ni había perdido el juicio ni mis pretensiones de futuro se inspiraban en la holgazanería.

Pronto descubrí que los estudios no respondían a mis expectativas. Sabía de antemano que solo se impartía paleontología en segundo curso: doce míseros créditos en cuatro ineludibles años, y que sería larga la espera y formidable el sacrificio para llegar al postgrado, pero no imaginaba que las materias me resultarían tan displicentes. Y tan complicadas, nunca se me dieron bien las matemáticas. Para colmo, no sé qué película se inventaron para trocar en el orden la asignatura de Cartografía, que estaba programada para el primer cuatrimestre, por la de Biología, que debía impartirse en el segundo. Digo para colmo porque lo que *a priori* se presentaba como un aliciente, pues la biología es realmente apasionante, se convirtió en un escollo infranqueable. Y no por la complejidad de la materia, sino por el profesor que me tocó en desgracia: un tipo cargante y estirado con manifiestos aires de superioridad. Un maestro liendre redicho y fantasmón. Un etólogo de pacotilla.

Apenas hacía dos semanas que comenzaron las clases. Sin venir a cuento, el susodicho quiso castigarnos con una peculiar perorata sobre la evolución del comportamiento humano. Tuve el aplomo de soportar el aluvión de pamplinas, pero me vi incapaz de refrenar el impulso de corregirle cuando se refirió a nuestros ancestros como homínidos. Pretendía hacerle entender la inconveniencia del término, que aun reconocido y de uso generalizado, no dejaba de ser impreciso. Con educación le sugerí que se refiriera a ellos como seres humanos, por considerarlo más justo, porque, al fin y al cabo, lo único que en esencia nos diferencia es el conocimiento heredado. Fuere por chulería o porque yo no exhibía escote, el figurón me ignoró. Al reincidir le insisto y, en esta ocasión, me reprende como si fuera un crío y, con muy malos modos, me dice que no eran más que monos sin cerebro que un día aprendieron a caminar sobre dos patas. Le respondo que mona sería su puta madre. Y ahí acabaron mis estudios universitarios.

El infeliz episodio que reseñé anoche me tiene consternado. No por la opinión de aquel mamarracho, tampoco porque abandonara los estudios; es porque temo que no esté consiguiendo comunicar algo fundamental. Doy por hecho que la mayoría de lectores —espero que algún día los haya— reprobará mis dotes de narrador. No me duele en prendas pedir disculpas por las taras técnicas, aunque, en realidad, es algo que no me preocupa. Lo digo con toda la llaneza del mundo. Con mejor o peor fortuna he contado mi historia, los extraordinarios sucesos que acaecieron en mi visita a los yacimientos de Atapuerca. Habrá quienes hayan disfrutado, quienes se hayan emocionado y, cómo no, quienes se hayan aburrido. La ley de los gustos. Pero el testimonio queda ahí. Lo que sigue sí que me preocupa, porque todo cuanto he escrito carecerá de valor, o al menos de sentido para mí, si fui incapaz de transmitir un sentimiento. Al contrario que a ustedes, a mí me resulta extremadamente sencillo retroceder al ecosistema de hace medio millón de años. Cierro los ojos y me veo de nuevo compartiendo existencia con las personas que poblaron entonces nuestro planeta. He dicho bien: personas. ¡Cuánto me molesta que se diga homínidos! Y aquí es donde me resulta todo tan inefable. Tanto que... no sé cuánto tiempo he invertido en redactar estas cuatro líneas. Yo lo veo y lo entiendo. Está ahí: en las brillantes pupilas de Ojos Claros, en el diente que dulcifica la despoblada sonrisa del Abuelo, en el desencajado rictus de Vulcano cuando se responsabiliza de no preservar esa última llama, en el abrazo de Golfillo, en las lágrimas de alegría y gratitud de la Bruja, en mis propias lágrimas, contagiadas de hilaridad y ternura. Es el Amor. Aquellas eran personas repletas de Amor. No el amor. El Amor. Ellos me hicieron ver, me enseñaron, prendieron la luz en mí, y es inútil que continúe escribiendo porque jamás conseguiré explicar lo que es imposible expresar con palabras. Si pudieran ahora ver mis ojos, si pudieran siquiera asir mi mano trémula, vislumbrarían algo de lo que les quiero decir. Comprenderlo es otra cosa. Para comprenderlo hay que vivirlo. El Amor no se entiende, no se explica; el Amor se vive y se siente. «Monos sin cerebro». ¡Maldito malnacido!

Ayer me presenté en Zarapicos sin avisar. Si el tiempo acompañaba, jugar unos hoyos era lo habitual en esa familia el Día de Todos los Santos. Y si no acompañaba, daba lo mismo: se echaba el día en el club social. Llegué a la hora del té —o de los bourbones, según quién— y allí estaban todos: los que durante muchos años fueron mis futuros suegros, los abuelos de Elena y el pimpollo de su hermano. Cada cual en su papel, tal y como imaginaba. Lo que no esperaba era ver a mi ex tonteando con el impreztable de Arturito Berrenechea. Era evidente que lejos de exiliar su corazón lo había reformado. La primera que se percató de mi presencia fue la madre de Elena. Su rostro se descompuso. Parecía haber visto un espectro.

—Daniel: ¿qué haces aquí?

—Soy socio, Carlota, ¿o ya lo has olvidado? —Me permití tutearla. Sé cuánto le fastidia— Puedo entrar y salir cuando me plazca.

Al contrario que su madre, el semblante de Elena no se demudó. Siempre fue muy sagaz: estaba preparada para el reencuentro.

—¿Qué quieres, Daniel?

—Quiero que hablemos.

—Ya está todo hablado. Creo que lo dejamos bien claro.

—Solo serán cinco minutos.

—¿No la has oído? Haz el favor de dejarnos en paz —pretendió imponer su empalagoso acompañante. El niño de papá se envalentonó porque confiaba encontrarse al chico comedido de siempre. Se llevó una desagradable sorpresa.

—Tú te callas o te reviento la cabeza. Elena y yo vamos a hablar; como te muevas de ahí te inflo a hostias —Mi firmeza no daba lugar a dudas: hablaba completamente en serio. Arturo palideció, agachó la cabeza y se metió el farol por aquel lugar donde la espalda pierde su nombre. Salí con Elena al jardín para estar solos.

—Démonos otra oportunidad, Elena —dije sin ambages—. Tú y yo, por encima de todo, de la familia, de los estudios, de esta espantosa aristocracia.

—No puede ser, Daniel. Nuestro amor se rompió, y cuando algo se parte, por bien que se intente pegar, jamás queda igual —Esa retórica era impropia en ella. ¡Qué bien se tenía estudiado el papel! Le respondí con mayor elocuencia.

—Eso no es del todo cierto. El amor no es un jarrón que se hace añicos. Su naturaleza lo hace moldeable, como la plastilina. Podemos unir los trozos que separamos y volverá a ser el mismo bloque.

—Han pasado siete meses. Fue muy duro para mí. Ahora estoy rehaciendo mi vida; quiero rehacer mi vida —recalcó—. ¿No puedes entenderlo? Por favor, márchate.

—Parece mentira que sea tan sencillo para ti pasar página. Supongo que habrás investigado: ¿qué patrimonio posee ese mequetrefe?

—¡No tengo por qué aguantar esto! —exclamó indignada y regresó a la sala. La seguí de forma maquinal. No tenía sentido: era evidente que nada me ligaba ya a aquel mundo.

—No montes un numerito. Te lo estoy pidiendo por favor. Si me guardas un poco de cariño, márchate —Elena suavizó el tono al advertir que se había metido en la boca del lobo: todos observaban.

—No temas. Me voy; me da asco todo esto.

—Gracias, Daniel. Créeme que lo siento. Podemos seguir siendo amigos.

—Adiós, Elena.

—Adiós, Daniel. Te deseo lo mejor, de verdad. ¿Acudiste al psiquiatra como te recomendé? —Al momento se dio cuenta de que, por quedar bien, había metido la pata.

—Sí que fui —respondí con serenidad, pero subiendo el tono para que se oyera bien claro—. Dijo que no necesitaba medicación, que la terapia que más me convenía era dejar de hablar con furcias.

Un hipido descolló en el silencio. Era imposible no saber de quién procedía. Quise dedicarle mis últimas palabras:

—Buenas tardes, señores. Por cierto, Carlota, ¿quién te ha peinado? Estás horrorosa.

No sé por qué fui a verla, por qué me rebajé de esa manera. Tal vez por la desesperación de no encontrar mi sitio, de sentirme una y otra vez desubicado, de ver cómo el mundo se abre a mis pies y no tengo dónde sujetarme. Volver con Elena no hubiera solucionado nada. Es posible que acudiera en su búsqueda porque necesitara cariño, aunque fuese un despojo imperceptible entre la compasión. Es más que posible.

Otro día, el uno de noviembre, para añadir a mi desgraciado palmarés. Otro día funesto. Y este lo podría haber evitado. Una vez más me volví a equivocar. Debí hacer ayer lo que hice hoy: llorar sobre el regazo de mármol de mi abuela.

Han pasado treinta horas, y todavía me retumba en la cabeza la fastidiosa palabra: psiquiatra. No tengo nada contra ellos, al contrario. Pero yo no necesito tratamiento psiquiátrico. Y todos me vienen con lo mismo. Psiquiatra, psiquiatra, psiquiatra, psiquiatra. ¡Basta ya!

Ahora mismo llamo a Luis y le voy a pedir... ¡no: le voy a exigir! que si aprecia nuestra amistad, se abstenga de nombrar esa palabra en mi presencia. ¡Ay, Luis, Luis...! Él no cesa de llamarme. Se preocupa por mí, pero yo solo necesito que me crea, que se comporte como un verdadero amigo. Amistad es complicidad, por dentro y por fuera. Ha llegado a decirme que le importa un carajo lo que me ocurriera en Atapuerca, fuese cierto o no, que lo único que le interesa es mi salud. Mi pide que olvide el pasado, desde Elena hasta el último de los *heidelbergensis* —ha conseguido aprenderse el nombre— y yo le insisto que me resulta imposible olvidar. No alcanza a comprender cuánto cuesta resignarse al infierno cuando se conoció el paraíso. La última vez que hablamos se despidió abatido, diciendo que yo no necesitaba un amigo, que eso ya lo tenía, que lo que yo demandaba era un paladín, un acérrimo defensor de mi historia. Pobre Luis, que piensa que todo se arregla bebiendo cerveza y echando un polvo.

De un tiempo a esta parte me muevo a base de impulsos. He dejado de ser una persona metódica, fiel cumplidora de una vida programada hasta en el más mínimo detalle, moderada en los juicios, previsor, prudente en la toma de decisiones. Desaparecidos intereses y objetivos, carece de sentido planificar ni actuar conforme a patrones coercitivos que impliquen sacrificios estériles. La crónica de cada día depende en gran medida de mi estado de ánimo al despertarme. Si la cabeza reclama soledad, le ofrezco un templo de recogimiento bajo la almohada. Si el cuerpo me pide espacio, camino y me lleno de aire. Voy por el mundo y por mi mundo sin pretensiones y me dejo llevar por la primera idea que se me ocurre, sin detenerme a valorar consecuencias. ¿Me apetece algo? Lo hago. Ahora soy una persona impredecible y, a los ojos de la sociedad, vaga, inconsciente e irresponsable. Pero más libre.

Estar ocioso reporta múltiples ventajas. Antes desayunaba un café ojeando los titulares del periódico. Desde que dejé de porfiar con el tiempo, más que desayunar almuerzo, tomo tantos cafés como me viene en gana y no escapan a mi inspección ni las necrológicas. Esta mañana el diario publicaba un artículo sobre alternativas culinarias. Un conocido bar de Valladolid había decidido ofertar una amplia variedad de insectos importados de Tailandia. La carta incluía hormigas, escarabajos, saltamontes, gusanos, grillos y escorpiones. Al momento se me hizo la boca agua. Dejé caer la tostada con un mohín de desagrado. De repente, al paladar le repugnaba la mantequilla. ¡Añoraba el sabor de los saltamontes!

Entregué al camarero un billete de veinte euros y, sin esperar el cambio, me dirigí con febril prisa a la estación de autobuses. Hubiese sido más razonable buscarlos en un supermercado oriental, o incluso cazarlos en el campo, pero la razón no gobierna ya mi vida. Si en lugar de esa noticia me hubiera encontrado un reportaje sobre los chapulines colorados de Oaxaca, no habría dudado en tomar el primer vuelo hacia México, aunque agotase con ello todos mis cuartos. El dinero está para gastarlo. Cuando se acabe, se acabó. Y no pienso trabajar para conseguir más, esclavizarme por propia voluntad, contribuir a la explotación capitalista, a la injusticia social, a que el rico sea cada vez más rico y el pobre más pobre. Me niego. En rotundo. Viviré de las sobras. Con un solo contenedor de basura podría alimentarme una semana entera. Y si no, siempre quedarán los saltamontes silvestres. Por cierto, los de Pucela estaban deliciosos.

**7 de diciembre del año 300002**

Transcribo literalmente la noticia que acabo de recortar de La Tribuna: «El propietario del Gran Circo Sofia, Dimitar Kolev, ha denunciado la muerte de una de sus fieras, un león albino de nombre Kimza, principal atracción de su espectáculo. Todo parece indicar que se trata de un nuevo caso de envenenamiento por estricnina, lo que elevaría a cinco el número de leones matados recientemente por el mismo sistema: tres leonas del parque de animales Safari Madrid y un viejo macho del parque natural de Cabárceno. La policía investiga el caso, obra sin duda de un desalmado perturbado».

Jodido *groustur*. Un hijo de puta menos.

Está visto y comprobado que solo pasas desapercibido si te comportas como un borrego en un rebaño. En el momento en que haces algo fuera de lo que esta engreída sociedad considera normal, te tratan como un bicho raro. Es algo que se nota: en las palabras, en el tono y en el lenguaje corporal. No necesito ser un experto en cinésica para entender que repugno a los vecinos, que el tendero me atiende como si fuera un delincuente y que al camarero le molesta mi presencia. ¿Y cuál ha sido mi delito? Ser natural y consecuente. Si tirara la basura con escrupulosa regularidad, si acudiese siempre aseado a comprar el pan y si no me tomara cinco cafés seguidos, reflejaría la imagen de una «persona normal». Por desacatar las ridículas normas que imponen la moda, me tildan de guarro, de gandul y de faccioso. Si llueve, no tiro la basura; si hace frío, tampoco. Y no veo necesidad de lavar la ropa cada dos por tres. ¿Es lógico que prime la cursilería particular al respeto por el medio ambiente? Hemos hecho de la pituitaria una niña malcriada y consentida, sensible al olor humano e ineficaz para captar el de los depredadores. ¿Qué el sentido del olfato fue evolucionando a medida que desaparecía el riesgo de terminar devorado? Puedo admitirlo, pero lo que me parece incongruente es que se sienta repulsión por el inocuo olor humano y se tolere la perniciosa pestilencia de los hidrocarburos. Más que evolución yo hablaría de involución, al menos en lo que respecta al sentido común. Hemos desarrollado el cerebro de manera extraordinaria, pero no somos inteligentes. Me niego a aceptar que pueda llamarse inteligente una especie que destruye su propio medio. El *sapiens* está abocado a su desaparición; se merece la desaparición. Por imbécil y egoísta.

Ahora soy yo. Tal cual. Sin tapujos. Ni sigo dogmas ni obedezco órdenes. Soy fiel a mis principios. Y lo mismo un día me uno a un grupo antisistema y me enfrento a la policía que otro me paso la tarde charlando con un anciano en la residencia de mayores. Tiempo me sobra, es lo que tiene vivir sin grilletas. ¡Cuánto ha cambiado mi vida! Y para mejor, que a nadie le quepa la menor duda. Sin más, pese a lo que pudiera desprenderse de mis anteriores palabras, hoy me siento extraordinariamente bien. Pleno. Útil. Esta mañana escuché la noticia. La Fundación Vive apelaba en rueda de prensa a la solidaridad de todos los salmantinos para salvar al pequeño Joel, un niño de cuatro años con síndrome mielodisplásico, enfermedad que daña las células productoras de sangre en la médula ósea. Ante la dificultad para encontrar un donante adecuado, la única esperanza pasaba por un tratamiento de selección embrionaria para concebir un hermano cien por cien compatible. La madre debía trasladarse a Bruselas para una costosa terapia genética por la que le implantarían embriones libres de la anomalía presente en los cromosomas del niño, a quien en las actuales circunstancias no daban más de dos años de vida. Una desesperada carrera contra el tiempo. No me lo pensé dos veces: me presenté allí y pedí a los padres y al presidente de la asociación que me acompañaran al banco. Mi abuela me había dejado nueve mil euros a plazo fijo. Cancelé el depósito y ordené una transferencia por la totalidad. Las lágrimas de esos padres cuando escucharon el importe que donaba es lo más hermoso que he visto en mi vida.

Sigo caminando, la frente erguida, orgulloso de ser como soy, pero imbuido de una infinita tristeza, la impotencia de estar condenado a vivir donde otros ven un vergel y yo no distingo más que un erial con millones de rosas que marchitan sin comprender su belleza.

**18 de diciembre del año 300002**

Normalmente no rezo, pero si estás ahí, por favor, sálvame Superman. Sí, te llamo a ti, Superman. Estoy jodido, ja, ja, ja. Completamente jodido. Superman, ¿me oyes? No dije Dios, dije Superman, ja, ja, ja. ¿No te gustó la voz de Homer? ¿Prefieres oír a Medio Pie? Muy bien: *taaster juiler turstors*. Ja, ja, ja.

Hay trenes que solo pasan una vez en la vida. ¿Por qué no hice caso al corazón y me quedé con ellos? ¿Por qué no obedecí lo que imploraba aquella mirada? Soy un ingrato que dio la espalda al cariño puro, un insensato que eligió el vasallaje a perpetuidad, un cobarde incapaz de demostrar abiertamente su predilección. Me maldigo por no tomarla en mis brazos y realzar su valía, presumir de ella ante todos, hacerla mi reina. ¡Cuánto daría ahora por estar a su lado! Ella es tanto para mí... Es más que cualquier cosa. Más que el frío y el calor. Más que la lluvia y el fuego. Más que el dolor, que la risa, que la alegría o la pena. Más que mis venas, más que el aire que respiro. Todo para mí.

Y todo lo perdí. Nada me queda, solo su recuerdo y estas letras. Estas letras que, a la vez que desahogan, torturan. No quiero seguir escribiendo. No sé por qué escribo. No sé para quién escribo. Nadie lo va a leer. Nadie lo iría a comprender. ¿Para qué plasmar en papel el dolor que secreta mi piel si jamás desaparecerá de mi cuerpo? ¿Para qué perpetuar su existencia más allá de mi propia vida? No quiero escribir más. No quiero que perdure lo que he escrito. No me va a temblar el pulso porque hace tiempo decidí hacer en todo momento justo lo que me apeteciera. No me importa tirar el trabajo. Ahora lo que quiero es eliminar este archivo y eso es lo que voy a hacer. Un clic y fin de la historia. Hasta nunca.



Cuando se toman decisiones en caliente, las consecuencias pueden no ser las que en el fondo deseamos. No contento con eliminar este documento, me ensañé con el ordenador hasta destrozarlo. El bajón y la bebida activaron mi ira, aunque también, no sin fortuna, salvaron esta historia. Quise matar un mosquito a cañonazos cuando hubiera complicado mucho más las cosas vaciando la papelera de reciclaje. Una prueba más de que violencia y razón son incompatibles. Así que aquí estamos de nuevo, la escritura y yo, después de un período que me ha parecido más largo de lo que marca la fecha del anterior capítulo. Seis semanas cuando hubiera jurado que fueron seis meses. Gran misterio el tiempo, que lo mismo dispensa minutos que pesan días, que semanas que se esfuman como suspiros. Quién sabe si el tiempo no existe más que en nuestra mente.

Salí de casa tras el ataque de furia y no regresé hasta ahora. Si acaso —no puedo ubicar con exactitud este hecho en el tiempo— la noche que quemé los muebles. Recuerdo que me moría por sentarme al calor de una poderosa llama. Todo estaba mojado y caí en la cuenta de que la palabra hogar, como hoguera, deriva de fuego. ¿Qué mejor lugar, repleto de enseres inútiles, para abastecerme de madera? Con paciencia, sin hacer ruido, fui sacando muebles a la calle. Serían las dos de la mañana cuando les prendí fuego. ¿A quién podría molestar? Pues a algún insomne e impertinente tocapelotas. El típico perro amargado del hortelano a quien fastidia la felicidad ajena. Justo cuando la hoguera estaba en su apogeo apareció la policía y, tras ella, los bomberos.

No fue el único problema que tuve con la pasma pretoriana. Un día —tampoco recuerdo cuándo— leí en un recorte de prensa un artículo que hablaba sobre la gente que fallecía en el Tercer Mundo a causa de enfermedades erradicadas o de escasa incidencia en los países desarrollados. Millones de muertes evitables con una simple vacuna o con un tratamiento adecuado. Aquello me salió del alma. Me colgué dos carteles y me fui a la Plaza Mayor a pregonar las verdades del barquero: que resulta más rentable investigar en tratamientos de belleza que en enfermedades tropicales, que la industria farmacéutica está más interesada en crear enfermos crónicos que en curarlos y que se potencia la mutación de virus estacionales para que el negocio nunca decaiga. A la policía tampoco le gustó esta iniciativa.

No hay colectivo más eficiente que los cuerpos de seguridad. La ley es la ley y la hacen cumplir a rajatabla, por estúpida que sea. Que detienen veinte veces a un individuo por el mismo delito, como si son quinientas. Que hay que ejecutar una orden de desahucio contra una señora en paro y con dos niños, se ejecuta, a las buenas o a malos. Que hay que impedir un escrache a un político corrupto, orejeras en acción y aquí no pasa ni Dios. Que hay que desalojar de la calle a un hombre honesto que no pretende otra cosa que calentarse, se desaloja a rastras. Así son: máquinas infalibles, robots programados al servicio del poder, mercenarios imperturbables, perseguidores del chorizo barato y protectores del chorizo ibérico. Padres de familia honrados y trabajadores. Buenos cumplidores. Ciudadanos indignados con porra, cuya principal misión consiste en contener a los ciudadanos indignados sin porra. Verdaderos héroes de una sociedad adoctrinada, que cuando llegan a casa se quitan el uniforme y se funden en ella, maldiciendo y despotricando de los mismos abusos que acaban de proteger. El sistema. Se ofrece seguridad a la población, que la necesita, aplaude y valora, y como contrapartida se garantiza la continuidad del genocidio económico. El putito sistema, que se resume en cuatro palabras: todo para pocos y una mierda para muchos.

Cada día me enorgullecen más mis actos. Nunca antes alcé la voz contra la injusticia, ni apoyé una manifestación o secundé una huelga. Jamás empleé tiempo alguno en compromisos de altura. Aquella maravillosa experiencia en el pasado hizo que venciera la pasividad y me hiciera una persona. Pero cuando eres una persona, chocas con el sistema. Las fuerzas de seguridad, lo quieran o no y para su desgracia, son los gorilas del sistema. A quienes antes admiraba ahora tengo manía. Hace unos días, sin más, me crucé con una pareja de picones y solo por incordiar me puse a mear en un alcorque. Unas señoras que tomaban un té a escasos metros se escandalizaron. Seguro que no habría ocurrido tal cosa si en lugar del miembro les muestro un Rolex de oro y platino. No, el derroche no escandaliza a nadie. Total, que añadí a mi particular colección de denuncias una por exhibicionismo.

No me ha movido a regresar reencontrarme con este diario pues, como dije, ni siquiera sabía si lograría rescatarlo. He vuelto por Luis. Me ha insistido tanto, casi me lo ha implorado. Sé que está sufriendo por mí, pero no puedo dejar de ser yo por muy amigo mío que sea. La caridad comienza por uno mismo. En fin, tampoco pasa nada por salir a tomarme unas cervezas... salvo lo extraño que me resultará codearme con pijos en un local de moda después de haber convivido con indigentes. Necesitaba aislarme de las navidades, así se lo dije a Luis. Solo a él le di mi nuevo número de teléfono, bajo promesa de que lo mantendría en secreto y no me llamaría mientras no hubiera nada urgente que comunicarme. Cumplió su palabra a medias. No me atosigó, pero me llamó con cierta regularidad, y aunque no llegó a facilitarme el número a mi padre, quedó con él para hablar conmigo. Una encerrona piadosa.

—¡Daniel! ¿Cómo estás?

—Bien, papá.

—Vuelve, hijo. Estoy en Salamanca. Dime dónde te encuentras y paso a buscarte.

—Estoy a gusto aquí; necesito un poco de soledad, no te preocupes.

—¿No te das cuenta? No puedes seguir entre mendigos y vagabundos. Eres una persona de abolengo.

—Soy una persona como cualquier otra. ¿Está mamá contigo?

—No ha podido venir, pero me manda besos. Está deseando verte.

—No mientas, papá. Ella desconoce que tú estás aquí.

—¡Qué importa eso! Tu madre es muy orgullosa, pero sabes perfectamente cuánto te quiere.

—¿En qué hotel celebrasteis el Año Nuevo?

—¿Eh? ¿Por qué lo preguntas?

—Quiero saber qué tal pasasteis las fiestas. Apostaría a que no me echasteis de menos.

—Claro que te echamos de menos.

—¿Sí? ¿Dónde? ¿En el Ritz o en el Palace?

—Daniel, una cosa no quita la otra. Sabes que te queremos y que pensamos en ti en todo momento.

—Si me quisierais, habríais removido cielo y tierra para encontrarme y hubierais tomado las uvas conmigo aquí mismo, debajo de un puente.

—A mí no me hubiera importado, pero no podía pedirle eso a tu madre. Ya la conoces, a ella le encanta recibir el año con sus amigas. Tienes que ser justo, Daniel; fuiste tú quien nos dejó.

—Sí, pobrecita, con lo que le gusta la fiesta y el glamour... ¡Cómo pedirselo!

—Eso es, Daniel —convino sin querer captar la ironía en mis palabras.

—Das pena, papá. Tan autoritario cuando luces los galones y el mayor de los monigotes en casa.

—¡Daniel! No te permito que...

—Adiós, papá.

Corté la llamada y mantuve el teléfono apagado durante dos semanas. Sé que mi padre se preocupa por mí. Sé que mi madre también, pero nunca me aceptaría sin la toga, o al menos sin la distinción y el refinamiento propio de la clase alta. Y sé que mi padre acudió a buscarme porque temía que un día llegara a oídos de sus amistades las extravagantes andanzas de su hijo.

Ni mi padre ni Luis conocen el motivo por el que me fui a vivir a la calle. Huí para lenificar el padecimiento. Una tentativa que funcionó en parte, favorecida por la distracción que toda novedad conlleva. Pero en el fondo, y aunque no descarto repetir, sé que todo lo que emprenda no será más que pan para hoy y hambre para mañana, porque mi mañana está en el ayer, siempre va a estar en el ayer.

Llaman a la puerta; será Luis, le prometí que saldríamos. Tendré que lavarme, no quiero que por mí pase vergüenza.

Como suponía, la mejora no fue más que un espejismo. Por más que intente convencerme mediante continuos soliloquios, por muchos acuerdos que suscriban mi yo sumiso y mi yo díscolo, por más que aplauda cada nuevo propósito, los ánimos caen en picado nada más levantar el vuelo. Como siempre. Resulta inútil pretender ignorar la obviedad de este axioma: no es posible. NO ES POSIBLE. NO ES POSIBLE. NO ES POSIBLE. NO HAY MANERA DE QUE SEA POSIBLE. Resulta inútil insistir, pero también resulta inútil admitir. Todo resulta inútil. Resulta inútil vivir.

Estoy atrapado en esta jungla de hormigón. Perdido en mi propio paradero. Desubicado. Errante en una pertinaz locura. Solo. Aunque Luis no me aparte de su mente, estoy solo. Hace mucho que perdí el apetito. Hay días que no tengo fuerzas ni para levantarme. Siento que mis neuronas envejecen a un ritmo galopante, que se me agria la sangre. Se me escapa la vida y no me veo con voluntad de retenerla. Noto cómo me muero en vida. Mi alma enferma yace impasible, sumida en el más absoluto aburrimiento. Me ahogo. Necesito abrir puertas, buscar una salida, romper el sepulcro. Pero cuando consigo respirar y me levanto y doy dos pasos, firme el primero, titubeante el segundo, desaparece el suelo bajo mis pies y caigo al vacío. Una caída interminable en la nada. Una nada que se cuela por cada uno de mis poros, que se va apoderando de mí, que me subyuga. Hasta que nada me queda dentro. Hasta que no soy nada. Aquí no soy nada. Quiero salir, llenar el vacío que impera en mi vida. Pero lo único que consigo es volver a mi encierro, una y otra vez, como ánima que de manera inexorable regresa a su sepultura.

Ustedes no lo entienden, no saben cómo me siento ahora, no pueden verme llorar a lágrima viva, cómo me retuerzo de dolor. Si alcanzaran a imaginar cuánto estoy sufriendo... ¡Joder, añoro tanto a mis amigos! El silente Vulcano, el contagioso optimismo del Hombre Arbusto, las travesuras de Golfillo, la intrépida Viuda, las caricias de Muñeca, el constante prurito de Medio Pie y su hermoso corazón, la ternura de Bebé, la delicadeza de Muchacha, mi preciosa Brujita. A todos echo de menos, a Gordita, a la Bruja, a los Mellis y, más que a nadie, a mi princesa, aquella a quien no tuve el valor de querer. Rechacé la verdad que traslucía su mirada cristalina, la felicidad que irradiaba su descuidada sonrisa, los versos que componían sus indescifrables palabras. Algo se fraguaba entre nosotros. Ojos Claros lo sabía, la resentida Viuda lo sabía, los hombres no intentaban copular con ella porque lo sabían. Todos sabían que era mi favorita, que sería mi mujer. ¿Cómo no me di cuenta de cuánto la quería? Fui un cobarde y por eso me merezco este castigo. El eterno exilio. Lejos de los seres que realmente quiero. Lejos de mi familia. En aquel ignoto lugar es donde se encuentra mi verdadera familia. Allí dejé la felicidad. Allí quedé mi hogar. Por eso este mundo que llaman civilizado se me hace inhóspito. Por eso y porque todo es menos natural, menos humano.

Puestos a comparar, no hay color. Antes la tierra era de todos; ahora se parcela separando zonas residenciales y palacios, de guetos y cotarros. Aquí se tira la comida y allí cualquier parvedad era una bendición. Por donde mires en esta «avanzada» sociedad no ves más que estupideces. Individuos bobos a no poder más. ¿Cómo catalogar, si no, a quienes al dictado de la moda maltratan sus pies con incomodísimos tacones, destrozan sus prendas o recortan los pelos que protegen la nariz y el oído? Podría aportar innumerables ejemplos como estos, incluso más ilustrativos, hasta llegar al que eleva el disparate a su grado máximo: la muerte gratuita. ¿Tiene sentido matar por un trozo de tierra cuando hay millones de hectáreas abandonadas, entablar una guerra por recursos siendo este planeta tan rico y autosuficiente? No creo que nadie en su sano juicio pueda sostener que este no es más que un mundo de sinsentidos, pancista e insolidario.

Nada sabe igual para quien probó el néctar de los dioses. Aquella experiencia vital, tan profunda, fue alquimia para mi ser. Una maravillosa catarsis que me transformó por completo, que me hizo ver, comprender y amar, cosas que antes, sin saberlo, confundía. Aprendí a valorar todo mucho más, a agradecer cada regalo de la naturaleza, a disfrutar los buenos momentos. No somos conscientes de que nos pasa la vida por encima y no nos enteramos, engullimos su jugo en lugar de saborearlo. Eso explica que allí los días volaran como segundos, y aquí los segundos parezcan eones. Para mi desgracia, cuando encontré el reloj que marcaba el ritmo de la vida que quería vivir, sus manecillas dejaron de funcionar.

Me he acostumbrado a que nadie me crea; no espero, por tanto, nada distinto en los posibles lectores. Sé que pensarán que están ante una historia apócrifa y que mis tribulaciones son fingidas o exageradas, porque no se puede perder lo que nunca se tuvo. Pero yo sí lo tuve. Lo tuve, lo tuve...; sé que lo tuve. ¿Cómo, si no mediante la convivencia, pude aprender tantas palabras de su habla? Esta es una prueba de mayor peso que ninguna, no sé por qué no la planteé antes. Ellos también repetían mis expresiones. Ja, ja; ese Medio Pie pregonando *oops* o *mosquis*... ¡Parece que lo tuviera delante! Mis amigos del alma. En la memoria llevaré por siempre su acervo y en mi corazón su impronta.

El afán egoísta de las personas seleccionó los resabios del atavismo, despreciando la herencia más noble. Y este es el resultado. Nos creemos únicos, la especie más inteligente, los amos del universo, y no somos más que los últimos invitados en llegar a la fiesta del planeta y, con toda probabilidad, los primeros que se irán. Si condensáramos la historia de la Tierra en un año, el *sapiens* apenas ocuparía los minutos finales. No somos más que una insignificancia.

Dejando a un lado los vicios adquiridos, ¿qué nos diferencia, en esencia, de nuestros ancestros? Quizá la inquietud por imaginar, soñar un mundo mejor, un futuro distinto. La imperiosa necesidad de subsistir día a día no dejaba huecos para la imaginación más allá del propio sustento. Somos los mismos, maleados por la ambición, pero los mismos: actores que se suceden en distintos escenarios de una obra, la de la vida, que jamás varía.

No sé cuánto tiempo lleva lloviendo a mares. He perdido la cuenta de los días. De hecho, he perdido la cuenta de todo. Acabo de regresar de la calle. No me apetece escribir, lo hago porque presiento que llega el momento de cerrar este diario. Y mañana podría ser tarde. Prefiero ahora, aunque me encuentre empapado y aterido. Desafiando a la corriente eléctrica, casi invitándola a poseerme, voy haciendo desfilas, por esta limpia pantalla, palabras que nacen de un teclado hundido en una ciénaga donde confluyen gotas de lluvia, lágrimas de dolor y sangre de rabia.

Hacia muchísimo que no abandonaba estas cuatro paredes y no lo he hecho para reponer víveres en la desolada despensa, tampoco por tirar la basura, a pesar de que incluso a mí me resulta ya molesto el tufo que impregna la casa; salí a la calle cuando más llovía, desafiando mi aversión al agua porque... deseaba cantar de nuevo bajo la lluvia, porque quería bailar otra vez con mi dulce patosa.

Estuve viendo *Cantando bajo la lluvia* esta misma mañana. No era la primera vez que rememoraba la escena, he visto tantas veces la película desde entonces... Pero en esta ocasión me caló más hondo. Quizá tuvo la culpa este diluvio. Tal vez mi resistencia emocional haya llegado a su límite. En cualquier caso, no debí intentarlo. En un primer momento me ilusioné porque, de tan vehemente que era el deseo, logré trasladarme a otro lugar y otra época, y más que imaginar los veía a mi lado. Puedo jurar que por unos instantes fueron tangibles. Acaricié el rostro de Ojos Claros, reía el Hombre Arbusto, los niños chapoteaban a mi lado. Y de pronto un rayo atravesó la noche fulminando con su luz el encanto. Cambió amigos por farolas, risas por truenos, y todo se me vino abajo. Hincé las rodillas en el suelo y dejé de cantar y bailar bajo la lluvia para llorar y arrastrarme por el fango.

Poco a poco fui reptando hasta la acera. Me costó llegar. Más aún me costó levantarme y alcanzar la puerta de mi piso. Sin embargo, no me supuso ningún esfuerzo partirme la cara con el espejo del ascensor. Como si castigándome se solucionaran las cosas.

Me despertó la claridad. Eso solo podía significar dos cosas: que seguía vivo un día más y que había cesado la maldita lluvia. Suspiré aliviado, el diluvio me estaba trastornando; la anterior mañana amanecí palpándome el cuello excitado y nervioso, con el absurdo temor de que mis dedos descubrieran la aguanosa textura de las agallas. Con mucho esfuerzo, como si me hubiesen dado una paliza, conseguí llegar a la ventana. Me costó abrimme paso por el reino de la incuria. Descorrí las cortinas y levanté por completo la persiana para llevarme al fin una alegría. *Sol regit omnia*, musité aliviado, *Sol regit omnia*.

Una terrible jaqueca asola mi cabeza. Si no estuviese escrito, me habría costado recordar lo que pasó anoche. Un cuchillo en el suelo me ayuda a reconstruir la inconclusa crónica. Pero en mis manos no hay heridas, solo barro y sangre reseca.

No puedo más, ya no sé de dónde sacar fuerzas. Vivir es afrontar una condena perpetua encerrado en un mundo que me ahoga. No puedo seguir. ¿Cuándo subiré al cadalso que desde hace tanto me espera? ¿Qué sentido tiene que el condenado a la horca cure a diario el grano que le supura en el cuello? Quiero cerrar para siempre los ojos y si es verdad que el espíritu no muere, que viva el sueño eterno con mis hermanos *heidelbergensis*. No me queda más ilusión que morir. Desconectar la máquina para descansar. Terminar para dejar de sufrir. Me quiero morir. Me quiero morir. ¿Alguien me oye? ¿Alguien es capaz de entenderme? Me quiero morir. Me quiero morir. ME QUIERO MORIR. Y no soy más que un mierda que no tiene cojones para quitarse la vida.

**3 de marzo del año 300003**

Por fin he visto una luz.

Llegó el momento que tanto esperaba. Mañana efectuaré mi novena visita, y espero que última, a los yacimientos de Atapuerca. He planificado todo con mucho celo, con la mayor discreción y sin escatimar precauciones. Soporté en el repudio los malos momentos, supe sobreponerme al desfallecimiento, y cuando arrojé la toalla y deseé con desaforado fervor la muerte, una inesperada aliada, la cobardía, me ayudó a mantener viva una pequeña llama en el páramo de la depresión. Un día tuve una idea. Cuando no tienes nada, la idea más descabellada se erige en posibilidad, y esta, con descarada facilidad, en designio. Sin dudarle decidí apostar cuanto quedaba de mí para ganarme el derecho a una oportunidad: lucharía para ser libre, para elegir la vida que quería vivir.

La ilusión alimenta el alma. Su carencia consume el cuerpo y destruye la mente. Cuando se pierde la ilusión, se pierden las ganas de vivir. En mi devastado corazón comenzó a palpar un adarme de esperanza. El clavo ardiendo era una quimera, pero los imposibles sustentan al iluso. Y al desahuciado. La idea de volver con el clan puede ser una utopía, pero a mi vida no le queda ya otro sentido. Mi clan. El amor puro de Ojos Claros, la amistad incondicional de Medio Pie, la inmortal alegría del Hombre Arbusto, la admirable abnegación de Vulcano, el arrojo de mis guerreros, la candidez de mis niños... Mi clan. MI CLAN.

No creo que consiga dormir esta noche. Cuento las horas, los minutos. Ha sido duro el sacrificio, interminable la espera, angustioso el temor a que alguien me descubriera, a que recordaran el incidente de mi segunda visita. Un cambio de imagen, de modos. Un turista que un día, curioso y atento, se perfumaba y vestía de Versace y otro, tibio y distraído, se dejaba crecer bigote y perilla y aparecía con vaqueros rotos y sudadera. Siempre distinto. Observándolo todo. Recopilando información.

He leído cientos de páginas sobre el día a día de los yacimientos, he participado activamente en varios foros de Internet especializados y hasta he llegado a flirtear con una empleada del centro de recepción de visitantes de Ibeas de Juarros, por donde entré al complejo arqueológico un par de ocasiones.

Hoy sé cuanto hay que saber del personal: quiénes integran la plantilla, desde el equipo directivo hasta los responsables de control y seguridad, sus horarios y turnos. Conozco las instalaciones: he grabado cuanto me han permitido y he estudiado con absoluta minuciosidad los sistemas de seguridad y los accesos. He localizado varios lugares donde podré ocultarme hasta la hora de cierre; uno de ellos lo considero infalible. No hay fisuras en el plan; todo está revisado hasta el más mínimo detalle. Cavaré durante toda la noche y si no localizo el mágico pasadizo, haré uso del as que guardo bajo la manga. Drástico y peligroso, pero prefiero morir persiguiendo una ilusión que vivir en la amargura. No descansaré hasta encontrar el camino al mundo del que nunca debí volver, y si no me abro paso con la pala, recurriré a los explosivos. Su esfuerzo me ha supuesto adquirirlos y aprender a manejarlos.

Guardo en la mochila ocho cartuchos de dinamita de una pulgada de diámetro, un martillo perforador a batería de 600 vatios para preparar los barrenos, varios metros de mecha, detonadores y material para el retacado. Aprender no me resultó complicado, se puede encontrar una interesante variedad de manuales y vídeos en Internet; lo más dificultoso —y caro— fue conseguir los explosivos en el mercado negro.

Por razones de espacio me he visto obligado a prescindir de los tirachinas, las linternas y la bolsa de golosinas que quería llevar como regalos. También de uno de mis caprichos: un paquete de sal para la carne. Al otro, al café, he conseguido encontrarle hueco. Un kilo de café soluble bien aprovechado me podría durar un año. Por el mismo motivo he tenido que renunciar a varias cosas de utilidad, como una selección de semillas hortícolas y un par de mantas, una térmica y otra de lana. Aun así, la amplia capacidad de la mochila me ha permitido incluir, además del café y el material para la previsible voladura, todos estos elementos: una brújula, una cantimplora, varios mecheros, una caja de cerillas antitormenta, pedernal y barra de magnesio para hacer fuego en condiciones extremas, pastillas de encendido, una lupa, una linterna led sumergible de alta luminosidad, una linterna con dinamo para recarga manual a manivela, un tirachinas y tira elástica para fabricarlos, una navaja multiusos, un machete, un silbato, un binocular de visión nocturna, 15 metros de cuerda de gran resistencia (la famosa Paracord 550), un rollo de cinta americana, 5 metros de alambre dúctil, varias bridas de plástico, un par de mosquetones, un serrucho plegable, agujas, hilo de coser, imperdibles, una jarra de aluminio, un cazo para preparar caldo, una pala plegable, un kit básico de pesca conteniendo hilo, anzuelos, señuelos y plomos, tres barras de luz química (una de ellas para el trabajo de cavado) y el material imprescindible en todo botiquín de campaña: tiritas, vendas, esparadrapos, pinzas, tijeras, termómetro, agua oxigenada, antisépticos, analgésicos, antipiréticos, antidiarreicos, antibióticos, colirio y suero fisiológico. El equipo se completa con los prismáticos, que llevaré colgados al cuello.

Con respecto a la indumentaria, no he previsto nada especial. Solo unos calzoncillos con todos los personajes de los Simpson, como no podía ser de otra manera, y mi gorra de Homer.

Me alegra afrontar estas últimas líneas con tanta lucidez, sereno y convencido de que el suplicio, de una forma u otra, se va a acabar y que el futuro será mejor que este presente. Por eso quiero que esta despedida sea alegre. Entiendo que este viaje a la felicidad no discurrirá por un camino de rosas, que tropezaré con numerosos obstáculos y que alguno podría resultar insalvable, pero eso no me resta ánimos. No creo que me descubran, pero si así ocurriera, volveré otro día y cavaré hasta la extenuación. Si no logro abrirme paso, recurriré a los explosivos. Llegado el caso, espero que la onda de choque se transfiera adecuadamente a la masa de rocas y la fragmente. Si la voladura no alcanza el objetivo y no acabo sepultado entre piedras y detritos, me apresarán, pero más tarde o más temprano volveré a intentarlo. Una y mil veces, hasta que lo consiga o muera en el intento.

Ocurra lo que ocurra, no volveré por estas páginas. Solo resta la despedida. Después pulsaré la última tecla, la de la publicación, y si alguien llega hasta aquí, es señal de que habrá interesado mi historia, siquiera un poco.

Le necesito, imaginario lector, le pido desesperadamente que cierre los ojos y piense en mí, que me transmita su fuerza, que se fragüe en sus deseos la mágica conjura que ayude a reencontrarme con el clan, que mi ilusión no vuele sola, que sienta el hálito de su voluntad, su empuje, su corazón, sus sentimientos. Un millón de gracias por el tiempo que me prestó, por intentar comprenderme. Deséeme suerte, alguna vez dejará de serme esquiva. Hasta siempre, *Jaaagsri*.

**FIN**

## La pérdida de un amigo

No hace mucho se cumplieron tres años del día que dimos el último adiós a mi mejor amigo. Fue una ceremonia íntima, concisa y discreta, por expreso deseo de sus padres. Me ha quedado grabada la desagradable impresión de que no se le hizo la mejor despedida. Los asistentes nos contagiaron de sobriedad, de, Dios me perdone, una inaceptable simulación de indolencia, como si primara la circunspección a la pérdida. Hasta el sermón me pareció vacío, aséptico. Demasiada frialdad para un difunto tan joven, tan alegre como Daniel.

De algún modo sabía que la tragedia se cernía sobre mi amigo. Fui testigo de su paulatina demacración, de cómo se fijaban en su semblante sucesivas pátinas, unas sobre las otras, de abatimiento, de melancolía, de infinita tristeza. En cierta ocasión me pareció que impregnaba su cara el barniz de la muerte. De repente, sin que en apariencia hubiese sucedido nada extraordinario, un día apareció con una misteriosa sonrisa. Desde entonces su actitud cambió. No es que se hubiese obrado el milagro, pero al menos se apreciaba alguna que otra chispa de ilusión en sus inanimados ojos. Recuerdo que una noche me presenté sin avisar en su casa y lo encontré arreglado, preparado para salir. Me confesó que tenía una cita. No quiso entrar en detalles y yo tampoco insistí, aturrido por la sorpresa. Supuse que la relación no prosperó, porque cuando conseguí hablar con él, un par de días después, se escapaba el desencanto en su apagada voz. El mismo decaimiento, solo que ahora pasaba a ser transitorio, pues al poco volvía a exhibir destellos de optimismo. Era como si a cuentagotas le estuviesen suministrando un extraño brebaje que ayudara a recobrar el pulso a la vida, un potente estimulante de efectos explosivos aunque limitados en el tiempo. Como la pócima mágica que preparaba Panorámix para mantener a raya a los romanos, solo que en lugar de fuerza física proporcionaba fuerza moral. Hoy conozco la explicación de aquel fenómeno. No debí confiarme. Quise ver en aquellas intermitencias de su conducta el inicio de lo que sería la solución —si no feliz, meramente aceptable— al conflicto y no sospeché que urdía una subrepticia treta para acabar con sus tribulaciones, aun a costa de su propia vida. Quizá sería más justo decir que no quise sospechar. Deseaba con tanta vehemencia su recuperación que acepté la primera muestra de mejoría como punto de partida para la vuelta a la normalidad. Pero en el fondo yo sabía que algo iba mal; el fatídico presentimiento no me abandonaba.

La terrible noticia llegó como una lluvia de flechas asaetadas al corazón. Miles de punzadas instantáneas de recuerdo y dolor. Tras el sobresalto, el disgusto y el enojo por no haber sido informado antes —jamás perdonaré no haber podido velar su cuerpo—, logré serenarme y acepté con resignación el fatal desenlace. Al momento, como si siguiese las pautas de un guión, fui a vestirme para el sepelio con la más absoluta solemnidad. Me movía como si la desventura no me doliera, como si el duelo, por anunciado, estuviese ya descontado. Por unas horas fui la personificación de la gravedad. Hice propio un protagonismo que por sangre no me correspondía para recibir las muestras de condolencia y dar las gracias, en nombre de la familia, a los asistentes al funeral. Acabada la luctuosa jornada, me puse a las órdenes de los desdichados padres y regresé a casa. Hice los últimos metros a la carrera, con la desesperación de quien cree no llegar a tiempo de hacer sus necesidades. Solo que mis necesidades eran otras. Nada más llegar revoloté la chaqueta y la corbata y me hundí en la cama para llorar amargamente.

Quería a Dani como locura, más de lo que pudiera desprenderse de la lectura de su autobiografía. Le fallé, sé que le fallé y eso me martiriza. Se me encoge el alma cuando leo la angustia con que imploraba comprensión. Pero ¿quién puede tragarse una historia como esa? ¿Se puso él en algún momento en mi situación? Si hubiese sido yo, ¿me habría creído? No estoy buscando la excusa, la justificación a mi comportamiento, pues conocedor del riesgo que corría su vida debí convertirme en su sombra, dejarlo todo y no moverme de su lado, eso va a pesar siempre sobre mi conciencia; lo único que pretendo es demostrar, demostrarme a mí mismo porque si no me muero, que procuré por todos los medios que abandonara aquella estúpida idea, que rehiciera su vida tras la separación de Elena, que saliera y se divirtiera; que viviera como cualquier persona normal y corriente. Es evidente que mis intentos fueron estériles. Dani se cerró en banda. Tildaba de capciosa cualquier sugerencia y así era imposible. No existe en el mundo persona capaz de echarle una mano a quien rechaza toda ayuda.

Su decepción le llevó a renegar de esta sociedad y encumbrar la que decía conocer. Adoptó una actitud tendenciosa, ensalzando valores y virtudes de sus imaginarios compañeros, pero olvidando que él mismo había narrado el salvajismo con que disputaban la comida o la crueldad del líder al que mató. Sin explicación razonable, le dio por idealizar la vida en tierras inhóspitas y llegó a anhelarla —¡y extrañarla!— tanto que rehusó disfrutar de los placeres que le brindaba su acomodada existencia. Veía belleza donde no podía haber más que greñas cubriendo caras desdentadas. Tomó resoluciones drásticas que no se sostenían desde la coherencia que cabría esperar de principios firmes. Prueba de ello es que por un lado subrayaba las diferencias entre ambos mundos y, por otro, aseguraba que la obra de la vida era siempre la misma. Contradicciones propias del deterioro de su salud mental.

Sufrí mucho su enfermedad. Me resultó muy duro ver cómo día a día se iba sumiendo en la locura. Sufrí entonces y sufrí tras su pérdida. Solo quien tuvo la desgracia de perder a su mejor amigo puede alcanzar a comprenderme. Es un dolor inmenso. Qué cierto es que no se valoran las cosas hasta que dejas de tenerlas. Un amigo es único. Compartes con él tantos secretos, tantos momentos felices, tantos problemas. La verdadera amistad, huérfana, es irreparable. En mi corazón existe un vacío que nadie llenará jamás. Mi Dani del alma... ¡Cuánto te añoro!

Antes de continuar, y pidiendo disculpas anticipadas si a su juicio pecho de fatuidad, me gustaría puntualizar algo que, por obvio, solemos olvidar cuando juzgamos a los demás. Coincidirán conmigo en que la imagen que ofrecemos de nosotros mismos no se corresponde fielmente con la realidad. Todos poseemos un mundo interior, un espacio íntimo al que nadie damos acceso. No me agradaría que quedase de mí el recuerdo de un ser despreocupado, vividor y desvergonzado. Me gustan las mujeres, para qué negarlo. Y el jolgorio y la buena vida. Pero eso no es óbice para que también aprecie, aunque no lo demuestre, los nobles valores y las grandes virtudes, lo bello y lo primoroso, el talento y el arte. Me considero una persona cultivada y preocupada por los problemas que nos rodean, aunque con un desarrollado sentido práctico. Hedonista pero humano.

Vaya por delante que no me siento cómodo con esta intervención, por intrusa, pero creo que las circunstancias obligan. Sin duda, mi amigo lo habría aprobado. Espero que el lector también. No deseo que nadie me atribuya afán de protagonismo, así que procuraré ser tan breve como me permita la exposición de unos hechos que, entiendo, resultan indispensables para completar esta historia.

Mi reencuentro con esta horrible pesadilla acacé hará unos seis meses. Desde que perdí a Daniel, rehuí de todo lo que olera someramente a primitivo. Lo hacía de forma natural, como reacción mecánica a algo que me molestaba, como manotazo que espanta las moscas. Cualquier palabra que evocara la prehistoria activaba en mi cuerpo un mecanismo de rechazo inmediato: *Cro-Magnon*, mamut, glaciación, *Tyrannosaurus*... Pasaba página o cambiaba de canal sin contemplaciones.

Un día rastrea por Internet en busca de un nuevo libro con que alimentar mi lector digital. Suelo leer todas las noches, siempre que me encuentre sobrio, claro está. Me acordé de un título que me habían recomendado de fantasía épica, mi género favorito, pero por error o solo Dios sabe el motivo, en lugar de teclear *Los señores del fuego*, escribí *El amo del fuego*. ¿Cómo se rodea la vida de tantas casualidades? ¿Estaba predestinado que yo me topara con el texto que mi amigo había autopublicado? ¿Cómo fue posible? La temática no me interesaba y el libro zozobraba en algún lugar perdido en las listas, a pesar del precio simbólico al que se ofrecía. No creo que lo hubiera leído nadie, a lo sumo algún friki despistado.

Yo no compro libros de bajo precio. Entiendo que, como todo en la vida, la calidad no se regala. No es que tenga nada en contra de la autopublicación, pero me temo que, en la mayoría de los casos, este sistema constituye una vía de escape para aquellos autores que no han logrado convencer con su trabajo a las editoriales. Prefiero leer material que primero haya sido filtrado por profesionales con criterios técnicos objetivos que garanticen unos mínimos cánones de calidad. Digo esto con todos mis respetos y sin que nadie se ofenda. Es la misma razón por la que visto ropa de marca. Sin embargo y aunque de inmediato advertí que aquel libro barato no era el que buscaba, algo de la portada cautivó mi atención. Sin darme cuenta me vi leyendo la sinopsis. Al momento mi sistema nervioso dejó de responder, como si en lugar de palabras me llegaran dardos paralizantes. Sin lugar a dudas, aquel libro lo había escrito Daniel. Descargué la novela y me retrepé en la butaca. Cuando leí la primera frase, ya no pude parar.

Atrapado en un fabuloso encantamiento, escuché de nuevo a Daniel. Rememoré sus gestos, su risa... Resultó emotivo aunque doloroso recordar la aventura que construyó y acabó creyéndose. Fue muy duro revivir los pasos que le condujeron a la locura. Aún me cuesta creer cómo Daniel renunció a todo por un estúpido sueño. Perdió a Elena, una mujer por la que cualquiera se daría tortas. Una chica guapa y de familia adinerada. No tan pudiente como la de Marina, hay que reconocerlo, pero Elena estaba mucho más buena. No existía parangón: cuando salíamos parecía que él llevase una rosa y yo un cardo borriquero. Si se hubiesen invertido los papeles, yo habría seguido una vida monacal con tal de no perder aquella prenda. Qué listo estuvo el soplapollas de Berreñechea. No hace mucho la vi, con una barriga hasta la boca.

Las sensaciones que me reportaron la lectura fueron dispares. Algunos pasajes me hicieron reír a carcajadas. Solo de imaginármelo, con lo recatado que siempre fue, asistiendo a un concierto de pedos... O cuando temía que le tiraran del pene. Dani siempre fue muy vergonzoso. Aunque nunca lo reconoció, sé que se dejó la barba para camuflar sus frecuentes sonrojos. Otras veces, las más, lloré sin consuelo.

Fui devorando las páginas, sin moverme del sitio. Lo que no podía sospechar, ni en mis peores sueños imaginar, era que el final de su vida nada tenía que ver con el que me contaron. Por alguna misteriosa razón los padres de Daniel me habían mentido.



## Nunca se muere en un libro

Las últimas palabras de Daniel me sumieron en un sobrecogedor desconcierto. ¿Cómo aquellos padres pudieron tener la sangre fría para falsear información y distorsionar la realidad sobre el fallecimiento de su hijo? ¿Cómo, en momentos tan dolorosos, sacaron fuerzas para maquinar un accidente y, lo que resulta más chocante: cómo en tan poco tiempo lograron confabularse con terceros para ocultar unos hechos y simular otros? Hay cosas que el dinero no puede comprar. ¿O sí? Las razones, por macabras, no dejaban de estar claras: una muerte honrosa que no enturbiara el buen nombre de la familia. No pude reaccionar, aturrido e inerte, durante largo tiempo, hasta que unas irrefrenables ganas de vomitar me sacaron de la perplejidad.

Basándome en el calendario de Dani, recompuse la cronología de los hechos para cerciorarme de que la fecha en que partió hacia Atapuerca con los explosivos se correspondía con la de su muerte. Confirmado esto partí para Madrid a toda prisa, sin considerar el riesgo que comportaba conducir después de una noche en vela. Rubén y Victoria no estaban en casa. Solo entonces los llamé y supe que se encontraban en Sevilla. Por el ruido, inferí que en el Real de la Feria. Rubén no se sorprendió por mi llamada. Quizá supuso que pretendía girar una visita de cortesía. Se olvidaría que solo hice tal cosa en una ocasión y porque acompañaba a Dani. Creo que Rubén estaba un poco achispado. Si era así, la borrachera se esfumó en cuanto me vio aparecer, tres horas después, en la misma caseta que frecuentan cada año y que yo conocía de tiempo atrás, cuando fui invitado precisamente por ellos.

—Luis, ¿qué haces aquí? —balbució Rubén— ¿No estabas en Madrid?

—He tomado el primer AVE. ¿Dónde está Victoria? Necesito hablar con vosotros. ¡Ah!, ahí está marcándose unas sevillanas. ¡Victoria!

Acudí a su encuentro. Lejos de sorprenderse, debió de figurarse que me hallaba allí por diversión. Se separó de las tres señoras, también rechonchas, con las que bailaba y se plantó frente a mí para dedicarme un zapateado y una sonrisa seductora. Ella siguió a su ritmo y no se coscó de que yo no estaba para fiestas hasta que me plantó la mirada en el remate. El vaso de rebujito se le derramó en el escote.

—Salgamos afuera —ordené con sequedad.

Quise buscar, cosa prácticamente imposible, un lugar a resguardo del sol, los caballos, el barullo y la música, pero Victoria se adelantó intrigada nada más salir de la caseta.

—¿Qué ocurre, Dios Santo? No le habrá pasado algo a Manuela... Hablé con tu madre hace solo unos días.

—Pensaba que la pérdida de un hijo se lloraba por más tiempo —le espeté obviando su comentario. Rubén me dirigió una mirada escrutadora; Victoria se llevó una mano a la boca, como intentando sofocar un grito.

—Luis, muchacho, ¿qué está pasando aquí? —inquirió Rubén.

—Aquí no está pasando nada. Pasó hace dos años y medio en Atapuerca.

Mis palabras cayeron como una bomba. Victoria comenzó a tambalearse.

—¡Ay! Rubén, querido, que me da, que me da.

La conmoción fue genuina; sin embargo, saltó a la vista que no se desvaneció hasta estar segura de que su marido la sujetaría. No creo equivocarme si pienso que, aturrida por la inesperada revelación, fingía un desmayo para ganar tiempo de cara a la elección de su estrategia: prolongar la pantomima y plañir por la dolorosa remembranza o plantar cara y reprobar mi insolencia. Optó por esto último, una decisión que casaba mejor con el traje de flamenca que vestía y con la atmósfera de jarana en que se movía minutos antes.

—¿Y bien? —Victoria se recompuso dispuesta a desafiarme. Su esposo, como siempre que se trataban temas importantes, asistía de mero espectador.

—¿Cómo pudisteis pergeñar una maniobra tan ruin y torticera?

—¿Qué sabes?

—Lo suficiente.

—¿Y cómo te has enterado?

—Eso no viene a cuento —Victoria captó que estaba a punto de estallar y desistió del interrogatorio. Temía que se montara un numerito delante de sus «distinguidas» amistades y decidió cambiar de estrategia.

—Luis, tú eres como de la familia —dijo transformando, con una habilidad pasmosa, la voz de autoritaria a dulzona—. Tienes que entender que hicimos lo mejor para Daniel. ¿Qué recuerdo hubiera quedado de él, el de un chiflado? Si vieras la nota de despedida que dejó allí mismo... ¡Dios Santo! No era más que una sarta de disparates. Tú, en nuestro lugar, hubieras hecho lo mismo.

—No tienes por mí —respondí. Estaba muy enfadado. Sabía que Victoria se preocupó más de su imagen que la de su hijo. Me asqueaba comprobar cómo se excusaba en Dani para proteger su propia reputación. Cualquier persona normal se habría hundido en tan dramático trance; ella tuvo tiempo de pensar en el futuro y de ponerse manos a la obra para cosechar muestras de pesar sinceras y evitar cuchicheos del tipo: «él se lo buscó» o «qué desgracia para una madre que un hijo pierda la cabeza».

—No tuvimos elección, ¿verdad Rubén? —dijo alternando una expresión afligida con una sonrisa de fotografía, al saludar a algún conocido— No creas que para nosotros fue una decisión sencilla. No puedes imaginar cuánto nos costó simular el sepelio.

¿Simular el sepelio? ¿Qué demonios me estaba contando aquella... que Dani me perdona, aquella mala pécora?

—El director de los yacimientos nos aseguró que no había posibilidades de encontrarlo con vida —prosiguió Victoria sin tomar aire, como el crío que recita la tabla de multiplicar de carretilla—. Nos detalló que al intentar el rescate se produjo un nuevo derrumbe que casi le cuesta la vida a un operario. Se tardarían días, habría que cerrar el complejo, la prensa se haría eco de la noticia... Consensuamos una solución conveniente a ambas partes: no se detendrían las excavaciones ni se cuestionaría la seguridad del complejo arqueológico y, a cambio, podríamos arreglar un final digno para nuestro hijo.

—¡No me lo puedo creer! ¡Qué locura es esta! ¿Cómo estabais tan seguros de que había muerto?

—Su mochila destrozada, la gorra ensangrentada... ¡Dios Santo, no me hagas revivir esto!

—¡Por Dios! ¿Qué clase de padres sois, que no os aferrasteis a la última esperanza? ¿Cómo fuisteis capaces de dormir sabiendo que el cuerpo de vuestro hijo se pudría bajo un puñado de piedras?

—Tienes que entendernos —insistía Victoria con desesperación.

—Luis, muchacho...

—¡Calla, Rubén; estoy hablando yo! No había nada que hacer. Tú eras su mejor amigo, lo querías tanto como nosotros. De acuerdo, te lo teníamos que haber dicho, te suplico perdón. Pero debes reconocer que fue lo mejor para todos.

—Escuchadme bien —dije con los ojos inyectados de veneno—: voy a remover cielo y tierra para que busquen sus restos, para que tenga una sepultura digna. Voy a demandar al hijo de puta que ocultó aquel suceso.

—El director de Atapuerca cesó al poco tiempo —subrayó Victoria con una nueva inflexión en la voz, que ahora rezumaba arrogancia.

—Tanto me da —repliqué cuando ya me marchaba.

—Piénsalo bien Luis, no te van a creer —insinuó la bruja con cierto retintín.

—Idos a la puta mierda. Tú y todos vuestros amigos chupapollas —grité desde la distancia, para que me oyera el mayor número de personas, para dejarla en evidencia delante de aquella manada de capullos.

Salía a toda prisa del recinto ferial, doliéndome la piel de tanta furia contenida, ansioso por descargarla, como morlaco que sueña con que se abra la puerta de chiqueros para embestir a sus captores. Hubiera dado cualquier cosa por cruzarme con alguno de tantos gilipollas a los que les tengo ganas. Berrenechea hubiera venido que ni pintado. Pero nunca sucede lo que uno desea. En lugar de Arturito o cualquier otro cernicalo de su calaña me encontré con Sofia, una chica encantadora que conocí años atrás en la misma Feria de Sevilla. Se alegró mucho de verme y, pese a que me abrasaba el coraje, me supo mal no aceptar su invitación. Me uní al grupo y bebí como camello que llena el estómago antes de viajar por el desierto. Bebí por Dani, por mí, por los buenos ratos que vivimos juntos. Bebí como nunca. No respondí a

ninguno de los numerosos mensajes que me mandó por WhatsApp Isabel, la chica con quien salía entonces. Ahogué las penas bebiendo y solté la furia contenida de la mejor manera posible, sin violencia, al vaivén de la carne ardiente. Mantuve todo el tiempo que me fue posible a Sofia de espaldas, para que no se diera cuenta de las lágrimas que corrían por mis mejillas mientras la penetraba.

Regresé roto a mi tierra. Vacío, sucio incluso, sintiéndome culpable de nada y de todo. Tuve tiempo de pensar en el camino de vuelta, de sacar conclusiones y adoptar una decisión. Agradable. Que me confortaba y hería a la vez. Dani hubiera preferido dejar las cosas como estaban, no porque pensara en su imagen —esto es lo que más me fastidiaba, que acabaría complaciendo a Victoria—, sino porque Atapuerca era el escenario donde había desarrollado la trama de su universo ideal. No se me ocurría mejor lugar para dejar que descansaran sus restos, aunque con ello me convirtiera en cómplice de un complot siniestro, abyecto e inmoral. La decisión no podía contentarme, pero era irrevocable. Lo contrario se sustentaría exclusivamente en la venganza.

Dejé pasar los días, las semanas y los meses. No sé por qué, rompí con Isabel. No sé por qué porque, al fin y al cabo, yo no soy como Daniel y, más pronto que tarde, acabaré ligado a otra chica adinerada o, cuanto menos, de la alta burguesía. No tengo vocación de trabajador tenaz ni figura en mis planes otra idea que la de vivir de las rentas. Es lo que he mamado desde pequeño. Algún día habrá que sentar cabeza: despedirme de la universidad, casarme y tener hijos.

Desde que leí el libro de Dani, adquirí la costumbre de consultar con cierta regularidad su posición en las listas de ventas. Era frustrante constatar la continuada pérdida de puestos. Hasta que de repente apareció rondando el número setecientos de la clasificación general. Me dio un vuelco el corazón. Durante los días siguientes no hice otra cosa que examinar las listas. Lo hacía a cada hora, obsesionado, como si fuese mi libro y se estuviera forjando el éxito literario del año. Pero poco a poco las aguas volvieron a su cauce y la novela regresó a las familiares profundidades de las listas de ventas. ¿Qué había ocurrido? ¿Qué motivó aquel salto efímero? Decidí averiguarlo y, para ello, comprendí que no habría mejor manera de indagar que accediendo a su página de autor. Me fue sencillo descubrir la contraseña de mi amigo; ustedes también lo habrían logrado. El misterio no tardó en desvelarse: el sistema prima las últimas ventas, pero solo la continuidad permite la consolidación. Alguien había comprado el libro y eso le hizo escalar posiciones, pero como se trató de algo ocasional, al poco la obra perdió los puestos ganados. En realidad, en casi tres años desde su publicación solo se habían vendido cinco ejemplares, y uno de ellos era el mío. Me invadió una profunda tristeza. Todo el esfuerzo de mi amigo había sido en balde.

Imagino que el principal —si no el único— propósito de quien escribe es que lo lean. Desde la serenidad del retraimiento se diseña este modo de compartir emociones y sentimientos. Un escrito que no se lee pierde su razón de ser. Ni Dani ni su legado merecían ese final. Tenía que hacer algo por él, era la última oportunidad de resarcir mi deficiente compromiso. Ya que no había sabido ayudarlo en vida, pondría todo lo que estuviera a mi alcance para hacerlo después de muerto. Me volcaría con el libro para que perdurara la memoria de Daniel Salgado.

Lo primero que hice fue completar la historia con este capítulo, a todas luces necesario. Aún faltaba lo más importante. A mi flagrante impericia como narrador se unía el hecho de que Dani tampoco era escritor. Su vocabulario, más rico y cuidado que el mío, no ocultaba la inexperiencia. El estilo, la tensión, el ritmo... Más que un libro parecía un diario. Luego estaba la presentación. Saltaba a la vista que el texto no había sido revisado en profundidad. Dani no se había preocupado en detectar deslices gramaticales o descuidos al teclear. Se echaba en falta una buena capa de corrección ortotipográfica y una maquetación esmerada. Incluso la portada no se veía atractiva. Faltaba profesionalidad.

Me planteé contratar un paquete integral de servicios editoriales, pero no tardé en entrever el principal inconveniente: nadie conocía a Daniel Salgado y, por tanto, no sería fácil conseguir que los lectores mostrasen interés. El libro sería más digno, pero continuaría sin ser leído. Se me ocurrió entonces que si la novela la publicase un escritor consagrado, señalando que la historia estaba basada en hechos reales, cumpliría todos los objetivos que me proponía. Celebré iluso esta seductora idea como si fuese dueño de una varita mágica que todo lo consigue. Pronto comprendí las dificultades que entrañaba romper el hermetismo en que se mueven los primeros espadas del panorama literario, conseguir que alguno leyera el manuscrito y, si le gustase el argumento, que aceptara trabajar los personajes y la trama hasta conferir al escrito la textura novelesca apropiada. Había que encontrar otra solución. Consideré un amplio abanico de posibilidades, desde escharbar entre las influencias de un amigo para convencer a cierto autor de reconocida trayectoria, aunque sin premios de relevancia, para que participase bajo seudónimo en un concurso literario, hasta regalar la historia a algún escritor incipiente de proyección, que ya contase con algún éxito a sus espaldas y, por ende, con el apoyo de un importante número de lectores. No parece necesario entrar en detalles y alargar este capítulo con algo que tampoco importa demasiado y que, después de todo, se desvía de la esencia de este libro. Lo importante es que lo tiene en sus manos.

## El último adiós

Quedaba poco para que se diera por concluida la última revisión de la novela cuando el destino me llevó de nuevo a Burgos. Fue por un asunto relacionado con la hermandad, una jornada de convivencia entre cofradías. Admito que no se me puede poner como ejemplo de lo que debería ser un buen cristiano, pero soy creyente y colaboro en cuantos actos organiza la hermandad, desde cuestaciones hasta encuentros como ese, más festivos que solemnes.

Ocupé la plaza a sabiendas que me ausentaría de la reunión. Aunque todos me conocen, no era habitual que desapareciera un domingo por la mañana, horas antes del aperitivo y sin la compañía de Paco Téllez o Abelardo, así que me excusé alegando que visitaría la tumba de un amigo. Supongo que no me creerían, pero por una vez no mentí: quería depositar un ramo de flores en el lugar donde descansaban los restos de mi amigo.

Me sentía fuera de lugar. Chirriaba en aquel entorno a cada paso que daba, como si en vez de caminar arrastrara una plataforma herrumbrosa sobre una superficie brillantada. Como una presencia fantasmagórica, atemporal. Sí, eso podía ser, la sensación de que aquella visita debió realizarse mucho tiempo atrás. Miraba a mi alrededor y se intensificaba la impresión. No pasaba desapercibido, de eso estaba convencido. Mi figura parecía causarles igual sorpresa que la visión de un pingüino en un parque o una monja en un *pub*. Ahora le encuentro el sentido: ¿cuántos visitantes del complejo arqueológico calzaban lo último de Tommy Hilffiger y portaban, en lugar de una cámara de fotos, un ramo de rosas amarillas? Pero entonces me veía imbuido de una atmósfera mística, como si transitara por otra dimensión, un espacio mágico donde las cosas más inverosímiles pudiesen suceder. Me sentía tan cerca de Dani... Nunca antes me pasó nada parecido. Era como si su cuerpo, disgregado en millones de imperceptibles células, flotara en el aire. Me acompañara. No era yo el que estaba allí, era mi parte espiritual, incorpórea. Eran mis sentimientos, mis emociones; la parte más íntima de mi ser. Lancé el ramo de flores al lugar de la Galería, aún acotado, donde mi amigo quedó sepultado y recé una oración por su alma.

Tomaba café en la misma mesa donde años atrás me contara sus aventuras. Intentaba recordar su rostro, el énfasis que confería a cada palabra, la contundencia en sus gestos. ¡Cómo imaginar entonces que mi amigo no bromeaba, que creía a pies juntillas cuanto decía!

Apuraba el último sorbo cuando, de repente, una descabellada idea, inédita en mí, me dejó petrificado. Un sudor frío resbaló por mi nuca como lengua de un glaciar. ¿Y si existiera la remota posibilidad de que el relato de Dani fuese cierto? Nunca antes me lo había planteado. A través de la ventana veía las dependencias anexas al centro de recepción que albergaban la exposición *Atapuerca, un millón de años*. La primera reflexión que refutaba esa ingenua posibilidad se focalizaba en aquel mismo recinto: «Tal conjetura implicaría aceptar que cuando llegamos a Atapuerca la exposición permanente no exhibía el tantalio y cuando salimos, como Daniel había hecho su viaje y supuestamente olvidado su teléfono, sí que estaría. ¡Vaya ridiculez!» No, no podía creer eso. Abandoné el local pero, en lugar de regresar a Burgos como tenía previsto, me dirigí a la puerta de entrada a la exposición. Quería ver con mis propios ojos el tantalio.

La muestra permanente sobre Atapuerca refleja la verdadera significación y el alcance de este espectacular enclave arqueológico. Contiene audiovisuales, maquetas y diversos elementos multimedia. Sorprenden la recreación a escala real de escenas de nuestros antepasados. Cómo no, también se exhiben reproducciones arqueológicas y piezas originales del yacimiento. Pude contemplar el diminuto fragmento de tantalio y leí la leyenda que hablaba sobre su exclusividad. El texto me pareció un tanto sensacionalista, pues también se exponían otros minerales poco frecuentes y no se hacía mención especial alguna. Siendo franco, no creo que la presencia de tantalio sorprendiera a ningún geólogo. Sin embargo, había algo que me llamó poderosamente la atención. En una selección de piezas originales de la industria lítica achelense, observé que una de las caras de un bifaz presentaba cuatro minúsculas oquedades. A buen seguro, ese detalle no significaba nada especial para el equipo investigador, pues bien podría pasar por una consecuencia natural del tallado de la piedra, pero yo vi algo más. Los orificios se distribuían por pares en dos rebajes contiguos, cuyas superficies formaban depresiones semejantes a cráteres. La distancia entre los agujeros de cada par era similar y todos se situaban en la zona próxima al contorno curvado de los cortes. Una sonrisa inmensa se arrellanó en mi rostro. Bastaría con girar unos grados la herramienta para que quedara visible lo siguiente: :) :), el signo de la cara feliz —los puntos simbolizan los ojos y el paréntesis la boca sonriente— por partida doble. La inconfundible firma de mi amigo, la marca que de manera invariable utilizaba en nuestros contactos para decirme que todo iba bien.

Salí de Atapuerca con el espíritu remozado y una flamante convicción enclaustrada en la mente. Es posible que la figura en la piedra fuese fruto de un corte casual, que la imaginación la distorsionara y los deseos se potenciaran condicionados por la fabulosa confluencia de varios factores: el entorno, el recuerdo de mi amigo, la aflicción por su padecimiento y la ansiedad por mitigar el sentimiento de culpa. Sí, es muy posible, pero a mí todo eso me trae sin cuidado. En aquel instante lo tuve claro. ¡Era la marca de Dani! Desde entonces no quiero oír hablar de autosugestión. Me niego a recurrir a la lógica o a la razón, a pensarlo siquiera. Lo único que quiero es creer que Dani lo logró, que cumplió al fin su sueño y que vivió feliz. Ahora sí, definitivamente,

**FIN**

## Índice

[Cinco días después](#)  
[Atapuerca](#)  
[El aire más puro](#)  
[El líder](#)  
[El hechizo del fuego](#)  
[Aprender a sobrevivir](#)  
[La mirada del cobarde](#)  
[El punto de inflexión](#)  
[Matar o morir](#)  
[A rey muerto, rey puesto](#)  
[El clan](#)  
[La mayor alegría](#)  
[El banquete](#)  
[Noche de fiesta](#)  
[Los inventos](#)  
[Partida de caza](#)  
[Cantando bajo la lluvia](#)  
[Cuando se pierde todo](#)  
[Empezar de cero](#)  
[La enfermedad de Brujita](#)  
[Groustur](#)  
[La muerte por aliada](#)  
[La bendición dorada](#)  
[El deseo de venganza](#)  
[La savia del alma](#)  
[La hora de elegir](#)  
[Chocar con la incredulidad](#)  
[¿Sueño o realidad?](#)  
[27 de junio del año 3000001](#)  
[28 de junio del año 3000001](#)  
[1 de julio del año 3000001](#)  
[4 de julio del año 3000001](#)  
[5 de julio del año 3000001](#)  
[17 de julio del año 3000001](#)  
[10 de agosto del año 3000001](#)  
[2 de septiembre del año 3000001](#)  
[4 de septiembre del año 3000001](#)  
[9 de octubre del año 3000001](#)  
[25 de noviembre del año 3000001](#)  
[27 de diciembre del año 3000001](#)  
[18 de febrero del año 3000002](#)  
[19 de febrero del año 3000002](#)  
[11 de marzo del año 3000002](#)  
[25 de marzo del año 3000002](#)  
[26 de mayo del año 3000002](#)  
[19 de junio del año 3000002](#)  
[20 de octubre del año 3000002](#)  
[21 de octubre del año 3000002](#)  
[2 de noviembre del año 3000002](#)  
[14 de noviembre del año 3000002](#)  
[7 de diciembre del año 3000002](#)  
[11 de diciembre del año 3000002](#)  
[18 de diciembre del año 3000002](#)  
[21 de diciembre del año 3000002](#)  
[4 de febrero del año 3000003](#)  
[13 de febrero del año 3000003](#)  
[23 de febrero del año 3000003](#)  
[24 de febrero del año 3000003](#)  
[3 de marzo del año 3000003](#)  
[31 de agosto del año 3000003](#)  
[La pérdida de un amigo](#)  
[Nunca se muere en un libro](#)  
[El último adiós](#)

Otros libros del autor:

**El eterno olvido (2010)**

<http://www.amazon.es/dp/B0055T1CV2>

*Kamduki* es un juego de Internet que pretende encontrar la persona más inteligente y audaz del planeta. Justo cuando se encuentra inmerso en la resolución de las pruebas, Samuel conoce a dos chicas: Marta y Lucía; una moderna y desinhibida; otra sensual y enigmática. El amor irrumpe en escena, mientras Samuel se va obsesionando con las pruebas a medida que las va superando. No puede sospechar la terrible realidad que esconde aquel diabólico juego, ni que su vida jamás volverá a ser la misma.

La sombra del pasado, el amor y la crueldad se entremezclan en una aventura sin retorno en busca de un sueño. *El eterno olvido* no es solo una novela de amor, intriga y suspense; es la constatación de que lo mejor y lo peor de las personas transitan sobre una línea demasiado delgada.

**Mis juegos, paradojas y acertijos favoritos (2013)**

<http://www.amazon.es/dp/B00CCBW0CC>

Una memoria prodigiosa, El color de tu ropa interior, El poder de la mente, El gusano amaestrado, El guerrero desaparecido, El ataque del tigre... son algunos de los juegos que encontrará en esta obra.

Asombrosos, sorprendentes, de apariencia imposible. Usted los aprenderá fácilmente y se convertirá en el centro de su próxima reunión de amigos. La diversión está asegurada; también las súplicas para que revele ciertos secretos.

Incluye *La verdadera historia de Kamduki*, todos los detalles sobre las nueve pruebas que perseguían encontrar al ser más audaz e inteligente del planeta en la primera novela del autor, *El eterno olvido*.